Lucía
C.A. SIMONS

Lucía
C.A. SIMONS

Lucía

C. A. Simons

Lucía

C. A. Simons

Copyright © 2021 por C. A. Simons.

Todos los Derechos Reservados.

Pack compuesto de los libros “Mi jefe, mi novio y yo” y “Pon tu cabecita en orden” en un solo volumen.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Este libro es una versión de los tres libros de la trilogía Ivanova sin escenas de sexo explícitas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Índice

Prefacio
Una oferta inesperada
Mesa para dos
Promesas y mentiras
Toma de decisiones
Dulce despertar
Tensión inesperada
Sueños de juventud
Última noche
Leyendas de la Madre Rusia
Gambito de rey
Última mañana en San Petersburgo
Desconcierto
Cerrando el círculo
Vuelta a casa
Decisiones
Sonsoles
Sorpresa y decepción
Una ducha moderna
Confesiones
Primer día de feria
Desengaño
Nuevas experiencias
Llamada inesperada
Juego peligroso
Momentos íntimos
Juntas al atardecer
Las paredes hablan
Pon tu cabecita en orden
Odio tomar decisiones
Alberto
Una proposición arriesgada
No todo sale como esperabas
Decisiones de pareja
Otra vez Carlos

Nuevas experiencias
La cita misteriosa desvelada
Viaje inesperado
Proposición indecente
Juegos peligrosos
Despertando juntos
Reunión con los escoceses
La decisión
Otros libros de la autora

Prefacio

¿Es posible enamorarse de dos personas al mismo tiempo?

¿Enamorarse de verdad?

La vida de Lucía da un giro inesperado cuando debe asistir con su jefe Carlos a un viaje de trabajo en Rusia, su país natal.

Allí descubrirá a una Lucía muy diferente de la que ella misma pensaba ser. Y a un Carlos, también muy distinto a lo que imaginaba al principio.

En apenas una semana, ambos vivirán pasión, dudas, culpabilidad y celos.

Una llama incontenible se encenderá en su interior.

Una llama que podría consumirles a ambos.

Los dos quedan ahora unidos por un secreto. Un pacto que han jurado no romper.

Lucía está hecha un lío, su cabeza es una maraña de sentimientos; pasión, culpa, amor y deseo. Debe mantener el secreto que juró a Carlos en Rusia y su futuro laboral depende de una importante decisión. El corazón contra la razón enfrentados una vez más.

Para complicar las cosas, Sonsoles se cruza en su vida, terminando de ponerla patas arriba, abriendo su mente a nuevas ideas y, sobre todo, a nuevas experiencias. Poniendo de manifiesto verdades como puños, sintiéndose por primera vez atraída por una mujer.

¿Será capaz de poner “su cabecita en orden” como le dice Sonsoles, o se verá consumida por el deseo y la culpa?

Una oferta inesperada

¿Es posible enamorarse de dos personas al mismo tiempo?

Pero…enamorarse de verdad, hasta los huesos. Sentir que te tiemblan las piernas cada vez que se acerca a ti. No simplemente encapricharse.

Siempre había pensado que no lo era. Pensaba que si quieres realmente a alguien todos los demás sobran de manera automática. Quizá puedas sentir cierta atracción física, cierta curiosidad, pero nada más.

Hasta que conocí a Carlos.

Ahora llevo mi semana de vacaciones tirada en la cama sin ganas de nada. Sin energía, pensando, un avispero de ideas dando vueltas en mi cabeza sin descanso. Mi cerebro y mi corazón debatiendo sin cesar, ponderando las implicaciones prácticas y morales del lío en el que me he metido yo solita.

Bueno, solita no, porque Carlos ayudó. Vaya que si ayudó.

No abro los grupos de WhatsApp, ni miro mi Facebook, ni el Instagram, ni siquiera el correo electrónico, donde los mensajes se van acumulando uno tras otro.

No tengo energía para ponerme con ello.

No ayuda en absoluto que Carlos se haya marchado a Dubai en su enésimo viaje de trabajo del año.

Pero, aunque estuviese aquí, ¿serviría de algo? ¿O quizá sería incluso peor?

Y pensar que yo llevaba una vida totalmente normal, puede que incluso monótona, hasta hace muy poco tiempo. A mis veintinueve años acabo de encontrar un trabajo que me gusta en una importante empresa de ingeniería eléctrica que, aunque creo que desaprovecha mis capacidades, por lo menos me da buenas perspectivas de futuro.

Me considero una mujer fuerte e independiente y con muchas ganas de luchar para llegar alto en mi trabajo y en general en la vida.

El plano sentimental me va bien. Llevo seis años viviendo con Alberto. No estamos casados, pero como si lo estuviésemos. Formamos una buena pareja, con altibajos como todas las parejas, aunque sin problemas. Alberto es cariñoso conmigo, me entiende bien y nuestro sexo es bueno.

Entonces, ¿Carlos?

Puff, Carlos…

¿Cómo empezó todo esto? ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

El lunes de la semana pasada parecía un día normal, como cualquier otro lunes. Un principio de semana de esos que suena el despertador, te da ganas de tirarlo por la ventana, te acuerdas de todos sus muertos durante los primeros cinco minutos, y luego te pones en marcha.

No llevo mucho tiempo en mi trabajo, así que voy ilusionada cada mañana con la posibilidad de aprender e ir subiendo escalones dentro de la empresa. Eso me ayuda a entrar en funcionamiento y me cuesta un poco menos madrugar.

Como todas las mañanas, me preparo un café solo, de los fuertes. Yo sin mi café mañanero soy incapaz de funcionar ni siquiera al nivel más básico de energía, parezco un vegetal.

Tras el café, entro en el baño a darme una ducha caliente a ver si espabilo, que sigo medio atontada. Me gustan las duchas largas y con calma, ah y con agua muy caliente. Alberto siempre se queja de que paso demasiado tiempo en el baño.

Dejo el camisón en una percha y, mientras preparo el agua, no puedo evitar echar una mirada al espejo. Sin duda, mi cuerpo ganaría un montón con mejores pechos, un poco más grandes, ya puesta a elegir. Pero, es lo que hay.

Del resto imagino que no me puedo quejar demasiado; para mi gusto estoy algo delgada a pesar de que no me corto mucho a la hora de comer, mis amigas siempre me dicen que menudo chollo tengo. Poco culo, ojalá tuviese un poco más, y piel muy blanca, herencia de mi madre rusa, supongo. Más o menos una chica normalita, del montón, nada que llame la atención.

Mientras me entretengo en esos pensamientos Alberto abre la puerta, desnudo y con bastantes ganas de fiesta por lo que se puede observar. Al entrar conmigo en la ducha, se coloca a mi espalda y siento su cuerpo pegado al mío.

—No tengo tiempo, amor. Debo terminar de ducharme y vestirme o no llegaré al bus, ya lo sabes, te lo compensaré por la noche—me disculpo esbozando mi mejor sonrisa, aunque en el fondo muriéndome de ganas de seguir dentro de la ducha con él.

—No me hagas esto, Lu, por favor—responde con desesperación en la voz.

Odio que me ponga esa carita de cachorrillo cuando quiere algo, sabe que me derrite. Sigue pegado a mí y al sentir su piel en mi espalda, mi

respiración se hace algo más intensa. Me tiemblan las piernas, se me erizan los pelos de la nuca y me muero de ganas de seguir donde estoy, aunque mi parte más racional toma el control.

—Cariño, de verdad, no puedo llegar tarde. Llevo poco tiempo en la empresa y tengo que causar buena impresión. Tengo que espabilar, en serio, por favor, para ya—me quejo ante su insistencia observando su expresión contrariada.

—¿Me explicas qué voy a hacer yo ahora?—protesta todavía con esa carita de cachorrillo que pone cuando quiere convencerme.

—Pues tú veras…tienes manitas y jabón—bromeo mientras me muero de ganas por volver a entrar—pero deja algo para esta noche, amor. De verdad, salgo que tengo mucha prisa, mua, te quiero cariño.

Intento no mirar demasiado mientras me seco a toda prisa y salgo del baño para evitar caer en la tentación de entrar de nuevo en la ducha, porque no será por falta de ganas. ¿Por qué tendré que ser tan responsable? Ya dicen mis amigas que perder un poco la cabeza de vez en cuando no me vendría nada mal.

—Cariño, te lo compenso por la noche, te lo juro—le grito mientras salgo por la puerta a toda prisa para no perder el bus—. Te quiero, chao, amor.

Todavía no sé cómo, pero llego a tiempo al bus y, durante el trayecto, puedo relajarme un poco. ¡Qué rabia me da tener que salir a toda prisa en situaciones como esa! Sacudo la cabeza intentando sacar el cuerpo de Alberto de la cabeza y trato de evadirme poniendo algo de música mientras sigo el recorrido de cada día hasta mi trabajo.

Soy consciente de que tendría que aprovechar el trayecto para leer un poco porque es un montón de tiempo que pierdo todos los días entre ir y volver. Sin embargo, soy incapaz de leer en movimiento, me mareo, no puedo evitarlo. Quizá algún día pruebe con un audiolibro, no lo sé, algo para sacar más partido a esos ratos perdidos.

Al llegar a la oficina, lo de la ducha es ya nada más que un recuerdo y ahora toca concentrarse en el trabajo.

Mi empresa ocupa dos pisos en un edificio de oficinas situado en el centro de Madrid. En el piso de abajo se hace el trabajo administrativo, seguimiento de ofertas y recursos humanos. En la parte de arriba están los despachos de dirección, la oficina técnica y los despachos de los comerciales tanto nacionales como de comercio exterior.

Yo estoy en seguimiento de ofertas, o comercial técnico interno como les gusta llamarlo en mi empresa en un intento de darle importancia. Mi grado en ingeniería eléctrica no me da para más, al menos de momento. El sueldo no es demasiado alto, de hecho es bastante ajustado, sobre todo para una ciudad tan cara como Madrid.

Alberto tampoco es que tenga un sueldo muy boyante, así que cada mes nos toca ajustarnos el cinturón y, después de pagar el alquiler y los gastos básicos, poco queda, menos mal que sus padres nos ayudan a veces con alguna cosa, lo que es de agradecer.

Me encantaría poder viajar con él, conocer otros países y otras culturas y perderme por el mundo a su lado. Siempre soñamos con ir juntos a Nueva York, aunque ahora mismo sé que es solamente un sueño.

Cuando envié mi currículum a la empresa esperaba trabajar en la oficina técnica, preparando los planos, haciendo cálculos técnicos y trabajando con programas de simulación. En fin, todo eso que nos dicen en la facultad que hacemos los ingenieros.

Te lo pintan muy bonito, pero al menos en mi empresa, la gran mayoría de los ingenieros estamos en seguimiento de ofertas o de comerciales técnicos. Los que trabajan de verdad como ingenieros son cuatro gatos y por lo que me cuentan mis compañeros de facultad, es así en casi todas las empresas. Me parece que en la carrera nos venden un poco la moto.

Ser mujer en un sector todavía muy machista tampoco ayuda demasiado, y que tus padres no te puedan pagar un máster de renombre ayuda menos aún. La educación pública da para lo que da, está muy bien, pero cada línea de un buen currículum vale un montón de miles de euros y luego eso se nota a la hora de entrar en los puestos, es lo que te destaca de los demás. Eso y tener buenos contactos, esto último mucho más importante que tu educación o tu inteligencia. Yo no tengo ninguna de las dos cosas así que me toca empezar desde abajo.

Rabia me da ver a algunos compañeros de facultad en puestos mucho mejores que el mío sabiendo que son unos incompetentes y unos inútiles, pero si tus padres te han pagado un buen máster o tienes enchufe para entrar en un sitio o en otro, pues ya se avanza mucho.

No sé si esa ventaja inicial se puede recuperar algún día a base de trabajo duro y de demostrar lo que realmente vales. Me levanto cada día pensando en que sí se puede, pero a juzgar por lo quemados que están

algunos de mis compañeros de trabajo a partir de los cuarenta años, ya no lo tengo tan claro.

La mañana va pasando dentro de la rutina habitual; clientes que tienen mucha prisa con el presupuesto, pero luego mucha menos prisa para decidir si aceptan o no la oferta, llamada tras llamada para seguir esas dichosas ofertas, secretarias que me dicen que la persona a quien llamo no se encuentra en ese momento, gente que te grita cuando tú no tienes la culpa de nada…la misma mierda de todos los días.

Cierro los ojos echando la cabeza hacia atrás y expulso poco a poco una gran bocanada de aire cuando, de repente, veo venir a Lourdes de recursos humanos hacia mi mesa.

—Lu, te llaman al despacho del gran jefe en la planta de arriba—indica con el rostro serio señalando hacia arriba con su dedo índice.

—¿El gran jefe? Lourdes, no me van a despedir, ¿no?—le pregunto con una cara de preocupación que es todo un poema.

Lourdes se ríe, es de las mejores amigas que tengo en la empresa, siempre muy atenta y dispuesta a echar una mano. Me ayudó un montón a integrarme desde el primer día, ojalá hubiese más gente como ella, aunque por desgracia no abundan, aquí cada uno va a lo suyo.

—Tranquila Lu, para despedirte no te llaman al despacho del gran jefe, eso te lo aseguro—trata de tranquilizarme sin éxito acariciando mi brazo derecho.

—Pero ¿sabes por qué me llaman?—insisto con preocupación.

—La verdad es que no tengo ni idea, Lu. A mí solamente me mandaron llamarte, no es cosa de recursos humanos, eso ya te lo digo. Solo sé que en el despacho está el mismísimo gran jefe, Marta, tu jefa y uno de los "VIP"—explica arqueando las cejas.

"VIP" es el nombre que les ponemos a los comerciales técnicos de internacional. Esos que se pasan el día viajando de país en país, en buenos hoteles, tienen un apellido compuesto que suena muy bien y ganan en un mes lo mismo que yo en todo el año.

—Joder, Lourdes, no puedo quedarme sin trabajo ahora!—mascullo mordiendo mi labio inferior—ya nos cuesta llegar a fin de mes como para perder uno de los sueldos. Me da algo, de verdad, necesito ese dinero.

Lourdes intenta tranquilizarme como puede, la verdad es que es un encanto de chica, aunque no hay quien me quite el miedo del cuerpo.

Al llegar al despacho del gran jefe, Lourdes se despide de mí deseándome buena suerte con un guiño de ojo y a mí me da un vuelco el corazón.

Llamo a la puerta con suavidad, casi de manera inaudible y muerta de miedo. Mis piernas temblando, con un nudo tremendo en el estómago y el corazón desbocado. Lo único que tengo en la cabeza es que no me pueden despedir.

—¿Se puede?—pregunto tímidamente con un hilo de voz.

—Señorita López Ivanova, adelante, la estábamos esperando—exclama el gran jefe en persona haciendo una seña con la mano para que me acerque.

Entro en el despacho caminando lentamente, con pánico y las manos sudando. Odio cuando tengo que dar la mano con sudor, pero no puedo evitarlo, cada vez que me pongo nerviosa me ocurre lo mismo, las manos se me llenan de una fina capa de sudor que me resulta de lo más incómodo. Eso cuando no se ponen directamente a temblar.

Mi jefa, Marta, que nunca me tuvo especial estima, me mira con una mirada extraña que no sabría ni siquiera empezar a definir. Es una mujer de unos cuarenta años y lleva desde hace tres la dirección del departamento de seguimiento de ofertas. A mí me da la impresión de que está un poco amargada, Sonia dice que es porque folla poco. No sé si es verdad, pero un poco amargada sí que parece.

En cualquier caso, es una déspota con todo el departamento y especialmente con las demás mujeres. Tiene narices que en vez de apoyarnos unas a las otras, nos trate así. En nuestro departamento recibe el nombre cariñoso de “la víbora”.

Es la primera vez que veo al gran jefe de la empresa en persona, pasa la mayor parte del tiempo encerrado en su despacho o en la planta de arriba con la oficina técnica y los comerciales. A nuestra planta no baja para nada y estoy bastante segura de que hasta hace diez minutos ni siquiera sabía de mi existencia.

Hago nota mental de si algún día llego a gran jefa de la empresa preocuparme en conocer a todos los trabajadores que tengo a mi cargo. Aunque como nunca llegaré a ese puesto, mi nota mental se puede autodestruir cuando ella quiera.

No puedo evitar fijarme en el grandísimo despacho, de esos que están puestos para impresionar a los clientes; una enorme mesa de reuniones, cuadros, imponente mesa de despacho con un gran sillón de cuero. La zona

puede dividirse en dos, dejando a un lado la sala de reuniones y a otro la mesa del jefe. Huele un poco a rancio y mi mente sigue saltando sin control, seguramente fruto de los nervios.

—Siéntese, por favor, Señorita López Ivanova—indica señalando a una de las sillas en la gran mesa de reuniones.

Me hace gracia que utilice también mi segundo apellido. En el piso de abajo todos me llaman Lucía o Lu. Como mucho, si es una situación más formal, Señorita López, pero el segundo apellido creo que es la primera vez que lo escucho en la empresa, posiblemente porque al ser ruso les suena un poco raro.

—Ya conoce a su superiora, Marta Llops—expone señalando con la cabeza a la víbora que me mira y me dedica una sonrisa más falsa que Judas—y le presento al director del departamento comercial internacional, el señor Carlos Díaz-Rábida.

Y allí estaba Carlos, impecablemente vestido, perfectamente afeitado. Su pelo parecía que acababa de salir de la peluquería y, al esbozar una sonrisa de auténtico actor de cine, dejó ver unos dientes perfectamente blancos y todos iguales. Ha debido hacer millonario a su dentista.

Reconozco que mi primera impresión fue pensar que tenía delante al tipo más superficial y estirado de toda la empresa.

El gran jefe retoma la palabra, sacándome de golpe de mis pensamientos.

—Señorita López Ivanova, me informan de que su madre es rusa y de que en su currículum ha escrito usted que es bilingüe en español y ruso—añade el director en su tono excesivamente formal.

Le contesto afirmativamente y le explico que he vivido en Rusia hasta los 15 años, momento en el que me vine a España a vivir con la familia de mi padre y por eso hablo ruso y apenas se me nota el acento al hablar español, salvo en contadas ocasiones. Prefiero no dar explicaciones de la familia absolutamente disfuncional que me ha tocado en suerte.

—Perfecto, perfecto. Además, tiene usted un grado en ingeniería eléctrica por la Universidad Autónoma y me dice su superiora que dispone de aceptables conocimientos técnicos sobre los servicios de ingeniería que presta nuestra empresa—sigue relatando en su tono ceremonioso.

¡Qué hija de puta, la víbora! “Aceptables” conocimientos técnicos. Me gustaría ver cuánto sabe ella de los servicios que ofrecemos. Respiro hondo

e intento centrarme antes de contestar al gran jefe con la mejor educación que puedo.

—Sí, al llevar un año en seguimiento de ofertas voy tomando contacto con todos los servicios de ingeniería que ofrecemos e intento formarme lo más posible para ofrecer un mejor servicio—respondo con seguridad.

Toma ya, si no me tiro flores yo misma en esta situación, no sé cuándo me las voy a tirar. Si me quieren despedir, por lo menos que les entren las dudas, porque ayuda de la víbora está claro que no voy a tener.

—Perfecto, perfecto—vuelve a decir el gran jefe.

Ese "perfecto, perfecto" me suena entre pretencioso y falso, pero es que estoy hecha un flan. Este hombre te clava los ojos en el alma y utiliza unos silencios tan largos que me ponen de los nervios. Mis manos siguen sudando y ahora tengo las piernas temblando por debajo de la mesa. Empiezo a sentir un nudo en el estómago, una losa en el pecho y tan solo me repito mentalmente una y otra vez que no puedo perder el trabajo. Necesitamos ese dinero.

—Le informo, Señorita López Ivanova, del interés de la empresa por entrar en el mercado ruso—continúa el gran jefe al que parece encantarle escucharse a sí mismo—. Hemos conseguido finalmente algunos proveedores que disponen de productos con certificado GOST y que cumplen plenamente la normativa EAC, lo que nos permitiría ofrecer nuestros servicios a las importantes empresas petroquímicas de ese país.

Asiento como si me estuviese enterando de algo y hago nota mental de en cuanto llegue al ordenador buscar en Google el significado de las siglas esas, si es que me acuerdo de ellas.

—El señor Carlos Díaz-Rábida parte mañana hacia San Petersburgo para participar en una importante reunión con una petroquímica de ese país, queremos que le acompañe en su viaje para facilitar la logística y hacer ver a los rusos nuestra buena voluntad y la importancia que damos a su mercado.

Mis ojos están en este momento como platos mientras intento procesar la información que acabo de escuchar y estoy segura de que se me ha quedado la mayor cara de boba que se puede tener. ¿Estoy escuchando bien? ¿Tengo que ir a San Petersburgo? ¿Mañana? ¿Con un presumido al que no conozco de nada?

¿Qué respondo ahora? Mi mente da mil vueltas valorando todas las alternativas, pero no consigo centrarme. Me da pánico. ¿Y si todo sale mal

y me echan a mí la culpa? Porque el estirado no se va a tragar el sapo si salen mal las cosas, eso va a ser cosa mía.

En cualquier caso, no me siento preparada, pero quiero aceptar el reto. Y mañana tenemos cena con la hermana de Alberto y su marido, bueno, vaya tontería, la cambiamos y ya está, pero es que mi mente está divagando demasiado y mis manos sudan cada vez más.

—Sí, por supuesto, para mi será un placer y un honor que cuenten conmigo—respondo sacando fuerzas de la desesperación con una seguridad que me sorprende a mí misma—. Haré todo lo que esté en mi mano para que la empresa pueda cerrar el contrato, por mi parte tengo total disponibilidad para viajar en el momento que se precise.

¿De verdad he respondido eso? Me sale en automático, sin pensar, fruto de los nervios, no formulo ni una sola pregunta, ni una duda, ni lo más básico, nada. ¡Qué horror!

—Perfecto, perfecto, Señorita López Ivanova. Esa es la actitud que quiero en mi empresa—tercia el gran jefe asintiendo con la cabeza—. Le pasarán todos los detalles logísticos, así como las dietas desde el departamento de recursos humanos. Ha sido un placer poder contar con usted.

Me lo dice señalando la puerta. No malgasta el tiempo.

De algún modo, dibujo en la boca mi mejor sonrisa y salgo del despacho con cara de atontada. Al salir observo a Marta, mi jefa, poner una mirada entre el odio y la incredulidad y no me extraña porque no me lo creo ni yo misma.

No me entiendo ni la situación en sí, ni que haya dicho que aceptaba por las buenas. Estoy segura de que la víbora, dentro de su asombro, estará pensando en el tortazo profesional que me voy a dar por ser una bocazas y aceptar una aventura para la que no estoy preparada.

El estirado no dijo ni una sola palabra, solo miraba fijamente y sonreía. No me da muy buena espina el tipo ese, lo observa todo como si quisiese leerte el pensamiento.

De camino hacia el ascensor para bajar al piso de abajo y me asalta Lourdes.

—¿Qué te han dicho?…cuenta…me muero de ganas por saber lo que ha pasado en ese despacho, no te dejes nada. ¿No te han despedido, no? ¿Tomamos un café ahora que está tranquilo y me cuentas? Total, tu jefa no bajará hasta dentro de un buen rato—exclama casi pegando saltos.

Así que, dicho y hecho, nos dirigimos a una pequeña zona destinada a los descansos. No es gran cosa, la verdad es que la empresa no se ha gastado demasiado dinero en ella; unas cuantas mesas y sillas, una nevera, un par de microondas y unas máquinas de café y cosas de picar.

Por lo menos, a esta hora está muy tranquila y se puede hablar con cierta calma.

—Pues no lo sé, Lourdes—admito encogiéndome de hombros—no tengo muy claro si he metido la pata hasta el fondo o es la oportunidad de mi vida. Me mandan a San Petersburgo con el VIP estirado ese de internacional.

—¿Carlos?—pregunta Lourdes alzando las cejas.

—Sí, el mismo, lo malo es que salimos mañana mismo a negociar no sé qué acuerdo muy importante con una petroquímica rusa, y yo tengo que ir a darle apoyo logístico porque hablo el idioma y para que los rusos vean que nos lo tomamos en serio, o algo así—confieso sin todavía creérmelo yo misma.

—¿Sales mañana?

—Sí, no tengo ni idea ni de lo que vamos a hacer allí. Al parecer, alguien de tu departamento se pondrá hoy en contacto conmigo para los detalles y mañana, durante el viaje, el tal Carlos, me pondrá al día de las negociaciones con la empresa rusa y lo que quiere que yo haga para él—explico intentando dibujar una sonrisa en la boca.

—¡Pero eso es la bomba, tía!—exclama Lourdes siempre con su eterno optimismo—lástima que no tengamos tiempo ni para celebrarlo.

—Ya lo celebraremos a la vuelta si todo sale bien—le interrumpo—¿sabes algo del tal Carlos?

—Sé que el gran jefe está como loco con él y que gana un auténtico pastón; el sueldo más alto de la empresa si contamos con el bonus, por encima incluso del propio gran jefe. Pero yo no te he dicho nada, ¿vale?—informa Lourdes con cara de preocupación levantando las manos—. Pide siempre un hotel con gimnasio y bueno, dentro de los niños mimados de la empresa, él es el más mimado de todos.

—Ya, me refiero como persona, Lourdes, al fin y al cabo, si me tengo que pasar el resto de la semana con él quiero saber cómo es como persona—aclaro mientras saco dos cafés de la máquina expendedora.

—Ya sabes, tiene fama de chulín y estirado y poco más sé de él. Está poco por la empresa, siempre de viaje—establece Lourdes antes de beber

un gran trago de café.

Me encanta oírla hablar con su acento gallego que no pierde a pesar de llevar varios años viviendo en Madrid.

Tras beber los cafés algo más rápido de lo que me hubiese gustado, me despido de ella para aprovechar al máximo el poco tiempo que me queda en la jornada de hoy. Debo terminar al menos parte de las ofertas que tengo abiertas para dejar el menor marrón a mis compañeros. Tendrán que repartirse mi trabajo entre ellos y, donde ya vamos bastante mal de tiempo, les voy a hacer una faena.

Al llegar a mi mesa y abrir el email, ya tengo allí un correo de recursos humanos anunciando que un coche pasará a recogerme por mi domicilio a las ocho en punto de la mañana para llevarme al aeropuerto, adjuntan incluso los billetes electrónicos. ¡Sí que se mueven rápido cuando quieren!

Desde Madrid, haremos una escala de dos horas en el aeropuerto de Ámsterdam y desde ahí a San Petersburgo. Adjuntan también la reserva del hotel en el que nos alojaremos y al abrir el documento adjunto casi me caigo de la silla.

¿El Grand Hotel Europa? Tiene que ser una broma, es uno de los mejores hoteles de Rusia, como poco nos vamos a dejar doscientos y pico euros la noche por persona, eso solo de habitación. ¡Vaya cómo tratan al estirado! Sí que va a ser verdad eso de que es el más mimado de todos los niños mimados de la empresa como decía Lourdes. Todos los gastos se pasarán a través de la tarjeta de crédito del señor Díaz-Rábida, es decir; el estirado.

Mi excitación y nerviosismo van en aumento, por un lado me muero de ganas de ir y demostrar lo que valgo. Quizá sea la oportunidad que estoy buscando, la que me pueda hacer ascender en la empresa. Tengo claro que algo así no se presenta a menudo y hay que aprovecharlo. Por otro lado, literalmente estoy cagada de miedo, para qué voy a decir otra cosa.

Son las cinco de la tarde y soy incapaz de concentrarme en nada de lo que hago. Tengo que hablar con Alberto.

Le llamo por teléfono a toda prisa porque debe estar a punto de salir y con cada tono que recibo sin contestación me pongo más nerviosa hasta que al final contesta.

—Hola amor, ¿qué tal el día?—responde con sorpresa—¿y esta llamada?

—Te espero en casa a las seis en punto, te debo algo desde esta mañana, si no llegas a tiempo empezaré sin ti—suelto del tirón antes de colgar el teléfono.

No puedo creer que esté pensando en sexo en estos momentos, pero la verdad es que ha sido un día tan loco que tengo la adrenalina a tope. Ahora mismo necesito estar con Alberto, que me acaricie, sentir su excitación, besarle.

Mierda, me estoy poniendo a cien y si no salgo ya la que no voy a estar a las seis en punto seré yo.

Para cuando consigo llegar a casa son las seis menos cuarto. Voy un poco justita de tiempo, Alberto no llegará hasta las seis, pero me da tiempo para una ducha rápida y preparar un poco el ambiente.

Tras ducharme a toda prisa enciendo unas velas y dejo la habitación en penumbra mientras le espero con un camisón que no deja mucho a la imaginación.

Mi excitación crece por momentos, es una mezcla de todo, el nerviosismo del viaje a Rusia, la ducha inacabada de esta mañana, saber que Alberto está a punto de llegar, que le estoy esperando ligerita de ropa, la habitación iluminada por las velas…todo junto creando una situación irresistible.

Al escuchar a mi novio entrar por la puerta, le digo que le espero en la habitación. Entra y me mira con cara de asombro, empezándose a quitar la ropa a toda prisa. Veo que tiene tantas ganas como yo, pero hoy tengo otros planes para él, quiero ir mucho más despacio, probar algo un poco distinto.

—Shhh—le digo poniendo mi dedo índice sobre sus labios—espera un poco, no tengas tanta prisa.

Me pregunto si notará que ese mismo dedo índice ha estado hace unos momentos resbalando por los míos, aunque no los de mi boca.

—Deja que yo te desnude, no puedes hacer nada hasta que yo te lo pida. Si lo haces, se acabó la fiesta y tendrás que acabar tú solito—amenazo con una sonrisa pícara.

Alberto asiente con la cabeza con una mezcla entre asombro y excitación.

Yo, por mi parte, le voy desabrochando la camisa, botón a botón, mientras le beso en el cuello y suspiro a su oído. Tras la camisa, llega el turno de los pantalones. Se los quito lentamente y le dejo en ropa interior frente a mí. Intenta quitarse los bóxer pero le recuerdo nuestro trato.

—Solo yo, nada de prisas—le recuerdo entre susurros.

Deslizo la yema de mis dedos por su pecho, acaricio sus pezones que se ponen duros inmediatamente al sentir mi tacto, percibo su respiración haciéndose más fuerte. Se va excitando cada vez más.

Veo que no puede aguantar mucho más, así que decido pasar a la acción.

Con mis dedos pulgares por dentro de la goma de sus bóxer, le quito su ropa interior lentamente. Bajo primero la parte de atrás de sus bóxer y a continuación, muy lentamente, la parte de adelante dejando que la tela de su ropa interior le roce. Le escucho gemir mientras acaricio su pubis poco a poco y hago círculos con mis dedos alrededor de su ombligo.

—Por favor, Lu, vamos a hacerlo ya—reclama con desesperación.

—Ni hablar de eso—respondo cortante—. Hoy vamos poco a poco, te tengo preparada una sorpresa.

Sigo deslizando mis dedos por su pubis, recorro con lentitud su entrepierna, acariciándole con un toque muy suave, tan solo rozando con la yema de mis dedos. Escucho su respiración agitada, me está costando a horrores ir tan lento, pero verle disfrutar de esta manera vale la pena.

Los dos estamos temblando en estos momentos, es hora de tomar una postura algo más cómoda. Coloco una toalla al borde de la cama y le digo que se siente en ella mirando al espejo de nuestro armario frente a nosotros. Alberto me obedece entre sorprendido y excitado.

Una vez que lo hace, saco un bote de aceite de almendras y vierto un poco sobre mis manos al tiempo que me siento detrás de él y empiezo a masajear sus hombros. Se relaja y se excita al mismo tiempo y, poco a poco, voy pasando por toda la espalda, con calma.

—Por favor, Lu, haz algo ya—me susurra impaciente entre gemidos.

Ahora le toca el turno a su pecho mientras los míos resbalan por el aceite en su espalda.

—Esto te va a gustar—le digo susurrando al oído.

Con suavidad, deslizo mis manos embadurnadas de aceite por su entrepierna, a continuación por sus muslos, de nuevo por su entrepierna.

Es increíblemente excitante ver en el espejo el masaje que le estoy haciendo, observar la cara de placer de Alberto y también la mía. En el espejo le veo con los ojos cerrados, disfrutando de mis dedos. Mi boca medio abierta, mordiendo de vez en cuando mi labio inferior, desconocía que hiciese ese gesto cuando me excito.

Yo, por mi parte, estoy casi igual de excitada que él, froto cada vez más fuerte mis pechos sobre su espalda volviéndome loca al sentir el roce sobre su piel.

No sé si es por el aceite, el espejo o la sorpresa, pero a Alberto le empiezan a entrar las prisas, demasiadas prisas, y alcanza su clímax mucho antes de lo que a mí me hubiese gustado.

—Fue una auténtica pasada Lu—admite con la voz entrecortada—súper intenso, no podía más.

—Ya veo, ya—respondo sonriendo aunque algo decepcionada.

La verdad es que no estuvo nada mal, me encantó verle disfrutar así, y lo cierto es que yo disfruté también, y mucho.

Sin embargo, me dan un poco de rabia esas situaciones en las que le entran las prisas y allí se acaba todo. Preferiría un poco más de calma, que piense también en mí y en mis necesidades.

Le limpio el aceite con una toalla y al acabar se va a la ducha a quitarse el resto. Se le nota tan relajado que dudo entre seguirle a la ducha o esperar. Al final opto por la segunda opción porque no creo que ahora mismo consiga nada, tendré que darle algo de tiempo para que se recupere.

Aprovecho su toalla para quitar el aceite de mi cuerpo y me pongo una camiseta básica blanca. Sé que a Alberto le gusta verme solamente con una camiseta, sin ropa interior y esta deja entrever la parte de debajo de mi culo. Y algo más si me agacho.

Además, tengo que hablar con él de la movida del viaje y cambiar las sábanas de la cama que, a pesar de la toalla que había puesto, la tenemos empapada.

Por fin sale de la ducha con una toalla a la cintura, le llevó su tiempo. Me encanta verle así, reconozco que un poco de gimnasio no le vendría mal, pero no me quejo.

—Alberto, tenemos que hablar de una cosa—indico una vez que entra en el dormitorio—mejor te sientas.

Me mira con cara de preocupación, como preguntándose qué ha hecho mal y me entra la risa.

—No es nada malo, amor—le tranquilizo—. Es un tema de la empresa.

—¿No te van a despedir no, Lu?—pregunta con preocupación.

—No, tranquilo, es que me ha salido un viaje de trabajo—explico con voz calmada, aunque en el fondo me muero de ganas de contárselo—. La empresa ha empezado a hacer negocios en Rusia y, aprovechando que hablo

bien el idioma y conozco su cultura, quieren que acompañe a uno de los comerciales a San Petersburgo. Salimos mañana.

Al escuchar mis palabras, su rostro cambia por completo, se ha ido la relajación.

—¿Mañana?—pregunta confuso.

—Sí, mañana. Ha surgido de repente, me enteré hoy mismo. Todavía estoy bastante asustada, pero creo que es una gran oportunidad. Ya sabes que aspiro a más dentro de la empresa, que me gustaría pasar a la oficina técnica, no quiero estar en seguimiento de ofertas toda la vida—confieso encogiéndome de hombros—. Si las negociaciones con la empresa rusa salen bien y se consigue el pedido tendré un bonus, y un dinerillo extra no nos viene nada mal.

Alberto me sigue mirando con ojos de incredulidad y me da la impresión de que está un poco tenso.

—Pero, mañana. ¿Y cuándo pensabas decírmelo?—pregunta con los ojos como platos.

Joder, ¡Cómo me molesta que no me escuche!

—¿Qué parte de "me enteré hoy mismo" no has entendido, Alberto?—pregunto agitada—. Te acabo de decir que me lo han dicho hoy, yo no sabía nada. Supongo que el viaje ya estaba planificado, pero a mí me lo propusieron hoy mismo, Alberto. Además, son solamente tres días, el viernes estoy ya de vuelta y, con un poco de suerte, podremos celebrar que las negociaciones han salido bien y que tendremos un bonus para gastar. No sé de cuánto será, pero un dinero extra nos viene de maravilla.

Alberto me sigue mirando como si fuese un espectro.

—Y, ¿te vas tú sola con un tío? ¿Ya les has dicho que sí?—insiste con incredulidad aunque ahora soy yo la que no me puedo creer lo que estoy escuchando.

—Alberto, por favor, no montes un drama. ¡Qué coño tiene que ver que me vaya sola con un tío! Ni que me fuese a violar, es un compañero de trabajo, que estamos en el Siglo XXI, joder a ver si te enteras. Es que lo estoy flipando contigo—contesto bastante enfadada alzando la voz

—Es que no sé, Lu, no me parece normal que de buenas a primeras te vayas tú sola de viaje con un tío de la empresa al que no conoces y además, que te enteres así, de repente.

—Joder, Alberto. Es mi carrera profesional, una oportunidad de mejora. Es un reto muy grande para mí. Te estoy diciendo que estoy asustada, que

no he tenido tiempo ni para pensarlo. En cambio tú, en vez de estar contento y animarme, me preguntas que si me voy sola con un tío, ¿eso es todo lo que te importa? Eres un imbécil machista—chillo enfadada ante su falta de empatía.

Al marcharme a la habitación y cerrar la puerta de un portazo me doy cuenta de que puede que haya sobre reaccionado un poco. No suelo gritar así, es cierto que tengo mucho temperamento, supongo que es la sangre rusa, pero es la primera vez que llamo imbécil a Alberto, y me arrepiento. De hecho, pocas veces discutimos, quizá por eso me siento tan rara, no tenía que haberlo hecho.

Sin embargo, todavía no me puedo creer la situación que acabo de vivir; vengo a casa toda emocionada, deseando contarle lo que me ha pasado en el trabajo, algo que puede ser una grandísima oportunidad para mí, para nosotros, y a él solamente se le ocurre preguntar que si me voy sola con un tío. No lo entiendo, por más que lo intento, no entiendo su egoísmo.

Sé que Alberto es algo celoso, recuerdo una vez que me encontré a un ex novio de la facultad y estuvo raro toda la tarde, pero hoy se ha pasado bastante, con lo bien que iba el día.

Yo también me pasé mucho con él, aunque no pienso pedirle perdón, al menos de momento, soy demasiado orgullosa y tengo mi corazoncito. Las actitudes machistas en el Siglo XXI me sientan muy mal, necesito que me apoye, que me tranquilice, no esto.

Lo que iba a ser una tarde especial se ha acabado convirtiendo en una mierda, así que aprovecho para hacer la maleta con la ropa que llevaré a San Petersburgo y relajarme un poco escuchando música. ¡Qué raro se me hace volver a la Madre Rusia! Hace ya doce años que no he estado allí.

Así voy pasando la tarde hasta que a las diez Alberto decide volver a hablarme.

—Lu, he preparado la cena, un risotto con setas de esos que te gustan. ¿Sigues enfadada?—me dice como si tal cosa. En el fondo es un buenazo. Y yo una cabezota orgullosa.

Cenamos sin hablar demasiado y le vuelvo a explicar que me acabo de enterar de lo del viaje, que puede ser una gran oportunidad para nosotros, que solamente son tres días y, finalmente, que es indiferente ir con un tío o con diecisiete porque es un compañero de trabajo y vamos a trabajar. La verdad, espero que lo entienda porque la primera sorprendida con su reacción he sido yo misma.

La “fiesta” que esperaba para esta noche en la cama se esfuma. Mi gozo en un pozo. No me apetece lo más mínimo, y creo que a él tampoco, en cualquier caso, no me vendrá mal una buena noche de sueño antes del viaje para estar fresca. Me juego mucho en este viaje y tengo que dar lo mejor de mí misma y demostrar lo que valgo para intentar que mi puesto de trabajo mejore.

Mesa para dos

Suena el despertador. Las siete de la mañana. Normalmente, cuando suena el despertador cada mañana me hago un poco la remolona, me cuesta salir de la cama, en cambio hoy me levanto como un resorte, casi de un salto.

Me doy una ducha rápida, con agua muy caliente, y desayuno. El olor del café recién hecho me reconforta, creo que me estoy volviendo una adicta al café. Alberto ya se está levantando también y le veo entrar en el baño.

Decido poner algo de mi parte en el proceso de paz y le preparo un café mientras repaso la lista con las cosas que tengo que llevar para el viaje.

Sí, soy una fanática de hacer listas, hago listas desde que tenía unos diez años, las hago para todo. Alberto dice que es un poco compulsivo, pero las listas me dan tranquilidad.

—Buenos días, amor, te he preparado el café—exclamo casi como una ofrenda de paz según entra en la cocina.

—Siento lo de ayer, Lu, no sé qué se me pasó por la cabeza, sabes que tienes todo mi apoyo, de verdad. Estoy seguro de que saldrá todo bien, les vas a dejar con la boca abierta cuando demuestres todo lo que vales.

Pero ¡qué bueno es! Si es que en el fondo Alberto es un cacho de pan y me quiere un montón, aunque a veces sea un poco machista. Debo aprender a ser un poco menos orgullosa.

—Yo también lo siento, me dejé llevar—me disculpo con una sonrisa—no te tenía que haber gritado así, nunca más, te lo prometo, es que estoy un poco nerviosa.

Y nerviosa es decir muy poco, porque en el fondo estoy cagada de miedo, no he tenido tiempo de prepararme mentalmente. No se pueden hacer las cosas así, a salto de mata. La perfeccionista dentro de mí me dice que esto hay que planificarlo con detalle. No sé todavía ni lo que quieren que haga en Rusia, porque no creo que me lleven solamente de traductora. O eso espero.

En cualquier caso, puede ser la oportunidad que estaba buscando, las oportunidades así hay que cazarlas al vuelo, según pasan. Quién sabe cuándo me darán otra, ya se encargará la víbora de que no me den muchas más si esta sale mal.

—Lo vas a hacer genial Lu—insiste Alberto para darme ánimos mientras se termina el café.

—Eso espero, amor—le respondo con un hilo de voz—no seas malo esta semana sin mí. Muaa, un besito para hacer las paces, que me tengo que ir, te echaré mucho de menos.

Decido bajar un poco antes no sea que el coche que viene a por mí se adelante. Hace un montón de calor en Madrid a pesar de ser por la mañana. En San Petersburgo también tendremos calor, y más humedad que en Madrid.

Las mujeres tenemos más recursos a la hora de vestir con calor, dentro de la sobriedad de ir vestida para una reunión, podemos ir más fresquitas. Pero, el estirado lo va a pasar mal con la chaqueta y la corbata en San Petersburgo.

El coche que envía la empresa pasa a recogerme cinco minutos tarde y ya estaba de los nervios. Todavía no me he hecho a la idea de este viaje y empezamos con un retraso, debe de ser el Karma por llamar imbécil ayer a Alberto, estoy segura.

El conductor me comenta que había mucho tráfico y que, de camino al aeropuerto, recogeremos al señor Díaz-Rábida. Es un hombre muy majo, habla y habla de todo un poco, del tráfico de Madrid, del calor. Me pregunta que si voy a empezar a viajar más a menudo al tiempo que sube el aire acondicionado diciendo que al señor Díaz-Rábida le gusta el coche "fresquito" cuando se monta en él.

Al parecer le lleva y le recoge del aeropuerto casi todas las semanas. Se disculpa por ir un poco rápido, pero es que el señor Díaz-Rábida valora mucho la puntualidad.

—Se enfadará un poco si llego tarde a recogerle—afirma con cara de preocupación.

Ya me está cayendo mal el señor Díaz-Rábida este. Puto estirado.

De todos modos, tomo nota mental de lo de la puntualidad. Es uno de mis puntos débiles y lo que me faltaba es que se enfade conmigo en mi primer viaje porque se me pegan las sábanas.

El conductor para el coche y se baja en una zona de chalets caros a las afueras de Madrid. Todo tranquilidad y coches de marca con hombres de traje y corbata saliendo de las casas. Nada que ver con la zona bulliciosa donde yo vivo.

—Buenos días, señor Díaz-Rábida, me alegro de volver a verle—escucho decir al conductor.

—Llega tarde Martínez. Espero que no haya demasiado tráfico hasta el aeropuerto, salimos de la T-4 esta vez—es toda la respuesta que obtiene.

Puf, ¡qué estirado es el tío! Su tono de voz es cortante y habla con autoridad, como si estuviese dando órdenes.

Entra en el coche sentándose a mi lado y al mirarle me llevo una sorpresa mayúscula; esperaba verle con su impecable traje y corbata, pero entra de vaqueros y camiseta negra. No sé por qué ya me lo había imaginado mentalmente todo trajeado y verle informal es un pequeño shock para mí.

—¿Pasa algo?—Me dice mirándome fijamente.

Se me debió notar mucho la mirada atónita.

—No, perdone señor Díaz-Rábida. Buenos días, es que estoy acostumbrada a verle de traje y corbata y no esperaba que viajase tan de sport.

Decido decirle la verdad sobre mi cara de sorpresa, aún a riesgo de que no le parezca bien, más que nada porque no se me ocurre otra cosa mejor que decir en esos momentos. Decido también darle los buenos días antes de contestar, porque él ni buenos días ni nada.

—Llámame Carlos y trátame de tu, por favor, si vamos a trabajar juntos es mejor dejar a un lado las formalidades excesivas. ¿Puedo llamarte Lucía?—pregunta esbozando una sonrisa capaz de derretir un iceberg entero.

Será un estirado, pero irradia seguridad por cada uno de los poros de su piel. Mi abuela materna, la rusa, decía que las personas tienen una energía invisible, pero que se deja sentir en los demás y que aquellos con mayor energía son capaces de llegar más lejos en la vida si se lo proponen.

Carlos Díaz-Rábida se había quedado con toda la energía para él solito.

—Por supuesto, Carlos, por mi parte mucho mejor sin formalismos, así es más fácil—respondo con una sonrisa un poco forzada.

—Perfecto entonces, Lucía. En el aeropuerto mientras tomamos un café te pondré al día de algunos detalles de las negociaciones. Luego tenemos dos horas en Ámsterdam, conozco un buen sitio para comer, no nos harán esperar y es tranquilo, algo no demasiado fácil de encontrar en un aeropuerto tan transitado. Durante los vuelos me gusta trabajar concentrado, te ruego que no me interrumpas si no es estrictamente necesario. Por cierto, es un verdadero placer viajar contigo a tu patria.

Al decir esta última frase su cara se transforma en una sonrisa, pero ¡qué sonrisa! La sonrisa más encantadora que he visto en mi vida. Estoy segura de que este tipo se ha pasado literalmente miles de horas delante de un espejo ensayando esa sonrisa.

Seguridad, ternura, confianza, encanto. Todo en uno. ¡Pedazo de sonrisa!

Tiene que haberse notado la cara de boba que he puesto.

El hecho de que tenga unos labios absolutamente perfectos ayuda bastante; su labio inferior, algo más grueso que el superior, es de esos que te apetece morderlos. De paso sigo pensando que, por el camino, debió hacer millonario a su dentista, porque esos dientes no pueden ser naturales de ninguna manera, todos igualitos, tan blancos que podrían iluminar una habitación por la noche sin necesidad de encender las luces.

O quizá es que lo de oír que vuelvo a mi patria me toca la fibra sensible.

O ambas cosas.

—Facturaremos las maletas y una vez pasados los controles de seguridad podremos parar a tomar un café si te apetece—indica dando por sentado que se hará tal y como él dice.

Deja claro en todo momento quién está al mando, pero de manera sutil. Habla con autoridad, aunque sin imponer.

Mientras estamos en la cola para facturar las maletas y sacar las tarjetas de embarque aprovecho para fijarme un poco más en él. Cuando estuvimos en el despacho del gran jefe apenas había reparado en sus características físicas, solo veía un estirado con traje y corbata y estaba demasiado nerviosa como para ver mucho más. Además, Carlos apenas había intervenido en la reunión, pasó totalmente desapercibido, solo observando, siempre observando.

Lourdes me dijo que tiene cuarenta años aunque aparenta algo menos. Hoy viste muy juvenil, con unos vaqueros, unas zapatillas de deporte blancas de marca y una camiseta negra ajustada. El reloj, deportivo pero carísimo.

Viste de sport, pero muy estudiado y la camiseta negra le queda de lujo. Lourdes ya me había comentado que siempre que viaja pide gimnasio en el hotel y lo cierto es que se le nota. No está grande, pero sí muy bien definido.

La camiseta negra marca las líneas de sus pectorales y eso me encanta en un hombre. Hasta las mangas de la camiseta llegan al punto en el que

marcan el principio de sus bíceps cuando dobla los brazos, pero sin enseñarlos, solamente insinuando. Seguro que se ha pasado horas eligiendo camiseta, para que las mangas quedasen justo en ese punto.

Yo sigo muy nerviosa con el viaje, pero a este tipo no parece afectarle lo más mínimo, imagino que los viajes de trabajo a otros países se han convertido en parte de su rutina, una parte de su vida. Al fin y al cabo, es algo que hace casi todas las semanas, vaya chollo de trabajo, ojalá tuviese yo uno así.

Por fin nos dan las tarjetas de embarque y facturamos las maletas. Las colas para pasar el control de seguridad del aeropuerto y acceder a la zona de embarque se me hacen eternas y el hecho de que me abran la maleta no ayuda nada. El encargado de seguridad me echa la bronca porque llevo un bote de champú demasiado grande en el equipaje de mano, por esta vez me deja pasar, pero me avisa de que la próxima vez lleve uno más pequeño y en una bolsa transparente.

Carlos solamente observa la situación, como hizo en el despacho del gran jefe. No sé si está sorprendido, cabreado, divertido o no le importa en absoluto. Si no quiere, es capaz de no transmitir ningún sentimiento, algo que me asusta un poco y, tras pasar el control de seguridad, me lleva a un pequeño café con bastante poca gente.

—Tomaremos un café y te explico los detalles del viaje y de la oferta a los rusos. ¿Cómo quieres el café?—pregunta dando por sentado que quiero uno.

No me da opciones, solo órdenes. De manera educada y sutil, pero órdenes al fin y al cabo. Yo soy bastante independiente por naturaleza, mi abuela materna decía que soy un espíritu libre, como ella, y no llevo bien que me den muchas órdenes, así que no sé yo cómo puede acabar esto. Tendré que controlarme porque me interesa mucho que todo termine bien.

Mientras tomamos el café me comenta algunos detalles de la oferta técnica que haremos a la empresa rusa; es para una ampliación de una importante planta petroquímica y hace mucho énfasis en que puede ser la primera piedra en futuros contratos en ese país, tanto con esta empresa como con otras.

Me deja muy claro que será él quien lleve todo el peso de la negociación, que se realizará en inglés. Mi misión es, poco más o menos, saludarles en ruso, sonreír, tomar notas y encargarme de cualquier tema

logístico que pueda surgir durante nuestra estancia, pero no debo meterme en la conversación en ningún momento.

Directamente me dice que no cree que sea necesaria mi presencia y así se lo ha dicho a nuestro director gerente, aunque se alegra de que le acompañe en el viaje ya que demostramos a los rusos nuestro interés por el contrato.

Es decir; que voy de mujer florero, poco más o menos. O de rusa florero, porque parece que me llevan solo porque soy la única rusa de la empresa. Menudo plan, voy a tener que aprovechar cualquier oportunidad para hacerme valer. A ver si puedo demostrarle algo al estirado, aunque tiene pinta de que es de los que no se dejan impresionar fácilmente.

El caso es que te lo dice con tal seguridad y con una sonrisa tan mona, que en ese momento casi te dan ganas de darle las gracias y de paso un abrazo. O un beso.

Joder, que poco menos me acaba de insultar educadamente, que me lleva para decir "hola" en ruso y pedir la comida. Y yo aquí, asintiendo con la cabeza como diciendo "qué bien que me llevas de excursión, Carlos".

Al terminar con los detalles de las reuniones me pregunta por mi experiencia en la empresa. Le comento que llevo relativamente poco tiempo, que me dedico a seguir las ofertas nacionales y, muy de vez en cuando, alguna fuera de España y que me gustaría trabajar en la oficina técnica.

Me mira y sonríe asintiendo con la cabeza, aunque no hace comentarios. Se pierde a veces en silencios muy largos, normalmente no me molestarían, pero no sé si es por el nerviosismo o por la energía que desprende, cada vez que hace uno de esos silencios me pone de los nervios.

—Y tú, ¿qué tal en tu departamento? Menudo chollo de trabajo tienes, ¿no? Siempre viajando por el mundo, con lo que a mí me gusta viajar y encima con sueldazo y eres el jefe del departamento—exclamo con una sonrisa intentando mantener la conversación y parecer maja.

Grave error.

Pregunta equivocada.

Me mira fijamente y por un momento se le borra la preciosa sonrisa de la boca. Creo que acabo de tocar su punto sensible y no debía haberlo hecho.

En una fracción de segundo se recompone, casi no te das ni cuenta, y vuelve a sonreír y a irradiar seguridad, pero tengo la impresión de que es

puro teatro; por algún motivo está dolido por lo que acabo de decir, simplemente tiene mucho autocontrol y no lo deja ver.

—Puedes creerme, Lucía, no es ningún chollo—responde con voz calmada y el rostro serio—. Quizá el primer año, cuando tienes veintitantos como tú y toda la vida parece una aventura, pueda estar bien, pero luego es de los trabajos más duros que te puedas imaginar. ¿Sabes que muchos comerciales internacionales acaban con problemas de alcoholismo?

No sé qué decir, me arrepiento de haber hecho el comentario y solo me quedo mirando.

—Prácticamente vivo en una maleta—continúa Carlos—. Rara vez estoy por semana en casa y, a veces, ni siquiera los fines de semana. Yo estoy casado y tengo un hijo de once años, soy consciente de que gracias a este trabajo les puedo dar una buena vida, es cierto, pero el precio a pagar es muy grande, enorme.

En estos momentos no sé dónde meterme, simplemente espero que la tierra se abra y me trague lo más rápido posible, me quedo petrificada mirándole y solo acierto a pedir perdón.

—No pasa nada, Lucía—me asegura recuperando su sonrisa—. Ya casi estoy acostumbrado a esos comentarios, la gente se piensa que este trabajo es una maravilla, cuando en el fondo es muy duro. El jefe y los accionistas de la empresa lo valoran porque traemos mucho negocio, pero sabemos que el resto de la empresa no lo hace.

—No, ¡qué va!, sí que se valora y mucho—miento para quitar un poco de hierro a la conversación que ya está algo tensa.

Carlos me sonríe y me mira a los ojos. ¡Qué sonrisa tan mona tiene! Me gustan los hombres que te miran a los ojos.

—¿Cómo nos llamáis en la empresa, Lucía?—pregunta de repente sin tensar ni un músculo.

La verdad es que en ese momento estoy mirando su sonrisa y no prestando atención a sus palabras, pero antes de que le tenga que pedir que por favor me lo repita, que estaba distraída con su encantadora sonrisa, él mismo contesta a su pregunta.

—¿No nos llamáis “lameculos”?—insiste arqueando las cejas.

Me quedo atónita, sigue sonriendo, pero me ha cortado el rollo. Es una situación un poco incómoda, lo cierto es que sí les llamamos “lameculos” y también lo hacen en otras empresas. Supongo que es porque su trabajo

requiere muchas comidas y cenas, e imagino que otras cosas, y hay que hacerles creer a los clientes que son especiales.

—No, ¡Qué va! ¡Para nada! De hecho, os llamamos los VIP—miento de nuevo para escapar como puedo de la situación, aunque no soy muy buena disimulando.

—Buen intento—concede sonriendo de nuevo—. Eres muy rápida. La verdad es que sí tenemos que mantener en todo momento una buena sintonía con nuestros clientes. A veces me gustaría darles con una silla en la cabeza, pero hay que controlarse y seguir sonriendo. En cualquier caso, "hacer la pelota" es solamente una pequeña, pequeñísima, parte del trabajo. Tienes que marcar una distancia, darles seguridad y mantener un tono cordial en todo momento, algo que no es nada fácil, ya te darás cuenta.

Menos mal que tenemos que embarcar en el avión porque la conversación no me está gustando nada, no pensaba que se fuese a sincerar conmigo de esa manera porque nos acabamos de conocer, pero está claro que ese tema le toca de lleno.

Durante las dos horas y media del vuelo a Ámsterdam se dedica a lo que ya me había anunciado; trabajar en proyectos. Pasa tablas y tablas de Excel con un montón de colores y fórmulas mientras yo dejo pasar el tiempo como puedo; pensando en la conversación que acabamos de tener, leyendo una revista, mirando a la nada, mirándole a él.

Al llegar al aeropuerto de Schiphol, en Ámsterdam, bajamos del avión y Carlos pronto toma un camino diferente del resto de los pasajeros.

—Sígueme, conozco un restaurante pequeñito en una zona tranquila del aeropuerto, seguramente habrá poca gente—indica haciendo un gesto con el dedo.

Parece conocer el aeropuerto como la palma de su mano y menos mal porque es enorme. ¡Pedazo de aeropuerto! Según vamos pasando por las distintas puertas de embarque y sus monitores no puedo evitar fijarme en que tienen vuelos a todos los sitios del mundo, incluso a los lugares más recónditos. ¡Cuánto me gustaría poder visitarlos todos!

Al fin llegamos al restaurante y, tal como Carlos había dicho, hay poca gente, principalmente pilotos y azafatas de varias líneas aéreas. El camarero le saluda en inglés y le pregunta si quiere lo de siempre. Me hace gracia que le llame "Mr. Carlos".

Curiosamente "lo de siempre" es una hamburguesa de buey sola, sin ningún tipo de condimento; carne y pan a secas. Pensaba que tomaría algo

más sofisticado. Él, por su parte, ha debido de adivinar lo que estaba pensando porque me asegura que las hamburguesas de ese restaurante están deliciosas, pero que puedo pedir lo que quiera así que me decido por un sándwich vegetal que, por cierto, está buenísimo.

—¿Vienes mucho por aquí?—pregunto con curiosidad—parece que te conoces el aeropuerto al dedillo y el camarero sabe cómo te llamas y lo que sueles comer.

Carlos sonríe de nuevo.

—Sí, Ámsterdam es el aeropuerto donde solemos hacer las conexiones a otros países por la cantidad de vuelos que tiene hacia cualquier parte del mundo. Es un aeropuerto que, a pesar de ser muy grande, es muy cómodo y a mí me gusta mucho, tanto el aeropuerto como la propia ciudad. Incluso si se cancela algún vuelo trato de volver a Ámsterdam y reorganizar el viaje desde aquí—explica sonriendo y sin perder el contacto visual en ningún momento.

—Yo nunca estuve en Ámsterdam—confieso—me encantaría, dicen que es una ciudad preciosa, con sus canales y plazas. ¿Sabes que San Petersburgo está también lleno de canales? Te va a gustar la ciudad, la conozco bastante bien, ya verás en las dos tardes libres te puedo enseñar un montón de sitios, algunos que no son los típicos de los turistas. Bueno, no sé si ya has estado en San Petersburgo antes con todo lo que viajas—le digo esperando no haber metido la pata, a ver si va a conocer San Petersburgo mejor que yo…

—No, nunca he estado, no viajo demasiado fuera del trabajo y cuando lo hago es a sitios de sol y playa—reconoce dando un nuevo bocado a su hamburguesa de buey—. De todos modos, no creas que lo normal de estos viajes es tener dos tardes libres como vamos a tener nosotros, normalmente va todo muy comprimido y solamente conoces de la ciudad lo que te quieran enseñar tus anfitriones, y a veces nada. Hay ciudades en las que he estado varias veces y no conozco casi nada de ellas.

Me da un poco de pena esa respuesta, aunque Carlos no parece inmutarse lo más mínimo al decirlo, es como si lo considerase algo normal, algo rutinario.

—¿Pero, no sientes curiosidad por conocer más esas ciudades? Aunque sea después de cenar o antes de empezar la reunión. No sé, siempre habrá algo de tiempo libre, creo que si yo tuviese un trabajo así buscaría tiempo hasta de debajo de las piedras para poder conocer un poco más las ciudades

a las que viajo—admito imaginando la cantidad de oportunidades que se le presentan todos los años de conocer otros países y culturas.

Carlos solamente sonríe y me informa de que normalmente hay poco tiempo libre y que prefiere utilizarlo en ir al gimnasio del hotel para quemar la tensión de los viajes y de las negociaciones. Me comenta que para él es importante estar en forma porque son muchas comidas y cenas fuera de casa y un trabajo muy estresante con largas horas tanto de viaje como de reuniones.

—Ya se nota, ya—respondo e inmediatamente me arrepiento de haberlo dicho.

¿Qué coño acabo de decir? Me pongo roja como un tomate, no me lo puedo creer, se va a pensar que le estoy tirando la caña.

—No te preocupes Lucía, es muy halagador que una chica tan joven piense que a mis años estoy en forma—me dice con esa sonrisa irresistible. Me parece un poco coqueto, porque tiene que saber que está muy bueno.

Durante unos segundos solamente le miro; irradia seguridad y energía por los cuatro costados. Sus ojos no son especialmente llamativos, pero te mira siempre de manera directa y llaman la atención.

Esos segundos de silencio me parecieron eternos, pero fascinantes.

—¡Qué curioso!—exclama de repente.

—¿Qué es curioso?—le pregunto confusa.

—Tus pendientes, nunca había visto esa forma. Son muy bonitos.

Al decírmelo, separa mi pelo suavemente con el reverso de su mano para verlos mejor rozando ligeramente mi mejilla y mi cuello. Sin querer cierro los ojos, es un contacto levísimo, pero es como si con ese toque me hubiese transferido parte de su tremenda energía y no estaba preparada para ello. Espero que no se haya dado cuenta.

Le miro a los ojos y siento su mirada clavada en mí, siempre con esa sonrisa encantadora. Empiezo a sentir cosas que no tendría que estar sintiendo, pero ese brevísimo roce con sus dedos en mi piel ha sido tan sensual y cargado de energía que no puedo evitarlo.

Su mirada cambia de repente y se dirige disimuladamente hacia mis pechos. Adivino por qué, esa carga sensual se deja ver a través del sujetador y la camisa. No es mucho, pero sí lo suficiente para que se note. Creo que Carlos se da cuenta y retira rápidamente su mirada.

No estoy muy segura de lo que siento en este momento, me parece increíble que me haya mirado los pechos, pero al mismo tiempo me ha

gustado.

Él se da cuenta de que me siento incómoda y levantándose me dice que mejor nos vamos ya hacia la puerta de embarque. Menos mal, porque si seguimos allí me da algo.

Apenas hablamos durante el tiempo que resta hasta la salida del vuelo y, por supuesto, no le interrumpo en su trabajo durante el trayecto de Ámsterdam a San Petersburgo.

Aprovecho para pensar sobre lo que ha pasado. Está claro que él estaba un poco avergonzado, a fin de cuentas, su mirada no tendría que estar en los pechos de una compañera de trabajo. Yo, al principio también lo estaba. Bueno, sigo estándolo de alguna manera, pero un montón de pensamientos se agolpan a la vez y a toda prisa por mi cabeza.

En el fondo fue bastante excitante, muy excitante. Quizá eso es lo que más me molesta, ha bastado un leve toque de un extraño en mi mejilla y mi cuello para ponerme a cien y el hecho de que se haya dado cuenta de que me había gustado, me ha puesto aún más a cien.

Alberto no consigue eso ni en broma. Joder, es que no hizo nada, pero nada de nada, me rozó con el reverso de su mano y yo estaba derretida.

Quizá, simplemente, lo que me gustó fue que la situación está totalmente prohibida; tengo pareja y Carlos es un compañero de trabajo, está casado con un hijo, nos acabamos de conocer, me saca unos cuantos años. Nada encaja.

Pero, en ese momento, me sentí como una adolescente ante su primera caricia.

Solamente pensar en cómo retiró con delicadeza mi pelo, en su mirada, en el olor de su mano, me hace enloquecer. Me tapo con la manta de la aerolínea y finjo dormir. Carlos está concentrado en sus hojas de cálculo, pero al fin y al cabo está a mi lado, no quiero que se dé cuenta de que mis pezones se vuelven a notar a través de la camisa.

Cierro los ojos, no me puedo quitar de la cabeza ese momento mágico y a la vez vergonzoso. ¿Qué pensará de mí? ¿Le habrá dado alguna importancia? ¿Habrá sentido algo también?

Me gustaría pensar que Carlos pudo sentir algo tan intenso como yo, tenía que haberme fijado cuando se levantó, pero si me pilla haciendo algo así me da algo.

Me sorprendo a mí misma imaginándole desnudo, con su cuerpo bien definido en gimnasios de medio mundo. Estrechándome entre sus brazos,

sintiendo el calor de su piel, percibiendo ese olor. ¡Qué bien huele! Tengo que parar, está mal, muy mal.

Es solamente una fantasía, pero ¡madre mía! ¡qué fantasía!

Por los altavoces del avión anuncian que pronto tomaremos tierra en el aeropuerto de San Petersburgo. Menos mal, porque mi fantasía iba corriendo demasiado rápido por su cuenta.

Al aterrizar tomamos un taxi y Carlos me informa que me pasa el testigo.

—Es tu turno—indica sonriendo.

Le pido al taxista que nos lleve hasta el Grand Hotel Europa en Nevsky Prospeck. Se queda perplejo de que hable ruso ya que me acaba de ver al entrar en el taxi hablando en español con Carlos y le explico que nací y crecí en Rusia para irme luego a España que es donde vivo ahora. Se anima y no para de hablar, me comenta los cambios en la ciudad en los últimos años y me pregunta por España. Carlos nos mira con cara entretenida, aunque no entiende ni palabra.

—Me encanta oírte hablar en ruso, es muy interesante—me dice según llegamos al hotel.

¡Y qué hotel!

Casi me da algo al verlo. Inmenso, espectacular, solamente la entrada ya es de película.

Por la sonrisa que se le escapa, Carlos debe darse cuenta de la cara de tonta que estoy poniendo.

—Antes de que me preguntes, no suelo quedarme en hoteles de esta categoría, porque con la imagen que tienes de mi trabajo seguro que te piensas que es siempre así—explica sonriendo y guiñando un ojo.

—Supongo que tengo que creerte, Carlos—respondo encogiéndome de hombros mientras sigo admirando la entrada del hotel.

—La empresa quiere dar una muy buena primera impresión de cara a la reunión, y el hotel es parte del juego—expone serio.

—Pues yo estoy impresionada—admito con los ojos como platos, aunque creo que no hace falta que se lo confirme.

No sé en el caso de Carlos, pero yo estoy viviendo en un sueño, jamás había estado en un hotel así. Solamente el hall del hotel es como para desmayarse mientras lo admiras, sus techos enormes, las columnas, el mobiliario, los espejos. Me siento como una niña, creo que después de ver ese hall ya puedo morirme.

Subimos a las habitaciones y son, como no esperaba menos, también increíbles, mezclan un estilo clásico y señorial con todas las comodidades que esperas encontrar en un hotel de esta categoría.

Las vistas desde la ventana son fantásticas, aprovecho para sacar algunas fotos y ponerlas en Instagram para dar algo de envidia a mis amigos cuando suena una llamada.

—¿Tienes hambre Lucía?—pegunta la voz de Carlos a través del teléfono. ¡Madre mía! Su voz por teléfono es tan sensual que te derrite. La verdad es que sí tengo un poco de hambre, tenía que haberme informado de dónde podíamos comer bien y barato en las inmediaciones del hotel. Fallo mío y ahora no sé muy bien qué contestarle.

—Hola Carlos. La verdad es que tengo un poco de hambre, pero también estoy bastante cansada del viaje. ¿Saldría muy caro tomar un sándwich en la cafetería del hotel?—pregunto tímidamente.

Vaya comienzo, pensará que soy una gastiza porque en este hotel un par de sándwiches pueden costar la mitad de mi sueldo.

—Bueno, yo te iba a proponer pedir la cena al servicio de habitaciones y cenar en la terraza de mi habitación—interrumpe Carlos ante mi sorpresa—. Hace una noche espléndida y las vistas son magníficas, así podremos ir a descansar temprano y estar frescos para la reunión de mañana.

¿Servicio de habitaciones? ¿En la terraza de su habitación? ¿Pero su habitación tiene terraza? Porque la mía no.

—Vale, genial—es todo lo que me sale en ese momento.

De nuevo, he debido de parecer un poco boba aunque creo que ya se está acostumbrando y me parece que a estas alturas no debe de tener muy buen concepto de mí.

—Te espero en media hora para que te dé tiempo a darte una ducha, si te apetece y colocar tus cosas en el armario—se despide con su voz sensual.

Mientras me ducho voy pensando en qué me pongo. Es simplemente una cena con un compañero de trabajo, pero no sé por qué quiero estar guapa. De pronto, escucho la ducha en la habitación de al lado, al otro lado de la pared.

No puedo evitar pensar que Carlos está allí, desnudo, enjabonando su cuerpo. Percibo el olor a lavanda del gel que ha puesto el hotel en el baño, es un olor fabuloso, relajante. ¿Estará Carlos usando el mismo gel? Seguro que no, se habrá traído un gel de marca.

Intento controlarme un poco, no sé qué me pasa. Desde lo del aeropuerto de Ámsterdam estoy como una cría adolescente. ¿En serio estoy teniendo fantasías con un compañero de trabajo, casado y mucho mayor que yo?

¡Por favor! Que tengo pareja estable y él está casado y tiene un niño.

Pero, por otro lado, me siento más viva que nunca. Es una sensación que no sentía desde hace un montón de años, esa ansiedad y emoción de las primeras citas cuando alguien te gusta mucho y te da miedo ser rechazada. Llevaba mucho tiempo sin sentir algo así aunque lo peor de todo es que no tendría que estar sintiéndolo.

Me visto con unos vaqueros azules y una blusa blanca. Esta vez me aseguro de ponerme un sujetador con bastante relleno para no tener contratiempos, no hace nada de frío y no lo puedo poner como excusa.

Llamo a su puerta y me abre casi al instante, lo primero que veo es que su habitación es bastante mejor que la mía, y lo de "bastante" se queda corto. Vaya, vaya, está claro a quién quieren cuidar en la empresa. Recuerdo las palabras de Lourdes el día antes de partir, "de los niños mimados de la empresa, él es el más mimado".

—Pasa Lucía—indica haciendo un gesto con la mano sin perder esa eterna sonrisa tan cautivadora—me he tomado la libertad de pedir la cena para no perder tiempo, espero que no te moleste.

—Vale, no hay problema—respondo abriendo los ojos como platos—¡Sorpréndeme!

Es lo que le digo, aunque no lo que pienso. Lo que de verdad pienso es que prefería haber elegido yo, porque soy muy, pero que muy, complicada para las comidas.

Cuando me lleva hasta la terraza, pienso que voy a morir de emoción. ¡Qué pasada! Su habitación tiene una terraza preciosa con una mesa y dos sillas. No es grande, pero sí tiene el tamaño justo para una cena romántica.

Decir que las vistas al casco antiguo de la ciudad son fantásticas es quedarse cortísimo, casi un insulto para lo que se puede ver desde esta terraza. Bajo una luna casi llena, en una noche clarísima podemos divisar algunos de los monumentos más famosos de San Petersburgo, todos iluminados. Es como estar viviendo el más fantástico de mis sueños.

No puedo dejar de imaginarme cómo sería un fin de semana romántico en esta habitación, desayunando en esa terraza después de hacer el amor por la mañana y antes de ir de compras por las mejores tiendas de la ciudad.

Algo que seguramente nunca podré permitirme y se quedará tan solo en mi imaginación, pero es que soy muy soñadora, y esto me está derritiendo.

Una llamada a la puerta me saca de mis ensoñaciones. Entra el camarero y, en un abrir y cerrar de ojos, coloca un mantel en la mesa, con sus servilletas y los platos dejando un carrito auxiliar con unas fuentes.

—*Balshoye spaseeba*—le dice Carlos al tiempo que le da una buena propina a juzgar por la cara de alegría del camarero.

—No hablarás ruso ¿no?—pregunto con cara de asombro.

Carlos se ríe distendido y me responde que no, que solamente sabe decir muchas gracias, hola, adiós y un par de cosas más. Me comenta que a cualquier país donde va, aunque se comunique en inglés, siempre quiere ser capaz de decir muchas gracias, buenos días y alguna frase muy sencilla en ese idioma, en señal de deferencia y respeto hacia su cultura.

¡Qué mono es! Me derrite.

—Siéntate por favor, Lucía—indica señalando a la mesa—. Tenemos unas bonitas vistas, ¿verdad?

—¿Bonitas? Se podría matar por tenerlas—admito todavía sin poder creer en dónde me encuentro.

Es una tarde preciosa y lo de cenar en su terraza me empieza a parecer una idea excelente.

—Bueno, sorpréndeme, Carlos, ¿qué has pedido? Hamburguesa de buey no, ¿verdad?—bromeo para romper un poco el hielo.

—Como me parece que no te gusta mucho la carne te he pedido *kulebiaka* y de postre *Kasha Guriev*—responde Carlos con naturalidad.

Me quedo con una cara de boba sin solución. Una vez más, mientras Carlos me mira, casi alarmado, y me pregunta si ha hecho algo mal.

—No, todo lo contrario—admito casi con un suspiro—es que no salgo de mi asombro. ¿Cómo sabías que no me gusta la carne? Y lo de la *kulebiaka* me encanta, solía prepararla mi abuela materna y me trae recuerdos de cuando era niña en Rusia. Perdona si me he puesto algo melancólica, has acertado de lleno, muchas gracias.

—Lo de la carne lo he supuesto por nuestra comida en el aeropuerto de Ámsterdam, allí te comenté que preparaban unas excelentes hamburguesas de buey y, en cambio, pediste un sándwich vegetal. Lo de la *kulebiaka* ha sido pura suerte, la verdad. No me puedo atribuir mérito alguno, les comenté a los de servicio de habitaciones que no te gustaba la carne y me sugirieron una *kulebiaka* rellena de vegetales, que por lo que veo es una

especie de empanada. Lo de que lo preparaba tu abuela materna, lógicamente, no tenía ni idea—reconoce riendo.

—Pues has acertado de lleno. No sabes la ilusión que me hace comer una *kulebiaka* de nuevo. ¿Qué has pedido para ti? No me lo digas, hamburguesa de buey—bromeo divertida con un guiño de ojo.

—Filete Strogonoff, soy bastante carnívoro, pero ya te estás dando cuenta—contesta al tiempo que coloca su servilleta casi con devoción. Parece una persona muy meticulosa.

Tengo que reconocer que fue todo un detalle fijarse en que no me gusta la carne. Por otro lado, debo hacer nota mental de la habilidad que tiene para fijarse en los pequeños detalles y analizarlos. A veces da un poco de miedo, lo observa y analiza todo.

Carlos está radiante con una camiseta blanca, vaqueros desgastados y sus zapatillas de deporte blancas de marca. La camiseta, al igual que la negra que vestía esta mañana, está elegida con esmero. Le queda como un guante, deja imaginar sus músculos bien definidos, pero al mismo tiempo queda muy fina, sin pegarse más de la cuenta, casi elegante. Tengo que reconocer que tiene muy buen gusto cuando viste de manera deportiva. Y buena percha para que la ropa le quede bien, muy bien.

Los trajes y las corbatas no me gustan en general, es una manía personal. Entiendo que tiene que ponérselos, pero está mucho más guapo así, deportivo.

Lo de los trajes y las corbatas es algo que no entiendo y creo que jamás entenderé. Me parece un poco patético que tengas que ponerte chaqueta y corbata para marcar un estatus, para inspirar más respeto, pero son las reglas de los negocios y no las voy a cambiar. Ni ahora ni nunca.

La cena está exquisita y el entorno no puede ser mejor. Mientras cenamos, me siento muy relajada, hablamos de una cosa y de otra, a veces cosas sin importancia, otras de temas más profundos. Carlos es un gran conversador y, sobre todo escucha, sabe escuchar muy bien.

Eso es algo que me encanta en un hombre, Carlos te escucha de manera genuina, le interesa lo que tienes que decir, quiere saber tu punto de vista sobre las cosas. Luego, podrá estar de acuerdo o no, pero te escucha con interés auténtico.

Creo que él también está pasando un buen rato, le noto muy relajado y mientras degustamos la deliciosa cena no puedo evitar, de vez en cuando,

dejar de mirar esa sonrisa encantadora y los pectorales que se adivinan tras su camiseta blanca.

—¿Sabes que tienes unos ojos muy expresivos?—exclama de repente haciendo que se me acelere el corazón.

—¿Eso es bueno o es malo?—pregunto con timidez.

—Depende, cuando un tema te interesa tus ojos brillan, eso es muy bueno porque trasmites entusiasmo, casi magia. Sin embargo, también funciona al revés, cuando estás nerviosa o insegura tus ojos te delatan, es un arma de doble filo. Te diría que lo cuidases, pero sería una pena perder la expresividad de esos ojitos—indica logrando que mi corazón se salte varios latidos.

Me quedo mirándole sin saber qué decir, es una persona súper observadora y supongo que eso le ayuda también a ser muy bueno en su trabajo.

Mientras le observo, vuelvo a sentir una sensación extraña, una sensación que no sé muy bien cómo definir.

Carlos se acerca un poco más a mí, tanto que puedo oler su colonia. ¡Qué bien huele esa colonia! Al colocarse un poco más cerca transmite una energía increíble, una energía que casi puedes tocar.

Decido cambiar de tema porque en estos momentos no confío plenamente en mí misma.

—Carlos, tú has viajado a muchos países. ¿Cuál es tu favorito?—pregunto intentando desviar su atención.

—A falta de ver un poco más de Rusia, mi lugar favorito es sin duda alguna la India. No solamente por la belleza natural del país o de algunos de sus templos. Sobre todo, por la filosofía que hay subyacente a su cultura y por su gente—reconoce con la mirada algo melancólica.

Esa respuesta sí que no me lo esperaba, nunca hubiese pensado que iba a decir la India, imaginaba algún país sofisticado, tipo algo de Escandinavia, no sé, posiblemente Noruega que combina la belleza natural de los fiordos con el diseño y la tecnología.

Su mirada, fija en mis ojos, me está poniendo nerviosísima.

—¿Te importa si echo un vistazo a través de la barandilla de la terraza?—pregunto en un intento de escapar de la situación que es algo incómoda para mí.

No es que no me fíe de él, es que en estos momentos no me fío de mí. Mi cabeza no puede procesar todo lo que estoy sintiendo, y lo peor es que

no tendría que estar sintiendo nada de nada.

—Sí, claro, Lucía, adelante—responde acompañándome hacia el extremo de la terraza desde donde podemos disfrutar de las mejores vistas.

La noche es preciosa, tenemos una temperatura perfecta y la luna llena ilumina algunos de los mejores monumentos del centro de San Petersburgo. A eso le añades una cena fabulosa en un hotel de lujo junto a la mejor sonrisa que he conocido en mi vida y es una noche casi perfecta.

Aunque está a mi espalda, siento que me mira con intensidad, transmite tanta energía que puedo sentirla.

—Estás preciosa a la luz de la luna—susurra cerca de mi oído.

Se me acaba de parar la respiración, me siento como una adolescente. No puedo ni pensar, no tendría que haberme dicho eso. Quiero que pare y al mismo tiempo quiero que siga, me encanta oírselo decir, tiemblo.

—¿Seguro?—es lo único que se me ocurre contestar mientras me pierdo en su mirada.

—Totalmente seguro—responde con su boca pegada a mi oído.

No puede ser, se me eriza el pelo de la nuca, siento escalofríos, me tiemblan las piernas, las manos, está consiguiendo que me derrita.

Mi cabeza lucha contra mi corazón mientras un torrente de emociones traspasa todo mi cuerpo. Me siento completamente viva, no sé si por lo peligroso de la situación o porque empiezo a sentir algo intenso por Carlos, muy intenso.

Me sigue mirando de arriba abajo a centímetros de mi cuerpo. Debo parar esta locura antes de que acabe mal, somos compañeros de trabajo, y encima Carlos está casado y yo como si lo estuviese.

Eso es lo que debería hacer, aunque en vez de eso me giro y pongo las palmas de mis manos sobre su pecho. Madre mía, ¡qué pecho! Cómo se le nota el gimnasio, bajo mi mano derecha siento su corazón latiendo con fuerza.

Le miro a los ojos y coloca sus manos en mi cintura.

—Tienes cinturita de avispa—dice sin dejar de mirarme.

Su boca es tremendamente sensual, esa sonrisa, ese labio inferior que apetece morder. Joder, mi corazón va a estallar.

Con suavidad me acerca hacia su cuerpo y mi respiración se acelera. Su mano derecha abandona mi cintura para acariciar mi mejilla y mi cuello con una suavidad exquisita, una caricia llena de delicadeza.

No puedo más, me estoy derritiendo, es un momento casi mágico. Cierro los ojos y, sin pensarlo, me acerco más a él con la boca entreabierta. Siento cómo sus labios rozan los míos con suavidad, tanteando. Me da un beso delicado, lento, sutil, dejándome sentir sus labios.

Tras el beso nos miramos fijamente, mi respiración está entrecortada, confusa ante el torrente de emociones que recorre mi cuerpo.

—¿Puedo besarte otra vez?—susurra a mi oído.

Solamente puedo asentir con la cabeza. Acaricio su pecho con las palmas de mis manos, cierro los ojos y acerca su boca a la mía para darme un beso tan increíble que se me escapa un gemido.

Suspiro mientras le beso, mi excitación sube por momentos, muerdo su labio inferior, más suspiros mientras me pongo de puntillas para sentir su erección.

—¡Alto! Por favor, Carlos, para. Esto está mal, muy mal, debemos parar. Me voy a mi habitación, lo siento—me disculpo avergonzada sin atreverme a mirarle a la cara.

Mi cabeza toma el control de la situación en el último momento, al tiempo que mi corazón maldice con todas sus fuerzas esa decisión.

Carlos me mira con cara de preocupación, ya no irradia energía.

—Lo siento Lucía, no sé lo que me ha pasado. No suelo comportarme así, de verdad—admite sin la seguridad que le acompaña en todo momento.

—No pasa nada, para mí también es la primera vez que hago algo así, te lo juro—confieso mientras me voy a mi habitación casi corriendo—buenas noches, nos vemos mañana.

Salgo por la puerta como si me estuviesen persiguiendo los mismísimos demonios al tiempo que observo que Carlos me mira preocupado desde la terraza.

Mis manos tiemblan hasta el punto en el que me cuesta abrir la puerta de mi habitación. Cuando por fin consigo abrirla, todavía temblando, me dejo caer sobre la cama y me agarro a la almohada desconcertada.

¡Madre mía! ¿Qué ha pasado?

Si por lo menos hubiésemos tomado vino le podría echar la culpa. Pero no, fueron las hormonas sin ayuda de ningún tipo de bebida alcohólica, ellas solitas.

Estoy hecha un lío tremendo, no sé qué pensar. Me siento culpable, Alberto está en casa esperándome, quizá tuviese razón en preocuparse.

Nunca, ni siquiera cuando era una adolescente, había hecho algo similar, la fidelidad es muy importante para mí.

Se me escapan las lágrimas, no puedo evitar llorar, pero al mismo tiempo hacía muchos años que no sentía sensaciones tan intensas. Ese beso con Carlos, en su terraza, a la luz de la luna, fue un momento increíble, mágico. Me sentí viva, me sentí totalmente excitada y segura a la vez.

Joder, le acabo de conocer, prácticamente no sé nada de él. Eso sin contar con la situación amorosa de ambos. ¿Qué les diría a mis amigos? ¿Qué pensarían en la empresa? No quiero hacer daño a Alberto.

¡Alberto!

Suena el teléfono y es él. ¿Justo tiene que llamar en este momento?

Bueno, mucho peor hubiese sido diez minutos antes cuando se me escapaban los gemidos mientras daba el mejor beso de mi vida. O peor aun cuando me ponía de puntillas para sentir la excitación de Carlos más cerca.

—Hola amor. ¿Qué tal estás?—respondo sintiéndome absolutamente culpable por lo que ha pasado hace un rato.

—Muy bien todo, Lu—contesta desconociendo lo que ha ocurrido.

—¿Qué tal San Petersburgo? ¿Y el hotel? ¿Es tan bonito como pensabas?

Muerdo mi labio inferior llena de rabia, debo decírselo, pero no quiero hacerle daño, no por teléfono. Es mejor hablarlo en persona, no así, en la distancia. Creo que lo comprenderá, casi no hemos hecho nada. O sí. ¿Dónde está el límite para que se considere infidelidad?

—Todo fenomenal, amor—respondo sintiendo la opresión de la mentira en mi pecho mientras me invade un sentimiento de culpa terrible—. El hotel es una pasada, pero de la ciudad aún no he visto nada.

—Te noto un poco rara Lu. ¿Va todo bien?—insiste Alberto extrañado

Después de seis años juntos me conoce bastante bien y en estos momentos solo quiero que se abra la tierra y me trague cuanto más profundo mejor.

—Sí, todo bien, solamente estoy un poco cansada del viaje, he tomado un sándwich en la cafetería del hotel y me voy a ir a la cama a descansar. Mañana es un día muy importante para mí, ya lo sabes—miento de manera automática sin ni siquiera darme cuenta. Podría no haberle dicho nada, y sin embargo…

—Muy bien cariño, a por ellos mañana. Demuestra lo que vales, estoy muy orgulloso de ti, Lu. Un beso y descansa—añade el pobre Alberto sin

sospechar nada.

En cuanto cuelgo el teléfono se me vuelven a escapar las lágrimas. Intento convencerme de que no fue nada, de que ha sido solamente un beso sin importancia. Pero no lo fue.

¿Nada? Lo que he sentido en esa terraza fue muy profundo, no un capricho, no fue simplemente dejarme besar a ver qué pasa. Era real, muy real. Lo deseaba, deseaba eso y mucho más. Mucho, mucho más.

Me invade un enorme sentimiento de culpa, lloro pensando en Alberto, más lágrimas. No puedo dejar de sollozar y me agarro con fuerza a la almohada hasta que me quedo dormida.

Promesas y mentiras

Suena el despertador. Son las siete de la mañana y tengo que empezar a ponerme en marcha. Me levanto envuelta en sudor, he dormido fatal, muy alterada toda la noche, despertándome constantemente a pesar del cansancio del viaje. Un continuo duermevela pensando en lo que ha pasado en esa maldita terraza. Fue precioso, pero no tendría que haber ocurrido y yo no sirvo para mentir, me está creando mucha ansiedad sin que haya nada que pueda hacer para evitarlo.

Respiro hondo y sacudo la cabeza intentando sacar la idea de mi mente sin conseguirlo, en una hora tengo que ver a Carlos y no quiero. Bueno, sí quiero, no lo sé. Estoy igual que una cría, ni yo misma entiendo lo que me pasa.

Entro en el baño a darme una ducha, pedazo de baño; amplio, lleno de mármol, perfectamente decorado, un espejo enorme. Ojalá tuviese uno así en mi casa. ¡Cómo me lo iba a pasar con Alberto!

Me desnudo y me miro en el espejo, no soy gran cosa aunque tampoco estoy mal. Normalita, una chica del montón. ¿He sido solamente un capricho para Carlos? ¿Necesita probar de vez en cuando que su encanto sigue teniendo tirón con las mujeres? ¿Es solamente la crisis de los cuarenta?

Soy tonta, no puedo hacerme ilusiones, es imposible que Carlos vaya en serio conmigo, estoy segura de que puede conseguir chicas mucho mejores que yo cuando quiera. Es guapo, elegante, con mucho dinero y esa sonrisa, esa maravillosa sonrisa.

Pero…por otro lado, se juega mucho para ser un simple capricho. Somos compañeros de trabajo, una cosa es ligarse a cualquiera que encuentre por la calle mientras estamos aquí, a alguien a quien no volverá a ver y, otra muy distinta, a una compañera de trabajo.

Decido darme un baño relajante y no una ducha para ver si despejo y olvido este sentimiento de culpa que me atormenta. Tengo tiempo de sobra y un baño de agua caliente me vendrá bien. La bañera es enorme, cabrían en ella bien dos personas. Puff, lo que me faltaba, mejor no pensar en esas cosas.

Mientras me enjabono me convenzo a mí misma de que Carlos desaparecerá de mi vida en cuanto volvamos a Madrid, él volverá a sus

viajes y yo a seguir las ofertas en mi departamento. Todo habrá quedado en un recuerdo, un bello recuerdo, pero un recuerdo al fin y al cabo.

Entonces… ¿es necesario que se lo diga a Alberto? Tengo tiempo para pensarlo, quizá no ha sido tan importante, aunque quizá precisamente por eso debe saberlo. No lo sé, sigo hecha un lío, creo que sí debo decírselo, en estas cosas no me parece que se pueda poner un límite en plan si es un beso no pasa nada, pero si nos acostamos sí. Porque, ¿dónde pones ese límite? ¿Hasta dónde está bien y dónde empieza a estar mal? No quiero mentiras y secretos en nuestra relación.

De nuevo escucho la ducha que se enciende en la habitación de al lado, es Carlos. Al igual que ayer no puedo evitar pensar que está desnudo al otro lado de la pared y, sin poder ni querer evitarlo, trato de imaginar su cuerpo.

Cierro los ojos y pienso en él, me imagino acariciando esa espalda de gimnasio, rozando sus brazos, dejándome abrazar hasta que la ducha de al lado se detiene y me devuelve a la realidad.

¿Pero qué narices me pasa?

¿En serio me excitaba pensando en un tío que acabo de conocer? ¿En alguien que encima ha complicado mi vida de manera infinita en un momento? ¿Alguien que con poco más de un beso puede acabar con mi relación de seis años con Alberto?

Y me estaba encantando…

Me visto a toda velocidad, he quedado para desayunar con Carlos en la cafetería del hotel y no quiero llegar tarde. Elijo un traje bastante recatado y vuelvo a poner mi sujetador con más relleno, no quiero sorpresas.

Al llegar a la cafetería, Carlos ya está en la mesa leyendo con atención el New York Times mientras toma un zumo de naranja y un café solo. Como el resto del hotel, la cafetería es sencillamente maravillosa.

Le saludo con un seco “buenos días” y me siento.

—Buenos días, Lucía. ¿Has dormido bien?—pregunta educado como si no hubiese pasado nada entre nosotros.

¿Qué si he dormido bien? Hay que joderse, no sé, quizá hay otras cosas sobre las que teníamos que hablar, más que de si he dormido bien porque se supone que no puedo dormir bien después de engañar a mi pareja con un compañero de trabajo.

Me callo, porque no quiero líos en la empresa, su posición en ella es muy superior a la mía, aunque supongo que por eso mismo él tiene mucho que perder, seguramente más que yo. No sé en qué va a acabar todo esto, en

nada bueno, supongo. ¿Puede un beso y poco más poner patas arriba toda mi vida y la suya?

En vista de que no menciona nada de lo ocurrido en la noche anterior, decido dar el primer paso.

—Escucha, Carlos, lo de ayer…

—Sí, yo también quería hablar de ello Lucía—interrumpe sin dar opciones a poder seguir hablando.

—Sabes que estoy casado y que tengo un hijo, no puede saberlo nadie en ninguna circunstancia. Tienes que prometerme que quedará entre nosotros dos. ¿Puedo confiar en ti?—pregunta mirándome a los ojos.

No sé, quizá eso lo tendrías que haber pensado antes, guapo, ahora los dos tenemos un problema, que tú no eres el único con pareja.

Eso es lo que me gustaría haberle dicho, en vez de…

—Sí, claro, Carlos, no te preocupes que lo entiendo perfectamente, puedes estar tranquilo que no voy a decir nada a nadie, es una situación muy complicada para los dos—confieso poniendo carita de buena—yo también me juego perder a mi pareja si se entera y, en cualquier caso, perdería toda su confianza en mí.

¿Pero estoy tonta o qué me pasa?

Vale que quizá tenga razón, quizá lo mejor es dejarlo ahí y que nadie lo sepa, seguramente lo juicioso es meterme mis valores donde pueda y tratar de olvidarlo, convencerme a mí misma de que no fue nada, solo un beso sin importancia. Un maravilloso beso sin importancia.

Y, ¿lo de ponerme de puntillas para sentirle mejor? Pues nada, otra cosilla sin importancia, pero es verdad que si lo decimos a nuestras parejas la cosa puede acabar fatal.

En parte le tengo que dar la razón, pero de ahí a contestarle como una corderita enamorada…

Por favor, que soy una mujer adulta y con mucho genio, presumo de independiente, tengo derecho a decidir si quiero contar a mi pareja lo que ocurrió o no. Es mi pareja y es mi vida, lo que haga él con la suya es su problema.

Prefiero ni mirarle, pido un zumo de naranja y me dedico a observar los detalles de esa majestuosa cafetería. No me apetece ni hablar, por mi cabeza vuelven a pasar los millones de implicaciones de ese maldito beso, se agolpan los sentimientos encontrados volviéndome loca en el proceso.

—Lucía—exclama en voz baja—quiero que sepas que lo de ayer no fue ningún juego, realmente siento algo por ti. No sé qué es, quizá no me creas, entiendo que sea así, pero es la primera vez que me ocurre. Ha sido un beso muy especial, sentí sensaciones que no había percibido en mucho tiempo, soy consciente de que no está bien, pero te juro que fueron sentimientos auténticos.

Le miro y me observa sonriendo con su mirada clavada en mis ojos. Esa puñetera sonrisa me derrite y creo que él lo sabe, o quizá la utiliza con todas, seguramente la utiliza con todas.

Por algún motivo pienso que lo que me está diciendo es verdad, en lo más profundo de mi corazón quiero creer que Carlos también sintió algo auténtico, que para él tampoco fue un juego. Me gustaría pensar que ha sido algo especial, algo que simplemente no puede continuar, pero que existe, que es real. Me empeño en creer que significo algo para él, quizá prohibido, pero algo a fin de cuentas.

—Carlos, yo también he sentido algo especial ayer en tu terraza, no sé muy bien lo que me pasó, pero me sentí como una adolescente entre tus brazos—confieso mientras siento que empiezo a derretirme—pero no puede repetirse, de ninguna manera puede volver a repetirse. Llevo seis años con mi novio y le quiero mucho. Además, tú estás casado, tienes un niño pequeño, somos compañeros de trabajo, está todo en nuestra contra.

—Ya lo sé, Lucía—admite en tono sincero—y por eso te pido disculpas y te agradezco muchísimo que lo mantengas en secreto.

—Vale, no te preocupes, Carlos—le aseguro tratando de esbozar una pequeña sonrisa en mi boca.

—¿Prometido?—pregunta con un guiño de ojo.

—Sí, prometido.

—Bajo ninguna circunstancia, Lucía, recuérdalo—insiste clavándome la mirada.

—Sí, no te preocupes—respondo totalmente segura de que acabo de poner ojitos de adolescente tonta.

—Ese Alberto es una persona muy afortunada, Lucía, mucho, espero que sea consciente de ello—añade sin venir a cuento.

Sonrío sin ganas, sin entender por qué tiene que mencionar a Alberto en estos momentos y, mientras terminamos el desayuno, intento no mantener contacto visual aunque es muy difícil.

Mira que a mí no me gustan los trajes y las corbatas, pero le quedan de lujo. Viste un traje que parece haber sido hecho a medida, le queda perfecto, trasmite seguridad por todos y cada uno de sus poros.

En varias ocasiones me mira e intento disimular, aunque supongo que se habrá dado cuenta y, por momentos, me siento como una niña con su primer amor, un amor prohibido.

***

A las ocho y media llegan nuestros anfitriones rusos y tenemos que esperar a la entrada del hotel.

Un chófer de la empresa rusa nos recoge en un gran coche negro y nos lleva a unas modernas oficinas a las afueras de San Petersburgo. Al igual que el taxista del día anterior, se sorprende de que yo sea capaz de hablar ruso a la perfección. Lo agradece porque admite que su inglés es algo rudimentario y que le cuesta mantener las conversaciones.

Al llegar nos recibe una secretaria rubia de largas piernas que podría trabajar de modelo tranquilamente si algún día se queda sin trabajo en la petroquímica. Es una mujer impresionante.

Pasa de mí y se centra directamente en Carlos, le indica que nuestros interlocutores se reunirán con nosotros enseguida para mantener la reunión. Le sonríe y mueve constantemente su larga melena rubia.

Luce un escote mucho mayor de lo que sería aconsejable en una empresa española, y mucho menos aconsejable para una mujer tan guapa. A través del escote deja insinuar dos pechos de un tamaño más que considerable.

Su falda también es ajustada, demasiado ajustada, marcando un culo perfecto. Las facciones de su cara son suaves, con pómulos altos y labios finos, se le ha ido un poco la mano con el perfume, aunque es el único “pero” que se me viene a la cabeza y mira que estoy tratando de encontrarlos.

Observo una y otra vez a Carlos sintiendo celos, pero ni siquiera se ha inmutado con la rubia, al menos, no lo demuestra y me quedo mucho más tranquila aun sabiendo que no tiene sentido que me ponga celosa.

La guapa rubia nos conduce a una amplia sala de reuniones, bien iluminada y moderna, pregunta que si queremos que nos traiga algo de beber o de comer y se va.

Al irse me quedo mucho más relajada, tiene narices haber sentido celos de la rubia esa. ¿Celos de qué? Con Carlos no tengo nada y no va a volver a

pasar nada, por mí como si se va esta noche con la rubia, aunque creo que me moriría si lo hace.

En mi empresa no me puedo imaginar qué pasaría si una mujer insinúa tanto; no tenemos una norma de vestir escrita, pero todas lo hacemos de manera mucho más conservadora.

A juzgar por su sonrisa y su comentario, Carlos parece estar adivinando lo que estoy pensando.

—Es solo para distraer, además, no es mi tipo para nada. Me gustan los pechos pequeños, morenas y delgadas—indica sonriendo y en voz baja sin que nadie le haya pedido explicación alguna.

¡Mira que majo! Si parece que me está describiendo, lo que me faltaba para que me ponga mucho más nerviosa.

Por fin llegan nuestros interlocutores, Boris Vasiliev y Viktor Kuznetsov. Ambos ostentan el cargo de vicepresidente dentro de la petroquímica rusa, el primero de compras y el segundo técnico.

Antes de la reunión, Carlos me indicó que tengo que hablarles en ruso lo suficiente para dejarles claro que domino el idioma con la misma facilidad que ellos. Más tarde, pasaríamos al inglés, idioma en el que quiere mantener el resto de la reunión.

Según Carlos, mantener una negociación en un idioma que no es el tuyo limita de alguna manera tu pensamiento ya que tienes que estar más concentrado. Dejando claro que yo hablo ruso pretende evitar que nuestros anfitriones hagan pequeñas pausas en ruso para discutir detalles de la negociación sin que él se entere de lo que hablan. Aparentemente lo tiene todo muy pensado, hasta los más mínimos detalles.

Tras la introducción en ruso, Carlos les pone una presentación de nuestra empresa en un vídeo corto, muy profesional, que nos ha debido costar un riñón para pasar a continuación a unas interminables hojas de cálculo con datos y más datos mientras yo solamente observo y tomo notas, como Carlos me ha dicho que haga.

De los dos interlocutores rusos, Viktor Kuznetsov, de unos cincuenta años, me parece bastante moderado. Hace preguntas inteligentes y se le ve con ganas de llegar a un acuerdo.

El otro, Boris Vasiliev es mucho más complicado. Aparenta treinta y tantos y a veces estalla en episodios algo violentos alzando el tono de voz o amenazando con levantarse y terminar la reunión.

Miro constantemente a Carlos de reojo y no pierde la compostura en ningún momento. Siempre con esa sonrisa, irradia seguridad y energía; tiene respuestas para todas las pegas que le ponen los rusos. Ni siquiera en los momentos más tensos parece inmutarse lo más mínimo.

Estamos en esa maldita sala unas seis horas, bien pasada la hora de comer, todo el tiempo en un tira y afloja verdaderamente insoportable. Me siento agotada, aunque Carlos da la impresión de poder con eso y con otras seis horas más, de algún modo es capaz de mantener su postura, pero al mismo tiempo no contrariar a los rusos, sobre todo a Boris.

En un momento determinado, en medio de las negociaciones, Boris corta la reunión y se despiden de nosotros. Así, de repente, sin previo aviso.

Al dar por finalizada la reunión, otra rubia mucho más del motón, no tan llamativa como la primera, nos lleva hasta el gran coche negro que nos había traído esta mañana.

Son las tres y media de la tarde y estoy totalmente perdida en cuanto al resultado de nuestra reunión. No entiendo nada, da la impresión de que no hemos llegado a ninguna parte y encima no hemos hecho pausa para comer, ni nada. Ha sido un auténtico maratón y, por momentos, muy tenso. No continuaremos hasta mañana.

El chófer del coche negro me pregunta en ruso dónde queremos que nos lleve y le respondo que supongo que al hotel, pero que consultaré por si acaso.

A mi pregunta, Carlos me sorprende afirmando que le gustaría dar un paseo por el Campo de Marte antes de que oscurezca y picar algo por la zona.

Le miro sorprendida, gratamente sorprendida. ¡Ha hecho los deberes! Y eso que a él no parecen importarle mucho las ciudades a las que viaja.

Yo tenía unas ganas tremendas de pasear por el Campo de Marte, es un parque precioso y muy céntrico. En el pasado se utilizó para ejercicios militares, de ahí su nombre, pero hoy tiene unos bonitos jardines que la gente utiliza para pasear y relajarse.

Al bajar del coche le miro sonriendo y le comento que me ha dejado muy sorprendida su elección del paseo por el Campo de Marte.

—¿Por?—pregunta riendo—. Nos queda cerca del hotel y es un lugar bastante tranquilo por lo que me han dicho. Picaremos algo y después damos un paseo. Si nos apetece seguir con el paseo creo que hay bastantes

cosas alrededor, tú sabrás mejor que yo, que eres la experta. En caso contrario, estamos cerca del hotel para ir caminando hasta allí.

Buena elección, lo reconozco.

—¿Qué lectura sacas de la reunión, Lucía?—indaga de pronto.

Vaya, temía la pregunta. De hecho, la iba a hacer yo antes para evitarlo. Me parece que no fue demasiado bien, pero no me atrevo a decírselo abiertamente.

—Bueno, a ver, es mi primera reunión de este tipo, pero no me ha parecido que Boris estuviese muy de acuerdo con usarnos como proveedores. Viktor, en cambio, me ha parecido mucho más reflexivo, aunque creo que tampoco nos quiere dentro del proyecto. Si quieres que te diga la verdad, no estoy convencida de que haya salido demasiado bien—confieso cuidando un poco mis palabras y guardándome mi opinión sobre el tal Boris que me pareció un maleducado y un imbécil.

—¿En qué te basas para sacar esa conclusión?—insiste Carlos arqueando las cejas.

—Bueno, me parece que Boris nos ha dicho como un millón de veces que no éramos los socios adecuados. Ni siquiera que no le "parecíamos" los socios adecuados. Viktor cerró la reunión con la misma frase.—contesto ya directamente, sin medias tintas.

Carlos me sigue mirando mientras sonríe. Intento no centrarme en esa sonrisa que me derrite, la verdad es que me gusta que me pida opinión, incluso me apetecería tener una pequeña discusión con él de temas empresariales. Estoy dispuesta a demostrarle que valgo bastante más de lo que piensan en mi empresa.

—Veo que eres observadora, Lucía—admite sin perder la sonrisa—en cambio, has prestado mucha atención a las palabras que han utilizado y no me has dicho nada de los gestos.

Le miro con cara de no entender nada puesto que para mí, las palabras que han utilizado fueron muy claras.

—Lucía, el lenguaje verbal es más fácil de controlar, porque es voluntario, puedo estar pensando una cosa y diciendo todo lo contrario. En cambio, el lenguaje corporal nunca miente, te da muchos más datos, aunque hay diferencias culturales muy importantes. Debes de tener en cuenta siempre el lenguaje corporal—admite acariciando mi brazo derecho y logrando que se me acelere el corazón.

—Vale, y según tú, ¿qué nos dice de diferente el lenguaje corporal?—pregunto intrigada sin saber a dónde quiere llegar.

—La reunión no ha sido una alfombra de rosas, eso está muy claro, aunque no me parece que haya terminado tan mal como crees. Boris es el hijo del principal accionista, es orgulloso y seguro de sí mismo, como has visto. Mantiene siempre la cabeza alta y la barbilla hacia delante, demostrando agresividad y poder, al igual que su tono de su voz.—explica Carlos con voz calmada—. En cambio, hay pequeños detalles que quizá indiquen que no tiene una posición de tanta fuerza como parece y, sobre todo, que no nos dice toda la verdad. Cuando tocamos el tema económico y nos indicó que tenía una mejor oferta de una empresa ucraniana nos miró fijamente sin pestañear. Seguramente quería demostrar seguridad y aumentó su tono de voz. En cambio, muchas veces eso refleja justo lo contrario, que te están mintiendo. En esos momentos se tocaba la nariz constantemente, lo que quizá pueda estar reforzando mi teoría de que no es cierto lo que nos dice.

—¿Y Viktor?—pregunto con asombro.

—Viktor es más difícil de leer, se controla mucho más ya que tiene más experiencia y fama de ser un gran técnico. Es la persona de confianza del padre de Boris y, aunque parezca que no está tan activo en las negociaciones, su opinión va a ser muy importante y sin duda se tendrá en cuenta.

—¿Y qué sacas de Viktor?—insisto intrigada.

—Todas las personas tienen algún gesto que les delata, no importa su experiencia o lo que intenten controlar esos gestos. Esto es muy importante en las negociaciones. Con Viktor tienes que fijarte en sus manos, cuando se siente seguro une las puntas de los dedos, en cambio, cuando Boris nos estaba contando lo de la empresa ucraniana con mejores precios, Viktor entrelazaba sus dedos con cierta tensión. Eso nos indica algo de ansiedad—continúa Carlos mientras yo le escucho con la boca abierta.

—¿Entonces crees que Viktor quiere seguir adelante?—pregunto esperanzada.

—Pienso que Viktor es nuestro aliado en esta negociación—responde Carlos sin titubear—quiere sacar el proyecto adelante con nosotros. Le ofrecemos confianza, ha estado muy relajado toda la reunión escuchando los pormenores técnicos, procesando toda esa información en su cabeza. Solo se ha puesto en tensión al llegar al tema económico, aunque no por

nuestra parte, sino cuando Boris empezó a hablar. Pienso que estaba preocupado de que Boris acabase rompiendo la negociación.

—¡Madre mía! ¿Y mientras estás dando la presentación estás atento a esos detalles? Estoy alucinada—admito con los ojos como platos.

—Ya te he dicho que soy muy observador, Lucía—responde sonriendo—además, son detalles importantes para este tipo de trabajo, detalles que pueden marcar la diferencia entre cerrar una venta o no cerrarla, y para nosotros cada venta es mucho dinero.

Me quedo unos instantes callada intentando procesar todo lo que ha dicho, me parece fascinante todo lo que Carlos me está contando, jamás habría pensado que fuese tan complejo.

—¿Te fijas también en mi lenguaje corporal?—pregunto sonriendo, aunque inmediatamente pienso que lo mejor sería evitar toda conversación de tipo personal en vista de lo que ha pasado ayer en su terraza, pero ya es tarde.

Su sonrisa se hace más amplia. ¡Joder, qué sonrisa! Me mira fijamente a los ojos antes de proseguir hablando.

—¿Es una pregunta trampa, Lucía?

—No, de verdad, es solo curiosidad—respondo divertida por su expresión.

—¿Quieres que te diga la verdad y toda la verdad?—pregunta acariciando de nuevo mi brazo y haciendo mi corazón palpitar con fuerza.

—Por supuesto—indico sonriente—estaré mirando si te tocas la nariz para detectar si mientes.

—Como te acabo de decir, todas las personas tienen algún gesto que les delata, no importan cuánto quieran ocultarlo. En tu caso, y no te ofendas, son varios. Ya te he comentado que lo más obvio, claramente, son tus ojos. Tienes unos ojos súper expresivos, cuando estás interesada en algo, como ahora, tu mirada se ilumina, brilla. En una situación romántica como la de ayer y, perdona que hable de ello, tus ojos lo dicen todo. Cuando tus ojos brillan son preciosos, en los momentos más románticos de la cena ponías una mirada rozando la timidez que te hacía irresistible y tu pupila se dilataba.

Mientras habla me quedo embobada con su sonrisa y cuando menciona la cena de ayer se me forma un nudo en el estómago, no me la puedo quitar de la cabeza por más que lo intente.

—En esos momentos tienes también la tendencia a morder tu labio inferior o a humedecerte los labios y a jugar con tu pelo—continúa con voz calmada.

En estos momentos no sé si enfadarme o seguir escuchando y Carlos lo nota, ¡cómo no!

—¿Quieres que pare Lucía?—pregunta con educación.

—No, sigue, reconozco que es muy interesante. Está bien saber este tipo de cosas, aunque me siento algo incómoda—reconozco sintiéndome algo acalorada.

—Entonces entramos en un poco más de detalle—aclara con un seductor guiño de ojo—cuando estás ligeramente excitada, cierras los ojos y abres un poco los labios, también respiras profundamente. Lo noté por primera vez mientras comíamos en Ámsterdam y te separé el pelo con la mano para ver tus pendientes, en ese momento ladeaste la cabeza para ofrecerme tu cuello, cerraste los ojos y respiraste profundo. Fue solamente un acto reflejo, algo que hiciste sin querer, pero, en el fondo te delató, querías que acariciase tu cuello.

Suspiro hondo temiendo que me vaya a dar algo en cualquier momento mientras le escucho en una mezcla entre vergüenza y excitación.

—A través de tu blusa se notaba alguna otra cosa así que la situación estaba bastante clara—bromea levantando las cejas.

Al escuchar esto último, giro la cabeza hacia abajo apartando la mirada. ¡Joder! ¡Qué mierda! Soy un libro abierto y lo de la blusa se notaba, ya me lo imaginaba. Ahora mismo no tengo claros mis sentimientos. Rabia, vergüenza, odio, ¿amor?

—Lucía, quiero que sepas que en ningún momento he utilizado nada de tu lenguaje corporal para aprovecharme de ti, todo lo contrario, te juro que los sentimientos de ayer tras la cena eran auténticos, no estés disgustada, por favor—se disculpa Carlos al ver mi reacción poniendo una cara que es difícil no creerle.

—Lo sé, Carlos, perdona, es que no pensé que fuese tan fácil leerme—confieso turbada—y creía que no te habías dado cuenta de la reacción de mis pezones.

Carlos me mira con expresión divertida antes de seguir hablando.

—Pues menos mal que estabas preocupada con ese detalle y no te has fijado un poco más, si lo hubieses hecho habrías visto que tuve que utilizar la bolsa del portátil para taparme—añade en tono divertido.

Al escuchar sus palabras no puedo evitar romper a reír, tiene una habilidad especial para sacarme de situaciones tensas.

—¡Qué tonto eres! Le digo riendo mientras toco su brazo y noto su bíceps bien definido con lo que a mí me gusta. Sin querer observo sus ojos mientras él solamente sonríe y me devuelve la mirada para darme confianza.

Tras la interesante conversación sobre el lenguaje no verbal, los dos estamos mucho más distendidos y picamos algo de manera informal antes de proseguir con nuestro paseo. Desde el Campo de Marte pasamos a los Jardines de verano, su aspecto es muy diferente, con muchas más fuentes, esculturas, caminos. Una auténtica maravilla.

La verdad es que la elección de Carlos de dar un paseo por los parques del centro de la ciudad es todo un acierto. Nuestra conversación pasa desde lo más trivial a temas muy serios y de nuevo a asuntos triviales. Me río con él, hablamos de mil cosas y aprendo constantemente. Es una fuente inagotable de experiencia, no solamente ha viajado muchísimo, sino que lee constantemente. No conocía esa faceta de Carlos, pero me encanta y cada vez me siento más relajada a su lado.

—¿Qué es lo que más te gustaría hacer en San Petersburgo? —pregunta haciendo una parada en nuestro paseo.

—¿Puedo elegir cualquier cosa?—indago curiosa.

—"Casi" cualquier cosa—responde riendo.

—No, quiero decir…a ver, no es nada indecente, no te hagas ilusiones, Carlos que no pensaba en eso—bromeo sacudiendo la cabeza—. San Petersburgo es famosa por sus canales, la llaman la Venecia del Norte. Una visita a San Petersburgo no estaría completa sin una cena navegando por sus canales, recorren toda la ciudad y hay más de 300 puentes preciosos. Desde el barco, mientras se cena, se pueden ver algunos de los principales monumentos iluminados por la noche.

Carlos me mira con gran interés y creo que en el fondo le apetece o al menos estoy picando su curiosidad.

—Pero bueno, me has preguntado. Eso sería lo que más me gustaría hacer, aunque soy consciente de que no sería un gasto fácil de justificar en la empresa—añado encogiéndome de hombros ante la sonrisa de Carlos que me mira interesado.

—No creo que fuese un gasto fácil de justificar, salvo que quieras incluir a Boris y a Viktor en la cena por los canales—replica arqueando las

cejas.

Río con una abierta carcajada y vuelvo a acariciar su brazo de manera instintiva. Sin querer mis manos van buscando su contacto a la menor ocasión, sin ni siquiera darme cuenta.

—No era mi intención invitarles, la verdad—aclaro llevándome una mano a la frente—creo que nos estropearían un poco la experiencia.

Carlos también ríe abiertamente y eso que normalmente solo sonríe, se controla bastante, aunque esta tarde está mucho más relajado y varias veces se ha soltado y reído con ganas.

—Lucía, si te sientes cómoda con la situación me gustaría invitarte a esa cena por los canales—interviene haciendo que mi corazón se acelere al escucharle—. Yo también pienso que debe de ser una experiencia única y me gustaría mucho vivirla. Aunque depende de ti, entiendo que después de lo ocurrido ayer en mi terraza puede ser un tema algo delicado.

La expresión de Carlos se torna más seria, me mira fijamente a los ojos y desprende esa energía tan característica en él. Nunca había sentido tanta energía, es como si llegase hasta ti, como si te pudiese tocar.

—Sería simplemente una cena entre dos amigos, pero solo si estás cómoda, entiendo que quizá no quieras—añade acariciando mi brazo izquierdo.

—No pasa nada, Carlos, de verdad, lo de ayer está olvidado—miento poniéndome un poco colorada, cosa que estoy segura de que ha notado—fue bonito, pero los dos sabemos que ha sido un error. A mí me apetece muchísimo esa cena, aunque solamente si pagamos a medias. Creo que ni mi pareja ni tu mujer deberían sentirse mal porque hagamos una cena típica. Además, no va a pasar nada, estaríamos en un sitio público.

Decididamente estoy mintiendo como una bellaca y me da igual si me lo nota con su fijación por el lenguaje corporal. Me muero por una cena navegando por el río Neva, pero ni loca se lo puedo contar a Alberto. Sé que esta vez no va a pasar nada, pero es un entorno demasiado romántico como para que se quede tranquilo, seguro que pensaría un montón de historias que nunca habrían pasado.

Estoy segura de que Carlos tampoco se lo contará a su mujer, aunque eso ya es problema suyo. No creo que esta noche cuando hablen por teléfono se pongan en plan “¿Qué has hecho hoy, cariño?…Nada, estuve de cena romántica por el río Neva con una chica de veintinueve años, pero tranquila, que era solo trabajo”.

No sé, me jugaría el cuello a no se lo va a decir. Y, en realidad, menuda tontería porque tiene que ser una cena preciosa y sería una pena desaprovechar algo así. Una cena entre amigos que hay que esconder por si acaso alguien se lo toma de otra manera.

Si Carlos fuese una mujer los dos podríamos decir tranquilamente a nuestras parejas que vamos a cenar juntas, pero entre hombre y mujer no. Se da por hecho de que en un determinado momento puede surgir algo más que amistad, es increíble lo que nos condiciona la sociedad.

Una vez decidida la cena por los canales, pasamos rápidamente por el hotel para un cambio de ropa y nos dirigimos hacia allí. Me siento como una niña con lo de la cena de hoy, siempre había querido una cena en pareja navegando por San Petersburgo mientras tocan música a nuestro lado. Bueno, Carlos no es mi pareja, pero todo lo demás no le va a faltar.

Insisto en pagar a medias, aunque me cuesta un riñón. Yo no estoy acostumbrada a desembolsar esas cantidades de dinero por una cena y mi sueldo no es gran cosa, no da para este tipo de alegrías.

La cena es una auténtica maravilla, no por la calidad de la comida, que también, sino por el ambiente en sí.

Llamarlo una “cena romántica” es quedarse muy corto. Carlos eligió uno de los barcos caros pensando que pagaría él y tiene en su interior un pequeño comedor de lo más acogedor con varias mesas, todas ellas con parejas. La iluminación es tenue, pero deja ver bien y una pequeña banda toca música en vivo mientras cenamos.

El barco recorre durante dos horas el río Neva y varios de los canales centrales de la ciudad dejando ver bajo la luna llena algunos de los mejores monumentos que esta bella ciudad puede ofrecer. La Fortaleza de Pedro y Pablo, la Catedral de Smolny, la Catedral de San Isaac, el Museo Kunstkamera.

Si un día me piden matrimonio, quiero que sea en este barco.

Me siento como una niña mientras le voy comentando a Carlos lo que vamos viendo, cada poco interrumpo la conversación para enseñarle algún monumento o algún dato interesante de la ciudad. Es un sueño hecho realidad.

Uno de los camareros entra y ofrece por las mesas rosas rojas, supongo que es una manera de sacar un dinero extra para ellos y con la cabeza le hago a Carlos un gesto de que ni se le ocurra comprar una, aunque no me hace caso.

—Solamente te la compro como amigos, Lucía—aclara con esa sonrisa que me derrite.

Ay, con lo que a mí me gustan las rosas. No es justo.

—Me encanta cuando brillan tus ojitos—añade sin perder la sonrisa.

Y vaya si deben estar brillando, recordaré esta cena toda mi vida. Hablamos de todo y de nada, Carlos es un gran conversador. En mi caso, el delicioso vino me suelta mucho la lengua, quizá demasiado; empiezo hablando de mi situación en la empresa y acabo hablando de mi vida sexual.

En esos momentos Carlos solamente escucha con atención y sonríe.

¡Pedazo de sonrisa!

—Tendrías que probar la meditación orgásmica—me suelta como si tal cosa mientras yo me quejo de las prisas con las que Alberto suele hacer el amor.

—¿La qué…? Ah, es verdad, se me olvidaba que te gusta lo de la India. ¿Es alguna técnica del Tantra?—le pregunto muerta de risa.

No sé si es el vino o el ambiente, o seguramente las dos cosas a la vez, pero hoy me siento muy desinhibida con Carlos, siento que puedo hablar con él sobre cualquier cosa y no sé si mañana me voy a arrepentir de iniciar esta conversación.

Durante la cena hemos estado coqueteando un poco, siempre controlando, y me alegra que estemos llevando la conversación por ahí, mientras se quede en conversación, claro está.

—No…¡Qué va!. De hecho, es una técnica americana, aunque se basa en el Tantra, pero nació en Estados Unidos, el país de las prisas—explica riendo por mi comentario.

—Bueno y, ¿no me vas a decir de qué va? ¿O tienes miedo de escandalizarme?—bromeo colocando mi mano sobre la suya y acariciándola con mi dedo pulgar.

Carlos también está distendido y disfrutando de la cena y eso se le nota, ya no es el idiota estirado del primer día, ni trata de controlarse en todo momento.

—No, ya imagino que no te vas a escandalizar por esas cosas, ya eres mayorcita. Además, ni siquiera es una técnica sexual, como bien dice su nombre es una técnica de meditación basada en algo sexual, aunque el objetivo no es sexual en sí—aclara con un seductor guiño de ojo.

—Cuenta, cuenta, que me estás intrigando un montón. ¿Cómo puede llamarse “orgásmica” y no ser sexual—pregunto riendo, aunque muerta de la curiosidad.

—También se llama “meditación”—apunta cogiendo mi mano entre las suyas—y te he dicho que el objetivo no es sexual en sí mismo, no que no sea sexual en absoluto.

—¿Pero me lo vas a contar de una vez o no?—insisto impaciente.

—Está bien, la meditación orgásmica, de manera muy resumida, se trataría de que tu pareja acaricie el cuadrante inferior izquierdo de tu clítoris lo más suave que pueda y tú te concentras en esos sentimientos. Pero es un toque suave e íntimo, no intenta excitarte. Es una caricia lo más suave posible, solo lo suficiente como para que sea percibida. Eso se hace durante quince minutos y luego se acaba, no persigue ningún fin en concreto, no es algo que se haga para luego hacer el amor, es algo para meditar sobre los sentimientos que produce. Durante esos instantes te concentras en el momento de intimidad, en tus sensaciones, no buscas nada más.

—JO-DER—es lo único que acierto a decir en ese momento.

Carlos me regala una de sus sonrisas, esta vez con un poco más de picardía y me derrite, cada vez que sonríe soy como plastilina entre sus manos.

—Lucía, te repito que no es nada sexual, su fin no es producir placer sino concentrarse en las sensaciones y mejorar la intimidad de la pareja que es una de las claves del Tantra—interrumpe como si pudiese leerme la mente, como supiera lo que está pasando por mi cabeza en esos instantes.

No sé si matarle por haberme interrumpido o quitarle la ropa y lanzarme sobre él.

—Me gusta la idea de que sea algo que no lleva a un fin concreto sino simplemente a escuchar las sensaciones de tu cuerpo—admito intentando recomponerme.

Lo he pasado muy mal ayer por la noche después de lo de la terraza y no quiero una repetición. Bueno, en el fondo sí la quiero, deseo lo de ayer y mucho más, pero sé que está mal y vale más saber frenar a tiempo, ya tengo una edad para saber controlarme y no quiero pasarlo aún peor.

Lo del beso lo tengo ya asumido como algo casi sin importancia y lo de intentar buscar un contacto más íntimo es un detalle que mi mente prefiere obviar. Es increíble lo que la mente puede hacer cuando le interesa.

El crucero nocturno llega a su fin, dos horas que se me han pasado como un suspiro. Ojalá hubiese durado dos semanas, se me han hecho tan cortas…

Como nuestro hotel está cerca, decidimos volver caminando y mientras paseamos y charlamos relajados me acerco a él para caminar de su brazo sin apenas darme cuenta.

—Lucía, aunque estemos fuera de España, nunca sabes con quién te puedes encontrar, y menos en una ciudad grande y turística como San Petersburgo. Hay que mantener una distancia—exclama separándose de mí con brusquedad.

Quedo algo desconcertada, pero en el fondo tiene razón, es solo que me apetecía tanto caminar de su brazo que ni me había percatado de lo que hacía. Me siento tan bien a su lado, caminando juntos a la luz de la luna que desearía que el hotel estuviese mucho más lejos.

—Perdona, Carlos, es que me sentía muy bien caminando junto a ti después de una cena tan increíble. No era nada, lo siento—me disculpo con torpeza.

—Para mí también ha sido una noche mágica, Lucía, en todos los sentidos, junto a ti me siento muy vivo, lleno de energía. Me gustaría que la noche no se acabase nunca—concede mirándome a los ojos y sonriendo.

Me siento morir al escuchar esa frase, mis piernas tiemblan al tiempo que maldigo al hotel por aparecer ante nuestros ojos cortando ese momento tan intenso.

—¿Damos la vuelta?—pregunto totalmente en serio, aunque creo que él lo ha tomado como una broma porque simplemente me sonríe y seguimos adelante.

Cuando nos acercamos al hotel, mis emociones luchan en todas las direcciones, mi cabeza y mi corazón mantienen una batalla encarnizada al tiempo que mis hormonas circulan disparadas por todo mi cuerpo.

Al llegar a la puerta de mi habitación miro fijamente a Carlos.

—Carlos espera, te lo tengo que preguntar, ¿sientes algo por mí?—pregunto con ojos de cachorrito.

—Creo que se nota mucho que sí, Lucía—concede con gesto serio—pero los dos tenemos pareja y…

Sus palabras se quedan mudas al ver que le agarro por la americana y le meto en mi habitación cerrando la puerta.

—Lucía, ¿qué haces? Es muy arriesgado.

—Shsss—le digo mientras pongo mi dedo índice en su boca y acaricio con él sus preciosos labios—Carlos, ¿podrás mantenerlo en secreto? No puede enterarse nadie, ni de casualidad, por favor.

Le suplico con los ojos que diga que sí. Deseo tanto tener su cuerpo, sentirme entre sus brazos, que me acaricie. Quiero desnudarme junto a él, besarle. En estos momentos soy una antorcha de hormonas. Por favor, di que sí. La espera se me hace eterna.

—Sí.

Bendita palabra, nunca había imaginado que me fuese a sentir tan feliz por escuchar dos letras. Nunca pensé que una palabra tan corta pudiese ser tan intensa, quería escuchar esas dos letras juntas con todo mi corazón.

Nada más escuchar su contestación, le quito a toda prisa la americana y le tiro sobre mi cama al tiempo que levanto su camiseta e intento desprenderme de ella.

—Con calma, Lucía. Tenemos mucho tiempo, acuérdate de la meditación orgásmica—bromea Carlos asombrado ante mi ataque de fogosidad.

—Ni meditación orgásmica ni leches, Carlos, quiero desnudarte, besar tu cuerpo, te necesito ya—respondo sorprendiéndome a mí misma.

Retirando su camiseta, dejo a la vista su torso desnudo. ¡Qué maravilla! ¡Joder, cómo se nota el gimnasio!

Acaricio los pectorales con pasión al tiempo que le beso. Siento sus labios jugando con los míos, su lengua mientras muerdo su labio inferior y sigo acariciando su pecho.

Pone las manos en mi cintura y noto cómo las va subiendo, ahora es él quien intenta quitarme la blusa, desabrocha cada uno de los botones mientras yo siento en mis manos la calidez de sus fuertes hombros.

Me encanta su torso, está muy bien definido sin estar excesivamente musculado, deslizo mi mano hasta acariciar sus abdominales que contrae, no sé si de placer o para que se marquen más.

—Eres un coqueto—le digo sonriendo—. No hace falta que marques los abdominales, a mí ya me has seducido.

Sonríe.

Esa sonrisa divina que me vuelve totalmente loca. ¿Se puede perder la cabeza por una sonrisa?

Su torso está totalmente depilado, es suave. Para mí es una sensación nueva porque Alberto tiene bastante pelo, alguna vez le he sugerido que se

depile, pero ni caso.

Carlos me quita con delicadeza la blusa mientras yo me levanto y quito los pantalones a toda prisa. Él hace lo mismo con sus vaqueros hasta que ambos nos quedamos en ropa interior sobre la cama.

Me coloco sobre él y sus manos acarician mi espalda desabrochando mi sujetador.

Lo quita con suavidad, la tela rozando mis senos.

—Me encantan tus pechos—susurra con su eterna sonrisa mientras mueve su cintura lenta y rítmicamente.

—No te creo, se lo dirás a todas —bromeo medio en broma medio en serio—son demasiado pequeños.

Carlos parece divertido.

—Son perfectos—insiste entre susurros.

Cierro los ojos y me concentro en sus caricias, lo hace despacio, con delicadeza, casi como admirándome, sin prisas. Es una sensación increíble.

Me tumba sobre la cama y se acuesta de lado junto a mí. Se me han ido las prisas. Me besa, acaricia mi cuello para a continuación besarlo con suavidad.

Siento el contacto de su piel sobre mi piel. ¡Qué bien huele! Y ¡Qué bien besa!

Me dejo llevar, solamente acariciando sus fuertes hombros y sus brazos. Me vuelve loca su ausencia de prisa, es como si quisiese admirar mi cuerpo y eso me encanta, me hace sentir especial, me hace sentir bella.

Recorre todo mi cuerpo con sus manos besando cada milímetro de mi piel, logrando que enloquezca de placer hasta que cuando ya no puedo más y creo que él tampoco me coloco sobre él.

—¿Tienes un preservativo?—Le pregunto, aunque imagino que la respuesta no me va a gustar.

Mierda, ¡Cómo odio esos momentos! Creo que ninguno de los dos esperaba esto.

En una fracción de segundo, mucho antes de que Carlos pueda responder, mi cerebro procesa todo tipo de informaciones contradictorias.

¿Ahora qué hago?

¿Lo hago igual y espero que no pase nada?

Es una situación muy peligrosa.

Pero no puedo parar.

¿Qué hago?

—No tengo Lucía, supongo que tú tampoco ¿no? No lo esperaba—su respuesta cae como un jarro de agua fría.

—Estoy tomando la píldora—añado sin pensar.

—Lucía, hay más cosas además de los embarazos—indica mirándome con rostro serio.

—Calla, por favor, ya mañana los compramos—insisto.

Sé que más tarde me voy a arrepentir, pero es que me voy a arrepentir de toda la situación de igual modo. Esto será solamente la guinda, lo que conseguirá que me arrepienta aún más.

Yo sé que no he estado con nadie salvo con Alberto en los últimos 6 años, aunque no puedo saber con quién ha podido estar Carlos. Dice que es la primera vez que hace algo así, aunque puede que no sea cierto.

Por no saber, tampoco puedo asegurar por completo que Alberto no estuviese con nadie. Supongo que no, espero que no. Pero ¿y si le pasó algo similar a esto y acabó en la cama con una pelandrusca?

Con una pelandrusca. ¿Eso es lo que soy yo?

¡Qué mierda! No soy más imbécil porque no se puede.

Siento que Carlos me mira con cara de preocupación, sigue dentro de mí, pero ya no me muevo, me quedo quieta. Él también.

Una lágrima rueda por mi mejilla derecha.

Toma de decisiones

Me tumbo en la cama en posición fetal. Siento rabia, miedo, vergüenza, los pensamientos se agolpan en mi mente tan rápido que no puedo procesarlos. ¿Qué estoy haciendo?

—Lo siento, Carlos, lo estoy estropeando todo. Soy una idiota—me disculpo sin atreverme a mirarle a la cara.

—No lo eres peque—responde acariciando mi espalda—es un lío en el que nos hemos metido los dos. No pasa nada, tienes que estar tranquila.

Me abraza con ternura, al tiempo que acaricia mi pelo y besa con delicadeza mi mejilla. Me gusta esa faceta tierna de Carlos, nunca antes me habían llamado "peque" pero me gusta también. Eso es justo lo que soy en estos momentos, una niña asustada que necesita protección y seguridad.

—Podemos ir todo lo despacio que tú quieras, Lucía. Eres muy especial para mí, te quiero de verdad y no quiero perderte—me asegura con un nuevo beso.

—Pero ¿no ves que es imposible, Carlos? Está mal, ya estaría mal si fuese solamente sexo y fuésemos conscientes de que ahí se acaba la cosa. Pero no es así, al menos por mi parte hay sentimientos auténticos. Me estoy empezando a enamorar de verdad, pero al mismo tiempo quiero a Alberto, no quiero hacerle daño. Es buena persona y estamos bien juntos, siento que le estoy traicionando. No lo siento, sé que le estoy traicionando—replico escondiendo la cara con la almohada.

—Lucía, ¿crees que se puede querer a más de una persona?

—No lo sé, en estos momentos ya no sé nada, pensaba que no, que eso era algo imposible, en cambio estoy loca por ti. No quiero que esto acabe y al mismo tiempo quiero a Alberto y sé que le voy a hacer mucho daño. Un daño terrible, irreparable—reconozco con un nudo en la garganta.

—Yo tengo una familia, un niño pequeño. También estoy bien en mi matrimonio y por nada del mundo les haría daño. Jamás pensé que esto podría llegar a pasar, tan solo sé que está pasando y es algo auténtico. No es un capricho, son sentimientos muy profundos, sentimientos que hace mucho tiempo que no experimentaba—confiesa con suaves besos sobre mi espalda.

—¿Pero no ves que está mal, Carlos? Si quieres de verdad a una persona no puedes querer a otra, eso es imposible—me quejo confusa.

—¿Estás segura? Porque me parece que aquí tenemos la prueba de que eso no es así, incluso antropológicamente los humanos nos desarrollamos

en relaciones poliamorosas, la monogamia es relativamente nueva dentro de la historia de la humanidad; la mayor parte de los mamíferos no son monógamos.

—Esto es la vida real, Carlos, no una lección de antropología—replico con lágrimas en los ojos.

—Peque, lo importante es que te quiero de verdad, y creo que tú también a mí. No es un rollo de una noche por un calentón o para aprovechar un viaje, es algo mucho más profundo—admite acariciando mi pelo—. Si no quieres no tenemos sexo, me conformo con estar así abrazados, a mí me vale. Lo otro, si surge bien, pero si complica nuestra relación prefiero pasar sin ello. ¿Te he dicho ya que te quiero mucho?—Me dice mientras sigue besándome en la mejilla y en el cuello.

Tengo que reconocer que lo de los besitos está surtiendo efecto, a base de besos y caricias, con su faceta más tierna, está consiguiendo que me relaje un poco, algo que dada la situación tiene su mérito.

—En el poliamor están todos de acuerdo, ¿no Carlos? Lo nuestro es un secreto, algo prohibido. No es lo mismo, para nada es lo mismo. Hay terceras personas, está la empresa. ¿Qué pensarían de ti y de mi si se llega a saber? No quiero ni imaginar lo que dirían de mí en el trabajo, me van a poner de puta para arriba. Y tú tienes un puesto importante y una reputación, no es ni siquiera parecido a una relación de poliamor, Carlos. Ni por asomo—reconozco negando con la cabeza.

—Vale, tienes razón, esto es diferente. Pero piénsalo, es imposible que se entere nadie, solamente estamos tú y yo. Mientras no digamos nada y seamos cuidadosos no haremos daño a nadie, no tiene por qué pasar nada. No te estoy diciendo que estemos haciendo lo correcto, claramente no lo estamos haciendo, pero es algo especial, yo te quiero de verdad—admite susurrando.

—Abrázame Carlos.

Se lo digo sin pensar, pero es lo que necesito en este momento; un abrazo, sentirme segura, querida, protegida.

—Te quiero peque. —susurra al tiempo que me toma entre sus brazos y pegando su cara a la mía besa mi sien—. Eres muy especial para mí, Lucía, de verdad.

Me abraza fuerte y en ese momento me siento más relajada. Me siento bien entre sus brazos, me siento querida; mis pensamientos se relajan, se

detienen, me concentro en que estoy a gusto cuando me abraza. Y en lo bien que huele.

—¿Puedes quedarte conmigo esta noche? No quiero estar sola—solicito besando su mano.

Sigo hablando sin pensar, pero esas palabras salen de mi corazón y no de mi cabeza. Es lo que de verdad siento en este momento.

—Con una condición—responde con rapidez.

—Tú dirás.

—Nada de sexo—añade con esa sonrisa totalmente irresistible.

—Trato hecho.

Me giro y le beso, un beso tierno, un beso lleno de cariño para apoyar a continuación la cabeza en su pecho y acariciar sus pectorales.

—Hueles muy bien, pero creo que ya te lo había dicho—susurro dibujando imaginarios círculos alrededor de sus pezones.

—Creo que sí—contesta divertido mientras acaricia mi pelo.

—No pasará nada por lo de hace un rato ¿no? Por entrar dentro de mí sin preservativo y eso. Estoy un poco cagada de miedo, la verdad—reconozco con un hilo de voz.

—Por mi parte no, Lucía, puedes estar tranquila, en cualquier caso hemos sido un poco irresponsables—reconoce con el rostro serio.

—Ya, un poco solo—respondo con ironía—¿Sabes que me encanta que estés totalmente depilado? Nunca había visto al natural a un tío depilado por ahí abajo, es muy excitante. Y lo tienes muy bonito, que lo sepas, pero que no se te suba a la cabeza. Te quiero, pero mañana nos jugamos mucho en la reunión y tenemos que descansar. Quiero que mañana estés en plena forma.

—Buenas noches entonces, peque—musita Carlos apagando la luz de la habitación.

Cierro los ojos y siento cómo abraza mi cuerpo, me dejo relajar en su abrazo y, poco a poco, me voy quedando dormida.

Dulce despertar

Al día siguiente me despierto con unos besos en el cuello y en la mejilla y mi corazón se salta varios latidos cuando abro los ojos con pereza y veo a Carlos desnudo a mi lado.

—Buenos días, amor, así da gusto despertarse—admito sonriendo con cara de niña boba.

—Buenos días, Ivanova—responde con un seductor guiño de ojo.

—¿Ivanova?—Le pregunto entre risas.

—Bueno, no lo sé, me gusta cómo suena.

—A mí me gusta cómo lo dices tú—reconozco mordiendo mi labio inferior.

—He pedido el desayuno a la habitación para ahorrar tiempo. Estará aquí en diez minutos—comunica Carlos que parece estar pendiente de todos los detalles.

Por momentos me apetece remolonear un poco más en la cama, pero si van a traer el desayuno en diez minutos quizá sea mejor ir preparándose.

—Entonces, ¿mejor nos vestimos no? No se vaya a escandalizar el camarero, aunque por otro lado estás muy guapo así—bromeo mirándole de arriba abajo y poniendo cara de mala.

—Si quieres en cuanto se marche el camarero me quito la ropa de nuevo, eso no es problema. ¿Te molesta que haya utilizado tu baño para ducharme y afeitarme?

—¿Ya te has duchado? ¿Pero a qué hora te levantaste?—pregunto sorprendida.

—Hace un buen rato, suelo dormir poco—reconoce Carlos—. He preparado algunos números para la reunión y aproveché para darme una ducha, dormías plácidamente y no quería despertarte.

—No, tranquilo, puedes usar el baño todo lo que necesites, aunque me hubiese gustado ducharnos juntos—confieso arqueando las cejas—pero bueno, creo que no aguantaría, no soy de piedra.

—Lo mismo digo, Lucía, pero tenemos un trato—me recuerda Carlos negando con la cabeza—vale con que nos pongamos un albornoz de los que hay en el baño si no quieres vestirte.

Carlos entra en el baño y saca dos bolsas con unos albornoces blancos perfectamente doblados y, al ponérmelo, no puedo evitar pensar en lo

mucho que me gustaría poder permitirme una vida así, llena de lujos. Me abrazo con el albornoz y sin querer dejo escapar un suspiro.

A Carlos el albornoz blanco le queda de maravilla, pero es que, joder, le queda bien todo, cualquier cosa que se ponga. Menuda percha que tiene el tío.

—Estás súper sexy con ese albornoz puesto, y sin nada debajo… —Le digo poniendo ojitos pícaros—. Ni te imaginas lo que me gustaría hacerte en estos momentos.

Puff, vaya cómo me he levantado hoy, ni yo misma me conozco, pero es que despertarse así, con su cuerpo desnudo a mi lado, con besos y caricias, es mucho más de lo que puedo soportar. Podría acostumbrarme a que pasase todos los días. Carlos me llena de energía, me da seguridad, me tranquiliza y encima… ¡me pone a cien! ¿Qué más se puede pedir?

—Así que ya te has duchado, afeitado. Y por lo que veo ya te has echado tu colonia también. ¡Eres un coqueto!—bromeo tirándole un beso.

Antes de que pueda contestar, llaman a la puerta y cuando Carlos la abre, entra un camarero perfectamente uniformado con un carrito con el desayudo. Carlos le indica que lo deje en una pequeña mesa que tengo en mi habitación.

Es realmente el único sitio donde puede colocarlo, porque como yo no tengo terraza, eso que nos perdemos, con lo bien que hubiese estado un desayuno en su terraza.

No sé cuánto piensa Carlos que soy capaz de comer, pero creo que se ha pasado un poco pidiendo el desayuno; Zumo de naranja, café, bollería, unas tostadas. ¡Hasta un par de tortillas francesas! Me parece un poco excesivo, va a sobrar más de la mitad.

Junto al desayuno, el camarero coloca una rosa roja, una caja de bombones y un pequeño osito de peluche sujetando un corazón también rojo entre las manos y, al dejarlo sobre la mesa, me mira de reojo y se le escapa una pequeña sonrisa al tiempo que no puedo evitar ponerme roja como un tomate.

—Carlos, ¿y esto?—pregunto entre avergonzada y halagada.

—Es un pequeño detalle para alegrarte el día, ¿te gusta?

—Mucho, pero el día me lo alegras tú tratándome tan bien y con esa sonrisa, no necesito nada más—admito mientras me voy derritiendo.

Lo cierto es que Carlos es encantador, muy detallista. Se fija en todo y te hace sentir querida en todo momento, junto a él me siento una persona

especial. Se me pasa brevemente por la cabeza la pregunta de si será así también en su casa, a diario, o se está esmerando por conquistarme, aunque mi corazón me dice que me olvide de eso y que me deje conquistar.

Tomo la rosa entre mis manos y la huelo pasando mis dedos por sus suaves pétalos, es una rosa tan fresca, con lo que a mí me gustan las rosas.

El desayuno está delicioso y al final acabo comiendo más de lo que pensaba, pero aun así sobra mucha comida como era de esperar.

—Elige bombón—le digo abriendo la caja de bombones.

Carlos elige un bombón con una pinta deliciosa de chocolate con leche y praliné y nada más elegirlo, le alejo la caja y tomo el bombón entre mis dedos llevándolo a su boca al tiempo que él sonríe y cierra los ojos saboreándolo.

Nos damos la mano, y acaricio con la yema de mis dedos la palma de su mano. Son unas manos muy suaves para ser un hombre, bien cuidadas. Mi mente me dice que me fije en el anillo de casado, aunque mi corazón parece ignorar ese "pequeño" detalle.

Le miro a los ojos y le beso. Siento sus labios rozando los míos, y segundos más tarde la punta de su lengua jugando con mi lengua. ¡Qué bien besa! Puedo saborear el chocolate del bombón mientras acaricio su cuello y la parte superior de su pecho.

Mientras nos besamos, Carlos juega con mi cabello y me besa suavemente al tiempo que abro un poco su albornoz para acariciar sus pectorales.

Este hombre consigue ponerme a cien sin hacer nada, no sé si es la manera en que me despertó, el ambiente de la habitación del hotel, el desayuno, los regalos que me hizo, o todo junto. Mi respiración se acelera y Carlos lo nota.

—Recuerda que tenemos un trato Lucía. Tú decides—advierte separándose ligeramente.

—Ya, nuestro trato—me quejo con una mueca de desesperación.

Luego quizá sea difícil parar, quizá no, seguro y no quiero que acabe como ayer, aunque me sorprendo a mí misma aceptando más y más la idea de que puedo tener sexo con Carlos, siempre que sigamos ciertas reglas.

—Lo del sexo…bueno…por mí, si surge, vale, pero hoy compramos preservativos. De hecho, creo que si ahora mismo tuviese uno no sé cómo acabaría la cosa—confieso alzando las cejas.

—Ten cuidado con lo que deseas porque a veces los deseos se hacen realidad—dice sonriendo al tiempo que saca una pequeña caja de preservativos.

—Carlos, ¿y eso?—pregunto confusa sin poder creer que haya conseguido una caja.

—En la recepción pueden conseguir todo lo que necesites, de hecho tenían unas cuantas cajas a mano, y hay que ser previsor—anuncia riendo abiertamente.

—No me lo creo, ¡eres un salido!—bromeo negando con la cabeza.

Mi mente ya no pinta nada en esta ecuación, solamente habla mi corazón. Y mis hormonas.

—¿Tenemos tiempo?—pregunto mirando el reloj.

Carlos menea la cabeza como diciendo "tiempo para algo muy rápido sí, pero para algo de calidad, más bien no."

—¿Alguna vez has hecho algo rápido o siempre es en plan tántrico?—me quejo indicándole que si queremos algo debemos darnos prisa.

—Bueno, puedo hacer una excepción de vez en cuando, sobre todo si es contigo—asegura acercándose más a mí y tomándome entre sus brazos.

Me besa el cuello y el lóbulo de la oreja arrancando varios suspiros de mi boca mientras acaricia con suavidad mis piernas.

—Esta noche te voy a dar un masaje, acuérdate de que compremos aceite—susurra a mi oído.

—¿Lo dices en serio?—pregunto mordiendo mi labio inferior de deseo.

—Totalmente en serio.

—¿Erótico?

—Erótico y relajante a partes iguales—bromea sonriendo.

Por qué tendremos que ir a la maldita reunión, por qué no tendremos todo el día para nosotros, quiero que el día pase a toda velocidad y que llegue la noche para tener ya ese masaje, estoy segura de que no me podré concentrar durante todo el día solo de pensarlo.

—Creo que tenemos que ir espabilando, Lucía—anuncia señalando el reloj y sacándome de mis pensamientos a pesar de que preferiría seguir perdida en ellos hasta que llegue la noche.

Tensión inesperada

De mala gana, ambos nos vestimos refunfuñando y al bajar a la recepción del hotel el chófer que envía la empresa rusa ya nos está esperando. Me disculpo por la tardanza, pero me dice que acaba de llegar, que no me preocupe, que ya avisó a la empresa de que había mucho tráfico y llegaríamos un poco tarde.

Durante el trayecto, Carlos me informa de unos retoques que ha hecho a la oferta económica del proyecto. Ha conseguido bajar un cinco por ciento el montante total y, al tratarse de una cantidad tan elevada, la oferta queda muy atractiva.

—Vamos a hacer un esfuerzo grandísimo para conseguir este proyecto, Lucía—anuncia orgulloso—con estos cambios básicamente cubrimos gastos y poco más, pero ahora no deberían ponernos pegas ni a la oferta económica ni a la técnica.

—Se nota que tienes ganas de volver por Rusia a menudo… —bromeo sonriendo con malicia.

—Sí, aunque espero convencer al jefe de que es absolutamente necesario que vengas conmigo—responde con un seductor guiño de ojo que casi consigue que deje un charco en el asiento.

De repente, cambia su cara y me informa de que el chófer estaba mirando por el retrovisor y que cree que lo ha visto.

—No te preocupes, no es nada—le aseguro—es solamente un guiño y una sonrisa, aunque lo haya visto no pasa nada. No significa nada, Carlos.

—Ya sé que no es nada, pero recuerda todo lo que te he explicado sobre el lenguaje no verbal, fuera de la habitación hay que mantenerlo todo al mínimo—advierte con gesto serio.

—Vale—aseguro algo avergonzada.

Me divierte lo paranoico que está con cualquier roce en cuanto salimos de la habitación, aunque sé que en el fondo tiene razón porque los dos nos jugamos mucho si lo nuestro llega a salir a la luz.

—Oye, lo de convencer al jefe para venir más veces contigo a Rusia, ¿lo dices en serio?—insisto sin poder creer aún sus palabras.

Estoy temblando, parezco una niña con su primer amor. Como ya está todo bastante complicado, vamos a complicarlo un poco más.

—Sí, lo digo en serio—me asegura—aunque no te creas que habrá muchas ocasiones. Por desgracia, una vez que se firma el contrato, si es que

lo firmamos, los comerciales hemos terminado. A partir de ahí, los técnicos toman el control del proyecto. Vendríamos de vez en cuando, pero no pienses que estaríamos aquí supervisando el proyecto ni mucho menos.

—Pero ¿habrá más proyectos, no?—pregunto con mirada ansiosa.

—Sí, Lucía, habrá más proyectos, el más difícil es el primero. Con una buena referencia como esta, sería más fácil conseguirlos y por eso vamos a hacer un gran esfuerzo. Sin embargo, nuestra especialidad son los proyectos grandes llave en mano y ni hay tantos, ni tenemos la capacidad de ir a por todos ellos. Pero tranquila que habrá más, de momento es muy importante que saquemos este adelante. Vamos paso a paso—afirma con su seductora sonrisa.

Al escuchar sus palabras, no puedo evitar sonreír yo también y quedarme embobada mirándole a los ojos.

—Cuando una sonrisa es verdadera los ojos brillan y se forman unas pequeñas arruguitas alrededor de ellos, como a ti ahora. Es otra manera de diferenciar si te están mintiendo—asegura alzando las cejas.

Sacudo la cabeza y muerdo el labio inferior cerrando los ojos, creo que, independientemente del sexo, podría aprender bastante de Carlos. Se le notan los años de experiencia y esa manía de observarlo todo y su fijación con el lenguaje no verbal, aunque me sigue pareciendo un poco pedante y paranoica, tiene su punto.

—Además, a ti se te forman unos hoyitos súper sexys a ambos lados de la boca—añade haciendo que me ponga colorada.

—Carlos calla—le indico en vista de que me estoy acalorando— no me hagas esos comentarios si quieres que me concentre en la reunión.

Llegamos a la empresa de los rusos y hoy no nos recibe la secretaria de las piernas interminables y las tetas grandes sino la misma que nos despidió ayer, la normalita. Se ve que como no consigue distraer a Carlos no les sirve para el puesto.

Nos lleva a la misma sala del día anterior donde nos esperan Boris y Viktor y, tras saludarnos, Boris toma la palabra en plan guerrero mientras Viktor queda a la escucha.

—Señores, su oferta técnica tiene algunos retoques que hacer, pero su oferta económica nos parece inaceptable. Como les he comunicado en el día de ayer, disponemos de una ingeniería ucraniana que nos ofrece mejores condiciones económicas con un nivel técnico ligeramente superior. Por lo

tanto, creo que nuestras negociaciones se han terminado—espeta nada más empezar la reunión ante mi asombro.

Lo dice con su chulería habitual, mirando fijamente a los ojos de Carlos, casi sin parpadear. Este tipo es inaguantable, prefiero no imaginar cómo sería trabajar para él.

Casi sin querer, mi mirada se dirige a Viktor y su cara está seria, como de piedra. Me fijo en lo que me dijo Carlos de los gestos de sus manos y ahora sus dedos están entrelazados, no tiene las yemas de los dedos unidas como cuando está más relajado. Creo que es un farol, espero con todo mi corazón que sea un farol.

Dudo si decírselo a Carlos, pero tendría que hacerlo en español y no sería educado hacerlo. No quiero estropearlo por pasarme de impetuosa. Solo espero que Carlos se haya dado cuenta también. Joder, me tiembla el cuerpo entero, mis manos sudan, qué ansiedad me está entrando, yo no creo que sirva para esto.

Carlos toma la palabra empezando por la parte técnica y dirigiéndose principalmente a Viktor. Conoce bien a la empresa ucraniana de la que Boris está hablando y compara su tecnología con la nuestra con gran detalle, incluso proyectando sobre una pantalla planos y especificaciones técnicas del tipo de instalación y de los productos empleados.

En el caso de una bajada o subida extrema de las temperaturas la instalación de la empresa ucraniana podría verse comprometida, mientras la nuestra aguantaría unos cuántos grados de menos o de más. Todos somos plenamente conscientes de que una parada no programada en una instalación tan cara es un auténtico desastre económico.

Nuestras especificaciones son más eficientes también en cuanto al consumo de energía. Aunque no me estoy enterando de todo lo que está comentando, mi corazón da un vuelco, deseo con toda mi alma sacar este proyecto adelante; por mí, por Carlos, porque podamos volver a viajar más veces juntos.

Carlos le propone a Viktor correr una simulación del consumo de energía de nuestra propuesta frente a la ucraniana. En ese momento Boris intenta interrumpir volviendo a la oferta económica y tachándola de inaceptable. Sin embargo, Viktor le pide seguir escuchando lo que Carlos tiene que decir y nos informa de que está muy interesado en correr una simulación en el ordenador comparando las especificaciones técnicas de ambas ofertas.

Boris no disimula su enfado, es mucho más impulsivo, pero se le ve menos experimentado.

Carlos y Viktor cargan un programa en el ordenador donde van metiendo las especificaciones técnicas de las distintas fases del proyecto al tiempo que, cambiando los parámetros, van simulando las diferentes condiciones de trabajo de la futura instalación.

La conversación entre Carlos y Viktor se va volviendo más y más compleja cada momento que pasa. Yo me he perdido hace un rato, pero creo que Boris se perdió nada más empezar.

Por el contrario, entre Viktor y Carlos se nota una gran sintonía. Carlos le explica cómo se comporta la instalación con cada cambio en los parámetros de las condiciones de trabajo mientras Viktor asiente y hace millones de preguntas que a mí me parecen muy complicadas, aunque son respondidas con prontitud por mi compañero.

Viktor asiente, escucha y toma notas y más notas.

No puedo evitar sentirme orgullosa de Carlos, me pregunto si sentiría lo mismo si no hubiese nada entre nosotros. Estoy casi segura de que sí, y ahora empiezo a entender por qué le pagan tanto en la empresa. Empiezo a comprender que todavía me queda mucho, muchísimo que aprender.

La sucesión de cambios en los parámetros de las condiciones de trabajo es interminable. Veo a Boris claramente desesperado, pide de malos modos un café a una de las secretarias y ni siquiera pregunta a los demás si quieren algo.

Por fin, el programa termina de simular todas las condiciones; el resultado son un montón de números que Viktor exporta a una hoja de cálculo.

Mirando a Boris le informa de que la oferta técnica de nuestra empresa es plenamente solvente y, de hecho, es mejor que la de la empresa ucraniana, pudiendo ahorrar mucho dinero a lo largo de los años de vida de la instalación, sobre todo si se diesen picos extremos de temperatura. En el caso de picos extremos podría evitar paradas no programadas y eso ahorraría mucho dinero a su empresa.

Las yemas de sus dedos se tocan.

Boris vuelve a la carga. Con su típica chulería nos dice que, aunque fuese así, la oferta económica de nuestra empresa es inaceptable y que aquí se acaban las negociaciones.

Lo dice levantándose y señalando la puerta.

Me tiembla todo el cuerpo de la tensión. En cambio, Carlos no se inmuta, parece relajado, aunque supongo que la procesión va por dentro y ha aprendido a controlarse en ese tipo de situaciones.

Yo estoy que me falta el aire para respirar, podría darle un guantazo a Boris en cualquier momento o echar una lágrima aquí mismo.

O las dos cosas a la vez.

Carlos toma la palabra con tranquilidad y proyecta los datos resumidos de la nueva oferta económica. Informa a nuestros anfitriones rusos de que hemos conseguido hacer algunos retoques y, sin ninguna modificación en las condiciones técnicas, hemos conseguido rebajar el montante total de la oferta económica en casi un cinco por ciento.

Unido a los ahorros en consumo de energía a lo largo de los años de la instalación al ser nuestros productos más eficientes, debería mejorar mucho las condiciones de nuestra oferta en comparación con la empresa ucraniana.

Boris se queda sin palabras, mudo. Observo a Viktor y veo que tiene media sonrisa en la boca.

En ese momento, Boris pide que le excusemos un momento y se lleva a Viktor fuera de la sala de reuniones. Es justo lo que Carlos no quería, que hablasen entre ellos con calma en ruso, pero no podemos evitarlo.

Todavía estoy temblando y no puedo evitar mirar a Carlos para ver si saco algo de su expresión.

—Además de una batalla entre la empresa ucraniana y nosotros hay otra batalla entre Boris y Viktor—indica Carlos sonriendo.

—¿Cómo lo ves?—le digo susurrando.

—Viktor ha quedado muy impresionado con la simulación de las especificaciones técnicas de los productos. Somos superiores a los ucranianos, ellos ahora podrían ofertar mejores productos de los que han ofertado, pero se les dispararía el precio. Por mi experiencia creo que todavía vamos algo por encima en el precio, pero con una oferta técnica notablemente mejor. Es una planta muy cara la que van a construir, en un proyecto así deberían de tener en cuenta el aspecto técnico, cualquier parón en la producción por una avería sale carísimo y ellos lo saben—explica en tono calmado.

—Vale—vuelvo a susurrar.

—Ni nos oyen ni nos entienden—apunta Carlos susurrando también y riéndose de mí.

—Me tiemblan las piernas de la tensión—reconozco haciendo una mueca.

—También te temblaban por la mañana—bromea sonriendo.

—Calla tonto—logra que se me escape una sonrisa y que me relaje un poco al tiempo que muevo la cabeza y abro los ojos de par en par como diciéndole que no me puedo creer que haya dicho eso aquí. Toma lenguaje no verbal.

Al cabo de un buen rato, para mí una auténtica eternidad, Boris y Viktor entran de nuevo en la sala de reuniones y, como las veces anteriores, es Boris quien toma la palabra.

—En contra de mi opinión, se ha decidido seguir adelante con su oferta y abandonar la de la empresa ucraniana. Nuestros departamentos económico y jurídico se pondrán en contacto con los suyos para cerrar los últimos detalles del contrato—afirma en un tono muy seco.

Boris ha sufrido una derrota y ya no está tan chulito, su cara se ha vuelto de piedra, aunque poco esperaba yo que iba a morir matando.

Mirando a Carlos directamente a los ojos, le dice que agradecería que "la señorita", es decir; yo, fuese desplazada a San Petersburgo mientras duren las obras de instalación de la planta, "si es que usted puede desprenderse de ella unos meses". Recalcando esta última parte de la frase.

Si las miradas matasen Boris estaría fulminado en el suelo porque Carlos, perdiendo su compostura habitual, le lanza una mirada asesina que da auténtico miedo.

Yo, por mi parte, me quedo de piedra.

A continuación, dirigiéndose a mí en ruso tiene la cara de decirme que no creía que mi jefe se fuese a separar de mí a juzgar por las miradas de amor que me dedicaba en el coche mientras veníamos para terminar lanzando unas risitas con su chulería habitual.

Pe-da-zo de hijo de la gran puta.

Mi cara cambia por completo, se me acelera la respiración y, si no fuese porque nos jugamos mucho, juro que le tiraba una silla a la cabeza ahora mismo.

El rostro de Viktor es un auténtico poema, no sabe dónde meterse el pobre, su mano sobre la frente negando con la cabeza.

Carlos no necesita entender ruso para darse cuenta de la situación y, perdiendo por completo su perfecta compostura habitual, le dice a Boris que en nuestra empresa las personas están muy por encima de los negocios, que

sus comentarios sobran y que además de ser una falta de educación dirigirse a mí en ruso, no necesita entender el idioma para saber que los comentarios han sido inapropiados.

Y todo esto lo dice en un tono de voz mucho más elevado de lo que le he oído nunca.

Viktor tiene que intervenir para poner paz cortando la reunión de manera prematura, mientras Boris sigue en la sala sonriendo con su actitud chulesca.

Casi corriendo, Viktor nos saca de la empresa y nos lleva hacia el coche que debe llevarnos al tiempo que se despide de Carlos diciéndole algo que no acierto a escuchar.

El chófer nos pregunta dónde nos deja y, esta vez, Carlos solicita que nos lleve directamente al hotel.

Durante todo el trayecto no hablamos ni una sola palabra. Le miro alguna vez de reojo, y su cara parece petrificada. No soy consciente de que Carlos me mirase en todo el trayecto, ni siquiera de reojo, ni una sola vez.

Esta vez, el chófer de la empresa rusa tampoco habla nada. ¡Y menos mal!

Juro que si me dice algo le ahogo allí mismo con mis propias manos. ¡Qué cabronazo! ¿Cómo se le ocurre ir con sus cuentos a su jefe? Aunque posiblemente eso sea parte de su trabajo. Observar en los trayectos por si puede sacar algo interesante para desestabilizar la negociación.

¡Increíble! Y hemos caído como tontos.

Aunque, realmente, el Boris éste se ha montado una película sobre nada. Quizá a ellos les parezca algo raro, pero en España no tiene mayor importancia que un compañero de trabajo te sonría y te guiñe un ojo para darte confianza.

Lo que nos mató fue la reacción que tuvimos ambos cuando Boris lo dijo en la reunión, si nos hubiésemos hecho los locos, como que no comprendíamos lo que decía, no hubiese pasado nada en absoluto.

Supongo que en estos momentos nuestros sentimientos están demasiado a flor de piel, y son esos sentimientos los que nos han traicionado. Si no hubiese nada entre nosotros y hubiese sido el típico guiño de ojo sin malicia, esto no habría pasado.

Podría entender la reacción en mí pero ¿en Carlos? Con toda la experiencia que tiene y lo bien que se sabe controlar…Quizá le gusto de

verdad. Puede que realmente sea alguien especial para él y de verdad esté enamorado de mí.

O, seguramente, solo le dio rabia de que le pillasen en una trampa tan infantil y no pudo contenerse.

No lo sé. Espero de verdad que sea la primera opción.

Y que me hable, por favor.

Yo no tengo la culpa de nada, está mostrando un comportamiento pueril que no esperaba de él para nada. ¡Yo que le tenía tan idealizado! Se me está viniendo abajo.

Entiendo que nos jugamos muchísimo, no solamente un contrato importantísimo para la empresa, sino también su prestigio personal y quizá su situación familiar si esto llegase a saberse.

Bueno, ¿y la mía qué? Pues también. A Alberto no le va a hacer mucha gracia, desde luego, y la fama que voy a tener en la empresa ya ni te cuento. Más me vale cambiar de trabajo y de ciudad.

Pero, es que realmente no ha pasado nada. Bueno, al menos no ha pasado nada en el coche. Fue una película que se montaron entre el chófer y el cretino de Boris. Si nos hubiesen pillado en la habitación esta mañana lo entendería, estaría más que justificado. Pero montar una película y sacar suposiciones por una sonrisa y un guiño de ojo me parece muy excesivo.

Entonces, ¿por qué nosotros hemos reaccionado así?

Mi cabeza da vueltas y a cada minuto me voy cabreando más y más, supongo que eso es lo que le está pasando también a Carlos y por eso lleva esa cara de perro.

No lo sé.

Por fin llegamos al hotel y nos despedimos del chófer de la empresa rusa con una mirada fría, gélida, más bien. De esas que cortan literalmente y sin una sola palabra.

Cabronazo, ¡espero no volver a verte en mi vida! Es lo único que se me viene a la cabeza en ese momento.

De hecho, he tenido que contenerme para no decírselo en ruso, para que lo entendiese bien. Estoy súper cabreada, asqueada de toda la situación, si las ventas internacionales son siempre así no quiero tener nada que ver con ese departamento de la empresa.

Al llegar a las habitaciones le digo a Carlos que si podemos hablar un momento.

—Solo un minuto, por favor—insisto ante su intención de marcharse directamente hacia su habitación.

Entramos en la mía y estallo sin poder hacer nada para evitarlo, como si fuese una bebida gaseosa y me hubiesen estado batiendo durante todo el trayecto hasta el hotel.

—¿Pero tú en qué coño estabas pensando para reaccionar así en la reunión?—le recrimino a voz en grito.

¿En serio le estoy diciendo esto? ¿Gritando?

—Yo me sé defender solita, no necesito que el caballero medieval venga a salvarme. No había pasado nada, fue una película que se montaron ellos y ni siquiera entendiste lo que me estaba diciendo. ¿A qué coño ha venido esa reacción de macho alfa sobreprotector?

Carlos me mira sin salir de su asombro.

—Parecía que estabas compitiendo con Boris a ver quién de los dos es más imbécil o la tiene más grande. Si no querías que nadie se enterase de nada ya vas por mal camino, al igual que nuestro contrato con la empresa rusa. Además, nosotros no tenemos nada para que vengas a salvarme, no eres mi pareja, ni mi marido. Hemos follado una vez. Punto—le reprocho completamente fuera de mis casillas.

Me voy calentando yo sola fruto de la sensación de frustración que tengo en estos momentos. Soy consciente de que tengo que parar, pero no puedo por más que lo intento, es como una bola de nieve que va cogiendo velocidad según avanza hasta convertirse en una avalancha.

—Y aunque lo fueses, te repito que yo me salvo sola—insisto alterada —no necesito que vengas tú en plan macho troglodita a enfrentarte al cretino ese del Boris que es un completo imbécil.

La cara de Carlos es un auténtico poema, su eterna sonrisa ya no está, parece haberle abandonado y su infinita seguridad ha desaparecido. Solamente me mira.

—Lucía…

—Ni Lucía ni leches, no tengo más que decir, ¡ahí tienes la puerta, guapo!—le indico dando media vuelta y encerrándome en el baño.

A los pocos segundos escucho cerrarse mi puerta y abrirse la de la habitación de al lado.

Sueños de juventud

Me miro al espejo del baño y me rompo. No entiendo nada, no comprendo mi reacción. Estaba enfadada porque Carlos no me hablaba y me pongo como una energúmena con él.

¿A qué ha venido todo esto?

¿Por qué lo he hecho?

Carlos tampoco tiene ninguna culpa.

¿Por qué me he puesto así con él?

Sé que no siento nada de lo que le he dicho. Entonces, ¿por qué se lo dije? Y además, a gritos al pobre.

En el fondo me gustó que saliese en mi defensa aún a riesgo de estropearlo todo. Ha sido en cierto modo romántico. Pero no era necesario, sé defenderme yo sola. No soy una mujer que haya que estar protegiendo todo el tiempo, mi vida no ha sido nada fácil y he aprendido a defenderme.

Al mismo tiempo que me gusta, también me hace daño que haya sido capaz de jugárselo todo por mí. Si esto sale mal, no solamente perderemos el contrato, que yo creo que ya está perdido, encima podría tener repercusiones muy graves en la empresa y en su familia.

Está casado y tiene un niño pequeño, junto con una posición de importancia dentro de la empresa, de mucho prestigio.

Y, aun así, lo arriesgó todo para salir en mi ayuda.

No hacía falta, me muero de rabia, ha sido una bobada, una auténtica tontería sin importancia. Un guiño, una sonrisa en el coche, no significa nada. Hemos sobre reaccionado, sobre todo él. Ha sido una actitud tan infantil por su parte…

Y lo hemos estropeado todo.

Me tiro en la cama sin ser capaz de retener mis lágrimas. Soy imbécil. ¿Por qué me he puesto así con Carlos? ¿Por qué él no me contestó? Tampoco le dejé contestarme, no le di opción.

Debería pedirle perdón, pero soy muy orgullosa, con Alberto siempre tiene que ser él el que pida perdón.

Sigo llorando hasta quedarme dormida.

Llaman a la puerta de la habitación, abro los ojos y todo está oscuro. No sé qué hora es.

Miro el reloj. Son las siete de la tarde, entre el disgusto y el cansancio he dormido cuatro horas del tirón, no me lo puedo creer.

Abro la puerta esperando con toda mi alma que sea Carlos y al verle se me escapa un suspiro.

—Lo siento, peque—se disculpa al tiempo que me entrega un pequeño ramo de rosas rojas.

—Yo sí que lo siento, no quería decirte esas cosas—confieso desviando la mirada avergonzada—no quería gritarte, no entiendo lo que me ha pasado.

—¿Has estado llorando?—pregunta mientras levanta mi barbilla con su mano derecha.

Miro de reojo al espejo del armario, menudas pintas llevo; mi pelo está todo desmadejado de la larga siesta, el rimen corrido por culpa de las lágrimas me hace ojos de zombi. La blusa toda arrugada de dormir sobre ella, en bragas. Y menos mal que me he quitado los pantalones, que estarían igual de arrugados que la blusa.

—Mira que pintas—bromeo señalándome a mí misma.

—Tú estás guapa de todas las formas, unas veces más y otras un poco menos, pero siempre guapa—responde haciendo que me tiemblen las piernas al escucharle.

Su sonrisa ha vuelto. ¡Cómo echaba de menos esa sonrisa tan encantadora!

—Eso eres tú que me ves con buenos ojos, ahora mismo no creo que pudiese ligar mucho—admito negando con la cabeza.

—Pues sí, la verdad es que te veo con buenos ojos, ya te he dicho que eres muy especial para mí—reconoce limpiando una lágrima que rueda por mi mejilla con su dedo pulgar.

Coloco las rosas en la mesa de la habitación y le tiro un beso.

—¿Me dejas que me lave la cara un momento?—pregunto dirigiéndome al baño.

—Claro, aunque tengo que reconocer que esos ojitos en plan gótico tienen su punto—bromea divertido.

Me lavo la cara a toda prisa y me cepillo el pelo para que quede mínimamente presentable. Con la blusa, poco o nada puedo hacer, así que se queda toda arrugada de momento.

Carlos está sentado sobre mi cama y me hace un gesto con la mano para que me siente a su lado.

—Creo que la hemos cagado, Carlos—le indico bajando la mirada—. Y lo que más me fastidia es que ha sido por una tontería, no teníamos que

habernos puesto así. ¿Crees que se enterarán de todo esto en la empresa?

—Espero que no, ¿qué van a decir? ¿Que no llegamos a un acuerdo porque casi pegamos al hijo del jefe?—intenta bromear para tranquilizarme.

—Es que es un cretino—admito esbozando una sonrisa.

—Ya, dan ganas de darle en la cabeza, pero fuerte. El acuerdo en sí no tiene muy buena pinta, eso es cierto, la empresa ha hecho un esfuerzo muy grande por intentar conseguirlo, pero no todas las ofertas se ganan. ¡Ojalá fuese así! Pero que pase de ahí, lo veo difícil, no le veo muchas probabilidades—reconoce Carlos encogiéndose de hombros.

—Sí, pero esas pocas probabilidades asustan—insisto con preocupación.

—Sí, asustan, y mucho, aunque lo veo difícil. No te voy a decir que estoy muy tranquilo, porque no lo estoy; para mí las consecuencias de que simplemente sospechasen en Madrid que hay algo entre nosotros serían devastadoras y supongo que para ti también—confiesa haciendo una mueca.

—Para mí también—admito con un hilo de voz casi inaudible.

—Sabes que no quiero hacer daño a mi familia por nada del mundo, tú eres algo especial y todavía no comprendo cómo ha pasado, pero no quiero perderte. Estoy hecho un lío, la verdad, Lucía, y eso que suelo estar muy seguro de las cosas. Esta situación me está desquiciando—reconoce negando con la cabeza.

—No eres el único, guapo—añado soltándole un tímido beso en la mejilla—. Carlos, en cuanto a lo de antes… en serio que lo siento mucho, y no suelo pedir perdón, que soy muy orgullosa. En el fondo sí que me gustó que salieses en mi defensa, has sido un idiota, porque te juegas mucho, pero me gustó. Lo otro que te dije de que no éramos nada, olvídalo, por favor, sabes que no lo sentía. No sé qué me pasó, no suelo ir a hacer daño de esa manera, y menos haciéndomelo a mí misma. Quiero pensar que lo nuestro no es una aventura, al menos para mí no lo es, y creo que para ti tampoco.

—Para mí tampoco lo es—me asegura con rostro serio—. No sé si te lo crees o no, pero nunca he tenido una aventura, a pesar de que dedicándome a las ventas internacionales es bastante fácil. Y si fuese a tenerla, nunca pensé que sería con una compañera de trabajo, ni siquiera con alguien tan radiante como tú.

No puedo evitar sonreír ante su comentario porque incluso en una situación tan complicada como en la que estamos metidos, consigue derretirme con sus palabras.

—Lucía, son sentimientos auténticos, sentimientos intensos que estaban casi olvidados, eres muy especial—me asegura acariciando mi mejilla con la palma de su mano.

Al sentir su caricia, no puedo evitar cerrar los ojos y coger su mano para besarla mientras él sigue haciendo que mis rodillas tiemblen con sus palabras.

—Por cierto, ya sé que no necesitas que te defiendan. Una de las cosas que más me gustan de ti es que eres una mujer muy fuerte, con mucho carácter. Sin embargo, en ese momento ni siquiera pude pensar, tenía que echarte una mano, no pensé en si lo necesitabas, que seguro que no, ni en las consecuencias. Tenía que haber sido un poco más reflexivo, pero lo volvería hacer una y mil veces—añade mientras besa mi frente.

—Tonto—es todo lo que puedo decir mientras me voy derritiendo.

Sonrío, seguramente es una sonrisa de niña boba, pero es que cuando me dice esas cosas me pone muy blandita.

—Siento haber estropeado la escapada de turismo romántico en nuestra última tarde libre—me disculpo acariciando su brazo derecho.

—Eso sí que no te lo perdonaré nunca, Ivanova—bromea sonriendo. —Para compensarlo, tendrás que acompañarme a cenar algo rápido y luego, de castigo, al teatro Michailovsky. Espero que te guste el ballet, si no es problema tuyo porque es tu castigo.

—¡Ballet en el Michailovsky! ¿Me estás vacilando? ¿Me lo dices en serio? ¿Cómo has acertado?—chillo entusiasmada.

—¿He acertado? ¿Eso es un sí?

—¿Sabes que de pequeña hice ballet? Hasta los catorce años. El sueño de todas las niñas de la escuela de ballet era bailar un día en el Michailovsky. ¡Me encanta! Y, además, con la pasta que te debes haber gastado en las entradas, como para decirte que no—agrego temblando de emoción.

—Ya decía yo que con ese cuerpecito y esa flexibilidad tenías que haber hecho gimnasia o ballet—reconoce Carlos en tono divertido. —Te dejo que te arregles, tendremos que ir un poco elegantes. Te recojo en media hora ¿vale?

—Eso no anula el masaje que me habías prometido ¿no?—pregunto poniendo una sonrisa pícara.

—No.

—No te libras—le digo susurrando y moviendo mi dedo índice.

La cena es rápida como Carlos había anunciado, pero está muy bien. Cuando estoy a su lado me olvido de todo y creo que él también, eso es lo malo. No está bien. Por un breve momento me entran dudas, me acuerdo de Alberto, del daño que le haré si llega a enterarse aunque se me pasa pronto, es cuestión de segundos, quizá ni eso. El problema es que sé que cuando no esté junto a Carlos la cosa va a ser muy diferente.

¿Tiene algún futuro esta situación? Supongo que no, aunque no quiero que se acabe.

Cualquier duda que tuviese se disipa de inmediato al entrar al Teatro Michailovsky. Mi sueño hecho realidad. Casi me muero al entrar. Estoy segura de que parezco una paleta mirándolo todo mientras Carlos sonríe a mi lado.

Está radiante. No se ha puesto chaqueta y corbata, como yo esperaba, sino un cuello cisne negro que realza su torso y una chaqueta que le queda a las mil maravillas. Si no fuese porque el teatro me impresiona más todavía, dan ganas de comérselo.

Y el teatro Michailovsky es para impresionar. Uno de los más antiguos de Rusia, se dedica a grandes actuaciones de ópera, teatro y ballet. Todo en él es majestuoso, proviene de la época en la que en San Petersburgo corría el dinero de manera ilimitada.

Y majestuoso es el palco privado al que nos conducen. Miro a Carlos con ojos de decirle, ¿pero qué haces?…te vas a dejar el sueldo.

—Es nuestra última noche en San Petersburgo, peque. Quiero que sea inolvidable—me asegura con un seductor guiño de ojo.

—Inolvidable va a ser en cuanto lleguemos a la habitación—añado susurrando y poniendo cara de mala.

La actuación es absolutamente soberbia, la compañía de ballet ejecuta la obra “La Bayadera”.

—Muy apropiado para la ocasión—bromeo arqueando las cejas.

—¿Por?—pregunta Carlos confuso.

—No sabes nada de ballet, ¿no? Te tengo que llevar más a menudo, Carlos—le digo sonriendo.

—Ni idea, Lucía. ¿De qué trata?

—La obra se desarrolla en la India, tu país favorito y trata de engaños amorosos, celos y los dos protagonistas mueren al final de la obra. No sé qué pensar, Carlos—susurro entre risas.

Me muero de risa al ver la cara de Carlos. Evidentemente no tenía ni idea ni de la obra que iban a representar ni de qué trataba.

—Ni idea—admite con cara de despistado—. Espero que ni tu ni yo vayamos a morir.

No sé si a Carlos le gusta la actuación, creo que sí, al menos eso me dice. Supongo que le hubiese gustado más aprovechar con disimulo el palco privado para ver y tocar al mismo tiempo, pero en vista de que yo estaba absolutamente extasiada disfrutando de la actuación se ha tenido que contener.

Pienso que si me llega a interrumpir para meterme mano le cae un tortazo. Hay un lugar y un tiempo para todas las cosas y un templo del ballet como este hay que respetarlo, no puede profanarse.

Yo, por mi parte, no sé si he muerto y estoy en el paraíso o si sigo en la tierra. Necesito ganar más dinero para darme estos lujos de vez en cuando. ¡Qué maravilla! La representación es perfecta, la acústica del teatro no es de este mundo. Los bailarines absolutamente brillantes, daría lo que fuese por poder bailar así. Sé lo duro que es, la cantidad de horas que he pasado ensayando hasta que me sangraban los pies, y ver esa perfección me maravilla.

—Gracias Carlos. No olvidaré esta noche jamás, te lo juro—confieso con los ojos envueltos en lágrimas.

Es lo único que acierto a decir con ojitos de cordero degollado al terminar la actuación, al tiempo que se me escapaban unas lágrimas de felicidad y emoción.

Volvemos caminando al hotel. Es lo bueno de tener un hotel tan céntrico, está todo cerca. Yo sigo flotando en las nubes, me dan ganas de abrazar a Carlos, siento la necesidad de besarle, de bailar, pero recuerdo lo que me dijo la noche anterior. Nunca se sabe con quién te puedes encontrar en una gran ciudad. Me tengo que reprimir, aunque me cuesta lo suyo.

—¿Qué te apetece hacer mañana Lucía?—pregunta de improviso—. El avión no sale hasta las cuatro de la tarde, tenemos toda la mañana libre para nosotros.

—No lo sé, quizá tengas que pasar la mañana descansando; la noche es joven y tú ya tienes tus años—bromeo con mirada pícara arqueando mis cejas.

Última noche

Llego al hotel con muchos problemas para lograr contenerme. Daría cualquier cosa por caminar de su mano por San Petersburgo, por poder abrazarle en plena calle. Así, porque sí, sin un motivo, solo porque me apetece, sin miedo a que nadie nos vea y me duele en el alma que eso sea imposible.

Imposible hoy y, seguramente, imposible siempre.

No quiero que el día se acabe, me gustaría que durase para siempre. Supongo que en eso consiste estar enamorado, cuando no quieres que el día se termine nunca. Cuando deseas que ni siquiera los sueños puedan separarte de la persona a la que amas.

Solo pienso en que es nuestra última noche en San Petersburgo, nuestra última noche juntos. Espero de corazón que haya más noches a su lado, pero no lo sé. No lo puedo saber. Carlos volverá con su familia, yo volveré con Alberto, y la vida seguirá igual que siempre. O quizá no. De momento solamente sé que tengo que aprovechar mi última noche a su lado.

Le miro, una mirada mezcla entre amor, deseo y melancolía. Es un sentimiento profundo, de los que salen del mismísimo fondo de tu corazón. Me siento tan viva a su lado, quizá sea la novedad, quizá el lado prohibido de nuestra relación, pero es lo que siento y sé que es auténtico.

¿Es una relación? Al menos para mí sí lo es. Algo que sé que no tiene futuro, algo que sé que está prohibido. que está mal, que seguramente se acabará mañana, pero vaya si es una relación. Tan intensa que me está matando; de amor, de dudas y de culpa.

—¿En qué piensas Lucía? Te noto con la mirada un poco perdida—interrumpe de repente.

—En ti, en mí, en nosotros, en todo esto. Es de locos Carlos—reconozco meneando la cabeza.

—Es que el amor es loco, Lucía. El verdadero amor no se puede controlar, surge de repente y no puedes pararlo. Es un sentimiento tan profundo e intenso que no puedes sujetarlo con las leyes de la razón—añade con su preciosa sonrisa en la boca haciendo que se me ericen los pelos de la nuca.

—Pero ¿has pensado en lo que pasará a partir de mañana entre nosotros? ¿Se acaba para siempre? ¿Podemos seguir de alguna manera? ¿Podemos tener una relación “oficial”?

Sé que la respuesta a la última pregunta es no, pero la hago más para mí que para él. Es una pregunta que me he hecho a mí misma muchas veces a lo largo de estos dos días, y que tengo la sospecha de que me haré muchas más veces en el futuro.

—Vamos pasito a pasito, Lucía. A ver qué se puede hacer, lo que no podemos hacer es arriesgarnos—admite con el rostro serio—. Una cosa es estar juntos de viaje y otra muy distinta en Madrid. Sé que es muy difícil no pensar en ello, pero creo que tendremos que ir viendo cómo se desarrollan los acontecimientos.

Carlos me regala una nueva sonrisa, aunque no es esa sonrisa cargada de seguridad de otras veces, su sonrisa ahora es ahora algo más forzada, una sonrisa que deja ver un trasfondo de duda. Imagino que está pasando por algo similar a lo mío. Odio esta situación y tengo el presentimiento de que va a empeorar notablemente.

Cuando el ascensor llega a nuestro piso, Carlos me dirige a su habitación, colocando sus manos en mi cintura me acerca a él con suavidad mientras retira el pelo de mi cara con sus dedos y me besa en la frente.

—¿Tienes el aceite de masaje Carlos?—pregunto acordándome de repente.

—Claro, un trato es un trato.

—Pues cambio de planes, el masaje te lo voy a dar yo a ti—le aseguro sonriendo y alzando las cejas.

—No, no, no—replica gesticulando con su dedo índice—un trato es un trato y los tratos no se rompen. En todo caso esperarás tu turno, la noche es joven, tú misma lo has dicho.

Acepto a regañadientes acepto, me apetecía un montón ser yo la que diese ese masaje, en fin era una gran oportunidad para acariciar todos sus músculos, pasar mis manos sin prisa por su espalda o por su fuerte torso, aunque he de reconocer que el otro plan tampoco es que esté nada mal.

Observo a Carlos colocando dos toallas de baño sobre la cama y, mirando alrededor en su habitación, no puedo evitar pensar que es una persona muy ordenada. Quizá ordenada en exceso, todo lo contrario a lo que yo soy.

Estoy segura de que debió de alucinar con mi habitación, todo descolocado, la ropa sucia apilada en el armario, braguitas por el suelo, un auténtico desastre. Carlos lo tiene todo bien colocadito, cada cosa en su sitio.

—Quítate toda la ropa y túmbate en la cama boca abajo—indica Carlos señalando las toallas que acaba de colocar sobre la cama.

—¿Así que me pongo mi mejor ropa interior de tul transparente con encaje para nada?—bromeo quejándome en broma mientras Carlos me mira sonriendo al tiempo que me voy desnudando.

—La verdad es que es una ropa interior preciosa, no deja nada a la imaginación—admite asintiendo con la cabeza.

—¿Me tumbo boca arriba con las piernas abiertas?—pregunto entre risas.

—No seas mala, Ivanova. Boca abajo y con las piernas cerradas—replica haciendo una mueca divertida.

Hago lo que Carlos me dice y me tumbo en la cama sobre las toallas cerrando los ojos al tiempo que escucho a Carlos meterse en el baño y abrir el grifo.

—¿No te irás a duchar ahora no?—pregunto desconcertada—. Y te puedes desnudar aquí. ¿O es que te da vergüenza?

Nada más terminar la frase, escucho a Carlos reírse. Una risa relajada, hermosa.

—Estoy calentando el aceite y mis manos bajo el grifo para que no tengas frio—aclara con voz calmada.

Jo-der, ¡Qué detalle! Este tío es para comérselo con patatas, me encanta, está en todo, tanto que a veces da un poco de miedo.

Por fin sale del baño, desnudo y con el aceite en la mano. Le miro y me dan ganas de saltarme el masaje y pasar directamente a la acción, pero cierro los ojos deseando sentir sus manos sobre mi cuerpo.

—Lo ideal sería apagar las luces y poner unas velas, pero no quiero que salte la alarma de incendios del hotel—explica en tono bajo—así que por hoy tendremos que arreglarnos así.

—Tengo los ojos cerrados—le digo riendo—¿Haces esto de los masajes muy a menudo? —Pregunta equivocada, nada más terminar me doy cuenta de que sobran las preguntas personales y más en estos momentos de romanticismo. Mierda.

—Pienso que los masajes son una de las claves para ganar intimidad en una pareja y esa intimidad se transmite en mejor sexo y mejores relaciones de pareja en general—replica sin perder la calma—. Incluso, uno de los ejercicios básicos del Tantra es simplemente estar desnudos juntos sin hacer nada, para aumentar la intimidad de la pareja.

Ay, ya estamos con eso del Tantra, yo le dejaría sin problemas que me diese un cursillo práctico cuando él quisiera.

—Pero respondiendo a tu pregunta, no, no lo hago a menudo, de hecho, hace mucho que no lo hago. Entre lo poco que estoy en casa, el niño, y que a mi mujer no le van mucho estas cosas solemos tener un sexo más tradicional. Y por favor, Lucía, prefiero no hablar de mi vida familiar privada, igual que yo no te pregunto por tu sexo con Alberto. ¿Lo entiendes verdad?—recrimina Carlos elevando las cejas.

—Perdón, tienes toda la razón—me disculpo con sinceridad—me he dado cuenta nada más acabar la frase. Lo siento.

Joder, estoy celosa otra vez. En vez de estar disfrutando de la situación me estoy poniendo celosa. Pienso en su mujer, si yo le tuviese para mí, haríamos todo el repertorio tántrico de seguido.

¿De verdad se conforma con sexo tradicional con este tío? Si es un chollo encontrar a alguien con intereses fuera de lo tradicional, pero sin cosas raras. Lo que más me fastidia es que Alberto lleva el mismo camino que ella, cada vez experimentamos menos, cada vez tenemos un sexo más predecible. Es bueno, no me quejo, aunque no tiene nada que ver. Y eso sin niños y sin cumplir los treinta, cuando tengamos niños o seamos mayores ya no lo quiero ni pensar.

Siento el aceite caliente deslizándose sobre mi espalda y mis pensamientos desaparecen. ¡Qué placer! Carlos lo deja chorrear poco a poco por mi columna vertebral, desde mi nuca hasta mi culo. ¡Madre mía! ¡Qué maravilla!

—El aceite este es normalito, Lucía. Me hubiese gustado conseguir un aceite más perfumado, también haber podido usar algún tipo de estimulador del olfato como incienso o pétalos, pero no he tenido más remedio que improvisar—se disculpa secando el bote de aceite con una pequeña toalla.

—Shhh, Carlos…no hables…por fa…—susurro sin ser capaz de terminar la frase.

A continuación, vierte aceite en mis piernas de la misma manera, dejándolo chorrear lentamente, poco a poco, desde mis tobillos hasta casi mi culo en un festín de sensaciones que satura mis sentidos.

Había pensado que empezaría por mis hombros, pero noto sus manos en mis gemelos. Siento cómo sus dedos resbalan por la parte inferior de mis piernas, es muy relajante, me gustaría que fuese algo más arriba, pero me relaja.

Poco a poco, sus manos se deslizan por la parte de atrás de mis muslos, los recorre con sus dedos lentamente, esparciendo el aceite caliente por mis piernas.

—¡Qué piernas tan fuertes Lucía! No lo parecen al ser tan delgada. ¿Vas mucho al gimnasio?—pregunta interesado.

—¿Qué hemos dicho de no hablar?—susurro abriendo los ojos—. Son años de ballet de cuando era niña.

—Perdona, es que me ha sorprendido—se disculpa antes de proseguir con su masaje.

Al terminar con mis piernas noto que pone más aceite en sus manos y las desliza por mi nuca. Aprieta algo más fuerte con sus dedos sobre la nuca y los hombros, haciendo maravillosos círculos sobre mis cervicales. Es justo lo que necesitaba, me podría acostumbrar a esto sin problema, a diario.

Baja con suavidad para recorrer toda mi espalda, lentamente y sin prisa. Sus manos dibujan imaginarios círculos de manera rítmica, como si estuviesen bailando. Sí, es un ballet entre sus manos y mi piel.

Estoy relajada y excitada al mismo tiempo; me quedaría recibiendo este masaje toda la vida y, al mismo tiempo, me gustaría girarme para abrazarle.

De repente, siento chorrear de nuevo el aceite, ya está templado, va perdiendo su calor. Esta vez chorrea entre mis nalgas y abro las piernas instintivamente mientras un suspiro profundo se escapa de mi boca sin que pueda evitarlo.

Carlos pasa sus manos por mis nalgas con una delicadeza extrema. Sigue con sus círculos, con su baile, las separa volviéndome completamente loca. Imagino lo que sus ojos pueden estar viendo, es un placer increíble y los suspiros van en aumento.

Carlos pide que me gire, lo hago y me quedo boca arriba completamente desnuda. Cierro los ojos, sigo sin estar a gusto con mis pechos y eso me crea un poco de inseguridad, pero no es el momento de pensar en eso.

Siento el aceite chorrear por mis piernas mientras Carlos masajea mis muslos con delicadeza y, cada vez que su mano sube hasta acercarse a mi pelvis, se me escapa un gemido apagado. Sus manos se detienen en la parte de arriba de mis muslos y separa mis piernas para masajear su parte interior, arqueo la espalda y abro las piernas de manera instintiva.

—Shhh, despacio. Ahora relájate, Lucía—susurra intentando calmarme.

Noto sus manos en mi vientre, deslizándose por mis caderas, recorriendo mi pubis. No puedo más.

Sigo con los ojos cerrados, ahora el aceite cae sobre mis pechos que esperan con ansia ser acariciados.

No puedo más, abro los ojos y agarrando a Carlos por el brazo tiro de él para que venga a la cama conmigo. Me cubre con su cuerpo, su piel sobre mi piel resbalando con el aceite de masaje. Hacemos el amor con calma, sin prisas, dedicándonos tiempo uno al otro.

Al terminar, Carlos se tumba a mi lado y me acaricia la mejilla mientras nos miramos.

No quiero que la noche termine nunca.

No quiero que mis sueños me separen de Carlos.

Leyendas de la Madre Rusia

Tumbada en la cama a su lado me siento relajada, segura. Mi mente está en blanco, solamente quiero sentir el momento. Ya no tengo sentimiento de culpa, no quiero pensar en si esto está bien o está mal. Solo quiero estar a su lado.

—¿Qué te apetece hacer esta mañana, Lucía?—pregunta de improviso sacándome de mis pensamientos.

Carlos me saca de golpe de mi mundo. Esperaba esa pregunta, pero me debato entre varias opciones; hay demasiado que ver y una sola mañana. ¡Ojalá pudiésemos estar aquí una semana más! ¡Ojalá pudiese estar con Carlos para siempre!

—Hay demasiadas cosas para ver, Carlos. ¿Tienes algo en mente?—pregunto por si él ha pensado ya en algo.

—Tendría que comprar algo típico y, ¿quizá visitar el Hermitage?

—¿El Hermitage? Con una mañana no tenemos ni para empezar a visitar el Hermitage. Si quieres decir que has estado allí, vale, pero visitarlo de verdad llevaría mucho más tiempo. Muchísimo más tiempo, Carlos—le reprocho algo confusa.

Quizá es que yo me he educado en las tradiciones rusas, pero a veces, los comentarios de Carlos me descolocan un poco. El Hermitage tiene un tamaño enorme y las obras expuestas son una auténtica maravilla. Dedicarle una mañana es un auténtico pecado.

Tan solo pensar en poder hacer algo sexual aprovechando el palco privado en el teatro Michailovsky como quería hacer ayer, es una falta de respeto.

Viaja mucho, pero no utiliza sus viajes para aprender todo lo que podría. Si yo tuviese esa oportunidad…Es una auténtica enciclopedia en temas relacionados con el trabajo, pero podría aprovechar mucho más esos viajes.

—¿Qué querías comprar?—pregunto arqueando las cejas.

Me vuelve a entrar un pequeño ataque de celos. Bueno, quizá no tan pequeño, pero es que ya me imagino para quién es el regalo.

—No sé, algo típico, quizá alguna Matrioska bonita y algo de joyería.

Ya no tengo que imaginar para quién es el regalo, ahora me muero de celos.

—Sabes que las Matrioskas tienen su origen en Japón, ¿no?—le digo intentando que le duela.

Carlos me mira sorprendido.

—Un empresario ruso trajo una desde Japón representando a sus divinidades—le explico en tono de suficiencia—. A continuación, un artista ruso se inspiró en las campesinas locales o “Matrionas”. Las llevaron a la Exposición Universal de París en 1900 y fueron un éxito, desde entonces se las vendemos a los turistas.

Se lo digo con aire de superioridad empujada por un ataque de celos mientras Carlos se me queda mirando con cara de no entender lo que me ocurre.

¿Pero qué estoy haciendo? He tratado de hacerle daño. ¿Por qué? No puedo estar celosa, todo lo contrario. Él tiene su vida y yo la mía. Ahora mismo estamos juntos y no sabemos cuánto va a durar, ni siquiera sabemos si se repetirá. Tengo que vivir el momento, su mujer no me ha hecho nada, más bien todo lo contrario, se lo he hecho yo a ella.

Sentir celos es ridículo, lo sé y lo comprendo, pero solamente pensar en que mañana por la noche estará en la cama con ella, imaginar que hará el amor con otra mujer y no conmigo me mata de celos.

Tratando de borrar esos pensamientos de mi cabeza, me giro arrepentida y le miro a los ojos sonriendo.

—Pero poca gente lo sabe. De hecho, hay una leyenda muy bonita sobre su nacimiento, te la voy a narrar para que se la cuentes a la afortunada persona que va a recibir tu regalo—explico con un guiño de ojo.

—Cuenta la leyenda que había un carpintero ruso llamado Sergey. Salió a buscar madera para hacer algún objeto que poder vender y todo el bosque estaba cubierto de nieve. Buscó y buscó y toda la madera estaba mojada y no le servía. Cansado, decidió volver a su casa pero de repente, observó un trozo de madera muy especial en un árbol; el trozo de madera más bello que jamás había visto.

Carlos me mira con los ojos muy abiertos y su eterna sonrisa en la boca mientras prosigo con la historia.

—Lo cortó y decidió, después de pensarlo durante varios días, hacer una talla de una muñeca. Consiguió tallar una muñeca tan perfecta, decorada con bellos colores, que decidió no venderla y quedarse con ella dándole el nombre de “Matrioska”.

Carlos se pone cómodo sobre la cama, ensimismado en la historia.

—Sergey no tenía familia, y cada mañana se dirigía a su muñeca y le decía “Buenos días, Matrioska”. Un día, la muñeca respondió “Buenos días,

Sergey”. Sergey se puso muy contento porque al fin tenía una compañera con quien hablar, pero el carpintero pudo ver que su muñeca estaba triste y le preguntó por qué. La muñeca le respondió que era porque todas las mujeres tenían hijos y ella no, y le pidió que si por favor podría sacar de ella una hija.

—¿Y así fue creando más muñecas?—interrumpe Carlos impaciente.

—El carpintero dijo que si quería podría hacerlo, pero tendría que sacar madera de su propio interior, y eso sería doloroso. La Matrioska le respondió diciendo que no importaba ya que en la vida, las cosas que realmente quieres requieren que hagas sacrificios. Así, el carpintero sacó del interior de la muñeca otra talla, más pequeña, a la que llamó Trioska.

—Pero Trioska también quería tener una hija, y el carpintero tuvo que sacar de ella otra muñeca más pequeña a la que llamó Oska. Lo mismo se repitió con Oska. Sergey tuvo que sacar otra bella talla de su interior y la llamó Ka. Pero, visto que ya no quedaba madera para más tallas y suponiendo que Ka también querría tener hijos, pintó unos bigotes a Ka, puso la talla frente al espejo y le dijo “eres un hombre, no puedes tener hijos”.

—Finalmente, Sergey metió a Ka dentro de Oska, a Oska dentro de Trioska y a Trioska dentro de Matrioska. Esa es la historia que tienes que contar, Amor. No lo de Japón—indico sonriendo mientras le doy un suave beso en los labios.

—Vaya, es una historia muy bonita, Lucía—admite Carlos devolviéndome el beso. ¿Dónde sugieres tú que vayamos?

—Me debato entre varios sitios, si madrugamos y quieres sacar buenas fotos te recomiendo el palacio de Peterhof. No tendremos mucho tiempo, tardaremos 50 minutos en llegar, pero es impresionante. Sus estatuas, sus fuentes, la decoración. Todo—explico imaginando el maravilloso entorno.

—Podría ser—admite Carlos.

—Otra opción es visitar las distintas catedrales y palacios que tenemos por el centro. Podemos hacerlo caminando y queda más o menos cerca del hotel. Así también puedes hacer alguna compra. Quizá sea mejor opción—confieso ante nuestra falta de tiempo.

Le sonrío mirándole a los ojos mientras él acaricia mi mejilla y pienso para mí que ni palacios ni catedrales, lo que de verdad me apetece es pasar nuestra última mañana en la habitación haciendo el amor.

Me doy la vuelta y Carlos vuelve a abrazarme.

Estoy en la gloria.

Gambito de rey

A la mañana siguiente, siento de nuevo caricias en mi cuello y besos en mi mejilla. Noto ese olor a Carlos tan característico. Me encanta su olor, tengo que comprar esa colonia, aunque seguramente no me la podré permitir.

—Ayer me has dicho que te gustaba despertarte así, ¿no Ivanova?—bromea mientras me llena de besos.

—Síiiii, y que me llames Ivanova—le respondo susurrando—. Creo que me acostumbraría a despertarme así todos los días.

Me besa el cuello con esa ausencia de prisas tan habitual en él y cuando se acerca más puedo sentir su erección al pegarse a mi cuerpo. Girando la cabeza para besar sus labios pienso para mí que el paraíso debe de ser algo así.

Carlos pone la mano sobre una de mis caderas y la acaricia con suavidad hasta llegar a mis nalgas para más tarde apartar mi pelo y besarme en la nuca o detrás de mi oreja. Se me eriza el pelo de la nuca con cada uno de sus besos.

Me doy la vuelta y me coloco sobre él en la cama, siento su pecho pegado al mío, su piel con mi piel mientras beso sus labios y muerdo su labio inferior con pasión. El sexo por la mañana me vuelve loca, pero creo que es el morbo de saber que puede ser nuestra última oportunidad lo que me excita más.

Froto con suavidad mi piel sobre su pecho sintiendo una corriente eléctrica cada vez que lo hago. Beso su pecho, estos días he aprendido que le encanta que se lo haga, bajo un poco más para besar su vientre, esos abdominales me vuelven loquita. Creo que Carlos lo sabe y cada vez que intento besarlos los tensa para que se marquen más, porque en el fondo es un coqueto. O quizá los tensa de placer.

No quiero que esto acabe, el plan para nuestra última mañana de quedarme en la habitación del hotel haciendo el amor con Carlos va tomando fuerza en mi cabeza.

Suena el teléfono.

¿Suena el puto teléfono? ¿Justo ahora?

No le hacemos caso, pero el teléfono sigue sonando.

—Tíralo por la ventana, amor—chillo intentando que se olvide del maldito aparato.

—Tengo que contestar, Lucía, es el teléfono del trabajo, puede ser importante—explica Carlos meneando la cabeza.

Mierda para el teléfono y mierda para el trabajo. Carlos contesta el teléfono mientras yo intento provocarle al tiempo que él sigue con su llamada para ver si puede controlarse.

Al acercarme, Carlos me fulmina con la mirada, al mismo tiempo que se retira con brusquedad sorprendiéndome con su reacción.

—Tenemos que vestirnos, Lucía. ¡Rápido!—anuncia con un grito.

—¿Qué pasa, Carlos? No entiendo nada. ¿Llamaban de la empresa?—pregunto confusa esperando que no se haya filtrado la noticia de que hemos estado juntos.

—No, llaman de la empresa rusa, el dueño de la empresa quiere hablar con nosotros—anuncia con gesto duro.

—Pero…¿Eso qué significa? ¿Es bueno o es malo?—insisto mientras me empiezo a alarmar.

—No lo sé Lucía, pero tendremos un coche a la puerta del hotel en 20 minutos, tal y como están las cosas vale más no hacerles esperar—expone haciendo un gesto para que me espabile.

Veo que Carlos busca su ropa a toda prisa, su traje ya está dentro del porta trajes, no esperaba usarlo esta mañana. Su gesto sigue en una mezcla entre sorpresa y preocupación mientras elige camisa y corbata que ya estaban también dentro de su maleta.

Yo estoy en una situación similar, aunque dentro de la preocupación sigo excitada pensando en que era nuestra última oportunidad. Lo único bueno es que quizá volvamos pronto al hotel y podamos tener otra, aunque también puede que aquí se acabe lo nuestro.

¡Qué mierda!

Me pongo el sujetador y coloco bien la blusa frente al espejo mientras Carlos está sentado en la cama colocando los gemelos a los puños de su camisa. Como siempre, impecable.

Me visto a toda prisa, menos mal que había traído ropa de trabajo también para hoy.

Se me pasan por la cabeza un millón de pensamientos. ¿Para qué nos llaman? No quiero volver a ver al imbécil de Boris, ni tampoco al cretino de su chófer y me empieza a entrar cierta ansiedad por esta última reunión tan precipitada.

El dueño de la empresa no había intervenido en las negociaciones, a pesar de ser un contrato importante, incluso para una empresa tan grande como ellos. Había dejado toda la negociación en manos del imbécil de su hijo y de su mano derecha. Y ahora quería vernos.

—¿No tienes ni idea de lo que puede ser? Estoy muy nerviosa—confieso respirando hondo y tratando de calmarme.

—En este tipo de negociaciones nunca sabes por dónde pueden salir las cosas. Las diferencias culturales entre nuestros países son importantes, tú deberías saberlo mejor que nadie, Lucía. Hay que ser flexible, debemos ir lidiando con la negociación según se vaya produciendo—explica Carlos con el tono calmado.

—Yo no sé cómo puedes mantener la calma, ahora empiezo a valorar lo complicado que es tu trabajo—admito empezando a temblar.

—A mí también me sorprende esta llamada, ya ves que el dueño de la empresa no se había involucrado hasta ahora. Puede ser bueno o muy malo—añade mientras me mira con cara de cierta preocupación.

—Yo casi opto por la segunda opción, Carlos, creo que va a salir en defensa de su hijo y nos va a meter una bronca por haber perdido los papeles. Nos culpará a nosotros del fracaso de la negociación y luego llamará a la empresa para decírselo al gran jefe. Estoy cagada de miedo—reconozco negando con la cabeza.

Mi cara debe estar desencajada, porque Carlos me agarra con ambas manos por la cintura y besa mi frente al tiempo que sonríe intentando infundirme ánimo.

—Tranquila, vamos a ver en qué termina todo esto, lo que sí debemos de tener muy claro es que hay que mantener la calma, aunque nos provoquen. ¿Entendido?—me recuerda para que no nos pase lo de la última reunión con los rusos.

—Sí, claro, cuenta con ello—le aseguro dispuesta a no inmutarme aunque nos insulten.

Me sonríe dedicándome un seductor guiño de ojo. Si no fuera porque ese mismo gesto nos ha metido en todo este jaleo, le comería a besos.

Al bajar a la recepción del hotel, nuestro transporte ya nos está esperando. Subimos al coche que nos envía la empresa rusa que al menos ha tenido la decencia de no enviar al cretino de los dos días anteriores. Me resultaría muy difícil aguantarme. Pienso en si podré reprimirme cuando

vuelva a ver a Boris, sobre todo si nos provoca de nuevo. Delante de su padre estará aún más envalentonado.

Saludo al chófer en ruso y le pregunto si piensa que encontraremos mucho tráfico hasta llegar a la empresa, más que nada para matar el tiempo y quitar los nervios.

Noto que se alegra de poder hablar en ruso. Es un señor que ya tiene sus años, me indica que es el chófer personal del Señor Vasiliev desde hace veinte años y que apenas habla inglés. Comenta que es extraño que el Señor Vasiliev nos haya mandado llamar porque en los últimos dos años tiene muy pocas reuniones con gente exterior a la empresa al tiempo que nos informa de que cada vez delega más en su hijo Boris, que pronto dirigirá la empresa.

El corazón me da un vuelco y me pongo mucho más nerviosa al escuchar esas palabras, esto va a acabar mal, lo presiento.

Miro a Carlos, pero decido no comentarle nada de mis miedos y de los comentarios del conductor del coche para no preocuparle. Va impecablemente vestido, como siempre. Vista formal o informal su ropa está siempre bien estudiada, se debe gastar una fortuna en ropa.

De trajes no entiendo ni mucho ni poco, pero le queda como un guante, no me extrañaría que estuviese hecho a medida. Y, claro, sus sesiones diarias de gimnasio ayudan a que la ropa le quede bien.

Huelo su colonia, tengo que acordarme de preguntarle por la marca para ver si la puedo comprar en el aeropuerto. ¡Me encanta como huele!

Reparo en que no le ha dado tiempo a afeitarse esta mañana. Siempre va perfectamente afeitado, pero aun así, un poco de barba incipiente le queda muy bien. Le hace parecer algo más informal.

El trayecto del hotel a la empresa se me está haciendo eterno, hundo mi cuerpo en los asientos de cuero del coche y miro por la ventanilla mientras van pasando los kilómetros. El coche del Señor Vasiliev tiene ya unos cuantos años, ha vivido mejores tiempos, pero conserva la elegancia. El acabado es impecable, aunque algo gastado por algunos sitios, hasta el olor es a coche caro.

Ayer no quería que el día terminase, y hoy solo quiero que esto acabe cuanto antes, para bien o para mal.

Llegamos a la empresa y una secretaria nos conduce hasta el despacho del padre de Boris. Está en un segundo edificio, hasta ahora solamente

habíamos visto algo de la parte moderna. Hay más despachos, pero todos con la puerta cerrada, es un edificio menos moderno, pero más señorial.

Casi con reverencia, la secretaria llama a la puerta del Señor Vasiliev pidiendo permiso para entrar. Se le nota un gran respeto.

El despacho es enorme, de los que ya no se ven en casi ninguna empresa, muy de los años setenta. De sus paredes cuelgan hermosos cuadros, está todo decorado en madera y cuero, pero se nota que sus muebles no han sido renovados en mucho tiempo, si es que lo han sido alguna vez.

El Señor Vasiliev nos recibe sentado en su mesa de trabajo. Grande, sólida, debe de pesar una tonelada. Las patas de la mesa en madera tallada, seguramente lleva en el mismo sitio desde que se fundó la empresa.

La mesa está limpia, sin ordenador, casi sin papeles. Todo el despacho está muy ordenado, si este hombre viese mi mesa de trabajo le daría algo, se muere.

Su mirada es seria, grave. A mí me está metiendo un miedo terrible, no estoy acostumbrada a estas situaciones.

Por lo menos no está el imbécil de su hijo, al menos de momento. Tampoco está Viktor, ese hombre me caía bien, había muy buen *feeling* entre él y Carlos. Pienso que sin el idiota de Boris la cosa podría haber funcionado muy bien entre nuestras empresas.

Nos saluda en un inglés entrecortado para a continuación, pedirme que haga de traductora y se disculpa diciendo que prefiere hablar en ruso ya que en su época no era muy habitual aprender inglés. Nos comenta que en los tiempos modernos es muy diferente, las nuevas generaciones están muy preparadas. Hablan idiomas y algunos se forman en universidades extranjeras, su hijo Boris ha estudiado en el Reino Unido, en una universidad de mucho prestigio.

Nos dice que en su época solamente contaban con el trabajo duro, algo que es difícil encontrar en la generación actual.

Habla con nostalgia de aquellos tiempos, de los comienzos de la empresa, de lo duros que fueron esos años, de cómo fue creciendo y de los planes de futuro que tienen en los que su hijo Boris debería llevar las riendas en una nueva fase.

Voy traduciendo lo mejor que puedo para Carlos, nunca había traducido del ruso en una reunión de trabajo. El mandamás ruso habla lento y con frases cortas, con pausas continuas para que pueda traducir con mayor

facilidad, mientras Carlos y yo solamente asentimos con la cabeza a lo que nos dice.

Al hablar me fijo más en él. ¿Qué años tendrá? Es difícil de saber, proviene de una época donde el trabajo duro era la norma, él mismo nos comenta que pasaba más tiempo en los talleres con los operarios que en el despacho. Su mirada es profunda y algo cansada, es un hombre que inspira mucho respeto.

—Señorita Ivanova—anuncia mirándome fijamente, muy serio.

Se ha saltado mi primer apellido para pasar al apellido ruso que le resulta más familiar.

—El señor Kuznetsov me ha informado de lo que pasó en la última reunión, también he recabado la opinión de mi hijo Boris—admite con el rostro indescifrable.

Hace una pausa para que traduzca, me tiembla la voz. Al traducir miro a Carlos con preocupación y casi me entran ganas de llorar. Tengo que hacer un esfuerzo para retener las lágrimas. ¿Qué le han contado?

Su hijo Boris, nada bueno, eso seguro. ¿Viktor nos habrá defendido? Es su hombre de confianza, su mano derecha, aunque supondría una guerra abierta contra Boris y no sé si le merece la pena meterse en esa batalla.

Al fin y al cabo, Boris es su hijo y su sucesor en la empresa. ¿Sabe que es imbécil? Supongo que casi ningún padre admite que su hijo es un imbécil. Me tiembla todo el cuerpo de la tensión y según termino de traducir me entra una terrible angustia imaginando lo que puede venir a continuación.

El gesto grave del Señor Vasiliev se hace algo más dulce, o eso me ha parecido porque quizá me lo estoy imaginando. Quizá es lo que quiero ver, lo que quiero imaginar mientras le miro con los ojos como platos y muerta de miedo.

—Mi hijo Boris es impulsivo, es un pecado de juventud, yo también lo era a su edad, aunque entonces teníamos más disciplina y respeto. Le pido disculpas en su nombre y en el mío por los inapropiados comentarios emitidos en la reunión de ayer—explica manteniendo la mirada.

¡Madre mía! Casi le doy un abrazo y un millón de besos, mi cara ha cambiado por completo y el Señor Vasiliev lo ha notado porque ha dejado escapar una media sonrisa, casi de abuelo.

Le digo que no pasa nada, que no estoy ofendida para nada y tampoco Carlos. Explico que ya sabe que los españoles tienen mucho temperamento

y que está muy arrepentido de no haber conservado la calma.

Le pregunto que si quiere que lo traduzca para Carlos. Su gesto irradia cierta dulzura de nuevo y me hace un gesto con la mano para que espere.

—Su compañero Carlos solamente actuó en su defensa ante lo impropio de los comentarios, es lo que haría un buen jefe y cualquier caballero—explica hablando en modo muy calmado—. Las palabras de mi hijo Boris sobraban en cualquier contexto.

Estoy tan sorprendida y aliviada que ni siquiera reparo en el comentario de tintes machistas que me acaba de soltar. Carlos no es estrictamente mi jefe porque no trabajamos en el mismo departamento, aunque supongo que a efectos del viaje y las reuniones sí lo es. Desde luego, su puesto en la empresa es mucho más alto que el mío.

Lo de caballero, le diría lo mismo que le dije a Carlos. Soy una mujer del Siglo XXI y no necesito que venga un caballero de brillante armadura a salvarme, por muy romántico que parezca. Pero bueno, en estos momentos solamente agradezco sus palabras con educación y con el corazón lleno de alegría porque no nos esté echando la gran bronca.

Carlos me mira con cara de no entender nada. No sabe por qué ya no estoy traduciendo, pero no me dice nada para no interrumpir la conversación. Espero que esté pillando algo por el cambio en el gesto del Señor Vasiliev y sobre todo en el mío, que soy como un libro abierto para él, y me temo que para cualquiera.

—Confío totalmente en los criterios del Señor Viktor Kuznetsov, lleva trabajando a mi lado casi treinta años. Juntos levantamos esta empresa de la nada hasta lo que es hoy en día, Boris era todavía un bebé y el Señor Kuznetsov ya tenía altas responsabilidades en la empresa. No solo sus conocimientos técnicos son muy altos, sino que tengo en gran estima su juicio para las relaciones personales y su sentido común—reconoce el viejo magnate.

Asiento con la cabeza sin dejar de mirarle, es difícil saber hacia dónde quiere llegar, aunque me siento más tranquila que al empezar la reunión.

—La opinión del Señor Viktor Kuznetsov sobre ustedes y su empresa es muy alta, se ha quedado muy impresionado por los conocimientos técnicos de su compañero y su capacidad para la negociación. De igual modo, me ha informado de que su empresa es totalmente fiable y que las ofertas técnica y económica son de su agrado, recomienda, por lo tanto, seguir adelante con

el contrato. Puede traducir a su compañero—indica haciendo un gesto con la mano para que realice la traducción.

Se me escapa un suspiro de alivio que el Señor Vasiliev nota sin dificultad porque vuelve a lanzarme su sonrisa de abuelo. Mi cara debe estar radiante de felicidad mientras traduzco con todo detalle para Carlos las palabras que acabo de escuchar, sobre todo, la parte en la que dice que el contrato sigue adelante.

La verdad es que omito lo del caballero que sale en mi defensa, porque creo que Carlos no necesita saberlo, no vaya a ser que le guste más de la cuenta y se venga arriba.

Carlos agradece, brevemente y de manera educada sus palabras al Señor Vasiliev que continúa hablando.

—Es evidente que la tensa relación entre mi hijo Boris y su compañero puede generar cierto conflicto, aunque espero que, con la ayuda de todos, esas diferencias se vayan limando por el bien común—anuncia abriendo las manos.

—Estoy segura de que sí—le aseguro tratando de parecer convencida, aunque no me lo creo ni yo.

—En cualquier caso, a partir de ahora, casi todo el trato entre nuestras dos empresas se desarrollará en el ámbito técnico ya que hemos dejado atrás la fase de negociación, y estoy convencido de que las buenas relaciones y el respeto mutuo entre su compañero y el Señor Viktor Kuznetsov será un importante activo para que todo llegue a buen puerto—reconoce con un esbozo de sonrisa.

Traduzco esa parte para Carlos, que vuelve a agradecerle sus palabras asegurándole que por su parte no hay ningún problema y que tiene en muy alta estima tanto a Viktor Kuznetsov, que le impresionó por sus conocimientos técnicos, como a su hijo Boris. Por él está todo olvidado, le asegura, y su trato con Boris seguirá dentro de la cordialidad.

Miente muy bien, tan bien que asusta un poco. Casi me convence a mí que sé la verdad, así que supongo que con él ha funcionado. O eso espero.

El viejo magnate nos acompaña hasta la puerta, es un hombre que inspira un respeto impresionante, hemos estado poco tiempo con él, pero te da una tremenda sensación de respeto, casi de reverencia.

—Señorita Ivanova—me dice agarrando mi codo justo cuando estamos saliendo del despacho—. Yo ya soy un hombre mayor, vengo de un tiempo en el que los negocios se hacían de forma diferente. Un tiempo en el que el

honor y el trabajo duro eran lo más importante, pero sé juzgar a la gente. Gran parte de mi éxito en los negocios se debe a eso; usted es especial, tiene un gran futuro por delante, pero tendrá que trabajar duro para aprender. Me alegra ver una mujer de su edad fuerte y decidida, con ambición y, sobre todo, honesta—reconoce asintiendo con la cabeza.

Casi se me escapan las lágrimas mientras le agradezco los comentarios.

—No es fácil hoy en día encontrar gente de la que te puedas fiar, eso lo sé bien—reconoce—. Su compañero le puede enseñar mucho, debe aprovecharlo, pero no puedo decir lo mismo en cuanto a su honestidad. No hace falta que le traduzca todo esto, espero que nos volvamos a ver, si vuelve a visitarnos me encargaré personalmente de hacer con usted una visita por la empresa para que vea de primera mano nuestro negocio. Ha sido un auténtico placer.

—El placer ha sido mío, Señor Vasiliev, es usted toda una leyenda, y un caballero—aseguro con los ojos como platos sin saber muy bien qué decir e intentando controlar las lágrimas que tratan de brotar de mis ojos.

¡Vaya subidón! A ver si voy a tener que volver a Rusia de nuevo para que me valoren, estoy flotando por las nubes. Todavía no me lo puedo creer; el miedo y el nerviosismo inicial han pasado a dar paso a una felicidad inmensa. Tenemos el contrato y las palabras que me dedica el padre de Boris justo antes de salir me han subido directamente a la luna.

—Se te ve súper contenta, Lucía—expone Carlos mientras el coche de la empresa rusa nos lleva hasta el hotel.

—Hemos conseguido el contrato, ¿no? ¿Cómo no voy a estar contenta? ¿Es que tú no lo estás?

—Sí, también, claro, mucho, aunque no me has traducido lo que te dijo el padre de Boris al salir del despacho—añade alzando las cejas.

—Es algo entre él y yo—respondo críptica.

Carlos sonríe mirándome como si fuese una niña. Le cuesta muchísimo no filtrar las emociones, dejarlas pasar, al menos, dejar que se noten. Supongo que es una parte de su trabajo, al final se le ha pegado. Sin embargo, no me puedo quitar de la cabeza las últimas palabras que dijo el Señor Vasiliev sobre la honestidad de Carlos.

Última mañana en San Petersburgo

El trayecto en coche desde la empresa de nuestros anfitriones rusos y el hotel se me hace rapidísimo, pasa prácticamente volando. O quizá la que está volando soy yo, sigo viajando por las nubes.

Hemos terminado bastante pronto, antes de lo que esperábamos y, sobre todo, hemos terminado bien, que es lo que importa. Pero no lo suficientemente pronto como para hacer algo de turismo por la ciudad.

Mis planes para dedicar esa última mañana al turismo por San Petersburgo o a una sesión sexo con Carlos sin prisas se han esfumado. Esto último posiblemente podría arreglarse, pero no sin prisa.

Desde luego que ha merecido la pena, aunque nos quedemos sin turismo y sin sexo, y no me puedo creer que esté diciendo esto. Sin embargo, el subidón que me dieron esas palabras al salir del despacho fue tan grande que creo que ni el mejor sexo lo supera, y sigo sin creer que esté diciendo esto.

Ahora mismo estoy motivada al cien por cien. Creo que voy a abrasar al pobre Carlos a preguntas durante el viaje de vuelta, es cierto que puedo aprender mucho de él, es muy bueno en su trabajo y tiene muchos años de experiencia. Ahora me doy cuenta de que no he aprovechado el viaje todo lo que habría podido. No me puedo quejar, por supuesto ha estado fenomenal, pero podría haber sacado más, al menos profesionalmente.

—Voy a hacer la maleta y darme una ducha. Te pico a la puerta en una hora para salir hacia el aeropuerto—indica Carlos dirigiéndose a su habitación de hotel.

Ya casi se me olvidaba que ni siquiera nos ha dado tiempo a ducharnos, me doy una ducha rápida y hago la maleta o, mejor dicho, tiro de cualquier manera la ropa sucia dentro de la maleta.

Desnuda frente al espejo empiezo a descubrir a una nueva Lucía. Una Lucía más segura de sí misma, más ambiciosa. Ya hasta me empiezan a gustar mis tetas y mi culo, algo que no me había pasado nunca. Esa parte se la debo a Carlos que a base de repetirlo me lo ha metido en la cabeza.

Voy a echar mucho de menos San Petersburgo; la ciudad y el precioso hotel, las cenas con Carlos, el sexo, el ballet. Ay, el ballet. Espero que mi posición en la empresa mejore mucho para poder permitirme estas cosas algún día.

También tengo ganas de volver a Madrid, a la empresa. Seguro que el jefe se habrá quedado impresionado con el contrato, es muy importante para nosotros, marca un antes y un después en este mercado. Espero que Carlos le hable muy, pero que muy bien de mí, más le vale. Tengo tantas preguntas que hacerle en el viaje de vuelta…

Me fijo en el albornoz blanco del hotel colgado en la percha del baño. ¡Cómo voy a echar de menos el precioso baño de mármol! Al ver el albornoz no puedo dejar de pensar en lo guapo que estaba Carlos con él puesto, en el fantástico desayuno, en su regalo o en el sexo que tuvimos a continuación. El mismo que ahora no ha hecho ningún ademán de querer repetir.

Si no fuese por el subidón profesional que llevo encima me estaría comiendo el coco con eso. Joder, en una hora tiene tiempo de sobra para ducharse y hacer la maleta y le sobra para echar nuestro último polvo en Rusia. ¿Qué coño le pasa?

Es el primer tío que me tiene prácticamente comiendo de su mano, bueno, sin "prácticamente", y ni siquiera hace un intento de hacer el amor antes de marchar.

Vale que yo soy un poco enamoradiza, pero creo que Carlos tiene un poder sobre mí que no había tenido ningún hombre con anterioridad. Normalmente tengo mucho carácter y con Carlos estoy todo el día con ojitos de niña tonta esperando que me diga algo bonito.

¡Mierda! Pero es nuestra última mañana en San Petersburgo, tiene que sacar un poco de tiempo para mí.

Siento el enfado y la rabia creciendo dentro y me surgen dudas a patadas.

Tengo la llave extra de la habitación de Carlos, pero no sé si debo entrar en ella sin ser invitada y sorprenderle, aunque ahora mismo lo necesito. En un último acto de locura, me visto con el albornoz blanco y, con la llave en mano, me dirijo a su habitación. Tan solo espero que no esté hablando con su mujer por Skype con la cámara enfocando hacia la puerta. Eso sí que sería un gran final de fiesta; yo entrando medio desnuda en su habitación y la cámara enfocando a la puerta. Apoteósico.

Abro con cuidado su habitación y le veo sentado en la terraza mirando a la calle. Hace un día precioso y el sol baña su fuerte torso.

Cierro la puerta con cuidado y me acerco con sigilo, no quiero que se dé cuenta, quiero darle una sorpresa.

—¿Quién soy?—pregunto con un susurro tapando sus ojos con las manos y sacando una sonrisa de su boca.

—Ya sé que eres tú, Ivanova. ¿Quién más podría ser?—bromea divertido.

—Podría haber sido una rusa rubia con tetas grandes que quiere aprovecharse del español guapo—replico sin dejar de susurrar.

—Prefiero una rusa con tetas pequeñas.

—¿Sabes que ya me está gustando que me llames Ivanova? Creo que será mi nombre de guerra a partir de ahora—indico riendo.

Me siento frente a él sobre la mesa de la terraza rezando para que no se rompa. Parece fuerte y yo no peso mucho, pero a ver cómo explicamos al hotel que se rompió la mesa de la terraza, además del golpe que me voy a dar si lo hace.

Carlos me mira con sorpresa y deseo a partes iguales y, con las preciosas vistas del centro de San Petersburgo de fondo, nos besamos como si llevásemos meses sin hacerlo.

Me estrecha entre sus brazos y con mi cabeza en su cuello percibo el olor de esa colonia que me gusta tanto, el calor de su piel.

—Hay que ir poniéndose en marcha—anuncia sacándome de mi trance—. Voy a darme otra ducha para quitar el olor, te pico en la puerta en quince minutos—añade seco dándose la vuelta y dirigiéndose al baño como si no hubiese pasado nada.

Nada de abrazarme o de besarme, nada de palabras bonitas. Nada de nada.

En la habitación, mientras me visto y recojo las últimas cosas, me asaltan pensamientos melancólicos. Esta semana ha sido tan intensa que jamás lo habría imaginado. Quiero volver a San Petersburgo, quiero volver a viajar con Carlos, quiero progresar en la empresa para poder permitirme esta vida.

Y tengo que pensar en lo que voy a hacer al llegar a Madrid con el lío amoroso que tengo montado o me consumirá por dentro.

Llaman a la puerta sacándome de nuevo de mis pensamientos.

Abro y al otro lado está Carlos. Radiante, impecable, lleva una camisa blanca de marca, con vaqueros negros y sus zapatillas de deporte blancas. Está para comérselo y nada más verle se me escapa una sonrisa tonta, en su presencia parezco una quinceañera.

Desconcierto

En el aeropuerto, vuelve a maravillarme su soltura para moverse y orientarse. Es la primera vez que está en San Petersburgo y se mueve como si conociese el aeropuerto tan bien como el de Ámsterdam. Supongo que cuando has viajado tanto como él, todos los aeropuertos te empiezan a parecer un poco iguales.

Mientras está enfrascado en una llamada de la empresa, aprovecho para acercarme a una tienda que tenemos frente a nosotros. Está llena de souvenirs rusos, no me interesa nada de lo que hay dentro, pero Carlos no ha tenido tiempo de comprar su matrioska.

Me jode un montón tener que comprársela yo. Por un lado, me apetece elegirla para él y darle una sorpresa, pero sé para quién es ese regalo y esa parte no me gusta, me pone celosa. Reconozco que no tengo motivos e intento con todas mis fuerzas reprimirlo o al menos racionalizarlo, aunque no puedo evitarlo. Espero que le guste, que les guste a los dos.

—Vaya detalle, Lucía, te has acordado de mi matrioska, muchísimas gracias—agradece Carlos cuando se la entrego.

Su sonrisa al decirlo vale ya el dinero que he pagado por ella, hasta casi se me olvida por unos instantes quién va a ser la destinataria del regalo.

—Por cierto, tienes que decirme la colonia que usas—le recuerdo—me gustaría comprarla, me encanta cómo huele.

—Te acompaño—responde Carlos acariciando mi brazo derecho con ternura—. Es justo que pague yo la colonia en compensación por el detalle que has tenido con la matrioska.

Respiro aliviada, porque mucho me temo que la colonia va a ser bastante más cara que la muñeca, aunque la muñequita no ha sido precisamente barata. Es lo que tienen las compras de última hora en los aeropuertos.

—Por cierto, Lucía, muy buena idea lo de la colonia—añade Carlos asintiendo con la cabeza—si usas la misma colonia que yo no podrán detectar un olor diferente.

Me lo dice sonriendo, como si fuese lo más normal del mundo. Mi cara debe de ser un poema, mis ojos como platos, como si acabase de ver un espectro.

—Simplemente quería hacerle un regalo a Alberto, aunque no estoy segura de que pueda permitirme ese tipo de colonias habitualmente—le

explico sorprendida ante la mirada de desconcierto de Carlos.

Joder, piensa en todos esos detalles. Lo difícil que es tener una aventura. Lo malo es que le ha vuelto a salir de manera totalmente natural, como si fuese lo más normal del mundo.

Carlos me saca de nuevo de mis pensamientos para señalar un bar a nuestra derecha.

—Piquemos algo, ya sabes que la comida del avión es de lo menos recomendable.

En el bar hablamos de todo y de nada, aunque le noto un poco frío ahora que volvemos a casa.

Ya en el avión Carlos, con el portátil abierto, se concentra en sus hojas de cálculo y en sus emails. Tengo mil y una preguntas que hacerle sobre la empresa, las ventas internacionales, nosotros.

Pero recuerdo su advertencia en el primer viaje; durante el vuelo quiere estar concentrado mientras trabaja, no quiere que se le interrumpa.

Es cierto que ahora la situación debería ser diferente, ahora somos algo más que compañeros de trabajo, sin embargo, no me atrevo a arriesgarme. Ya habrá tiempo en la escala de dos horas en el aeropuerto de Ámsterdam.

Me tapo de nuevo con una manta como en el vuelo de ida y finjo dormir y pienso en Carlos; en su boca, en sus manos sobre mi piel, en su torso desnudo.

Cerrando el círculo

Llegamos al aeropuerto de Schiphol en Ámsterdam, donde hacemos una escala de dos horas antes de tomar el vuelo hacia Madrid. Para Carlos, más o menos, como su segunda casa.

Al tomar tierra me invade un sentimiento extraño. Por un lado, aquí fue donde empezó todo, con ese escalofrío que recorrió todo mi cuerpo cuando Carlos me separó el pelo rozando mi mejilla. Como si mi cuerpo ya supiese de antemano que le necesitaba, que caería en sus brazos, que besaría sus labios y rozaría su piel.

Por otro lado, lo quiera o no, el viaje se acaba. En dos horas tomaremos el siguiente avión y en breve estaremos de nuevo en Madrid. Allí nos espera a cada uno nuestra vida, con sus problemas y sus alegrías, cosas buenas y malas, pero nuestra vida, al fin y al cabo.

He prometido a Carlos que no diría nada, he prometido que lo mantendría en secreto aunque no tengo muy claro si es mejor o peor. No quiero hacerle daño y sé que su familia es muy importante para él, pero tampoco quiero hacer daño a Alberto. Supongo que Carlos tiene razón y lo que ignoran no puede hacerles daño.

Es como si en este aeropuerto cerrásemos el círculo. Eso repite mi mente una y otra vez aunque mi corazón se niega a aceptarlo. Mi corazón se aferra con todas sus fuerzas a la idea de que Carlos y yo tenemos un futuro juntos. A la idea de que, de alguna manera, esta locura puede seguir funcionando.

Le propongo comer algo en el pequeño restaurante donde lo habíamos hecho en el viaje de ida, donde empezó todo. Quiero reencontrarme con esa sensación.

—¿Todavía tienes hambre?—pregunta sorprendido—yo te iba a proponer pasar por el casino a probar suerte, no estamos lejos.

—Preferiría un sitio tranquilo, si no te importa. Ese restaurante me encantó, me gustaría volver, incluso puede que pruebe tu hamburguesa de buey—bromeo intentando convencerle.

Carlos se encoge de hombros y sonríe. Me da la impresión de que no le apetece mucho hablar, es posible que esté pasando por la misma situación que yo, ponderando las posibilidades de que esto pueda seguir o tenga que llegar inexorablemente a su fin.

—Me gustaría hablar un poco contigo antes de embarcar en el siguiente vuelo, para mí es importante—anuncio mirándole a los ojos.

—Muy bien, nos sentaremos en una mesa tranquila y hablamos de lo que tú quieras.

—Ya sabes de lo que quiero hablar—replico en tono seco.

—De lo que tú quieras, Lucía, sin problema. Es mejor que queden las cosas bien claras—indica sin perder la sonrisa ni descomponer su gesto ni un segundo.

Al llegar al pequeño restaurante nos sentamos en una mesa algo apartada, perfecta para poder hablar sin que nadie nos oiga. Incluso al camarero le cuesta vernos al estar un poco tapada por unas plantas a las que han dejado crecer más de la cuenta.

Carlos pide su famosa hamburguesa de buey sin nada para acompañarla, solamente la carne y el pan. Yo no me atrevo con ella y pido una ensalada.

—¿Qué te preocupa, peque?—pregunta en tono paternalista alzando las cejas.

Carlos pone su mejor sonrisa, esa sonrisa que sabe que me derrite, esa sonrisa que desprende tanta energía que puede conseguir que hagas cualquier cosa y, sin poder evitarlo, una corriente eléctrica pasa por todo mi cuerpo hasta mi pecho.

—¿En qué situación quedo yo con todo esto? Cuando lleguemos a Madrid, me refiero—pregunto a bocajarro queriendo aclarar mi situación.

—Será en qué situación quedamos los dos, Lucía, porque estamos los dos metidos en lo mismo—aclara ladeando la cabeza.

—Bueno, vale. En qué situación quedamos los dos, porque no sé tú, pero yo tengo mi corazoncito y si solamente fue una aventura me lo vas a partir por la mitad y me va a doler mucho. Me vas a dejar hecha polvo, lo sabes, ¿verdad?—insisto sin dejar de mirarle a los ojos.

—Lucía, para nada ha sido solo una aventura, sabes que siento algo por ti de verdad, para mí eres una persona muy especial.

—Pero ¿vamos a seguir o no?—Le pregunto interrumpiéndole.

—Me gustaría seguir, pero Madrid no es San Petersburgo—responde seco.

—Ya sé que Madrid no es San Petersburgo, Carlos. Así que me estás diciendo que se acabó lo que se daba, ¿no? Que como en Madrid tienes a tu mujercita para follar a mí ya me puedes olvidar—exclamo alzando la voz más de lo que sería necesario o conveniente.

Ya estoy otra vez con el ataque de celos.

—Por favor, Lucía, no metas a mi familia en esto. Ya sabías desde el principio que los dos teníamos pareja. Y no pretendo olvidarte, solamente te digo que en Madrid habrá muy pocas posibilidades para hacer algo juntos. Lo que no podemos es asumir riesgos y que se acabe sabiendo por una tontería—explica sin perder la calma.

—Así que, ¿es una tontería?—Vuelvo a interrumpirle algo agitada.

—No, sabes que no es una tontería, no he querido decir eso. Simplemente me refería a que por quedar una sola vez en un hotel en Madrid, o en tu casa, por ejemplo, asumimos un riesgo muy grande, mucho más grande que aquí, y yo me juego mucho—aclara abriendo sus manos.

—Los dos nos jugamos mucho, Carlos, pareces olvidar continuamente que yo también tengo pareja—insisto casi gritando y muy enfadada.

—Escucha un momento lo que tenía pensado, por favor.

Carlos ha perdido parte de su seguridad, le noto más vulnerable y eso es muy raro en él. No sé si me gusta o no.

—Ya he informado en la empresa del magnífico trabajo que has hecho en Rusia. Curiosamente, Vasiliev, el padre de Boris había enviado un email al jefe para decirle que había sido un placer reunirse con nosotros y te ponía por las nubes, así que mi mensaje se vio reforzado. De esta manera…

—"Curiosamente" el señor Vasiliev me ponía por las nubes— vuelvo a interrumpirle algo agitada—porque mi excelente trabajo contigo fue, ¿dónde? ¿En la cama?

—Joder, Lucía. Déjame hablar por favor, no entiendo por qué te estás poniendo así. Los dos estamos en el mismo barco.

—Perdona, Carlos, yo tampoco sé qué me pasa—me disculpo sacudiendo la cabeza.

Me pasa que, en el fondo, estoy muerta de celos de la sosa de su mujer, pero no se lo pienso decir.

—Yo también opino que has hecho un excelente trabajo durante las negociaciones, Lucía. Era tu primera experiencia y la has superado con nota. Me he tomado la libertad de decirle al jefe que te gustaría hacer otra labor dentro de la empresa que no sea seguimiento de ofertas. No me mires así, tengo mucha confianza con él.

Mi mirada de asombro debe de notarse mucho, no sé si matarle por tomarse esa confianza o comerle a besos aquí mismo. Mientras tanto, no podía dejar de pensar en el detallazo del señor Vasiliev diciéndole a mi jefe

que había quedado muy contento conmigo. Porque Carlos tiene una motivación extra para estar contento, pero en el otro caso es auténtico. Podría no haberlo hecho, lo normal sería que no hubiese dicho nada.

—Al llegar a Madrid vas a tener una semana de vacaciones, que por lo visto se te debían, para decidir con calma si quieres seguir tu carrera profesional en la oficina técnica o en ventas internacionales. En ambos casos, tus condiciones laborales van a mejorar, en el tema económico, al menos. En cuanto a las horas de trabajo, seguramente, vas a empeorar. Recursos humanos te enviará un email con las condiciones detalladas de ambos puestos.

Sigo mirando a Carlos sin saber muy bien cómo reaccionar.

—¿De verdad?—Es todo lo que acierto a decir.

—Sí, Lucía, claro que de verdad, creo que vales mucho y tienes mucho recorrido en la empresa. En tu mano está elegir una carrera dentro de ventas internacionales o de la oficina técnica. Eso es una oportunidad que no se da muy a menudo.

—¿Qué crees que debo elegir? ¿Cuál es tu recomendación? Tú tienes mucha más experiencia que yo, me gustaría saber tu opinión—pregunto con las manos temblando.

—Lucía, yo no soy parcial—explica Carlos arqueando las cejas y sonriendo—. Lógicamente me gustaría que eligieses ventas internacionales para poder hacer algún viaje contigo mientras dura tu período de aprendizaje. Más tarde viajarías sola a no ser que vayamos a una feria o algo similar, pero al menos tendríamos dos años o así donde coincidiríamos en varios viajes.

—Es muy tentador, Carlos—reconozco mordiéndome el labio inferior.

—Sí, para mí también lo es, aunque por otro lado, sé que tu pasión es entrar en la oficina técnica. Tienes esa oportunidad si es lo que deseas. No tendrías que moverte de Madrid, salvo en casos muy contados—añade encogiéndose de hombros.

—Creo que a lo de los viajes al extranjero me podría acostumbrar, la experiencia no ha estado nada mal—admito sonriendo.

—Eso espero—añade devolviendo la sonrisa—. En cualquier caso, es una decisión muy importante porque marcará el resto de tu carrera profesional en nuestra empresa, y posiblemente en tu vida. Los dos puestos de trabajo son muy diferentes, la elección entre ellos es una cuestión muy

personal. En ambos casos será duro al principio, tienes que empezar de cero y eso siempre es difícil.

—Vaya semanita de decisiones que voy a tener—reconozco con la responsabilidad de la elección pesando como una losa sobre mí—. ¿Te puedo llamar o podemos quedar para tomar un café y comentarlo durante la semana? ¿Crees que levantaremos sospechas?

—Desgraciadamente voy a estar en Dubai esta semana, parto pasado mañana, en domingo. Es una visita de cortesía por un proyecto importante que estamos desarrollando, pero no me puedo escapar, lo siento—se disculpa Carlos con una mueca—. Por escrito es mejor que no me pongas nada, todas las comunicaciones escritas hay que llevarlas a un plano estrictamente profesional.

—Ya, no te preocupes—le aseguro consciente del peligro que podemos correr si algo se filtra.

¡Qué mal, joder! ¿En serio se tiene que ir a Dubai justo esta semana? También es mala suerte, siento que tengo que consultarlo con él, es una decisión importantísima para mí, una decisión que puede cambiar mi vida. Tendría que estar pensando en hablarlo con Alberto y, en cambio, siento la necesidad de hablarlo con Carlos.

—Vale, lo consultaré con la almohada entonces—bromeo.

—Tienes una semana—me recuerda.

—Sí, muchas gracias por tu ayuda, Carlos, de verdad, te lo digo de corazón, lo que has hecho es muy importante para mí—insisto agradecida—. Solo una pregunta más, Carlos.

—Dime.

—¿Viajaría contigo todo el tiempo durante mi período de aprendizaje?—inquiero esperanzada.

—No—sonríe, aunque para mí sea como un jarro de agua fría—. A veces sí, y a veces no. No te sabría decir cuántas veces ni con qué frecuencia, hay más gente en el departamento. Imagino que los viajes a Rusia los haríamos juntos, pero otros viajes los harías con otros compañeros.

—Vale, me lo imaginaba, aunque tú eres el director del departamento, ¿no podrías encargarte tú de mi aprendizaje esos dos años? Así viajaríamos siempre juntos—insisto poniéndole ojos de cachorrito recién nacido.

—No, Lucía, precisamente por ser el director del departamento y por haber algo entre nosotros no puedo hacer ninguna distinción contigo—

añade en tono severo—. Seguirías el proceso normal dentro del departamento, te repito; habrá viajes juntos seguro, pero no sé con qué frecuencia. Y también con otros compañeros.

No me dice nada en concreto, pero al mismo tiempo me lo dice todo. No tengo nada claro que pueda esperar demasiado de nuestra relación en cuanto pisemos Madrid, salvo algún polvo esporádico en los viajes que hagamos juntos.

Vuelta a casa

El viaje de vuelta a Madrid es una auténtica tormenta dentro de mi cabeza. Envuelta de nuevo en la manta haciendo como que duermo, mi cabeza se debatía entre las distintas posibilidades.

Siempre quise estar en la oficina técnica, era mi sueño. Ahora tengo la oportunidad, pero lo de las ventas internacionales ha estado muy bien. O quizá fue Carlos el que estuvo muy bien. Me encanta viajar y conocer otras culturas y, sobre todo, es mi opción de estar con Carlos.

Estoy hecha un lío, pero al mismo tiempo la adrenalina fluye libre por mis venas, tengo un subidón increíble. Quiero hablarlo con alguien, pero Carlos sigue enfrascado en su portátil con sus malditas hojas de cálculo como en cada vuelo.

Me dan ganas de hacer una locura, quiero llevarle al baño. Es muy pequeño y no creo que pudiésemos hacer gran cosa, pero por lo menos estaría con él de nuevo, sentiría sus labios acariciando los míos. Pufff, debe ser el subidón de adrenalina, Carlos jamás haría algo así en un avión. Y hace bien.

Y yo, aquí. Envuelta en la manta, confusa. Y ahora excitada.

Al tomar tierra en Madrid tengo ya el correo de recursos humanos con las condiciones de los dos puestos de trabajo. Lo miro por encima y mejoran mi salario de manera sustancial, más que sustancial. Ahora me doy cuenta de las desigualdades en la empresa de las que a veces me habla Lourdes, podremos hacer tantas cosas ahora, por fin me iré con Alberto a Nueva York.

Tengo varios mensajes en WhatsApp, me hace gracia el de mi amiga Lourdes, de recursos humanos.

"*Tía, ¿pero a quién te has follado para que te den esa oportunidad?*"

Me río. Si ella supiera…

Cuando vamos a pasar la puerta de salida, justo después de recoger las maletas, Carlos me sujeta por el codo y me mira a los ojos antes de empezar a hablar.

—Por favor, acuérdate de que esto queda entre nosotros dos. No se puede enterar nadie, en ninguna circunstancia. Nunca. Por favor, Lucía, tienes que prometérmelo, lo perdería todo. —Jamás le había visto tan serio.

—No te preocupes, Carlos, soy una tumba, nunca te haría daño, ya lo sabes, te lo prometo—le aseguro sin romper nuestra mirada.

Al escucharme, me guiña un ojo sonriendo y me regala de nuevo esa sonrisa tan encantadora, creo que soñaré con ella durante meses.

El coche de la empresa nos deja a cada uno en su casa. A Carlos con su familia, en su zona de chalets caros. A mí, con Alberto en mi barrio bullicioso. No sé cuándo le volveré a ver, ni en qué circunstancias.

Al llegar a casa Alberto me está esperando. Ha preparado una cena especial.

Cenamos mientras le cuento todas las novedades. Se alegra mucho, me dice que estaba seguro de que, tarde o temprano, en la empresa se darían cuenta de lo que valgo, que tengo que descansar esta semana, que lo tenemos que celebrar con los amigos. Nos acostamos a las tantas, hablando y hablando. Fue una noche mágica.

El fin de semana pasa volando, pero al lunes siguiente, tras marcharse Alberto al trabajo, mi mente entra en bucle. No puedo procesar tanta información, todas mis neuronas trabajan sin parar y no me centro.

Mi corazón quiere unas cosas, mi mente otras totalmente distintas.

Toda la situación está mal, ya partimos de ese punto. En qué momento se me ocurre engañar a Alberto con un tío casado y encima compañero de trabajo.

Y mantenerlo en secreto.

Porque creo que si se lo digo le haría mucho daño, pero quizá, solo quizá, con el tiempo me podría perdonar, recuperaría su confianza y volveríamos a estar bien. Sin embargo, si mantengo el secreto y un día se entera, no hay perdón que valga.

Le he prometido a Carlos que no diría nada, se juega muchísimo, tiene un hijo pequeño.

En el trabajo ya ni te cuento, todos me pondrían de “pilingui” adiós a mis nuevas oportunidades dentro de la empresa, tendría que empezar de cero en otra empresa.

Y quiero a Carlos, siento algo por él, no es un capricho. En solo unos días ha conseguido que me enamore de él. Debajo de esa capa de súper controlado y estirado hay un hombre sensible, un hombre que me quiere, que me hace sentir especial en sus brazos.

Me ha ayudado mucho con mis nuevas oportunidades en el trabajo, no puedo hacerle daño.

O quizá me ha ayudado precisamente por eso, si se me escapa una palabra, una sola palabra, su vida se va al traste. Lo puede perder todo de

golpe; su mujer, su hijo, su prestigio dentro del trabajo.

También yo lo puedo perder todo.

Creo que lo ha hecho porque de verdad piensa que puedo hacer una buena labor dentro de la empresa. Al menos eso quiero creer porque ya no estoy segura de nada. Mi mente me hace dudar.

Más dudas. Es un sentimiento agónico.

El propio trabajo me da miedo, quiero aceptar el reto, cualquiera de los dos retos. Es mi oportunidad, es para lo que he estado luchando, aunque todos los ojos van a estar fijos en mí. Hasta Carlos lo decía, es una oportunidad que no se da muy a menudo.

Tendré que demostrar mucho más que mis compañeros. ¿Puedo hacerlo? Quiero creer que sí, pero sigo con unas dudas infinitas.

Y el comentario de Lourdes…

"Tía, ¿pero a quién te follaste para que te den esa oportunidad?" Literal.

¿Es posible que sospechen algo?

¿Quizá no es la primera vez que Carlos ayuda a alguna jovencita dentro de la empresa?

No. Intento borrar esos pensamientos de mi mente, quiero a Carlos, tenemos algo auténtico entre los dos, no es un capricho, ni yo soy solo un capricho para él. Es guapo, tiene dinero y un buen puesto, puede conseguir a quien quiera.

Quiero viajar con él, conocer otros países y otras culturas. Pasear juntos por otras ciudades, hacer el amor con él cada noche.

Pero también quiero a Alberto, le quiero de verdad. Por nada en el mundo quisiera hacerle daño, ayer parecía un niño al verme. Se notaba tanto que me había echado de menos, estaba tan emocionado, tan orgulloso.

¿Se puede querer a dos personas a la vez?

No quiero separarme de ninguno de los dos. ¿Es esto posible?

¡Qué mierda! Estoy totalmente confusa. Mi mente es incapaz de pensar con claridad.

Y así estoy, en mi semana de vacaciones, en la antesala de lo que podría ser un cambio radical en mi vida, con la necesidad de tomar una decisión fundamental, metida en la cama.

Sin ganas de nada.

Sufriendo.

Consumida por un secreto.

Me tapo con la manta e intento dormir. Y pienso en Carlos, en su boca, en su sonrisa, en sus manos sobre mi piel, en su fuerte torso desnudo.

Decisiones

—¿No piensas levantarte de la cama?—chilla Alberto una vez más logrando que mi cabeza esté a punto de estallar.

—Deja de agobiarme—ladro mientras me tapo por completo con la manta en un intento vano por desaparecer de este mundo.

No es una buena forma de empezar el día, ¿verdad?. Sobre todo porque Alberto tiene razón. Llevo una semana de bajón total, sin querer levantarme de la cama. Mi semana de vacaciones me la estoy pasando con una depresión de caballo. La pasada semana en San Petersburgo junto a Carlos, el director del departamento de ventas internacionales de la empresa ha conseguido poner a prueba todos mis ideales éticos. Y de paso hundirme.

Sí, es cierto que tengo que tomar una de las decisiones más importantes de mi vida, la empresa me ofrece una gran oportunidad, por fin podré abandonar mi trabajo en seguimiento de ofertas. Puedo elegir entre perseguir mi sueño de trabajar en la oficina técnica o empezar mi formación como comercial técnico de comercio exterior junto a Carlos.

La primera opción significaría seguir los dictados de la razón. Es para lo que me he formado y lo que quise hacer desde el primer curso en la facultad. La segunda, significa seguir a mis hormonas y, tras la semana pasada en Rusia, tiran mucho.

Y todo esto me provoca un tremendo bajón. La semana que pasé con Carlos en San Petersburgo fue una de las mejores de mi vida. Me sentí totalmente especial, es una persona fascinante, atenta, el sexo con él es fantástico y muero por volver a ver su sonrisa. Esa sonrisa que hace que me derrita.

Sin embargo, me ha dejado bien claro que su familia es lo primero. Dejó claro que lo que pasó la semana pasada en San Petersburgo, aunque maravilloso, es y será nuestro secreto. Un secreto que cada vez tengo menos claro que quiero guardar, pero que, al fin y al cabo, he jurado mantener.

Y en esas estamos. Mis hormonas pidiendo trabajar con Carlos, con la esperanza de que esa semana se repita, sea en San Petersburgo o en cualquier otro lugar, por mí, como si es en el mismísimo planeta Júpiter, aunque Carlos también me dijo que solamente algunos de los viajes serían junto a él, el resto no. Y eso me preocupa.

Y mientras tanto, mi cabeza batalla contra mis hormonas sumiéndome en una depresión de la que no soy capaz de salir.

Si me quedase algo de sentido común acabaría con esa relación de inmediato. Si es que se la puede llamar relación.

Si me quedase algo de amor propio, también lo haría, pero para ser honesta, no me siento con fuerzas de hacer algo así. Le admiro, muero por su sonrisa, por volver a sentir el olor de su piel, sus caricias.

—Si no sales de la cama y envías hoy mismo tu respuesta te vas a quedar sin ninguna de las dos opciones—me recuerda Alberto sentándose a mi lado en la cama.

De nuevo, tiene razón, hoy se acaba el plazo que me han dado en la empresa para contestar y no puedo dejar que se me escape esta oportunidad.

—Lu, por favor, reacciona. Tienes que tomar una decisión y salir de la cama, debes volver a tu vida normal. Nunca te había visto así, me estás asustando. Escucha a tu corazón y decide de una vez—insiste preocupado.

"Escucha a tu corazón".

Sí, eso haré.

—Muy bien, joder, ya me levanto—respondo con un bufido tirando la manta de un manotazo para acercarme a mi portátil y responder el dichoso email de recursos humanos.

—¿Me vas a decir qué has decidido?—pregunta Alberto confuso.

—Ventas internacionales—respondo con sequedad al tiempo que puedo ver la decepción en su cara.

—¿En serio, Lu? Eso significa pasar largas temporadas fuera de Madrid, estarás fuera semanas enteras y siempre habías querido trabajar en la oficina técnica. La verdad, no entiendo qué te ha dado ahora por querer dedicarte a las ventas internacionales, no creo ni que se te vayan a dar bien—añade lanzando una daga directa a mi corazón y mi autoestima.

—Muchas gracias por tu confianza, Alberto, dando ánimos te quedas solo—respondo con ironía intentando reprimirme para no cruzarle la cara—. Para empezar, ganaré más en ventas internacionales que en la oficina técnica, cuando cobran el bonus de las comisiones se llevan un dinero que nos vendría muy bien. Siempre estamos quejándonos de que no llegamos a fin de mes y por fin podremos hacer todas las cosas que queríamos. Podremos ir a Nueva York juntos.

—Sigo sin verlo, Lucía. Nos viene bien el dinero, sí, pero la oficina técnica también paga muy bien, ganarías mucho más que antes en cualquier caso—insiste en un vano intento de hacerme cambiar de opinión.

—Además, creo que puedo aprender mucho más en ventas internacionales, tendré una visión más amplia de lo que hace la empresa y puedo aprender mucho de Carlos—. Sin querer, mi voz cambia al pronunciar su nombre.

—Ya estamos con el dichoso Carlos. Llamándose Carlos Díaz-Rábida, no hace falta conocerle para imaginar el tipo de persona que es. Un estirado prepotente que ha llegado hasta su puesto gracias al dinero y a los contactos de su familia. Todo lo que tú odiabas antes, no lo entiendo—replica enfadado negando con la cabeza.

—¿Pero tú te estás escuchando, Alberto? ¡Pareces imbécil!

Mierda, otra vez le estoy gritando. En cuanto sale Carlos me toca la fibra sensible y no puedo controlarme. Pobre Alberto, él solamente quiere lo mejor para mí.

Al menos, esta vez me doy cuenta rápido y decido remediarlo, acercándome, tomo una de sus manos y apoyo la cabeza en su pecho mientras él peina mi cabello entre sus dedos.

—Lo siento, amor—me disculpo besando su cuello.

—No pasa nada, Lu, el caso es que tú seas feliz. Aprovecha la oportunidad, seguramente podrás cambiar a la oficina técnica más adelante. Todavía somos muy jóvenes—expone estrechándome entre sus brazos.

—Ya estamos a punto de los treinta, lo sabes, ¿verdad?—bromeo para rebajar la tensión—. ¿Ya se te han quitado los celos?

—No tengo celos—contesta un poco seco.

Madre mía, si Alberto se entera algún día de lo de Carlos, solo de pensarlo me cambia la cara, vuelvo a sentir remordimientos y culpa. Esta situación va a acabar conmigo.

—¿Te pasa algo, Lu?—pregunta algo confuso al ver que me he puesto seria.

—No, solamente estoy cansada de llevar toda la semana en la cama sin hacer nada—miento—. Prométeme que este fin de semana saldremos a cenar y haremos algo especial.

Sonsoles

Suena el despertador. Las siete de la mañana, mi primer día en el departamento de ventas internacionales de la empresa. Salto de la cama como un resorte mientras Alberto sigue dormido a mi lado, roncando como un angelito.

Pongo el agua de la ducha muy caliente, como a mí me gusta, y me miro al espejo entre el vapor de la ducha. Me gusto a mí misma más que antes, a fuerza de repetirlo Carlos ha conseguido que me valore mucho más. Hoy me siento llena de energía, con ganas de demostrarles a todos lo que valgo y de volver a ver a Carlos para qué vamos a mentir.

Tras la ducha, tomo un café solo y preparo otro para Alberto. Yo sin mi café mañanero no soy persona, creo que me estoy haciendo adicta al café desde que compramos la maquinita esa de las cápsulas que los hace tan bien. No hay nada peor que tenerlos tan a mano.

Esta mañana me he propuesto llegar con tiempo suficiente al autobús no vaya a ser que llegue tarde mi primer día en mi nuevo departamento.

Al llegar a la empresa voy directamente al segundo piso, donde está mi nuevo puesto de trabajo. Hago nota mental de pasar por el primero en cuanto tenga un descanso para saludar a mis ex compañeros de seguimiento de ofertas. Y a mi antigua jefa, “la víbora”, aunque solamente sea para pasarle por las narices mi ascenso.

De camino hacia las oficinas me asalta mi amiga Lourdes de recursos humanos, que debe estar esperándome.

—Cómetelos a todos, Lu. Demuéstrales lo que vales a esos estirados.

Me encanta el optimismo eterno de Lourdes. Es de las mejores personas que te puedas encontrar, siempre apoyando, siempre positiva. Es justo lo que necesito en este momento, me sube la moral. Se lo agradezco de corazón, ella sabe que es verdad.

Al entrar en lo que serán mis nuevas oficinas todo el departamento me está esperando. Miro a Carlos con sorpresa porque la pasada semana me dijo que es muy raro encontrarles a todos en Madrid, siempre hay alguien de viaje.

Carlos sonríe, esa sonrisa que me vuelve loca, ahora me sostiene y me da la confianza que necesito. Aun así, siento algo de tembleque en las piernas y me sudan las manos. Joder, cómo odio que me suden las manos en los momentos de tensión.

—Chicos, os presento a nuestra nueva compañera, Lucía López Ivanova. Hará con nosotros el período de training durante dos años, para, a lo mejor, incorporarse definitivamente a nuestro departamento. Lucía tiene un grado en ingeniería eléctrica y nació y creció en Rusia por lo que habla ruso perfecto, además de tener un nivel de inglés muy alto. Hace dos semanas, en nuestras negociaciones en San Petersburgo fue pieza fundamental a la hora de conseguir el contrato con la petroquímica rusa.

—Lucía, te presento a tus compañeros; Óscar, Javier y Sonsoles.

Pongo mi mejor sonrisa mientras les saludo sin esperar el comentario que recibiría a continuación que me llega como un puñal.

—Ya tuvo que haber causado buena impresión en San Petersburgo para pasar de buenas a primeras de seguimiento de ofertas a ventas internacionales—comenta un hombre de unos cuarenta años o poco menos con pinta de chulo.

—Óscar, por favor, acaba de llegar y no es el momento de hacer esos comentarios—le corta Carlos haciendo un gesto con la cabeza.

—Lo que tú digas, tú eres el jefe. No quería ofenderte Lucía.

Joder, pedazo de puñal me acaban de tirar nada más entrar por la puerta. Así, por las buenas, sin motivo alguno, sin hacer nada. Ni me ha dado tiempo a hablar y ya hay uno que me odia.

Empezamos con mal pie con el Óscar este, ya le tengo manía, me parece el típico imbécil que va de macho alfa súper agresivo. Con lo que yo odio a ese tipo de gente, no entiendo cómo a ciertas chicas les puede gustar, yo con los que van de machos alfa no puedo.

El otro hombre, Javier, parece un tipo tranquilo, estará en los treinta y tantos, como Óscar. No tiene ninguna característica que resalte, salvo unas pestañas largas y gruesas que serían la envidia de cualquier mujer.

Sonsoles es la única chica del equipo, bueno ahora ya somos dos. No sé qué años tendrá porque parece una cría, medirá un metro sesenta escaso, puede que ni llegue. Rubia, con una coleta trenzada a un lado, la piel bronceada y unos ojos marrón avellana preciosos, súper dulces. Sus facciones en sí irradian dulzura y tiene unas manos muy pequeñas.

—Sonsoles está terminando el proceso de formación de dos años en el departamento, así que es la persona más adecuada para ponerte al día con todo, incluyendo los detalles de esa formación y lo que se espera de ti—explica Carlos sin perder su eterna sonrisa—. Aunque, ya te adelanto, que esperamos el máximo de implicación en cada uno de los miembros del

equipo; una parte de nuestro bonus salarial depende del trabajo de todos y no se tolera que nadie evite dar el máximo. Bienvenida a bordo.

—Gracias, Carlos—respondo sintiendo que me voy a derretir cada vez que habla. Empezamos mal, tengo que controlar mis hormonas o no habrá manera de hacer bien mi trabajo.

Y las palabras de Carlos…¡Madre mía! No es por meter presión ni nada. Empezamos fuerte.

—Lucía, tómate un café conmigo en el bar de la azotea y te pongo al día con todo, ¿qué te parece?—pregunta Sonsoles en tono alegre cogiéndome por el codo

—Vale—es lo único que me sale decir mientras asiento con la cabeza.

—Hasta luego chicos, os dejamos solitos—grita Sonsoles con desenfado mientras salimos por la puerta.

Dentro de su aspecto delicado, casi de adolescente, Sonsoles parece tener una seguridad en sí misma apabullante aunque falta le hace si ha estado casi dos años ella sola con esos tres.

Al subir hacia el bar de la azotea, no puedo dejar de pensar que Sonsoles ha viajado con cada uno de ellos en varias ocasiones. Eso incluye varios viajes con Carlos a distintos países. ¿Habrá pasado lo mismo que conmigo? Ya me empiezan a asaltar otra vez esos malditos celos irracionales, aunque, parece una persona tan inocente que me cuesta creerlo, pero a Carlos le gustan jóvenes.

—Sonsoles, ¿podemos abandonar la empresa para ir al bar de la azotea? —pregunto con sorpresa.

—Nosotros sí, tranquila. Básicamente nadie nos controla, ni entradas y salidas, ni horarios, ni nada. Si Carlos está de acuerdo no hay más que hablar—explica con calma.

Quedo muy sorprendida con lo que acabo de escuchar, es una gran diferencia con mi anterior departamento donde casi había que pedir permiso hasta para ir al baño.

Nuestra empresa está en un moderno edificio de oficinas del que ocupamos dos pisos. Hay otras empresas ocupando más oficinas del mismo edificio, desde espacios bastante pequeños hasta pisos enteros como nosotros. En la azotea tenemos un bar muy bien montado, en plan “chill-out” desde el que se pueden disfrutar de unas vistas espectaculares de Madrid, siempre y cuando la contaminación de ese día lo permita, claro.

Sonsoles elije una mesa bajo un toldo pegada a la barandilla para disfrutar mejor de las vistas y el camarero la atiende por su nombre, lo que me indica que debe venir bastante por aquí.

—¿Vienes mucho por aquí, Sonsoles?—inquiero sobre todo para romper el hielo.

—Cuando estoy por Madrid, a diario y algunos días varias veces. Los chicos suelen venir después del trabajo y muchos días me uno a ellos. A veces también comemos aquí un sándwich o una ensalada y en el caso de Carlos una hamburguesa—explica con soltura.

No puedo evitar reírme al escuchar lo de las hamburguesas de Carlos. Dios mío, ¡qué obsesión! No entiendo cómo tiene el tipazo que tiene con esa dieta.

—Ya veo que conoces la dieta de Carlos—indica riendo abiertamente.

—Sí, he tenido que sufrirla en San Petersburgo hace dos semanas—le explico recordando ese viaje con melancolía.

Sonsoles parece una persona encantadora. No lleva ni una gota de maquillaje, pero no lo necesita, tiene un cutis perfecto. Sus pequeñas manos juegan constantemente con cualquier objeto que se encuentre sobre la mesa y sus uñas son cortas aunque perfectamente cuidadas.

—Lucía, es importante que conozcas cómo funciona nuestro departamento, se rige por unas reglas un poco distintas del resto de la empresa—suelta de repente dejándome sorprendida—. ¿Confías en mí?

—Sí, claro—es todo lo que puedo contestar abriendo los ojos como platos.

—Vale, porque es importante que entre chicas nos apoyemos. No es tan bonito como parece, son muy machistas. Eso, en general la empresa entera, y yo diría que todo nuestro sector—explica negando con la cabeza.

—Nos están dando la oportunidad de estar de igual a igual en el departamento que tiene los sueldos más altos de la empresa—replico sin entender lo que pretende decirme.

—De igual a igual nada, Lucía. Cuando entró Javier en nuestro departamento no tuvo el período de training de dos años como nosotras, él mismo me lo dijo. Pero vaya, eso es solamente un pequeño detalle, nuestros sueldos, siendo altos, son muy diferentes y ya me fueron dejando claro que cuando acabe mi período de formación los países que voy a tener a mi cargo tampoco van a permitirme tener esos ingresos. Aunque bueno, Javier está

en una situación parecida y no es mujer—expone encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿por qué no meten hombres en nuestro puesto directamente?—indago sin entender.

—Lo hacen porque lo exige el consejo de administración. Es por el tema de las cuotas, tenemos un certificado de igualdad o algo así que les ayuda con algunos contratos y con ciertos clientes. Ponen mujeres en puestos de responsabilidad para hacer ver que tenemos mucha igualdad, pero si te fijas, esos puestos de responsabilidad son inferiores a otros que ocupan hombres—aclara resoplando con un gesto de desprecio.

—¿Qué tal son ellos, Sonsoles?—pregunto mientras me muero por escuchar lo que piensa sobre Carlos.

—Carlos es quien dirige el departamento, pero eso ya lo sabes. Es un tipo muy educado, estoy convencida de que piensa que no valemos tanto como él o como Óscar, pero nunca se lo oirás decir. Es muy rígido y exige mucho, aunque eso no es malo. En general me parece un buen jefe—responde llenándome de orgullo mientras lo escucho.

—¿Y los otros dos?—insisto.

—Óscar es directamente un cretino. Siempre tiene que haber alguno, se cree el rey del mambo. Bueno, ya has tenido tu primera experiencia con su comentario, siempre que pueda te lo va a hacer pasar mal y posiblemente te tire los tejos en algún momento—expone alarmándome un poco.

—¿Y Javier?

—Javier es muy majo, muy tranquilo, aunque no creo que dure mucho. Está hasta las narices de los otros dos, sobre todo de Óscar—aclara bajando la mirada.

—Telita con el Óscar…—exclamo abriendo los ojos como platos.

—Sí, lo cierto es que no sé por qué Carlos le permite tanto, porque le pasa cosas que a los demás no nos permitiría ni la mitad. A mí, a veces, me parece como si supiese algo de él que no puede salir a la luz—comenta alzando las cejas.

—Pues vaya, me dejas sin saber qué decir.

—Pero no te desanimes, mujer, todos los puestos tienen sus cosas malas. Como dice mi madre, en todos los sitios cuecen habas. Además, cuando viajes con Óscar, si no le haces caso va a ir a su bola y no creo que te de problemas más allá de ser un desagradable. Pero eso es su propia naturaleza, ser desagradable—apunta con una nueva carcajada.

—Es bueno saberlo—sonrío.

—Otra cosa importante que debes saber es que tienen una regla no escrita de que cualquier cosa que pasa en un viaje, se queda en el viaje, no transciende para nada fuera de nuestro equipo. Cualquier cosa, tú ya me entiendes—añade haciendo una mueca.

No me atrevo a preguntar a qué se refiere, porque me imagino que su respuesta puede no gustarme. Vaya, que estoy completamente segura de que no me va a gustar.

—Esta semana estamos todos en Madrid, lo que no es nada habitual—explica mientras sus manos juegan con un bolígrafo—. Lo normal es que al menos uno esté fuera, a veces incluso todos. Esta semana estamos aquí cerrando temas porque la próxima nos vamos todos a la feria de Hanover. Tenemos allí un stand y muchos de nuestros clientes de varios países pasarán por allí.

—Cuando dices todos, ¿eso me incluye a mí?—pregunto esperanzada.

—Pues claro, no seas tonta, eres parte del departamento para lo bueno y para lo malo—aclara acariciando mi antebrazo—. Ya verás qué pasada de feria, es gigantesca. Vas a poder ver lo más avanzado de la industria a nivel mundial, más de doscientos mil visitantes, aunque te resulte difícil creerlo.

Al escuchar esto se me alegra el corazón, nada más empezar voy a estar de viaje con Carlos. Los demás también estarán, pero las noches serán para nosotros.

—¿Cómo has llegado al departamento, Sonsoles? ¿Trabajabas en otra parte de la empresa?—pregunto con interés.

—No, llegué directamente del departamento de ventas de otra ingeniería que es competencia. He estudiado ingeniería eléctrica como tú, luego un máster en ADE con especialidad en producción en Ohio State, en Estados Unidos. Más tarde, trabajé dos años en Estados Unidos y desde la misma empresa me pasaron a Europa, seis meses en Alemania donde había hecho mi Erasmus y luego en Madrid. Y desde ahí me ficharon para aquí, con más sueldo, pero muchas menos responsabilidades. A veces me pregunto si debí dar el salto—aclara encogiéndose de hombros.

—Pero ¿qué edad tienes?—pregunto incrédula.

—Ya lo sé, ya. Parezco jovencita, aunque soy más vieja que tú, por un poco; voy a hacer treinta y uno—interviene riendo abiertamente.

—Joder, y yo que te echaba veinte y pocos—bromeo llevándome una mano a la cabeza.

—Sí, me lo dicen mucho, no veas lo difícil que era entrar en las discotecas cuando iba a la facultad. Pensaban que no tenía la edad—aclara alzando los ojos al cielo.

—Así que para la semana que viene el alemán lo llevas muy bien.

—Bueno, no lo llevo mal. El alemán es mucho alemán. Lo hablo bastante bien, con algunos fallos, pero lo escribo regular. El que controla mucho alemán es Javier. Pero para salir por Hanover me defiendo muy bien. Ya verás, te enseñaré toda la ciudad, tiene zonas muy bonitas y la cerveza está buenísima—anuncia Sonsoles pasándose la lengua por los labios.

Sorpresa y decepción

Suena el despertador, son las siete de la mañana y debo empezar a ponerme en marcha con lo del viaje a Hanover.

Me muero de ganas; nueva ciudad, feria inmensa, podré conocer a algunos de los mejores clientes de la empresa. Todo el departamento allí, creo que será una gran oportunidad para aprender.

Y estará Carlos. Solamente pensar en las noches que me esperan entre sus brazos me pone la piel de gallina. Quiero volver a besarle, sentir su piel sobre la mía, hacer el amor una y otra vez. Despertarme a su lado.

Con todo el ajetreo Alberto se despierta y me besa en la frente acariciando mi espalda.

—Te voy a echar muchísimo de menos—susurra con un nuevo beso.

—Yo a ti también, pero es solamente una semana, ni siquiera eso, pasa volando, ya verás. Antes de que te des cuenta ya estoy aquí de nuevo—le aseguro levantándome para ponerme en marcha.

—Ya, pero es una semana ahora, pronto será otra semana, y luego otra más. Y así siempre. Con ese trabajo tendrás que viajar constantemente; tarde o temprano querremos tener hijos y no vamos a poder—añade bajando la mirada.

Le miro con cara de no poder creerlo. En seis años que llevamos viviendo juntos, yo creo que es la primera ocasión en la que menciona lo de los hijos.

—Bueno, Alberto. A lo mejor tienes que cuidarles tú cuando yo esté de viaje, ¿no te parece? Tenerlos no puedes, pero cuidarles supongo que sí. ¿O es que solamente un hombre puede tener un trabajo que le obligue a viajar? —pregunto alzando la voz algo agitada—. No veo por qué tengo yo que sacrificar mi carrera profesional pudiendo cuidarles tú cuando yo esté de viaje. En cualquier caso, eso será algo que tendremos que hablar en su momento, y con mucha calma. No suponer directamente que tengo que ser yo la que me ocupe de los niños.

Siento que me voy calentando y es mejor parar. A mí, estas cosas me ponen de muy mal humor, tenemos todavía un machismo metido en nuestra sociedad que no hay manera de sacarlo. Sin embargo, no tengo demasiado tiempo y debo prepararme antes de que el coche de la empresa pase a buscarme.

A las nueve y media me recoge el coche que me llevará al aeropuerto. Javier ya está dentro y, de camino, pasaremos a recoger a Carlos, como hicimos hace unas semanas en el viaje a San Petersburgo.

Me alegro de que no me tocase compartir el trayecto al aeropuerto con Óscar, eso le toca a la pobre Sonsoles. Creo que de mi primera semana en el nuevo puesto el único punto negativo es Óscar, pero es un punto negativo constante. Siempre está con sus comentarios prepotentes y estúpidos, con su actitud de macho alfa, con sus tonterías.

Me parece que tiene una rivalidad con Carlos que no es nada buena y, la verdad, no entiendo por qué Carlos le permite hacer algunas de las cosas que hace.

Quitando las tonterías de Óscar, la semana se me pasó volando. Aprendí una barbaridad en muy poco tiempo. Me empieza a gustar el nuevo puesto, y mucho. Sonsoles es un encanto de mujer, siempre ayudando. Es una persona muy inteligente y con una personalidad muy fuerte, a primera vista no lo parece con ese aspecto tan dulce y frágil que tiene, pero si hay que sacar las garras, no lo duda. Hasta Óscar la respeta.

Javier apenas habla en el trayecto hasta la casa de Carlos. Supongo que no es muy hablador, parece algo tímido, extraño en un trabajo en el que suelen ser muy extrovertidos. Pero es muy majo, al igual que Sonsoles, ayuda en todo lo que puede, y me sacó de más de un apuro en mi primera semana en el departamento. Su capacidad de análisis es una auténtica pasada.

Llegamos por fin a la casa de Carlos, a su urbanización de chalets caros. A esta hora ya no hay hombres de traje y corbata subiendo a coches de marca como cuando le recogimos hace unas semanas. En su defecto, hay señoras con ropa de deporte de marca, luciendo modelito de camino a algún gimnasio muy caro.

—Buenos días, Martínez.

Carlos con su sequedad de siempre, marcando distancia con el conductor. No me gusta nada esa coraza que se pone, le hace parecer un estirado. Prefiero su parte tierna, pero supongo que esa parte tierna solamente la conozco yo dentro de la empresa y su familia en su casa.

Al igual que cuando fuimos a San Petersburgo, viaja con ropa informal. Hoy hace más frío, así que ha cambiado su camiseta por un jersey de cuello cisne, no marca sus pectorales como hacía la camiseta, pero le queda de lujo. Los vaqueros le hacen un culo precioso, no puedo evitar fijarme.

Óscar y Sonsoles ya están esperándonos en el aeropuerto y tras pasar la interminable cola de seguridad entramos en la zona de embarque. Esta vez me aseguro de facturar el bote de champú para que no me eche la bronca el de seguridad.

El viaje se pasa bastante rápido, la empresa ha contratado un vuelo directo hasta Hanover, así que, en algo menos de tres horas, estamos allí. Me siento con Sonsoles y hablamos todo el tiempo. Carlos, como siempre, trabajando en su portátil.

De vez en cuando, se me escapa alguna mirada furtiva hacia él, hacia ese labio inferior que pronto podré morder. Espero que Sonsoles no haya notado nada, pero a ratos no puedo evitar fantasear con Carlos.

En Hanover nos alojamos en un moderno hotel en la zona de Oststadt, nada que ver con el Grand Hotel Europe de San Petersburgo, pero está muy bien. Mucho mejor de lo que yo puedo permitirme para mis viajes, aunque quizá ahora ya me pueda dar alguna alegría más.

La zona está repleta de restaurantes y bares, así que tendremos bastante donde elegir a la hora de cenar. Varios edificios Art Decó rodean la zona del hotel, dándole un toque muy interesante a todo el entorno.

Mientras Carlos gestiona en la recepción la entrega de las llaves, Sonsoles me informa de que el área donde estamos queda cerca de casi todo. A 10 minutos tenemos la “haupbahnhof” o estación central de tren, desde donde tomaremos también el metro a la feria, muy cerca el centro comercial Ernst-August Galerie para ir juntas de compra y cerca también la parte antigua de la ciudad.

Me apetece mucho que Sonsoles me enseñe Hanover, siempre me atrajo muchísimo conocer otras ciudades y culturas. Pero las noches serán para Carlos, solo de pensarlo me tiemblan las piernas y le miro con ojos de corderita enamorada mientras recoge las llaves de las habitaciones y viene hacia nosotros.

—Javi, tu llave, la 303. Óscar, la 305. Yo estaré en la 307 y Sonsoles y Lucía en la 308. Estamos todos en el mismo piso, así que será fácil coordinarse para los horarios—indica mientras hace el reparto de las llaves.

¿Qué coño? ¿Comparto habitación con Sonsoles?

A ver, que Sonsoles es un encanto de mujer y nos estamos convirtiendo en muy buenas amigas, pero es que ya me estaba haciendo a la idea de pasar todas las noches con Carlos y cualquier otro momento libre, ya puestos, y para eso necesito habitación individual.

Si comparto habitación con Sonsoles se va a notar mucho. ¿Pero qué narices le pasa a Carlos? ¿Organizó él las habitaciones? Porque se supone que él tiene que ser el primer interesado en facilitar nuestros encuentros furtivos por las noches. Mi mente da mil vueltas sin entender nada y mi enfado va en aumento. Tengo que preguntarle a la primera ocasión.

—Cuidadito con lo que hacéis, ten mucho cuidado, Lucía…

Óscar me saca de mis pensamientos de manera abrupta. Ni siquiera presto atención a lo que me dice, cualquier chorrada de las suyas, solo sé que Sonsoles levanta su dedo corazón hacia él y, con una sonrisa en la boca, le dice: "venga, Óscar vete a meneártela pensando en ello".

La habitación está muy bien, hay sitio de sobra para las dos. Estaremos bastante cómodas, aunque sigo dando vueltas en mi cabeza al hecho de no tener una habitación para mí sola y lo complicado que va a ser ahora escaparme a la habitación de Carlos.

—¿Qué lado quieres Lucía?—pregunta Sonsoles señalando a las camas.

Por unos instantes, se me había olvidado hasta que estaba allí conmigo.

—Elige tú, a mí me da igual—respondo encogiéndome de hombros todavía pensando en cómo me voy a organizar para salir de la habitación por las noches para ir a la de Carlos.

—Bueno, pues elijo la cama cerca de la ventana, la más pegada a la puerta te la quedas tú, así si entra alguien se entretiene contigo primero y me da tiempo a escapar—bromea Sonsoles.

La miro y las dos echamos a reír. Tiene muchísima personalidad y a veces hace unos comentarios con un humor negro muy gracioso.

—Vaya cómo te has pasado con Óscar antes en la recepción, Sonsoles—le comento acordándome del gesto que le hizo.

—Se lo merecía, ese tipo es un imbécil. Se merece eso y que le den un tortazo de paso, ya se puede meter esos comentarios en el culo—contesta Sonsoles haciendo un gesto de asco.

—No he entendido su comentario.

—Es una idiotez. Pero bueno, como tarde o temprano te lo van a contar y de hecho veo que alguno se muere de ganas de contártelo prefiero hacerlo yo. Soy lesbiana, no te había contado nada porque tampoco surgió el tema y no es algo que tenga que ir contando por ahí si no surge, pero tampoco esconderlo—explica con naturalidad—. Soy así y punto. Me gustan las mujeres, igual que a otra le pueden gustar los pelirrojos, aunque a algún

imbécil como Óscar le puede excitar la idea de que una lesbiana pueda compartir habitación con otra mujer.

—Joder, estamos en el Siglo XXI y cada uno es libre de hacer lo que le dé la gana. Vaya, que no me voy a sentir incómoda por eso, ni mucho menos—le aseguro.

—Ya te preguntaré cuando te asalte desnuda por la noche…—bromea poniendo cara de mala.

—¡Qué tonta eres! ¡Menos mal que tenemos camas separadas!

Sonsoles me hace reír constantemente, es un cielo de mujer. No me importa en absoluto su orientación sexual, solo faltaba eso. Si llego a haber entendido el comentario de Óscar yo también le hubiese enseñado mi dedo corazón bien estirado frente a su cara. Lo que no entiendo es por qué nosotras dos tenemos que compartir y ellos tienen todos habitación individual, así que decido preguntárselo.

Sin embargo, según acabo la frase, me doy cuenta de que no me gustaría que Sonsoles piense que no quiero compartir con ella por su orientación sexual, cuando en realidad, lo que estoy pensando es lo que me va a dificultar el sexo con Carlos.

—Oye, que no lo digo por eso, ¿eh? Es que me parece raro, entiéndeme —le aseguro levantando las manos.

—Pues sí, Lucía. Es lo que te llevo diciendo toda la semana, el machismo de la empresa. Es cierto que nos faltaba una habitación. Aunque te parezca raro, las habitaciones las tenemos reservadas desde el año pasado. A esta feria vienen más de doscientas mil personas y encontrar un hotel es casi imposible. Tú te incorporaste la semana pasada y no teníamos habitación, así que era o dejarte en Madrid o alguien tenía que compartir—me explica.

—¿Tú ya lo sabías?—pregunto con sorpresa.

—Me lo dijeron el viernes. Supongo que esperaron a que nos conociésemos un poco antes de preguntar. La verdad es que no te comenté nada porque pensé que tú también lo sabías, lo lógico era haberte preguntado a ti también, supongo—añade encogiéndose de hombros.

—Sí, supongo que sí—contesto sin salir de mi asombro.

—Pero bueno, volviendo al tema, vale que hay que compartir una habitación, pero ¿por qué nosotras dos? ¿Tú crees que en algún momento se plantearon que compartiesen Óscar y Javi?—insiste enfadada.

—Pobre Javi, Sonsoles, no le metas con Óscar.

—Sí, la verdad es que pobre Javi. Menuda feria le iban a dar al pobre si comparte con el tonto de Óscar. Pero, en serio, surge la necesidad de compartir e inmediatamente son las chicas las que comparten habitación y no ellos. Nuestra empresa es muy machista, Lucía. Óscar eleva la media, pero, en general, está muy extendido, porque Carlos tela también…

Creo que me cambia la cara cada vez que me mencionan a Carlos, aunque intento disimular lo mejor que puedo. A ver cómo nos arreglamos ahora para escaparme por las noches como una adolescente.

Una ducha moderna

—Sonsoles, ¿puedo hacerte una pregunta? Si no te apetece responder, me lo dices, ¿vale?—inquiero curiosa.

—Dispara, ya me imagino por dónde vas a ir, pero no hay problema—contesta Sonsoles con total naturalidad, como si ya esperase mi pregunta o se la hubiesen hecho en infinidad de ocasiones.

—Es solo por curiosidad, ¿te causa muchos problemas haber salido del armario?

—Alguno sí, aunque aprendes a lidiar con ello. Al principio te duele mucho, mi madre es muy tradicional y no lo acepta, por ponerte un ejemplo. Algunas amigas me han dejado de hablar, aunque han sido una minoría. Con los chicos es casi peor, porque a la mínima te proponen un trío, o te dicen eso de "pues no pareces lesbiana, eres muy femenina". Pero vaya, en general no demasiados, en Madrid la gente lo acepta como algo normal y las pocas excepciones que te encuentras te hacen más fuerte. Supongo que sería bastante peor estar acostándome con un hombre que no me gusta o no estar con nadie para que no se note—añade encogiéndose de hombros.

—Sí, supongo que sería bastante peor, no me lo puedo ni imaginar. ¿Cómo se enteraron en la empresa?

—A ver, yo no lo voy diciendo por ahí, pero tampoco lo escondo, como es lógico.

—Es que no hay nada que esconder, Sonsoles—le interrumpo.

—Exacto, no hay nada que esconder. Me vieron en un bar besando a una chica y corrió como la pólvora por toda la empresa. Con la mayoría de la gente no hubo ningún problema, una compañera me dijo incluso que ojalá ella se atreviera, aunque siempre hay algún imbécil que tiene que hacer comentarios idiotas—aclara con gesto de desprecio.

—Como Óscar—apunto alzando las cejas.

—Sí, como Óscar y algún otro. De Óscar te juro que estoy hasta el culo, paso bastante de él, pero empieza a ser muy cansino ya—expone con disgusto.

—No me extraña, tengo pánico al día que me toque hacer un viaje con él. Solo de pensar que podemos estar una semana juntos me da algo—admito negando con la cabeza.

El teléfono interrumpe nuestra conversación, ambos teléfonos. Nos llega un mensaje por el grupo de trabajo diciendo que nos esperan en la recepción para ir a cenar a las ocho y media.

—Nos queda una hora, Lucía. ¿Quién se ducha primero?—pregunta Sonsoles nada más colgar.

—Como quieras, yo misma, si quieres y así vas deshaciendo la maleta.

—Te has fijado en la ducha transparente, ¿no?—bromea entre risas.

El baño está separado de la habitación por una ducha con la mampara totalmente transparente. No tiene pared, la ducha transparente es la pared. Muy moderno y bonito, pero me parece que poco útil en algunas ocasiones, como esta por ejemplo.

Estoy segura de que me debió cambiar la cara, porque Sonsoles rompe a reír.

—Tranquila, te puedo asegurar que después del primer minuto, no se ve nada de nada por el vapor. Ya me tocó alguna ducha de estas. Entro yo primero y así ves lo que te digo. Si te sientes más tranquila salgo de la habitación mientras te duchas—agrega mientras coloca su ropa en el armario.

—No, qué va, no pasa nada—le aseguro—. Eres un encanto, Sonsoles, gracias por preocuparte.

—Bueno, pues entro, ¿vale?

Dicho y hecho, Sonsoles se quita la ropa y entra en la ducha. Echo una mirada furtiva a su cuerpo, parece tener al menos diez años menos de los que tiene, ella estaba esperando mi mirada y rompe a reír poniendo cara de mala.

Tal como me había dicho, tras el primer minuto no se ve nada de nada, se adivina la silueta, pero nada más. Tampoco es que me dé mucha vergüenza que me vea desnuda, Carlos, a base de repetirlo, ha conseguido que me guste mi cuerpo mucho más.

—¡Lucía!

Escucho a Sonsoles que me llama entre risas.

—¿Se ve algo?—pregunta muerta de risa.

—Mira que eres tonta, Sonsoles. Que sepas que no me pones nada. Pero nada de nada, por mucho que te toques las tetas—contesto riendo yo también.

Tras unos minutos, llega mi turno. Sonsoles sale de la ducha con una toalla enrollada en su cuerpo y otra en el pelo. La toalla del cuerpo no se

queda mucho tiempo en su sitio, y la utiliza para secarse.

—¿Tú qué has hecho, un pacto con el diablo o algo?—pregunto asombrada.

—¿Por?—dice riendo.

—Joder, tía, tienes un cuerpo de veinte años como mucho—indico aún sin salir de mi asombro.

—Es una cruz, siempre he parecido mucho más joven. No veas cuando iba a la facultad, parecía que tenía catorce, por aquella época sí que era un problema—me asegura con una sonrisa.

Normalmente, me gustan las duchas muy largas, pero no nos queda demasiado tiempo entre ducharnos, deshacer la maleta, y arreglarnos para la cena, así que me conformo con una ducha más corta. Es una pena, porque el agua sale con mucha presión y muy caliente, justo como a mí me gusta.

No me sorprende la elección del restaurante por parte de Carlos. Nos lleva a un restaurante llamado "Food Brother" donde sirven unas hamburguesas gigantes que Óscar y él devoran. Nada de comida típica alemana, ni esas sosas, con lo que me hubiese gustado.

—Tranquila, Lucía, mañana tenemos cena en el Múnich Hall de la feria y tendrás una cena bávara típica—asegura dirigiéndose a mí.

Carlos ya me va conociendo y estoy segura de que se percató de que me hubiese gustado mucho más un restaurante algo más típico de la zona. Me alegra saber que la cena de mañana será algo más local, pero siendo en la feria, no lo tengo tan claro, tendré que preguntar a Sonsoles cuando acabemos.

La cena está entretenida, salpicada por alguna de las tonterías de Óscar, pero bastante bien en general. Ese tipo es totalmente inaguantable y sigo sin entender por qué Carlos le pasa algunas de las cosas que hace.

Durante toda la cena lanzo miradas a Carlos, unas veces sin poder evitarlo y otras a propósito. Espero que él se dé por aludido, supongo que sí, porque lo observa todo, es como una obsesión que tiene.

Quiero que tenga muy claro que me he metido en este departamento por él, para estar con él. Lo de compartir habitación fue una puñalada, un golpe bajo. Trastocó todos mis planes de noches locas, imagino que lo tendrá previsto de alguna manera. Anhelo que me diga algo, que me llame esta noche para estar a su lado.

—Bueno, chicos y chicas. ¿Damos una vuelta por el barrio rojo? —ya salió el imbécil de Óscar, no esperaba menos de él.

—Venga, yo me apunto—responde una voz de hombre.

¿Ha sido Carlos? Juro que si la tierra me traga en este momento me quedo más tranquila. No me lo puedo creer. Joder, ¿una vuelta por el barrio rojo? ¿En serio? Toda la semana fantaseando sobre cómo sería nuestra primera noche en Alemania y se quiere ir al barrio rojo. ¿Vamos a estar cuatro noches y quiere desperdiciar la primera?

Me siento traicionada, sabe que quiero volver a estar junto a él, que quiero repetir nuestras noches de San Petersburgo, que me muero por sentir su cuerpo. Entiendo que en Madrid me evite, lo veo hasta lógico para no levantar sospechas, pero ¿aquí? Estoy segura de que Sonsoles no diría nada, nos guardaría el secreto.

—Yo creo que paso—responde Javier que menos mal que tiene algo de sentido común.

—Venga, Javi, que es solo dar una vuelta, que no vamos a hacer nada malo—asegura Óscar mirándole con desprecio.

—No, no, paso, Óscar, de verdad.

—Si hasta las chicas van a venir, ¿verdad?—insiste empezando ya a resultar pesado.

—Nosotras nos vamos a una sex shop.

Joder, casi me ahogo con la cerveza al escuchar el comentario de Sonsoles. ¿Una sex shop? ¡Vaya cómo se pasa con Óscar! Se acaba de quedar de piedra.

El pobre Javier nos mira con incredulidad y decide irse al hotel a descansar en vista de que ninguno de los dos planes le convence lo más mínimo.

Caminamos junto a Óscar y Carlos por el barrio rojo, pero en un cierto momento Sonsoles me agarra del brazo y me lleva en otra dirección.

—Hasta luego, chicos, ¡que disfrutéis mucho de las vistas o de lo que sea que vayáis a hacer!—añade meneando la cabeza.

Me encanta su personalidad. Yo, por mi parte, sigo en estado de shock, me ha destrozado la decisión de Carlos, esperaba que la noche fuese para mí aunque todavía tengo esperanzas de que me llame al volver al hotel. Eso espero.

—¡Que les den! ¡Noche de chicas!—le digo a Sonsoles sacudiendo mi cabeza para intentar borrar la decepción de mi mente.

—¡Esa es la actitud, Lu! Te voy a enseñar el Hanover nocturno, hay locales súper chulos. El barrio rojo, de todos modos, es más pequeño que el

de Ámsterdam o Hamburgo—me asegura indicando que tampoco me pierdo nada.

—Nunca he estado en ninguno de los dos sitios—reconozco bajando la mirada.

—Vamos a menudo a ambos, así que ya te tocará, tranquila.

—Oye, Sonsoles, lo de la sex shop, ¿va en serio?—pregunto abriendo los ojos como platos.

—Sí, solo un rato. Es que hay una súper chula cerca de aquí y quiero echar un vistazo, si te incomoda ya vuelvo yo mañana. Mira, ya llegamos—indica señalando un enorme escaparate.

—No, no pasa nada, nunca he estado en una. Será una novedad.

—¿En serio?—pregunta arqueando las cejas.

—De verdad, nunca he estado en ninguna—contesto encogiéndome de hombros.

—¿Compras siempre por internet?

Me quedo mirando para Sonsoles que pronto adivina que mi experiencia en esos temas es más bien escasa por no decir nula.

—¿No tienes vibradores?—pregunta confusa.

Le explico un poco avergonzada que solamente tengo uno que me regaló Alberto hace dos años y que no vibra, sino que tiene la forma de un pene normal, lo que provoca una sonrisa en Sonsoles que me asegura que tenemos que entrar a elegir uno para mí.

Entramos en la sex shop y es muy distinta a lo que me imaginaba. Se trata de una tienda amplia y bien iluminada, hay muchísimos artículos de todo tipo; la mitad de ellos, por no decir la mayoría, no sé ni para qué sirven.

—Los hay muy sofisticados—explica Sonsoles de manera natural—pero yo creo que para un primer paso te puede venir bien algo así.

Sonsoles sostiene entre sus manos un vibrador de color violeta. Una parte simula un pene no demasiado grande y luego hay otra parte que sobresale con unas rugosidades. Tiene un tacto suave, casi elegante. Sigo con cara sorprendida, pero al mismo tiempo deseando llevarme el aparatito que me está enseñando.

—Este es bastante sencillo—interviene jugando con él—tiene dos velocidades y sin mando a distancia. ¿Prefieres uno que se ponga caliente mientras funciona?

—¿Hay de esos?—pregunto con los ojos como platos.

—Claro, hay de todo tipo, algunos se ponen calientes, rotan, vibran o tienen un montón de velocidades. Los hay con mando a distancia para que lo controle tu pareja incluso desde el teléfono móvil, pequeñitos y discretos para llevar de viaje, muy grandes, ya ves la variedad—añade señalando a una estantería repleta de ellos.

—No, creo que este mismo me puede valer—indico quedándome con el que trae entre sus manos.

—¿Sabes para qué es esto?—pregunta señalando la parte más pequeña y blanda que sobresale del vibrador.

—Me puedo imaginar dónde va colocado—respondo poniéndome roja como un tomate.

—Exacto, veo que ya lo pillas, viene muy bien, a mí me ayuda mucho. Venga, te lo regalo—añade dirigiéndose hacia la caja

Me cuesta reconocerlo, pero la visita a la sex shop con Sonsoles me ha excitado un poco. Todo lo que había para elegir, sus explicaciones, cómo manejaba el vibrador entre sus pequeñas manos mientras me lo explicaba. Ha sido una sensación extraña, Sonsoles se lleva otro con un diseño un poco raro, que no me atrevo a preguntar lo que hace, y ni siquiera creo que me lo pueda imaginar.

Al abandonar la sex shop, Sonsoles me lleva a una zona de bares donde sirven una cerveza increíble. Demasiado increíble, porque creo que bebo mucho más de la cuenta y pronto me empieza a dar vueltas la cabeza. Menos mal que ella se da cuenta de que me estoy poniendo demasiado contenta y me lleva para el hotel antes de que me meta en líos con un grupo de universitarios.

Confesiones

Al llegar a la habitación me tiro en la cama con la cabeza dando vueltas como un helicóptero, aunque sin nada de sueño.

—Creo que he bebido demasiado, Sonsoles—reconozco un poco más contenta de lo que sería habitual.

—No hace falta que lo jures guapa, le estabas tirando los tejos a un grupo de chicos que no tendrían más de veinte años, eres una asaltacunas—bromea llevándose la mano a la frente.

—Es que la cerveza estaba muy buena—reconozco con una sonrisa boba en la cara.

La cerveza estaba buena, pero creo que la decepción de que Carlos no me hubiese propuesto ir a su habitación fue el detonante para beber más de la cuenta.

—Sonsoles, ¿tienes novia?—pregunto de repente sin venir a cuento.

—Uy, ¿y esa pregunta?—replica sorprendida.

—No sé, curiosidad—tercio encogiéndome de hombros—no respondas si no quieres.

—No tengo, no. He tenido alguna, pero no encontré todavía una chica con la que quiera comprometerme. Tiene sus partes positivas, no te creas, hago lo que quiero con quien quiero. El sexo es una parte muy importante de mi vida y de momento así funciona bien. Tengo dos o tres "parejas" con las que quedo más a menudo porque funcionamos muy bien, y si me apetece con alguien y ese alguien está de acuerdo, pues adelante con ello—explica Sonsoles con naturalidad.

—¿No te gustaría?—insisto.

—Supongo que sí, en el fondo soy muy romántica y me gustaría tener una pareja estable. Pero es difícil, estuve algo más de un año saliendo con una chica con la que me llevaba genial, ha sido lo más parecido a una pareja estable que he tenido, aunque ella decidió unilateralmente tener una relación abierta para darle más variedad y no funcionó. Además, quería probar cosas que a mí no me atraían en absoluto—expone bajando la mirada con cierta melancolía reflejada en su rostro.

—Bueno, tiene buena pinta. Al menos tienes variedad—añado para romper la tensión.

—Si no le das prioridad al buen sexo, tarde o temprano te acabas volviendo complaciente, empiezas a bajar el listón. Poco a poco vas

aceptando un sucedáneo, algo que es cada vez peor, algo cada vez más monótono. El problema es que la mayoría de las parejas acaban en ese punto—indica negando con la cabeza.

—Sí, tiene sentido.

—Pero, piénsalo, Lucía, en parte algo de culpa la tenemos las mujeres también. Quizá sea por la educación que se recibe o por los condicionamientos sociales, no lo sé. Lo cierto es que, tradicionalmente, nos cuesta a horrores hablar de sexo con nuestras parejas; de lo que necesitamos, de lo que queremos. Y eso va empeorando la relación de pareja hasta que se acaba en la monotonía—añade Sonsoles arqueando las cejas.

La verdad es que tiene algo de razón en eso. Mi sexo con Alberto va camino de la rutina, y todavía no hemos cumplido los treinta, no me quiero ni imaginar lo que será más adelante.

—Sigue siendo un tema tabú, Lucía—insiste Sonsoles que ahora se ha soltado con el tema—además, tenemos miedo de que nuestra pareja se lo tome mal, tenemos miedo a proponer nuestras fantasías. Y eso incluye no solamente a las parejas hetero, es un tema muy difícil de tratar a no ser que abras la mente.

Estoy como tonta escuchándola, parece que está describiendo mi relación con Alberto, como si fuese capaz de vernos y eso que yo nunca le he dicho nada. Nos llevamos muy bien y le quiero mucho, pero me cuesta un montón introducir cualquier cambio en nuestras relaciones sexuales.

—Te voy a poner un ejemplo, Lucía. ¿Cuál es tu fantasía sexual favorita?—pregunta de pronto dejándome de piedra.

Me pongo roja como un tomate al tiempo que valoro mis palabras antes de contestar.

—Que no te de corte, una escena sensual de una película me vale, no hace falta ni que me la digas. Piénsala. ¿Se la has propuesto alguna vez a Alberto?—inquiere con curiosidad.

—No, nunca.

—Pues eso es lo que trato de decirte. Estamos en el Siglo XXI, lo cierto es que nos gusta hacerlo tanto como a ellos y la única diferencia es que queremos un mínimo de calidad para estar satisfechas, no nos vale cualquier cosa como a la mayor parte de los hombres. Tenemos que ser capaces de proponer lo que queremos, y eso puede ser diferente a lo que quiere un hombre—insiste Sonsoles—. Supongo que por eso acabé en

relaciones lésbicas, no es que no nos guste el sexo, es que, a veces, nos gusta otro tipo de sexo y por eso, cuando lo pruebas, el sexo con una mujer es tan bueno.

—¿Qué se siente al estar con otra mujer?

—Lucía, creo que has bebido demasiado, mejor te vas a la cama, ya lo hablamos con calma mañana si te interesa de verdad—responde señalando a mi cama con el dedo.

—Claro que me interesa de verdad, me gustaría saberlo. ¿Es mejor que con un hombre? Bueno, supongo que para ti sí—añado encogiéndome de hombros.

—Es diferente. Nosotras, por lo general, necesitamos muchos más mimos, más cariño, más preliminares, más caricias antes de hacer el amor. A ellos les vale con meterla cuando está dura y ya está—explica con naturalidad—. ¿Te ha pasado alguna vez que cuando tu pareja acelera el ritmo, sientes que te está dejando atrás? Porque cuando él llega al orgasmo, por regla general, se acabó, ya no les funciona en un rato, eso no te pasa con una mujer.

—Eso cuando no se quedan dormidos después de hacerlo—bromeo entre risas.

—Exacto. Además, nos conocemos mucho mejor, para algo tenemos lo mismo, sabemos lo que nos gusta, qué puntos son más sensibles y sobre todo, sabemos escuchar. Luego puede haber diferencias entre las distintas mujeres, pero sigue siendo una ventaja muy grande frente a un hombre—agrega convencida.

—No lo tengo tan claro—interrumpo.

—No te digo que no te guste con un hombre, en esos momentos estás excitada y cualquier caricia te funciona. Solo te digo que nosotras lo hacemos mejor, mucho mejor. Hasta el beso de una mujer es muchísimo mejor que el de un hombre, te diría que esa es la mayor diferencia—explica asintiendo con la cabeza—. El beso de una mujer es infinitamente mejor que el de un hombre.

—¿En serio? Me gustaría saber qué se siente cuando te besa una mujer.

—Métete en la cama, Lucía—ordena Sonsoles entre risas.

—Te lo digo en serio, en estos momentos estoy excitada. He tenido una decepción muy grande hoy, no te la puedo contar. ¿No te apetece besarme? Es tu oportunidad—añado intentando acercarme a ella.

—Me apetece mucho, pero no me he aprovechado nunca de una persona que haya bebido algo más de la cuenta, y tú has bebido bastante más de la cuenta. Mañana creo que te ibas a arrepentir y no quiero eso. Venga, ponte el pijama y a dormir que mañana va a ser un día muy duro—insiste metiéndose en su cama.

Me desnudo por completo antes de ponerme el pijama intentando provocarla sin conseguirlo. Es verdad que he bebido mucho más de lo que debería haber hecho, pero esa conversación me ha puesto a cien por algún motivo y eso que jamás se me había ni siquiera pasado por la cabeza besar a una mujer.

Primer día de feria

Me despierta la luz del día. Qué puñetera manía tienen en otros países de no usar persianas. Me estiro con pereza y al abrir los ojos casi se me para el corazón al darme cuenta de que estoy completamente desnuda sobre la cama.

—¡Sonsoles! ¡Despierta!—le digo cubriéndome instintivamente con la sábana.

—Queda tiempo, duérmete, Lucía—responde metiendo la cabeza debajo de la almohada.

—Despierta, por favor—insisto nerviosa.

—¿Qué quieres?

—Ayer por la noche, no hemos hecho nada, ¿no?—pregunto alarmada sin ser capaz de acordarme de gran cosa.

—No, tranquila, Lucía. No hemos hecho nada, te quedaste dormida. Teníamos la luz apagada y yo estaba muy cansada, me dormí al poco tiempo, pero algo dijiste de que me querías besar—explica tratando de que la luz no llegue a su rostro.

Me lo dice como si tal cosa, riéndose.

—Joder, ¡qué vergüenza! No me lo puedo creer. Algo recuerdo, me desperté ahora totalmente desnuda en la cama y no sabía lo que había pasado—indico llevándome una mano a la frente.

—Sí, eso. Me dijiste que te ibas a masturbar justo después de decir que querías besar a una mujer—añade divertidísima con toda la situación.

—Joder, no. Por favor, no me digas eso—chillo tapándome la cabeza con la sábana.

—Coño, Lucía, que no pasa nada. Habías bebido bastante, estuvimos hablando del sexo entre mujeres y te lanzaste un poco, ya está. No pasó nada, te lo prometo, no le des más vueltas. Nunca aprovecho ese tipo de situaciones porque las más de las veces al día siguiente se arrepienten y se acabó la amistad—explica girándose hacia mí.

—De esa parte sí me acuerdo. Gracias.

—De nada, mujer. ¡Solo faltaría eso! Pero bueno, si ahora que estás sobria quieres seguir con el show erótico, por mí no te cortes, tú tranquila—bromea entre risas.

Las dos nos echamos a reír consiguiendo que me relaje un poco. Sonsoles es un cielo y se está convirtiendo en una amiga estupenda.

***

Decir que la feria industrial de Hanover es muy grande es hacerle muy poca justicia, es absolutamente inmensa. Mientras nos dirigimos a nuestro pabellón me quedo impresionada por la cantidad de gente moviéndose de un lado para otro.

Miles de stands, pabellones y más pabellones. Puedo reconocer a muchas de las mejores empresas del mundo. Debo parecer una niña tonta que acaba de salir de su casa, ilusionada ante la oportunidad para aprender que se me presenta.

Nuestro stand se sitúa en una zona de bastante paso. Carlos nos comenta que con los años la feria nos ha permitido ir mejorando la ubicación del stand y nos da las indicaciones con los turnos que tenemos que hacer. No hay mucho tiempo libre. Javier o Sonsoles estarán en el stand en todo momento al ser los que hablan alemán. Óscar y Carlos se turnarán para acompañarlos y yo haré turnos a lo largo del día, sobre todo en las horas de mayor trasiego.

En cualquier caso, debo estar siempre pendiente del teléfono móvil por si se presentase en el stand alguna empresa rusa. Carlos me indica que es una feria muy visitada por los rusos y yo soy la única que hablo ese idioma.

Nuestro stand no es muy grande, pero sí lo suficiente como para que tres personas puedan tener simultáneamente sus reuniones y no molestarse, de manera que podríamos atender a tres potenciales clientes al mismo tiempo. Nuestra especialidad son los grandes proyectos llave en mano, así que tampoco es que vayamos a tener el stand lleno de gente en ningún momento.

Me hacen gracia Carlos y Óscar. Parecen abuelos contando sus batallitas de los primeros tiempos de la empresa, cuando se empezaba a salir a las ferias internacionales, en los tiempos en los que ellos mismos tenían que montar el stand el día antes de empezar a base del mobiliario básico que alquila la feria. Nuestra empresa ha debido de cambiar mucho en los últimos años.

Las tres primeras horas en el stand son un auténtico aburrimiento, lo más que hago es recibir esporádicas visitas y pasárselas a alguno de mis compañeros. Sin embargo, al llegar a las doce del mediodía, Carlos me indica que le acompañe a ver algunos stands de otras empresas y de paso a picar algo, por fin podré hablar con él.

—Carlos, ¿pero a ti qué coño te pasa?—pregunto en un tono más alto del que debiera sin poder esconder mi enfado.

—Lucía, por favor, baja la voz que estamos rodeados de gente—exclama él mirando alrededor con preocupación.

—He elegido este trabajo por ti, podía haber escogido la oficina técnica que era lo que me gustaba y he venido a tu departamento para estar contigo—insisto encendida.

—Lucía, ya te he dicho cuando volvíamos de San Petersburgo que algún viaje haríamos juntos, pero otros los harías con otra gente. Esta es la única ocasión del año en la que estamos juntos todo el departamento fuera de Madrid y debemos mantener las apariencias—explica con voz calmada.

—¿Pero qué apariencias, Carlos? Esperaba pasar contigo la noche y en cambio te vas de putas por el barrio rojo con tu amigo Óscar, ¿esas son tus apariencias?—replico cogiéndole por el codo para que se detenga.

—Lucía, por favor, no montes un drama—expone muy serio bajando la voz—. Lo primero es que solamente fuimos a dar un paseo por el barrio rojo, nada más. Y lo segundo que no puedes pasar la noche conmigo porque compartes habitación con Sonsoles y no veo cómo podemos justificar que no te presentes a dormir. Y finalmente, Óscar no es mi amigo, es un compañero de trabajo.

Carlos no pierde la calma, su rostro se ha puesto serio, pero te dice las cosas con tranquilidad, sin perder la compostura en ningún momento. Mientras habla miro sus labios, quiero morder ese labio inferior como lo hice hace unas semanas en Rusia. Percibo su olor, ese olor que me encanta y, para rematarlo, al terminar la frase vuelve a dedicarme esa sonrisa que sabe que me vuelve loca, esa sonrisa por la que mataría.

—Estoy segura de que Sonsoles no se lo diría a nadie. Tenemos cuatro noches, bueno, ahora tres, pero son tres noches para nosotros, te he echado muchísimo de menos estas dos semanas—insisto ahora susurrando.

—Para, para, Lucía. No se trata de que Sonsoles diga algo o no, ella sería otra persona que sabría lo nuestro, algo que ahora tan solo depende de nosotros dos. Ya tendremos oportunidades, no te preocupes—me asegura con su eterna sonrisa—hoy mismo te llamaré a mi habitación cuando lleguemos al hotel con la excusa de repasar tu primer día en la feria y estaremos solos.

—Pero es que quiero pasar la noche contigo, Carlos, no solamente un rato como si fuésemos adolescentes que nos escondemos de nuestros

padres. Somos personas adultas, quiero dormir abrazada a ti y despertarme a tu lado. Si Sonsoles o quien sea quieren sospechar, ¿no crees que también lo harían si quedamos solos en la habitación?—replico intentando convencerle.

—Es muy diferente y lo sabes. No trates de engañarte a ti misma, yo también quiero pasar la noche contigo, también te he echado de menos estas dos semanas, pero ya te dejé muy claro cuáles iban a ser las reglas del juego —aclara negando con la cabeza—. Lo que pides es imposible, aquí estamos todos y no podemos pasar las noches juntos. Te llamaré todas las tardes a mi habitación durante un par de horas poniendo la excusa de tu formación en la feria, pero nada más. Haremos algún viaje juntos en el futuro y también viajarás con los demás, aunque no podemos dormir juntos en este viaje. Lo siento.

Carlos ejerce un poder sobre mí que no alcanzo a comprender. Yo que presumo de mujer fuerte e independiente, me derrito cada vez que me mira. Escucharle hablar me apacigua, calma la ira que hay en mi interior, es una situación que soy consciente de que no me conviene nada.

***

A las seis de la tarde nos encaminamos al Múnich Hall de la feria para cenar. A mí, eso de cenar tan temprano no me va nada, pero al fin y al cabo, son los horarios que hay. Horario de cena europeo, supongo.

El hall es inmenso y despliega unas grandísimas mesas corridas para cenar todos juntos. Me hace gracia ver a todos los ejecutivos con su traje y corbata corriendo para elegir un buen sitio. Nosotros nos sentamos al final de una de las grandes mesas, a ambos lados tengo a Sonsoles y Javi y frente a nosotros, Óscar y Carlos. Por fin podré probar una típica comida alemana.

—Ya verás qué desfase dentro de una hora—susurra Sonsoles junto a mi oído.

Y, efectivamente, ya sea por el efecto de la cerveza, la música, la relajación, o el estar fuera de casa, el caso es que empezamos a ver a alguno de esos ejecutivos trajeados ponerse a bailar, claramente con alguna cerveza de más.

A ellos se van uniendo más y más, sobre todo nórdicos, americanos, puedo escuchar algunos gritos en ruso también disfrutando de la fiesta. No parece para nada una cena de gente de negocios en una feria.

—Sonsoles, esto no va a más ¿no?—pregunto asombrada provocando en ella una carcajada.

—No se va a montar ninguna orgía, no, tranquila. Se conforman con bailar, alguno de pie sobre la mesa y algunos de ellos acabarán luego en el barrio rojo, pero estamos a salvo—bromea entre risas al observar mi cara de espanto.

No salgo de mi asombro mientras miro perpleja el espectáculo hasta que me saca del trance el enésimo comentario estúpido de Óscar.

—Puedo conseguir a cualquier mujer que me proponga. —Nos dice, mientras se echa para atrás en la silla inclinándola sobre dos patas, con los brazos cruzados sobre su nuca. Ojalá se rompiese una de las patas de la silla en estos momentos.

—Pues aquí tienes a dos mujeres a las que no puedes, Óscar—Sonsoles, de nuevo, parándole los pies.

—Habla por ti, que eres bollera, no por Lucía—replica con su chulería habitual.

—A mí tampoco—le respondo seria negando con la cabeza.

Ya me está fastidiando el cretino del Óscar y tengo que echarle un capote a Sonsoles.

—Pues seguro que te lo pasarías muy bien conmigo, Lucía. Lo único es que luego tu novio te parecería poca cosa. Eso es algo que les pasa a menudo a las mujeres después de estar conmigo, es por el tamaño, ¿sabes? —añade alzando las cejas y casi provocando que vomite la cena.

Dios, le tiraría una silla a la cabeza, o directamente un cuchillo. Menos mal que Carlos interviene y corta la conversación.

—Bueno, bueno, vamos a tener calma que esto puede acabar mal. Óscar, por favor, compórtate un poco que Lucía acaba de llegar al departamento y no te conoce mucho todavía—expone manteniendo la calma.

¿Pero por qué no le parte la cara? Y encima Carlos es su jefe, joder. ¿Por qué le permite ese tipo de cosas? Aunque sea un secreto, estamos juntos, o eso creo, al menos. Si yo fuese su jefa ya estaba de patitas en la calle o le enviaría al país más chungo con el que trabajemos.

—No le hagas ni puñetero caso, Lucía—anuncia Sonsoles acariciando mi brazo.

—Ya lo sé, Sonsoles, pero es que no puedo con él, me pone de los nervios—reconozco mordiendo mi labio inferior con rabia.

Y es que me saca de quicio solamente el verle delante de mí. Esa actitud chulesca que tiene, eso de ir de macho alfa no puedo con ello. Joder, que

estamos en el Siglo XXI, los machos alfa están bien para la Edad Media. Estaba disfrutando de la cena y al final me la está amargando. Pido otra jarra de cerveza y me intento olvidar del cretino.

Tras la cena, volvemos al hotel, es todavía temprano, sobre las nueve, es lo que tienen los horarios europeos y mi cara se ilumina cuando Carlos me pregunta, delante de todo el mundo, si me puedo pasar por su habitación para revisar mi primer día en la feria. Javi y Sonsoles deciden quedarse en el hotel y Óscar se va a continuar la fiesta por Hanover, cuanto más lejos, mejor.

Desengaño

Mis piernas tiemblan al entrar en la habitación de Carlos. Me siento como una adolescente ante su primera cita, ese nerviosismo tan particular, esa forma de sentirte viva. Deseaba tanto que llegase este momento que siento un cosquilleo entre las piernas, anticipando lo que vendrá en unos momentos.

No pierdo tiempo y nada más cerrar la puerta le tiro en la cama y me coloco sobre él, intentando quitarle la ropa.

—Espera, peque, espera. ¿Qué ha sido de nuestras conversaciones sobre el sexo con calma en San Petersburgo?—pregunta Carlos entre risas.

—Es que ahora no tengo calma, Carlos, me tienes a cien—reconozco desprendiéndome de mi ropa—te quiero ya.

—Por lo menos deja que me quite el traje, ¿no? A ver si se me va a romper—bromea divertido.

Mientras Carlos se va quitando la ropa, yo ya estoy completamente desnuda esperando sentir su cuerpo.

Carlos me abraza y yo creo morir cuando coloco las palmas de mis manos sobre su pecho y siento el calor de su piel sobre la mía. Agarra mis nalgas con sus manos besándome, al principio un beso suave, sin prisas, más tarde uno más apasionado. Muerdo su labio inferior al tiempo que su lengua recorre cada rincón de mi boca.

—Deseaba tanto estar contigo—confieso entre gemidos apagados.

Nos seguimos besando, con su mano derecha rodeando mi nuca y la izquierda deslizándose desde mi cadera hasta mis pechos, todo aderezado con suaves besos sobre mi cuello.

En un momento determinado, tira de mi mano y me lleva hasta la cama, en ella me besa con pasión. Colocándose a mi lado, besa mi cuello y mis labios logrando que se me ponga la piel de gallina.

Acaricio su espalda y sus fuertes hombros, deslizando la mano hasta su culo, suspira con la respiración acelerada cuando agarro con fuerza sus glúteos y le clavo las uñas.

Al sentir su mano entre mis piernas se me escapa un gemido demasiado alto y Carlos me mira recordándome que estamos en un hotel. No me importa, me está volviendo loca sentirle en mi interior y al llegar al clímax, no puedo evitar un grito. Fue fantástico.

—Joder, Lucía. Estamos en un hotel. ¡A ver si te controlas!—me reprocha con brusquedad.

Eso me ha dolido, me ha dolido en lo más profundo del alma. Acaba de estropear un momento maravilloso y no puedo evitar que se me escapen las lágrimas.

—¡Vete a la mierda!—exclamo apartando la mirada mientras recojo mi ropa.

Me visto precipitadamente sin ni siquiera recoger mi sujetador y abandono su habitación entre lágrimas.

Al abrir la puerta de mi habitación Sonsoles está de pie, como esperando a que entre por la puerta. Mirándome fijamente, se acerca y toma mi mano.

—No llores, no merece que llores por él—susurra secando con su dedo pulgar las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

Limpia mis lágrimas con el reverso de su mano con una suavidad exquisita mientras mantiene clavados en los míos sus dulces ojos color avellana y me besa suavemente en la mejilla.

—No llores, o me harás llorar a mí también—expone Sonsoles levantando mi barbilla entre sus dedos.

Solamente puedo asentir con la cabeza mientras ella me estrecha entre sus brazos con cariño y, durante unos instantes, ambas quedamos fundidas en un maravilloso abrazo. Un abrazo tierno, de los que hacen que te olvides de los problemas.

—No merece que llores por él, Lucía. Tú vales mucho más—insiste con los ojos humedecidos.

—Gracias—es lo único que puedo decirle mientras las lágrimas siguen escapándose de los míos—pero tú no llores, que con que lloremos una de las dos, ya nos vale.

Sonsoles me sonríe sin apartar de mí sus dulces ojos. Una sonrisa tierna. ¿Cómo una mujer con tanta personalidad puede encerrar tanta ternura?

—¿Has escuchado algo?—pregunto con timidez.

—Estabas en la habitación de al lado, se escuchaba mucho más de lo que me hubiese gustado oír, las paredes de este hotel no están demasiado insonorizadas—bromea arqueando las cejas.

—¿Se me oía gemir?—insisto tapando mi cara entre las manos.

—Tus gemidos era la parte que sí quería oír, lo que me hubiese gustado no oír fue su comentario—replica Sonsoles con el rostro entristecido—. Soy

una tumba, Lucía. Soy tu amiga, pero como amiga te digo que esto no te conviene.

Se me vuelven a escapar las lágrimas sin poder evitarlo al escuchar sus palabras y me recorre una sensación de impotencia que me hace temblar.

—Eres un cielo, Sonsoles. Eres súper buena amiga, gracias—apunto con sinceridad.

—¿Quieres que salgamos a tomar unas cervezas para olvidar?

—¿No tienes miedo de que te intente besar si bebo mucho?—bromeo en un intento de esconder mi dolor.

—Para nada, creo que esta vez me dejaría…

Sonrío, pero es una sonrisa muy forzada porque la verdad es que no me apetece nada salir. En realidad, no me apetece nada hacer ninguna cosa, solamente meterme en la cama y dormir. Y llorar.

Deseaba tanto estar con Carlos y ese comentario me ha hecho tanto daño. Llevaba dos semanas esperando ese momento, estaba disfrutando así por él. Hay maneras de decirlo y romper de esa manera mi momento de intimidad me ha dolido en el alma.

Nos sentamos en la cama y coloco mi cabeza en el hombro de Sonsoles mientras ella acaricia mi pelo y llena mi frente de suaves besos cargados de cariño.

—No llores más, ¿vale?—susurra a mi oído.

—Vale, te lo prometo.

Vuelve a besarme en la frente y me mira con sus ojitos dulces. Me fijo por primera vez en sus labios, son unos labios preciosos, con el labio superior ligeramente arqueado. Acaricia mi cuello tan suave que es como si pasase una pluma.

—Lucía, ¿sabes que me pagué la facultad dando masajes?—exclama de pronto—. Si te apetece te puedo dar uno en esas cervicales a ver si te relajas un poco. ¿Qué te parece?

Me quedo sorprendida ante su comentario y solo puedo asentir con la cabeza. Me apetece muchísimo recibir un masaje relajante, seguramente es lo que necesito en estos momentos.

Sonsoles entra en el baño, saca dos toallas blancas y deja el grifo del agua corriendo mientras coloca una de ellas cuidadosamente en la cama.

—De momento, quítate la ropa y túmbate sobre la cama boca abajo con esta otra toalla cubriendo tus nalgas—ordena con una voz que de pronto me ha parecido de lo más sensual.

—¿Lo tengo que quitar todo?—pregunto con sorpresa y timidez a partes iguales.

—Sí, claro, todo. No queremos que tu ropa interior acabe llena de aceite, y como veo que andas sin sujetador…

Sonsoles se ríe, lo hace todo muy fácil. La verdad es que me da un poco de corte estar completamente desnuda delante de ella, pero al mismo tiempo me apetece mucho. Quizá siendo consciente de mi desnudez, a medida que me voy quitando la ropa me fijo en cómo va vestida.

Lleva puesta una camiseta de tirantes blanca que cubre justo hasta el comienzo de sus nalgas con un escote enorme, menos mal que tiene los pechos pequeños, porque unos más grandes se saldrían por ese escote. No lleva pantalón y deja ver unas piernas preciosas.

Me tumbo en la cama y coloco la toalla tapando mi trasero, extendiéndola bien porque me sigue dando un poco de vergüenza que Sonsoles pueda ver mis partes más íntimas.

Escucho cómo vierte el aceite sobre sus manos y se acerca a mí. Empieza masajeando mis cervicales, lo que en estos momentos de tensión me produce un placer indescriptible. Es justo lo que necesitaba. Sus manos son pequeñas, pero fuertes. Suaves.

—Sí que estás tensa, sí—exclama presionando alrededor de mi nuca.

—Ya, me lo imagino, ¿lo puedes notar en la espalda?

—Sí, el nivel de tensión se nota mucho en la espalda. No te preocupes, que cuando terminemos vas a estar como nueva—me asegura sin dejar de masajear mis hombros.

Sonsoles continúa con su masaje en mis cervicales, describiendo maravillosos círculos con sus manos y, a continuación, baja hacia mis omóplatos con las manos extendidas, presionando cada uno de ellos por separado. Me relaja sentir la presión de sus pequeñas manos sobre mi espalda.

—Te voy a colocar unas piedras calientes en la columna para relajarte, ¿vale?—susurra deslizando sus dedos por mi columna vertebral y haciéndome temblar.

—Lo que tú digas, Sonsoles, yo ni idea, tú mandas. ¿Vas siempre tan preparada?—le pregunto con sorpresa.

—Puf, ni te cuento. Nunca sabes lo que puede surgir y no te enseño el resto—me dice riendo.

—Mejor no me lo enseñas, no—replico sacudiendo la cabeza.

Ella entra en el baño y cierra el grifo, entre sus manos trae unas piedras negras que, una a una, va colocando sobre mi columna vertebral. El calor que desprenden es increíblemente relajante, me voy sintiendo más y más cómoda. Creo que me podría acostumbrar a esto de los masajes.

Al terminar de colocar las piedras sobre mi espalda, Sonsoles baja hasta mis piernas.

—Voy a darte un masaje en las piernas mientras las piedras van haciendo su efecto en tu espalda—anuncia deslizando sus dedos por una de ellas haciendo que me tenga que contener para no dejar escapar un suspiro.

—Vale, tú sigue que yo estoy en la gloria—admito entre susurros.

Siento las manos de Sonsoles masajear mis gemelos y la parte trasera de mis muslos. Esas manos son maravillosas, están produciendo un efecto en mí indescriptible, una relajación total.

Sus manos extendidas se deslizan ahora por mi entrepierna consiguiendo que un chispazo eléctrico recorra todo mi cuerpo y creo que esta vez sí se me escapa un pequeño suspiro. Sonsoles nota la tensión.

—Tranquila, hay ciertas partes que producen ese tipo de reacciones. Tienes que estar lo más relajada posible, ¿vale?

Tiene una voz preciosa; suave, melódica, relajante. Sus manos siguen haciendo maravillas por mi entrepierna, pero empiezo a sentir algo más que relajación, algo que quizá no debería estar sintiendo, sobre todo cada vez que sus pequeñas manos se acercan a mis nalgas.

Lo que me faltaba, se supone que me tengo que relajar y no sé si me dura la excitación de Carlos, o es una nueva, o ambas.

Sonsoles sigue masajeando la parte trasera y el interior de mis piernas, deslizando sus manos ahora por debajo de la toalla, acercándose peligrosamente a mis partes más sensibles.

—Vamos a quitar la toalla que nos estorba un poco, ¿te importa?—sugiere con su preciosa voz.

—No, tranquila, Sonsoles, supongo que no es el primer culo que ves—respondo ya sin importarme.

Sonsoles vuelve a reír. Me encanta esa risa tan natural, tan dulce. Me acabo de quedar totalmente desnuda sobre la cama y me siento algo nerviosa, pero a la vez excitada. El hecho de no poder verla añade cierto punto de excitación.

Vuelve a echar aceite en sus manos y masajea ahora la parte baja de mi espalda, justo por debajo de donde se acaban las piedras calientes, hasta

llegar a la zona de mi coxis. Esas manos son maravillosas, describen suaves círculos sobre mi piel, estaría todo el día recibiendo masajes de sus manos.

Después de un rato en el que pierdo la noción del tiempo, Sonsoles pasa a mis nalgas e instintivamente me tenso. No estoy muy segura de que deba hacer esto, es la primera vez que una mujer acaricia mis nalgas, pero por otra parte quiero que siga. Ahora mismo estoy tan a gusto que dejaría que sus suaves manos recorriesen todo mi cuerpo, sin dejar ni un centímetro.

—Tranquila, no te muevas que se van a caer las piedras—susurra con una suave caricia.

—Perdón, Sonsoles, es que es la primera vez que me dan un masaje y no me lo esperaba—reconozco algo nerviosa.

—¿Quieres que pare? Si quieres te vuelvo a poner la toalla y sigo con la espalda—agrega con la voz calmada.

—No, no, tranquila, está genial así. Tú sigue.

—Bueno, si en algún momento te sientes incómoda, dímelo, ¿vale?—me advierte con nuevos susurros que consiguen que se me ericen los pelos de la nuca.

Acaricia con sus manos extendidas cada una de mis nalgas y cada vez que las separa con la palma de sus manos creo que me va a dar algo. Sé que en esos momentos debe de tener una visión perfecta de toda mi intimidad, pero por algún motivo, quiero que siga. Es un sentimiento entre relax y excitación que no había sentido nunca.

Sus manos siguen describiendo perfectos círculos sobre mi cuerpo, como una melodía y en uno de esos maravillosos círculos unas gotas de aceite se deslizan entre mis nalgas haciendo que se me escape un suspiro. Creo que en este momento he bajado por completo mis barreras. Es un suspiro de rendición.

Sonsoles retira sus manos de mi trasero y empieza a quitar de mi columna las piedras calientes, que ya han perdido su calor. Es un sentimiento a la vez de alivio y de frustración. Pensaba que iba a seguir, pero veo que, seguramente, fue solo un descuido.

Hace un momento jamás se me hubiese pasado por la cabeza ser acariciada por una mujer y ahora, en el fondo, estoy deseando que Sonsoles no se hubiese detenido. Deseando que sus suaves manos explorasen cada rincón de mi cuerpo. Pero se quedará en fantasía, y seguramente es mejor así.

—Debes tener locas a todas tus parejas con esas manos—bromeo sacudiendo la cabeza.

—¿Te está gustando?

—Muchísimo.

—Es hora de darse la vuelta, ahora toca la otra parte—deja caer con naturalidad mientras acaricia mi cuello con el reverso de su mano.

¿Qué? ¿Esto sigue?

—Pensé que habíamos acabado, Sonsoles—le indico con sorpresa.

Sonríe. Una sonrisa preciosa, angelical.

—No, aún te queda la parte de adelante, pero si quieres paramos. Si no estás cómoda podemos volver a poner la toalla, como tú veas—afirma levantando las manos sin abandonar su sonrisa.

Me quedo mirando a Sonsoles sin saber muy bien qué responder. No me apetece mucho quedar expuesta, totalmente desnuda, a su vista, pero mi fantasía está cobrando vida y me gusta.

—No, estoy genial así, no te preocupes—contesto seguramente con más ilusión de lo que sería necesario.

—Tienes un cuerpo precioso, es mejor no esconderlo tras la toalla—dice sin perder esa sonrisa angelical—. Ahora, cierra los ojos.

Sonsoles se sitúa a mi lado y coloca sus manos en mi vientre. Ahora hace movimientos más largos, pasando sus manos por mi vientre y mi cintura. ¡Qué maravilla! A esta chica deben rifársela.

Sus manos suben por los laterales de mi cuerpo, sorteando por poco mis pechos, hasta detenerse en la zona de mi escote donde se entretienen haciendo suaves círculos con las palmas extendidas.

Ya no es el masaje profundo que hizo sobre mis cervicales, ahora son suaves caricias. Caricias absolutamente increíbles. Desliza sus manos hasta llegar de nuevo a mi vientre y se me vuelve a escapar un suspiro. ¡Qué vergüenza! No sé lo que estará pensando de mí y no puedo evitar ponerme roja. Sonsoles lo nota.

—Tranquila, eso es que estoy haciendo bien mi trabajo—susurra poniéndome la carne de gallina.

—Me está encantando, Sonsoles—le digo en voz baja, susurrando yo también.

Pienso para mí que no tengo muy claro que me tenga que gustar de esta manera, pero no es ninguna mentira, la verdad es que me está encantando.

Esas caricias son algo diferente. Maravillosas, relajantes y excitantes al mismo tiempo. Nunca me habían acariciado así. No sé si es consciente de ello, pero Sonsoles acaricia con el alma.

—Tienes unos pechos preciosos—exclama de repente pero con total naturalidad.

Abro los ojos con incredulidad sin saber qué contestar y me quedo mirando hacia ella.

—¿Te molesta que te lo haya dicho? Es que no he podido evitar fijarme —se disculpa con su eterna sonrisa.

—Es que me acabas de sacar de un trance—reconozco con mi mejor sonrisa—. No me molesta, de hecho, me halaga mucho que me lo hayas dicho.

Sonsoles me sonríe y no puedo evitar lanzar una mirada furtiva a sus pechos. Son pequeños y encajan a la perfección en su cuerpo.

—Cierra los ojos, Lucía—insiste ella con una palmada cariñosa en mi brazo.

Pasa sus manos por mis caderas, por mi vientre, casi llegando a mi monte de Venus. Otro suspiro.

Con suavidad, sus manos suben ahora hasta rodear mis pechos, sin tocarlos. No necesita tocarlos.

Sus manos se deslizan por mi cuello y, sin poder evitarlo, lo ladeo y se lo ofrezco. O quizá es que no quiero evitarlo. Lo toca con esa delicadeza que solo ella tiene, jamás me habían acariciado así.

Sus manos vuelven a pasar entre mis pechos, sin tocarlos, pero esta vez mi espalda se arquea ligeramente y se me escapa un gemido apagado.

Ya no me importa, me está encantando, me está volviendo loca con sus manos.

Se desliza por mi vientre y, al llegar a mi monte de Venus, sus manos se separan acariciando con las palmas abiertas cada una de mis piernas. Recorre mis muslos, ahora con un poco más de fuerza, llegando con sus manos casi hasta mi cadera.

Desde ahí vuelve a hacer un círculo y cada una de sus manos pasan por mi entrepierna, suavemente. Dejo escapar otro pequeño gemido, con cada uno de sus movimientos sobre mi entrepierna siento como una corriente eléctrica atraviesa mi cuerpo.

Sonsoles está ahora situada al lado de mis piernas, así que debe poder observar perfectamente el efecto que está teniendo sobre mí.

—Ahh—esta vez el gemido ha sido más fuerte.

Mi respiración está más agitada y me asaltan de nuevo sentimientos encontrados, pero ahora la resistencia de mi parte racional es mínima. Tan mínima, que casi estoy por pedirle que se desnude junto a mí.

Al siguiente paso de sus manos cerca de mis pechos lanzo abiertamente un suspiro y abriendo los ojos sonrío a Sonsoles. Ella me devuelve la sonrisa.

—¿Me darías hoy ese beso que me has negado ayer?—pregunto casi suplicando con la mirada.

—Te lo daría encantada, Lu, pero solamente si de verdad lo quieres.

Miro sus ojitos avellana mientras arqueo mis cejas.

—Puf, que si lo quiero…

Nuevas experiencias

Sonsoles se tumba a mi lado y acaricia mi cuello, clava en mí sus dulces ojos y acerca su boca a la mía mientras siento sus labios rozar los míos suavemente. Son suaves, delicados, noto cómo recorren cada milímetro de los míos. A veces, solo acariciándome con ellos, otras con pequeños besos.

Mi respiración se va agitando cada vez más. Es, a la vez, tan dulce y excitante que me hace estremecer. La punta de su lengua recorre mi labio superior arrancando un gemido de mi boca, siento como juega con mis labios, con mi lengua mientras yo le devuelvo el beso con más pasión.

Nos fundimos en un beso, a la vez tan tierno y apasionado, que en esos momentos creo morir.

Sonsoles retira su cabeza y me mira.

Es la misma expresión de la dulzura.

—Tu primer beso con una mujer—bromea arqueando las cejas.

—Sí, el primero—reconozco poniéndome colorada.

—¿Te ha gustado?

—Mucho, muchísimo. Besas increíblemente bien—confieso acalorada.

Las manos de Sonsoles hacen ahora maravillas sobre mi cuerpo, tiene un toque mágico, produce en mí un nivel de excitación tan grande que cuando llego al clímax creo que he sido transportada a otra dimensión.

Sonsoles apoya su mano en mi vientre y me acaricia, tumbándose a mi lado y mirándome con sus ojitos avellana. Sonriendo.

En estos momentos no sé si he muerto y subido al paraíso o si sigo en Hanover.

—Te has quedado relajada ¿eh?—bromea besándome en la frente.

—Puf, que si me he quedado relajada—admito mordiendo mi labio inferior—. Desnúdate, quiero ver tu cuerpo.

Sonsoles me dedica una sonrisa dulce y se quita la camiseta de tirantes y el resto de la ropa.

Tiene un cuerpo precioso. Nadie le echaría más de veinte y pocos años, sus pechos son pequeños pero muy firmes, ligeramente curvados hacia arriba, su areola color chocolate con leche destaca sobre su piel, con unos pezones pequeños. Son unos pechos que te apetece pasarte la tarde acariciando y besando.

Tiene la marca del biquini de su reciente viaje de vacaciones a Lanzarote, me encanta. Imagino unas vacaciones con ella en algún lugar

paradisiaco y me pongo a temblar.

Me giro y me tumbo en la cama boca abajo. Deseosa, impaciente por lo que puede estar por venir. Sonsoles se coloca sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo mientras escucho sus gemidos por primera vez, susurrándome al oído, piel contra piel.

Se separa un poco y pasa su dedo por toda la superficie de mi espalda, siguiendo mi columna vertebral hasta llegar a mi coxis.

—¿Confías en mí?—pregunta de pronto.

—Te confiaría mi vida—admito convencida.

No había terminado la frase y Sonsoles empieza a crear auténtica magia entre nuestros cuerpos desnudos. Grito, gimo, suspiro, escucho su voz, agarro con fuerza las sábanas hasta que mis nudillos se quedan blancos, mientras tengo el mejor orgasmo de mi vida. Sin ninguna duda.

Suelto las sábanas y mi cuerpo vuelve a relajarse. Esta chica va a acabar conmigo, me está volviendo absolutamente loca.

Ella se tumba a mi lado y, acariciando mi pelo, me sonríe como diciendo "¿ves lo que te has estado perdiendo?".

Sonsoles toma mi mano y nuestros dedos se entrelazan. Me abraza, un abrazo tan tierno y tan auténtico que podría competir con el increíble sexo que acabamos de tener.

Mi cabeza descansa sobre su pecho, mientras ella acaricia mi pelo y besa mi frente.

—Quédate así toda la noche, por favor—dejo escapar entre suspiros.

Llamada inesperada

Me vuelve a despertar la luz del día, como ayer. Cómo echo de menos las persianas.

Sonsoles duerme a mi lado, desnuda, es preciosa. La sábana cubre solamente parte de su cuerpo, dejando ver la desnudez de uno de sus pechos y de sus piernas. Le da un toque de erotismo, pero de un erotismo sereno.

Simplemente la observo durante cinco o diez minutos. Duerme con tal placidez que enamora.

—Creo que tenemos que empezar a movernos, Sonsoles—la despierto besando su frente.

Ella abre con pereza esos ojitos color avellana tan dulces y me sonríe.

—Vamos a ducharnos juntas—propone desperezándose.

—No seas mala, que no tenemos tiempo—replico aun muriéndome de ganas de hacerlo.

—¿Y si nos saltamos el desayuno?

—Me estás poniendo a cien, bruja. Aunque nos saltemos el desayuno no hay tiempo—insisto encogiéndome de hombros.

Entro en la ducha y Sonsoles se levanta y observa mi silueta mientras me ducho. Solamente me mira y al salir, me acerca una toalla y me abraza con ella.

Me sonríe y tira un beso mientras entra en la ducha. Solamente puedo adivinar su silueta por el vapor, una silueta preciosa. Dudo si entrar con ella, me gustaría volver a sentir su cuerpo, pero la parte racional de mí, lo poco que me queda de racional, toma el control y comienzo a vestirme.

Los primeros compases de la mañana están siendo tranquilos en la feria. Las típicas tonterías de Óscar, algunos clientes, alguna mirada furtiva con Sonsoles. Carlos me comenta que a las 12 vendrá una empresa rusa para informarse de nuestros servicios y me da media hora para irme a comer con Javier.

Se me encoje el corazón, por fin tomo el protagonismo en una de las visitas al stand. Estoy decidida a salirme, a demostrarme a mí misma que no estoy aquí solo por haberme acostado con el jefe. Un jefe que ha estado súper seco conmigo toda la mañana. Yo también con él, por supuesto, pero creo que es él quien debe disculparse, yo no pienso hacerlo.

Como junto a Javier en uno de los muchos puestos de comida rápida que hay en el recinto ferial. En el primero en el que encontramos una mesa

libre, porque es misión casi imposible, y eso que son las once y media de la mañana.

A Javier casi hay que tirarle de la lengua para mantener una conversación, pero en cuanto se suelta es un encanto. Ya me lo había dicho Sonsoles. Es “legal” como dice ella.

Dado que nos conocemos muy poco, acabamos hablando de nuestros puestos de trabajo y Javier se sincera. Está muy cansado dentro de la empresa, principalmente por Óscar, piensa que es muy nocivo para la empresa, le hace constantemente de menos y cada vez es más irrespetuoso con la autoridad de Carlos.

Si las cosas siguen así cambiará de empresa, o al menos lo intentará. Cree que lo difícil será conseguir las condiciones económicas que tenemos, pero que, llegado el caso, prefiere un trabajo en el que esté a gusto.

La verdad es que no me extraña que esté llegando a este punto de saturación, Óscar me parece una persona muy tóxica. Supongo que será muy bueno en su trabajo y traerá mucha obra a la empresa, pero crea muy mal ambiente y eso que somos pocos en el departamento. El día que me toque viajar con él se me va a caer el alma a los pies.

Volvemos al stand sin hablar, cada uno con sus pensamientos, y los míos son un volcán en erupción. No sé qué coño estoy haciendo con mi vida, no tengo nada claro que este trabajo sea el que quiero. Siempre quise trabajar en la oficina técnica, entré en esto por Carlos, y ahora Carlos es un borde conmigo. Y, para colmo, a este paso me voy a cargar mi relación con Alberto, si no me la he cargado ya.

Para finalizar, se cruza en mi vida la persona más dulce que camina sobre la faz de la tierra. Y me derrite…y es una mujer. Y mi cabeza va a explotar en cualquier momento.

El problema es que no quiero renunciar a nada, aunque sepa que eso es imposible. No me aclaro ni yo misma, y me parece que con la única persona que puedo hablar de esto es con Sonsoles.

La reunión con la empresa rusa que visita nuestro stand sale de maravilla, no es por tirarme flores, pero estuve muy bien. Creo que tenemos buenas posibilidades de conseguir que nos consideren para pasarles una oferta. Están situados a las afueras de Moscú, y han pedido una visita. Sin querer, mis piernas tiemblan pensando en un posible viaje a Moscú con Carlos.

Con Carlos, que ya no sé si le quiero o le odio, o las dos cosas a la vez. Pero sería como una segunda parte de nuestro viaje a San Petersburgo, un viaje con ese Carlos atento y sensible que me enamoró. Un Carlos tierno, que me hace sentir especial, no el Carlos de ahora al que ni siquiera reconozco.

Hoy acabamos un poco antes la feria y Sonsoles me propone que le acompañe al Nuevo Ayuntamiento, dice que podemos dar un paseo por allí y picar algo y por la noche me enseñará la zona antigua.

Dado que Carlos sigue sin dar señales de vida me parece un buen plan.

El Nuevo Ayuntamiento está a poco más de kilómetro y medio de la zona de Oststadt, donde se encuentra nuestro hotel, tiene un precioso lago para pasear, carritos con las típicas salchichas, parece ser una zona popular para descansar y relajarse después de la jornada de trabajo.

Con Sonsoles hablo de todo y de nada, de cosas muy serias y de otras triviales. Encajamos a las mil maravillas, es como si nos conociésemos de toda la vida.

Caminamos alrededor del lago y Sonsoles me da la mano; nerviosa, recuerdo el paseo con Carlos en San Petersburgo al volver de nuestra cena por el río Neva, cuando se separó de mí para que nadie pudiese vernos. No pasa nada por darle la mano en público, el hecho de que sea una mujer quizá facilita algo las cosas, podemos ser dos amigas y punto.

Nos sentamos a contemplar el lago. Hace una tarde preciosa y Sonsoles pasa su brazo por mi hombro acercándome a ella y besándome en la mejilla. Cada vez me siento más a gusto junto a ella; tranquila, segura.

Esperar el atardecer, mirando al lago, las dos juntas, es un momento mágico.

—Lucía, ¿por qué Carlos te llama a veces Ivanova?—pregunta con curiosidad entrelazando sus dedos con los míos—. Ya sé que es tu segundo apellido y eso, pero nadie te llama Ivanova salvo él.

—No lo sé. Surgió a lo tonto en San Petersburgo una vez que me despertó por la mañana. Me gustó como sonaba y se lo dije, ahora a veces me lo llama, cuando está más relajado. Me gusta más que López, mi primer apellido, no tuve mucho trato con mi padre, se portó muy mal conmigo y con mi madre—le explico bajando la mirada al recordarlo.

—¿Quieres hablar de ello?

—Prefiero no hacerlo, es una tarde preciosa y no quiero estropearla—admito forzando una sonrisa.

—Así que si te digo “¡bésame Ivanova!” está bien, ¿no?—bromea para que me relaje.

Las dos nos reímos con fuerza y, de nuevo, a su lado me siento feliz, me transmite tranquilidad.

El momento mágico lo rompe el teléfono. Esta vez solo mi teléfono.

—Es Óscar. ¿Qué hago?—pregunto sorprendida de recibir su llamada.

—No sé, contesta a ver—insiste Sonsoles encogiéndose de hombros.

Hablo menos de un minuto con Óscar aunque mi cara cambia y ella lo nota.

—¿Qué ha pasado?—pregunta con cara de preocupación.

—Carlos quiere verme para comentar la reunión con la empresa rusa en la feria—respondo cerrando los ojos tras ver la cara de resignación de Sonsoles.

—Venga, no hagas esperar al jefe que se enfada, que tiene muy mal pronto—bromea resignada.

Hasta en estos momentos me hace sonreír.

—Pero ¿por qué no me llama él directamente?—pregunto confusa.

—No lo sé, pensará que así disimula más. Anda, camina, ¿tú quieres ir, Lucía?

—Es que no sé si quiero ir. Estoy muy bien contigo aquí junto al lago este—confieso cogiendo su mano entre las mías.

—Pero sigues coladita por Carlos—añade Sonsoles arqueando las cejas.

—Coladita, sí. Y por ti, y por Alberto. Estoy echa un lío—confieso negando con la cabeza.

—Ya te veo, ya, te acompaño hasta el hotel, anda—contesta un poco decepcionada mientras abandonamos la zona.

Caminamos juntas en silencio un buen rato. Esta situación no es justa para Sonsoles, ni para Alberto. Bueno, Alberto el pobre, ni siquiera sabe de ella, pero Sonsoles sí.

—Sonsoles, ¿te molesta que vaya con Carlos? No quiero hacerte daño—pregunto sin saber ni siquiera por qué lo hago porque es obvio.

—Le tendrá que molestar a Alberto, que supongo que no lo sabe. Yo no tengo pareja, sabes que me veo con varias chicas y la mayoría de las veces busco solo sexo, otras algo más. Quizá tú y yo podríamos llegar a algo serio, pero me parece que las dos tenemos que resolver antes un montón de conflictos mentales, ¿no crees?

La miro y asiento con la cabeza. No sé si yo podría tener ese tipo de relaciones, aunque, por lo menos, ella es consciente de la situación en la que está y yo voy por el mismo camino y ni siquiera soy consciente de lo que hago. Sonsoles no hace daño a nadie, todos conocen las reglas del juego. Yo, en cambio, puedo destrozar vidas, varias vidas.

Me da la mano y me mira con ternura.

—Se te cae una lagrimita. ¿Es por algo que haya dicho?—pregunta preocupada.

—¡Qué va! Si eres un cielo—respondo intentando contener las lágrimas—creo que eres la persona más dulce que he conocido en mi vida. Soy yo, que no puedo ser más idiota, que no tengo claro lo que quiero y voy a acabar destrozando mi vida y la de los que me rodean.

***

Llamo a la habitación de Carlos con una mezcla de enfado y excitación y, al poco rato, me abre la puerta en vaqueros y esa camiseta negra que le marca los pectorales y que sabe que me encanta.

—¿Sigues enfadada, Ivanova?—pregunta como si tal cosa.

Me dedica su mejor sonrisa. Esa sonrisa que irradia seguridad, que me derrite y tengo que hacer un esfuerzo supremo para no contestarle, para no caer en su juego. Sonríe con la seguridad de haber ganado el asalto.

—Te estoy echando mucho de menos, peque—añade con un seductor guiño de ojo mientras empieza a quitarse la ropa sin más preámbulo—. Ven aquí, Lucía.

—¿Ven aquí? Nada de lo siento, he sido un imbécil, tenía que haber tenido más tacto. Por lo menos un buenas tardes, un beso, algo—increpo enfadada.

—Venga, peque, no puedes estar enfadada todavía, ¿no? Estamos en un hotel, rodeados de compañeros de trabajo, Sonsoles pudo haberte escuchado, sabes que tengo razón—insiste acariciando mi brazo derecho con suavidad.

El problema es que te lo dice con tal seguridad que te acaba convenciendo. No es que tenga talento para la venta, es que tiene un don como jamás había visto.

—Incluso admitiendo que tengas razón, hay maneras y maneras de decirlo, Carlos. No puedes cortar un momento tan íntimo de esa manera, necesitaba mimos y caricias, no una bronca—me quejo con mirada triste.

—Lo tendré en cuenta, pero no te enfades.

Se queda totalmente desnudo frente a mí, acercándose y besando mis labios y haciendo que me tiemblen las rodillas. ¡Qué bien huele!

Soy tonta, no lo puedo evitar, inmediatamente se me pasa el enfado y lo sustituyo por deseo.

—Procuraré no hacer tanto ruido—susurro perdida entre sus caricias.

No me contesta, en su lugar me besa con pasión y sus manos acarician mi cuerpo. Sin apenas poder evitarlo, comparo esa caricia con la de Sonsoles, Carlos lo hace muy bien, tengo que admitir que mejor que Alberto o cualquier otro hombre con el que haya estado. Pero las caricias de Sonsoles son íntimas, tiernas, como si quisiese transmitirte todo su amor, todo su cariño. Sigo pensando que, si se puede acariciar con el alma, Sonsoles lo hace.

Tras hacer el amor me tumbo a su lado, nos besamos. Mi respiración todavía entrecortada, apenas puedo hablar. Acaricio su pecho, sus pectorales forjados en gimnasios de medio mundo en sus múltiples viajes. Deslizo mis dedos por su vientre y él tensa los abdominales, ya estoy convencida de que no es solamente por placer, sino porque le gusta marcarlos. Coqueto.

Me vuelve loca ese olor, fue una de las cosas que más eché de menos las dos semanas que estuvimos separados. Menuda tontería.

—Te quiero, Carlos—dejo escapar con un suspiro.

Sigo un buen rato acariciando su pecho y su vientre. Besándole mientras sus manos acarician mi pelo y mi espalda.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? Por favor—pregunto ladeando la cabeza.

—Sabes que no, Lucía. Hay que ser muy discretos, yo tengo a mi familia, a mi hijo. Tú tienes a Alberto, no hay que levantar ninguna sospecha, tendremos ocasiones—se disculpa con lo mismo de siempre.

Me apetece decirle que no importa, que Sonsoles ya lo sabe y que no dirá nada, que guardará nuestro secreto. Ese secreto que me está matando, pero callo y no digo nada. No quiero romper la magia del momento.

—Es mejor que te vistas, Lucía. Son las once y media—expone un poco seco mirando el reloj.

—Quiero quedarme, por favor—insisto aun sabiendo que no me dejará.

—No, Lucía, no se puede. Ya lo hemos hablado—responde rotundo.

Toma mi barbilla entre sus dedos, me sonríe, me besa y en esos momentos me olvido de todo, tiene una facilidad para derretirme que no es

normal. Luego me arrepiento, pero en esos momentos me vuelve de plastilina entre sus manos.

—Lo entiendes, ¿verdad, peque?

—Sí, no te preocupes—respondo con resignación mientras comienzo a vestirme.

Juego peligroso

Al entrar en mi habitación y Sonsoles ya está metida en la cama.

—Se os oía escuchaba, ¿lo sabes?—me dice riendo.

—¿De verdad? Joder, qué vergüenza.

—Me gustó mucho escucharte, imaginaba lo que podríais estar haciendo en cada momento—bromea mordiendo su labio inferior.

—Eres una pervertida, Sonsoles—respondo negando con la cabeza y llevándome una mano a la frente mientras las dos nos reímos con fuerza.

—En serio, tuve que estrenar el juguetito ese que compramos el primer día.

—¿De verdad?

—Claro, a ver si te crees que soy de piedra, guapa.

En ese momento, Sonsoles retira la sábana y me deja ver su cuerpo desnudo sobre la cama.

—¿Sabes que estás guapísima? Se me está quitando el cansancio—admito arqueando las cejas—. Déjame darme una ducha y estoy contigo en un momento, o te la puedes dar conmigo, si quieres.

—No hace falta que te duches, Lucía—insiste Sonsoles con unas palmadas sobre el colchón para que me tumbe a su lado.

—Bueno, no es solo por mí, mejor me doy una ducha rápida, ¿vale?—me disculpo poniendo cara de circunstancias.

—Joder, Lucía. ¿No usas preservativo?

—Tomo la píldora, y siempre vamos con prisas, a Carlos le gusta más al natural, a mí también…

No sé dónde meterme. Mientras le voy poniendo esas excusas a medias me voy dando cuenta de la situación.

—Lucía—Sonsoles me mira con cara muy seria.

—Ya lo sé, ya.

—No, no lo sabes. Dúchate anda, luego, aún a riesgo de que no me vuelvas a hablar más en la vida, vamos a tener una charla—expone con el rostro serio.

—Sonsoles, por favor, que soy adulta.

—No estás actuando como una persona adulta, Lucía. Me jode tener que ser yo quien te lo diga, pero ¿piensas de verdad que eres la única mujer en la vida de Carlos?

—Ya sé que está casado—admito bajando la mirada.

—Si solamente fuese eso…¿Piensas que Óscar y él estuvieron paseando por el barrio rojo como una parejita de enamorados? ¿Mirando escaparates, quizá?

En esos momentos casi me da un vuelco el corazón, aunque sé que es verdad, o al menos me lo imagino, lanzo una mirada de odio a Sonsoles, doy media vuelta y me meto en la ducha.

Me ducho como si quisiese arrancarme la misma piel, enjabonando cada rincón de mi cuerpo. De repente, siento asco, preocupación, culpa, dejo que el agua caliente caiga por mi cuerpo deseando que limpie cada molécula, cada átomo de Carlos.

Al terminar la ducha Sonsoles me está esperando con una toalla como hizo esta mañana. Me envuelve en ella y me besa con un abrazo sincero.

—¿Llevas ahí esperando todo el tiempo?—pregunto con un hilo de voz

—Sí, las siete horas que has estado metida en la ducha—bromea ella con su preciosa sonrisa.

—Gracias—susurro bajando la mirada.

Sin poder evitarlo, rompo a llorar como una niña mientras Sonsoles me abraza y me besa en la mejilla.

—No pasa nada, cariño, ven, siéntate aquí conmigo.

Toma mi mano y me lleva hacia la cama. Me siento a su lado recostando mi cabeza sobre su hombro al tiempo que ella limpia mis lágrimas con su mano y me sonríe.

—Qué pucherito tan mono has puesto antes de empezar a llorar—bromea mientras seca mis lágrimas con el reverso de su mano consiguiendo sacarme un esbozo de sonrisa.

—Eres un cielo, de verdad—admito con un beso.

—Pues ahora vas a conocer a la Sonsoles ogro, porque tú y yo tenemos que hablar muy en serio—amenaza separándose un poco de mí.

—Sonsoles, ¿crees que ha estado con alguien en el barrio rojo?—pregunto con preocupación.

Me mira muy seria otra vez, sus ojos no pierden la dulzura, pero no necesita contestarme, logrando que rompa a llorar de nuevo.

—Vamos, vamos, que eres una mujer fuerte, Lucía, mucho más fuerte de lo que te piensas. ¿Qué hemos dicho de llorar? Me voy a poner a llorar yo también y me pongo muy fea cuando lloro.

—Tú estás preciosa de cualquier manera—admito meneando la cabeza.

—Pero, en serio, Lucía, por favor. Tienes que poner tu cabecita en orden. Yo soy la primera que tengo varias parejas, que cambio bastante, que, a veces, utilizo el sexo por el sexo, pero sé a lo que estoy jugando, y dejo claro a mi pareja las reglas del juego. Tienes que centrarte y saber lo que quieres—apunta acariciando mi brazo.

—Es que estoy echa un lío, ni yo misma sé lo que quiero. Lo quiero todo y no se puede, eso es imposible—reconozco rompiéndome por dentro ante mi falta de criterio.

—Lo primero que tienes que pensar es en la protección, es lo que veo más urgente, Lucía—me asegura con el rostro serio—. No tengo ninguna prueba, pero me jugaría el cuello a que Óscar y Carlos tienen aventuras cada vez que salen de casa, y más cuando se juntan los dos. Ni siquiera sabes si la mujer de Carlos se ve con otros hombres mientras él está fuera, son muchas variables y estamos otras personas implicadas. Alberto, yo misma.

Miro a Sonsoles y lloro desconsolada. Es como si un jarro de fría realidad hubiese caído de golpe sobre mí, en el fondo, todo eso lo sabía, pero no quería darme cuenta de ello.

—Pero en San Petersburgo me dijo que no pasaba nada, que solo estaba conmigo y con su mujer—sollozo dándome cuenta de lo tonta que soy.

—Es que no tienes que creer todo lo que te dice. Y, en cualquier caso, es tu cuerpo, eres la responsable de cuidarlo—añade encogiéndose de hombros.

—Ay, madre, si os contagio algo malo a Alberto y a ti me muero. Y a ver cómo se lo explico a Alberto—exclamo llevándome la mano a la boca.

—Pero eso solamente es el principio, Lucía. Si estás con varios es para disfrutar plenamente. No soy nadie para dar lecciones de ética, yo he tenido mi buena dosis de trastadas, pero, ordena tus ideas. No lo puedes tener todo, al menos no de esa manera—insiste Sonsoles elevando las cejas.

—Lo sé.

—Mierda, no te tenía que haber dicho esto, por favor, al menos toma precauciones, ¿vale? Luego, ya lo que hagas con la parte ética de todo esto solamente lo puedes decidir tú. Si quieres hablar, yo estoy aquí siempre para ti, para cualquier cosa que necesites—me asegura mientras nos fundimos en un tierno abrazo.

—Gracias. Eres una amiga de verdad.

—Espero que me consideres eso por encima de todo, Lucía. Y límpiate esas lágrimas.

Momentos íntimos

—Despierta, Lucía. Es la hora de levantarse—escucho por la mañana entre maravillosos susurros.

—Cómo me gusta que me despierten con besitos…

Abro los ojos y lo primero que veo son los dulces ojos color avellana de Sonsoles. Así da gusto despertarse, y que lo hagan acariciando mi pelo y besando mi frente mucho más.

—Sonsoles, quedan veinte minutos para levantarse, te lo perdono porque eres tú, que si no…—amenazo mirando el reloj con pereza.

—Es que me apetecía una ducha relajante, las dos juntas—reconoce ella con un seductor guiño de ojo.

Sonsoles toma mi mano, me ayuda a levantarme y me lleva a la ducha. Al pasar frente al espejo las dos juntas sin ropa no puedo evitar comparar nuestros cuerpos. El suyo es absolutamente proporcionado y femenino, debe rondar el metro sesenta, o quizá algo menos, pero ese cuerpecito es perfecto. Todo él. Y sus ojos, su cara, la misma expresión de la dulzura.

—Sonsoles, a mí me gusta el agua muy caliente, no creo que aguantes—aviso sabiendo que la temperatura a la que suelo poner el agua no es natural.

—Prueba.

Pongo el agua como a mí me gusta y Sonsoles sale de la ducha gritando.

—¡Estás loca! Te vas a quemar la piel con esa temperatura—chilla asombrada.

—Ya te avisé, ven, llegaremos a algo intermedio—le digo extendiendo mi mano para que vuelva a entrar en la ducha.

Nos cuesta una eternidad llegar a una temperatura que no sea demasiado caliente para Sonsoles o demasiado fría para mí. Con el agua de la ducha no somos demasiado compatibles.

Sonsoles se coloca detrás de mí y enjabona mi espalda, con ese toque tan suyo que me hace enloquecer. Cierro los ojos y ladeo mi cuello, me vuelve loca sentir sus manos mientras enjabona mi cabeza relajándome, acariciándola con suavidad.

Suspiro de placer, es sensual, dulce, excitante.

Más tarde, se coloca ahora frente a mí y sigue enjabonando mi cuerpo, con delicadeza, con una suavidad extrema.

Acaricio su pelo, beso su sien y su cuello deslizando mis labios por la suave piel de sus mejillas. Tiene una piel preciosa, suave y tersa en todo su cuerpo. Cuando nuestros labios se encuentran, percibo su suavidad, su dulzura, cómo la punta de su lengua recorre los míos.

Siento cómo acelera su respiración, cómo suspira al tiempo que beso su cuello y susurro cerca de su oído.

La ducha de la habitación de al lado se enciende y Sonsoles sonríe señalando con el dedo hacia la pared, como indicándome que Carlos está en esa ducha.

—Tienes dos opciones—asegura poniendo cara de mala—seguimos aquí y le pones caliente para todo el día, o continuamos en la habitación.

Me excita muchísimo la idea de seguir en la ducha, de saber que Carlos está desnudo en la ducha en la habitación de al lado, la idea de que Carlos nos escuche.

—Eres una pillina, Lucía—apunta Sonsoles con cara de sorpresa—. Que conste que a mí me da igual, si quieres que nos oiga, nos va a oír, por mí, sin problema.

—Casi mejor que no, vamos a salir.

En un último instante lo poco que me resta de sentido común viene a mi rescate y decido no seguir adelante con ese plan.

Al salir de la ducha, Sonsoles toma una toalla y me envuelve en ella, secándome suavemente y llevándome por la cintura hacia la habitación.

—Siéntate aquí—indica golpeando el colchón con la palma de su mano.

Me siento al borde de la cama, todavía envuelta en la toalla mientras ella coloca otra toalla en el suelo frente a mí.

—A ver si te gusta, tú no hagas nada, pero si no te gusta me lo dices. Es una prueba, algo que no suelo hacer para nadie, considérate especial—indica Sonsoles con un seductor guiño de ojo.

Se tumba en el suelo boca arriba y empieza a acariciar sus pechos lentamente, a continuación, su vientre y empieza a masturbarse con delicadeza.

Es la primera vez que veo a una mujer masturbándose delante de mí y me está volviendo loca. Poder ver a Sonsoles disfrutando, ofreciéndome su placer más íntimo, mientras yo estoy sentada, solo observando tiene algo de especial que no sabría definir.

Cuando alcanza el orgasmo, se sienta sobre la toalla y me mira clavando en mí sus ojitos color avellana, sonriendo.

—¿Te ha gustado?

—Ha sido una auténtica pasada, Sonsoles—confieso todavía con los ojos como platos—. Una auténtica pasada, el hecho de que me dieses acceso a tu momento más íntimo ha sido precioso, y lo relajada que te has quedado. De verdad, ha sido un momento mágico, Sonsoles, lo valoro mucho.

—No lo suelo hacer—explica ella con su pecho hinchándose en cada respiración—como bien dices, es un momento muy íntimo. Solamente lo hago para alguien muy especial, alguien como tú.

A continuación, Sonsoles retira la toalla de mi cuerpo mostrando mi desnudez para acariciar mi cuello y besarme suavemente.

—Tenemos que vestirnos, cariño—susurra acariciando con sus dedos mi mejilla.

—Sonsoles—exclamo llamando su atención.

—Dime.

—Hoy no voy a ir con Carlos, quiero estar contigo toda la tarde—admito dejando escapar un suspiro.

—Eso solo lo puedes decidir tú. Tienes que poner tu cabecita en orden, Lucía—añade sonriendo y colocando su frente sobre la mía.

—No quiero que pienses que eres el segundo plato después de Carlos—admito arrepintiéndome nada más terminar la frase.

—O el postre, ¿no? Porque hay alguien más esperando en Madrid que no sabe nada, supongo—responde Sonsoles un poco enfadada.

—No, no sabe nada.

—Escucha, Lucía. Yo no soy nadie para darte lecciones, ni a ti ni a nadie. Pero, de verdad, te vas a hacer mucho daño a ti misma y a otra gente por el camino. No te montes historias de amor, si lo que quieres es sexo. Y si quieres historias de amor, tendrás que preguntar al resto de las personas implicadas qué es lo que ellos quieren, ¿no te parece?—explica arqueando las cejas frente a mí.

Asiento con la cabeza reconociendo que tiene toda la razón. No es posible conseguirlo todo. Se vuelve a apoderar de mí un sentimiento de culpa que Sonsoles trata de disipar besándome para sacarme de mis pensamientos.

—Vamos, vístete, preciosa. Yo te prefiero desnuda, aunque para la feria mejor que te vistas, eso sí, íbamos a tener el stand lleno de gente—bromea besando mi frente.

Juntas al atardecer

Último día en la feria. En teoría, hoy es el día más flojo, así que Carlos me permite dedicar tres horas a ver stands por mi cuenta. Recorro de arriba abajo varios de los pabellones, quedando impresionada por la tecnología que se exhibe en esta feria. Sin duda está lo más avanzado del mundo.

La robótica es una de mis grandes pasiones y tengo la oportunidad de visitar stands con lo más avanzado en este campo. Hago miles de preguntas a las diferentes empresas, disfrutando como una niña, aprendiendo sin parar.

Al volver al stand, Carlos me pide que haga el turno con Javier mientras Sonsoles, Óscar y él van a picar algo. Al menos, ha tenido la decencia de no dejarme en ningún momento sola con el idiota de Óscar, creo que me quedaría sin trabajo si lo hace, porque no sé cómo podría aguantar sus impertinencias constantes.

El turno con Javier fue muy bueno. Es un encanto de persona, lástima que pienso que no durará mucho en la empresa. A pesar de lo callado que es, se defiende muy bien con los visitantes al stand, y sus conocimientos técnicos son muy altos.

Aunque estoy deseando que me toque un viaje con Carlos o con Sonsoles, por razones obvias, tampoco me importaría viajar con Javier de compañero. Me parece una persona muy profunda, de la que puedo aprender mucho.

El día no da para mucho en cuanto a visitas al stand y como está todo bastante tranquilo, Carlos decide reunirnos a todos para hacer un pequeño resumen de lo que se ha conseguido durante la feria, en vez de hacerlo en el hotel, y así dejarnos la tarde libre.

Las perspectivas son muy buenas. En concreto, la empresa rusa que yo he atendido quiere hacer una ampliación de una planta petroquímica en los alrededores de Moscú y ha pedido, ya formalmente, que les hagamos una visita y les presentemos una oferta. Carlos me indica que tendré que hacer ese viaje, que seguramente se desarrollará en las próximas dos o tres semanas.

—¿Me vas a acompañar tú a Moscú, Carlos?—pregunto sin pensar.

Carlos me fulmina con la mirada, según estaba terminando la pregunta me arrepentí de haberla hecho. Tengo que pensar un poco más, porque a veces parezco una niña, de reojo, veo a Sonsoles sonreír y mover su cabeza divertida.

—Está por determinar quién te acompañará en esa visita, Lucía. En estos momentos solamente sabemos que irás tú con alguien más. Tu presencia es necesaria porque eres la que domina el idioma y conoce el país y sus costumbres, pero tu acompañante se decidirá más adelante. Depende de muchos factores, entre otros los compromisos previos que tengamos durante esas fechas—explica Carlos un poco seco.

Me responde bruscamente, está en "modo estirado", como de costumbre cuando hay gente delante. No me acabo de habituar al Carlos jefe, cuando estamos solos es mucho más tierno y considerado. En este viaje quizá no tanto como cuando estuve con él en San Petersburgo, pero, aun así, es un cambio muy grande.

Al terminar la feria, Sonsoles me agarra por el brazo tirando de mí para que la acompañe.

—Ven, Lucía, que te enseño un poco de la zona antigua de la ciudad.

Nos despedimos del resto y nos bajamos en una parada de metro diferente.

—¡Vaya cómo se ha notado el interés con la pregunta que le has hecho a Carlos sobre el viaje a Moscú!—bromea riendo.

—Me he dado cuenta. Qué vergüenza—respondo poniéndome colorada.

—"¿Vas a venir conmigo Carlos? Anda, porfi"—me imita en tono de burla.

—No te rías, bastante vergüenza he pasado ya para que te burles ahora—admito llevándome una mano a la frente.

—Supongo que no te importaría que te tocase yo en el viaje, ¿no?—pregunta Sonsoles alzando las cejas y mordiendo su labio inferior haciendo que mis piernas tiemblen.

—Ya sabes que no me importaría para nada, tonta. ¿Piensas que te mandarían conmigo sin terminar los dos años de formación en el departamento?—pregunto esperanzada.

—No creo, pero nunca se sabe. Lo que te ha dicho Carlos es cierto, depende mucho de los compromisos de viaje que haya para esos días. Sé que una de las semanas es complicada, ya hay varios viajes comprometidos, pero bueno, será difícil que nos toque juntas de momento—admite encogiéndose de hombros—. ¿Te gustaría?

—¿Tú qué crees, boba? Me encantaría, una semana para nosotras dos en Moscú. Menuda pasada, Sonsoles, de compras y noches locas.

—Bueno, venga Lucía, te explico un poco, porque vas a volver a casa sin conocer nada de la ciudad—me interrumpe de pronto sacándome de mis pensamientos.

—Vale, que a mí me encanta conocer cosas nuevas—confieso ilusionada—. ¿Sabes que Carlos me comentó que hay muchos viajes en los que no sale para nada a conocer la ciudad?

—Sí, los viajes que yo hice con él prefirió irse al gimnasio del hotel antes que visitar la ciudad. Bueno, cada persona es diferente. Para él es importante pasar casi a diario por el gimnasio, tiene un trabajo con mucho estrés, siempre pendiente de cumplir los objetivos de venta del departamento, y supongo que eso le ayuda. Bueno, ¿ves esa línea roja?—pregunta señalando una línea pintada en el suelo.

—Sí.

—Pues se llama "línea roja", ya ves que le pusieron un nombre muy original. Si quieres quedar mejor, puedes llamarla "Roten Faden" que es su nombre en alemán, es como un mapa pintado en la calle—explica Sonsoles con naturalidad—simplemente sigues la línea roja y te va llevando por un montón de sitios de interés. Creo recordar que son algo más de cuatro kilómetros y, si quieres, hay un folleto que explica lo que vas encontrando en varios idiomas.

—Anda, vaya útil—reconozco con asombro.

—Yo tenía pensado pasar por la Marktplatz para que vieses sus edificios góticos de los Siglos XIV y XV y el antiguo ayuntamiento.

—El nuevo ayuntamiento es donde hemos estado ayer, ¿no?—pregunto con curiosidad.

—Sí, el del lago—indica Sonsoles—en el que íbamos a tener un atardecer romántico antes de que te llamase Carlos para echar un polvo.

—Lo siento.

—Te lo digo en broma, tonta. Bueno, medio en broma medio en serio, te mentiría si dijese que no me importó. Me hubiese gustado muchísimo pasar ese atardecer romántico contigo en el lago, pero bueno, tampoco es que me vaya a morir, tranquila. Pues el ayuntamiento que vamos a ver en un rato es el antiguo, o "Altes Rathaus".

Lo de la necesidad de conocer otras culturas es algo que Sonsoles y yo tenemos en común. Me describe con detalle las zonas y los monumentos que vamos viendo, me impresiona mucho la "Marktkirche", una iglesia luterana con una gran torre de ladrillo y, tras una buena caminata, paramos a

tomar una cerveza en una de las terrazas cercanas mientras se va poniendo el sol.

—No es el lago, pero al final veremos una puesta de sol juntas—bromea Sonsoles tomando mi mano entre las suyas y acariciando mi espalda.

Junto a ella no estoy tan condicionada como con Carlos con no poder acercarme. Es algo natural, algo que podría hacer con Alberto por Madrid cualquier tarde.

—Es una puesta de sol preciosa, Sonsoles—reconozco dejando escapar un suspiro.

—A tu lado mejora mucho—susurra mientras besa mi mejilla.

—Mi abuela materna, en Rusia, me solía contar una historia sobre la puesta de sol. Es una leyenda que viene de la zona de los Urales, de donde era mi abuela, ¿quieres que te la cuente?—pregunto con la mirada melancólica.

—Me encantaría escucharla, cariño.

—Pues en un pueblecito de la zona de los Urales vivía un matrimonio con su hijo Grischa. A pesar de que Grischa había viajado por diversos lugares junto a sus padres, siempre decía que nada se podía comparar a la belleza natural de los Urales, hasta que conoció a una chica llamada Natalyja.

—Se te han iluminado los ojos—bromea Sonsoles.

—Calla. Grischa estaba locamente enamorado de Natalyja, pero un día, ella le confesó que se tenía que marchar lejos, y que su relación debía terminar. Grischa quedó desconsolado y tiempo después volvió a ver a Naralyja de lejos; era aún más hermosa que antes, pero Grischa desistió de ir a su encuentro, en su lugar, se adentró en las aguas del Mar Negro y desapareció entre ellas. La pasión en el corazón de Grischa, el amor que ardía con tanta intensidad en su interior, dieron lugar a los atardeceres color rojo que podemos ver, pero Natalyja nunca lo supo.

—Es una historia preciosa—confiesa Sonsoles acariciando mi mano con su dedo pulgar.

Sus ojos se vuelven aún más dulces, si es que eso es posible, y me besa en los labios con ternura. No me importa besarla en público, a su lado me siento muy bien, me transmite paz y tranquilidad. Amor, dulzura.

—¿Podríamos cenar algo típico? Porque no hemos probado la comida de la zona, a excepción de la cena en el Múnich Hall de la feria—pregunto

tras permanecer un buen rato ambas sin decir nada con nuestros dedos entrelazados.

—Claro, hay aquí cerca un restaurante que está muy bien, ya verás—me asegura llamando al camarero para pagar la cuenta.

Entramos en un restaurante muy acogedor y decido dejar que Sonsoles pida la cena. De entrada, una sopa a base de espárragos, albóndigas y huevo llamada “Hochzeitssupe” y luego una especie de morcilla de carne de ternera que Sonsoles me dice que se llama “Calenberger Pfannenschlag”. Todo ello regado con la excelente cerveza de la zona.

—Al terminar la cena es tradición tomar un “Klarer”, que son como nuestros chupitos—expone con una preciosa sonrisa—. Es digestivo, según se dice.

—Sonsoles, como beba algo más me tendrás que llevar en brazos al hotel. No te aprovecharás de mí si bebo, ¿no?

—Ya sabes que me voy a aprovechar de ti, tanto si bebes como si no—bromea riendo.

Las paredes hablan

Caminamos juntas de la mano de camino al hotel. Riendo y hablando de mil cosas aderezadas con algún que otro beso.

—Lucía, hoy tienes que probar mi vibrador—exclama Sonsoles de repente haciendo que mi corazón se salte varios latidos.

—¿Estás loca? Ya me pareció demasiado el mío, y cállate por favor, que me pones nerviosa—admito acalorada.

Instintivamente, suelto su mano al llegar a la entrada del hotel. Sonsoles sonríe, aunque en el fondo sabe que podríamos encontrarnos a cualquiera de la empresa o incluso de otras empresas con las que trabajamos y que también se alojan aquí y eso podría ocasionarme algún disgusto o, al menos, una situación muy incómoda.

Me extraña muchísimo que Carlos no me haya llamado hoy. Es nuestra última noche en Hanover, y es bastante raro que no la quiera aprovechar. Lo cierto es que me apetece más estar con Sonsoles, pero, al mismo tiempo, me duele que Carlos no me llame. Sin darme apenas cuenta, se lo comento a Sonsoles causando un pequeño enfado que no pretendía.

—Vaya, nena, eres de lo más tierno, ¿eh? Acabamos de pasar una tarde genial las dos juntas, con atardecer romántico incluido, vamos hacia la habitación en nuestra última noche en Hanover y te acuerdas ahora de Carlos. No sé, disimula un poquito, que estoy delante—me recrimina con el rostro serio.

—Perdona, solo es que me parecía raro. Ya está, ya te he dicho que hoy no iría con él—admito a modo de disculpa.

—Si te llama ahora, ¿no irás corriendo a su lado?

—No, te prefiero a ti. Solo digo que me parece raro, Carlos está muy extraño en este viaje, estuvo mucho más atento conmigo en San Petersburgo que aquí. Era tan tierno y detallista conmigo—reconozco recordando esos días con melancolía.

—Quizá necesitaba conquistarte. ¿Lo has pensado?

—No me digas esas cosas. Me repitió una y mil veces que yo era muy especial para él, que lo que sentía por mí era auténtico. Simplemente, es complicado estar juntos por su familia, por su hijo, eso es lo más importante para él, aquí tiene que disimular mucho más—le explico sin saber muy bien por qué estoy defendiendo a Carlos.

Al llegar a la habitación tomo a Sonsoles por la cintura y beso su cuello. Permanecemos un buen rato simplemente abrazadas, con nuestros cuerpos pegados, mi mejilla junto a la suya.

—Déjame ir un momento al baño, Lucía, que he bebido mucha cerveza —solicita Sonsoles de pronto rompiendo nuestro abrazo.

Ha pasado poco más de un minuto y la veo salir del baño con una cara un poco rara, casi descompuesta, cerrando la puerta de golpe.

—¿Te encuentras mal?—pregunto preocupada.

—No, nada. Mejor nos ponemos cómodas, ¿no?—responde llevándome de la mano lejos de la puerta del baño.

—Vale, déjame ir a mí también, que he bebido la misma cantidad de cerveza o más—explico sin poder aguantar más.

—No, no espera, por favor, espera un poco.

—¿Por?—pregunto confusa.

—Nada, es que tengo muchas ganas de estar contigo—indica tirando de mis manos para atraerme junto a ella.

—Ya, vale, pero puedes esperar un poquito, ¿no? Que tengo prisa por hacer pis.

—No, espera Lucía, no entres todavía—insiste de nuevo.

Al abrir la puerta del baño, pronto comprendo la obsesión de Sonsoles con no dejarme entrar. La pared está pegada a la habitación de Carlos y nada más entrar se escuchan claramente gemidos. Gemidos de mujer. Se escucha también a Carlos, pero a ella mucho más.

Sonsoles me mira, su cara casi pálida. Salgo del baño con pasos lentos cerrando la puerta y, tras abrazar a Sonsoles, rompo a llorar.

—No pasa nada. Ven, siéntate en la cama conmigo—indica con pequeños golpes sobre el colchón.

—Vaya viaje que te estoy dando, no hago más que llorar en tu hombro —me disculpo entre sollozos—. ¡Y a esa guarra no la manda callar! ¿Con esa no le importa que le oigan?

—Lucía, no conoces a la chica que está con él. ¿Por qué sabes que no la ha seducido también con sus promesas de amor?¿Por qué sabes que no le está diciendo que es especial como hizo contigo? No puedes juzgarla porque te estarías juzgando a ti misma.

Sonsoles me mira con cara muy seria. Cuando tiene que poner las cosas claras no se anda por las ramas, pero, en esos momentos es duro, me siento fatal y rompo de nuevo a llorar.

—No me puedes decir esas cosas, Sonsoles. No es lo mismo—insisto dolida.

—¿No es lo mismo?

—No, para nada es lo mismo.

—Pues, al menos, se le debe parecer bastante, ¿no crees?—pregunta alzando las cejas.

—Pero no me lo puedes decir así, a lo bestia—me quejo limpiando las lágrimas que ruedan por mi mejilla.

—¿Prefieres que te mienta yo también? Lucía, yo tendré muchas cosas malas, pero yo no miento—me asegura Sonsoles—, Y no te estoy juzgando. Estás juzgando tú a la mujer que está en la cama con Carlos, yo solamente te digo las cosas como son.

Me levanto de la cama y miro a la ventana agobiada. Lo estoy pagando con Sonsoles cuando no tiene nada de culpa, solamente me apoya y me dice las cosas claras, siempre la pago con quien tengo más cerca, con quien más me quiere.

Sonsoles se acerca a mí, rodea mi cintura con la mano izquierda y me acaricia el brazo con la derecha besando mi hombro.

—Venga, cariño, no llores, se veía venir. De todos modos, es mejor que te hayas enterado a que sigas viviendo engañada, ¿no crees? No llores Lucía—insiste con un nuevo beso.

Por momentos, encuentro algo de consuelo cuando siento sus suaves labios en mi mejilla al tiempo que limpia mis lágrimas.

—Por lo menos ahora tienes las cosas un poco más claras con respecto a Carlos. Ya no lo puedes llamar amor auténtico, o lo que pienses que eso era. Ahora puede haber, sexo, pasión, cariño, lo que sea, pero no te hagas ilusiones en que seas la única mujer que le importa—asevera clavándome la mirada.

—Sonsoles, ¿te puedo preguntar algo?—interrumpo intentando desviar la conversación.

—¡Claro, mujer!

—¿Qué es esa piedrecita negra que llevas siempre en el bolso?—pregunto con curiosidad.

—¿A qué viene esa pregunta ahora? Estábamos hablando de lo de Carlos—se queja Sonsoles molesta.

—Es que no quiero pensar en Carlos y tengo curiosidad. Te lo quería haber preguntado antes, pero, si no quieres no contestes. Puede que sea algo

personal—me disculpo encogiéndome de hombros.

—No tengo ningún problema en contestar cualquier pregunta que me hagas, ya lo sabes. Además, es una bobada, manías mías. Es mi piedra de la gratitud—aclara con una preciosa sonrisa.

—¿Cómo? ¿Qué es eso?

—Ya te lo he dicho, manías mías. Cuando toco la piedra me recuerdo a mí misma que debo sentir gratitud por lo que tengo. Mis padres hicieron muchos sacrificios para que yo estudiase, yo he tenido que trabajar mientras estudiaba y la piedra me recuerda que debo agradecer las cosas buenas que me han pasado en la vida. Nada más—expone con naturalidad regalándome un tierno beso.

—Eso es muy bonito—reconozco.

—Bueno, a mí me gusta. Supongo que, en el fondo, eso es lo que importa, ¿no? Me ayuda a mantener los pies en el suelo—explica con un guiño de ojo.

Tras la explicación, Sonsoles me lleva de la mano hasta la cama y me ayuda a desvestirme y ponerme el pijama. En otras circunstancias estaría ardiendo de deseo, pero en estos momentos tengo tal decepción tras haber escuchado a Carlos y su nueva conquista que no me apetece nada.

Ambas nos metemos en la cama y Sonsoles me abraza con fuerza, acariciando mi mejilla con el reverso de su mano, esas caricias suyas tan sutiles y cargadas de ternura.

—Te lo digo muy en serio, Lucía. Pon de una vez tu cabecita en orden, vas a sufrir mucho si no lo haces—insiste estrechándome entre sus brazos.

En ese instante, suena mi teléfono y me da un vuelco al corazón al observar que es Carlos.

—Tienes que contestar Lucía—advierte Sonsoles al ver que no pretendo hacerlo.

—No quiero—digo enfadada.

—Si no contestas es peor. Dile que lo has escuchado todo, o dale largas, o lo que quieras, pero contesta—insiste.

—¿Qué quieres Carlos?

Intento poner la voz más seca y cortante que puedo. Al otro lado del teléfono escucho su voz, tiene una voz tan sensual por el teléfono que me derrite incluso en estas circunstancias.

—¿Quieres venir a mi habitación? Es nuestra última noche en Hanover—pregunta como si no hubiese ocurrido nada.

—¿Estás de broma Carlos?—bramo con enfado—no pienso ir. Haberme llamado antes, ya hablamos mañana con más calma.

—Venga Lucía, no te pongas así. No te llamé antes porque no he podido, estaba ocupado, sabes que te echo de menos y quiero estar contigo —responde el muy cerdo ignorando que lo sé todo.

Rompo de nuevo a llorar. No sé manejar la situación, no me atrevo a decirle que lo he escuchado todo. Sigo estando coladita por él, por su sonrisa, por su cuerpo, pero ahora tengo claro que no soy tan especial como quiere hacerme creer.

—Vamos Lucía, ven a la habitación. Por favor, no he podido llamarte antes—se disculpa con su mentira.

—Que no, Carlos. Ya hablamos mañana.

—¿Estás llorando? ¿Solamente porque no te he llamado antes? ¿No crees que te comportas como una niña?

Ese comentario es como un cuchillo que atraviesa mi corazón. Me quedo sin palabras, solamente puedo llorar hasta que Sonsoles me quita el teléfono de la mano.

—Carlos, soy Sonsoles. Te ha dicho que no va, déjala ya. Desde el baño se os escuchaba a ti y a tu amiguita con bastante claridad. Mejor te das una ducha de agua fría y dejas a Lucía tranquila, quizá deberías darle una explicación mañana y otra a tu mujer cuando llegues a Madrid, esa más larga—le suelta todo lo borde que puede.

Ahora es Carlos el que se queda sin palabras y cuelga el teléfono sin decir nada, sin atreverse a responder.

—Sonsoles, ¿estás loca? Te van a despedir del trabajo, es el director del departamento, no puedes hablarle así—indico con preocupación.

—Yo defiendo a una amiga con mi vida si es necesario, Lucía. Además, creo que tiene bastante que perder si entra en esa guerra—me aclara ella.

Pon tu cabecita en orden

Sonsoles me vuelve a abrazar, besándome y acariciando mi pelo. Se sube sobre mí cubriéndome con su pequeño cuerpo y me besa.

—Eres preciosa, Lucía—susurra retirando un mechón de pelo de mi frente.

—Tú sí que eres preciosa, y dulce, y cariñosa, y valiente, y me has defendido jugándote tu trabajo—confieso abrazándola con fuerza y rodando en la cama junto a ella entre risas.

—Te voy a hacer un regalo, toma—indica poco más tarde cogiendo algo del armario.

—¿Qué es?

—Un succionador de clítoris, lo compré el día que estuvimos en la sex shop. Para ti—exclama extendiendo su mano.

—Pero si no sé ni cómo funciona, Sonsoles.

—Ya lo averiguarás, es fácil. Así te acordarás de mí—me asegura con una sonrisa llena de picardía.

—Me voy a acordar de ti de todos modos, no creo que pueda sacarte de mi cabeza—reconozco encogiéndome de hombros.

—Te preguntaré qué tal cada mañana cuando lleguemos a la oficina.

—No quiero perderte—susurro con un suspiro.

Sonsoles me mira a los ojos, su mirada mucho más seria, casi severa.

—¿No quieres perderme? ¿Qué quieres que sea yo para ti? ¿Lo has pensado?—inquiere clavándome la mirada.

—Solamente sé que quiero seguir contigo, quiero que nos sigamos viendo cuando volvamos a Madrid, que salgamos juntas a cenar. Quiero hacer el amor contigo, te necesito—admito empezando a perder la compostura.

—Pero también necesitas a Alberto, ¿no? ¿Y a Carlos? Necesitas a mucha gente, parece—apunta con enfado.

Acaba de derribar mis defensas, me dice las cosas claras, sin tapujos, como puñales.

—Tampoco tienes por qué decírmelo así—me quejo bajando la mirada.

—¿Y cómo quieres que te lo diga? Prefiero que las cosas queden claras entre nosotras dos, Lucía. Ya te he dicho que lo primero que tienes que hacer es saber lo que quieres y ahora mismo no lo sabes.

—¿Qué hago?

—Eso solamente lo puedes saber tú, nadie puede entrar en tu cabeza. Contigo me tiraría a la piscina e intentaría una relación seria, creo que podría funcionar, pero si solamente quieres sexo, el sexo contigo es muy bueno, yo encantada y será muy fácil quedar en mi casa si no quieres que nadie lo sepa. Y si quieres amistad, pues amistad—explica dándome opciones.

—Estoy hecha un lío—reconozco mordiendo mi labio inferior.

—Ese es el problema, que o decides lo que quieres o vas a sufrir mucho, y no me gustaría estar ahí para verte sufrir. No lo puedes tener todo y, si lo quieres tener todo, al menos, tus parejas tienen que conocer las reglas del juego. ¿Te gustaría estar en los zapatos de Alberto ahora mismo?—inquiere elevando las cejas.

—Me estás haciendo daño.

—No quiero hacerte daño, Lucía, quiero que decidas qué es lo que quieres. Yo soy flexible, me la jugaría a una relación seria contigo, pero entiendo que ya tienes una y que solamente puedas querer sexo conmigo. Vale, pero si es así, al menos conozco las reglas y puedo estar de acuerdo con ellas—explica apretando mi mano entre las suyas.

—Tienes razón—reconozco apenada.

—¿ Y qué pasa con Alberto? ¿Y dónde encaja Carlos en todo esto? ¿Te va a seguir doliendo cada vez que tenga un lío con otra mujer? ¿Y la mujer que le espera en Madrid?—insiste atravesando mi corazón con cada pregunta.

—Sonsoles, por favor, te digo que no lo sé—chillo angustiada.

—Pero es que tienes que saberlo, debes tomar una decisión porque si no lo haces vas a sufrir mucho. Sufrirás mucho tú y todas las personas implicadas—apunta besando mi mejilla con cariño.

—¿Tú qué quieres?

—¿Yo qué quiero? Yo quiero estar contigo como pareja, pero como es obvio no puedo tomar esa decisión por ti. Por otro lado, ya tienes una pareja y sabes que le vas a hacer daño. Además, una cosa es aceptar que te gusta una mujer dentro de esta habitación donde no te ve nadie, y otra muy distinta hacerlo en Madrid, cuando te pregunten en la empresa, tus amigos—aclara Sonsoles acariciando el reverso de mi mano con su dedo pulgar.

—Yo quiero estar contigo, pero también quiero a Alberto. Llevamos seis años—admito viniéndome abajo

—¿Y a Carlos?

—Con Carlos creo que hablaré mañana. Hoy me ha hecho mucho daño, no esperaba que me estuviese engañando, ha sido un golpe muy duro—confieso angustiada.

—Yo nunca te engañaría, de eso puedes estar segura, pero te pediría que tú hicieses lo mismo. Creo que vas a necesitar un buen tiempo para aclarar las ideas de tu cabecita, yo seguiré estando a tu lado; como amiga, y en la cama si te apetece—aclara Sonsoles—. Pero la decisión tiene que ser tuya, y me parece que te llevará un tiempo tomarla, tendrás que plantearte tu relación con Alberto, y tampoco tengo muy claro que vayas a dejar a Carlos así como así, te veo muy coladita y te va a hacer muchísimo daño, no quiero verte sufrir.

—Es una decisión muy difícil Sonsoles—admito mordisqueando la uña de mi dedo meñique.

—Lo es, pero si no tomas esa decisión vas a sufrir más y harás sufrir a otros. En estos momentos no puedes centrarte en tu deseo, sino en tu decisión y debes valorarla bien—replica con mirada severa.

—¿Estarás a mi lado?

—Yo siempre te apoyaré, decidas lo que decidas, estaré siempre a tu lado, sobre eso no tengas ninguna duda—me asegura Sonsoles acariciando mi mejilla con el reverso de su mano.

Poco después, se queda dormida plácidamente a mi lado. Es preciosa, algo dentro de mí grita a voces que estamos hechas la una para la otra. Bajo ese aspecto de dulzura y fragilidad se esconde una de las personas más fuertes que conozco; me inspira paz, seguridad, pero, al mismo tiempo, no tiene miedo de decirme las cosas tal y como son, aunque duela. Y, a veces, duele mucho.

Debo tomar una decisión cuanto antes. “Poner mi cabecita en orden”, como dice ella. De no hacerlo, sufriré y también las personas que están a mi lado, aunque solamente yo puedo tomar esa decisión, es demasiado personal.

Debo hacerle caso, abandonar el deseo y centrarme en la decisión.

Odio tomar decisiones

Mensaje de WhatsApp a las seis y media de la mañana. Qué horror, tengo que acordarme de quitar el sonido al irme a dormir.

Con los ojos medio cerrados intento leer cegada por la luz del móvil y por el terrible sueño que tengo. Es Sonsoles, la mato, ¿qué narices quiere a estas horas? ¿No puede esperar a que lleguemos a la oficina?

"Café a las ocho y media en el bar de la azotea. Me tienes que contar…"

¡Qué bruja! Quiere saber qué tal me ha ido con el regalo que me hizo la semana pasada, cuando estuvimos en la feria de Hanover. La verdad es que no tenía yo mucha fe en que fuese tan bueno como ella decía, pero tengo que reconocer que no es bueno, es mejor. Y claro, la bruja de Sonsoles querrá que le cuente todos los detalles, incluidos los más escabrosos, sin olvidarme ni uno.

Tras el viaje rutinario en bus de todos los días llego al trabajo y subo directamente al bar de la azotea donde veo a Sonsoles sentada en su mesa favorita, al lado de la barandilla, muerta de risa al verme.

Al observarla ahí sentada, esperándome, me viene a la cabeza todo lo que ha cambiado mi vida en el último mes y medio. En todos los sentidos, porque mi vida no se parece en nada a la que tenía.

En apenas cuarenta y cinco días he pasado de morirme de asco en el departamento de seguimiento de ofertas de la ingeniería para la que trabajo, a formar parte del departamento de ventas internacionales, aunque sea en período de formación, con más sueldo y viajes constantes. Eso en el plano laboral.

El plano sentimental se lleva la palma. Mi vida tranquila junto a Alberto, mi novio de los últimos seis años, se ha convertido en un caos. Primero con Carlos, al liarnos cuando le acompañé en un viaje a San Petersburgo, y luego mi primera y única experiencia lésbica con Sonsoles la semana pasada en Hanover.

Un caos que me asusta un poco, o más bien mucho. Un caos que me llena como mujer, pero que es a la vez un sueño hecho realidad y una pesadilla.

Y ahí está la maravillosa Sonsoles, sentada, sonriendo. Con sus ojitos color avellana fijos en mí, su trenza rubia a un lado, su carita dulce, su sonrisa. Literalmente me derrito cada vez que la veo.

Bajo ese aspecto lleno de dulzura, delicado, casi frágil, se esconde una de las mujeres más valientes y decididas que conozco. Con una inteligencia privilegiada, algo que añade mucha fuerza a lo que voy sintiendo por ella.

—Cuéntame pillina, ¿qué tal el regalo?—pregunta sin darme tiempo a que me siente a la mesa.

La naturalidad de Sonsoles para tratar cualquier cosa, sobre todo cualquier cosa que trate de sexo, me maravilla. Yo soy mucho más cortada para esas cosas, pero para ella el sexo es algo natural.

—Bueno, en serio. ¿Qué tal? Quiero saberlo—insiste elevando las cejas.

—Vale, tenías razón, es una auténtica pasada. En cuanto te acostumbras un poco a él, ese aparatito funciona siempre, increíble—reconozco poniéndome colorada.

—Te eché mucho de menos este fin de semana—susurra acariciando mi mano.

—Yo a ti también, Sonsoles, la verdad es que compartir la habitación contigo en Hanover fue una maravilla, en todos los sentidos, no solamente el sexual. Ha sido una bendición que nos tocase juntas, y eso que yo no quería al principio—admito encogiéndome de hombros.

—Para mí también Lucía, aunque al principio estabas un poco asustada, reconócelo—bromea entre risas—. ¿Has pensado un poco en todo lo que hablamos?

—Casi nada, me deprime pensarlo, me pongo muy triste—confieso desviando los ojos hacia el horizonte para no mantener su mirada.

—¿Y piensas que es mejor dejarlo correr y no mirar para ello a ver si se soluciona todo solo? ¿Qué vas a hacer como los avestruces que esconden la cabeza en la tierra? No me parece una buena opción, la verdad, tus problemas no se van a solucionar solos, tendríamos que hablarlo—replica en tono severo.

Como casi siempre, Sonsoles tiene razón. Tengo que tomar una decisión sobre lo que quiero hacer con mi vida sentimental porque ahora mismo es un auténtico caos. Un caos que, en cualquier momento, va a explotar y puede hacer daño a más gente, no solo a mí.

Una especie de bomba de relojería que cuando explote se va a llevar a todos los que están a mi alrededor de una manera u otra, pero me duele mucho pensarlo y sigo sin tener ni idea de lo que quiero.

—Ahora no, Sonsoles—me disculpo—me pone triste hablar de ello y además no tenemos tiempo.

—Tiempo tenemos, Carlos y el idiota de Óscar no están. Viaje relámpago a Polonia—explica con un guiño de ojo.

—¡Semana de chicas en el departamento, Sonsoles!

—Bueno, está el pobre Javi. ¿Qué pasa que como no te tira los tejos no le cuentas? Pues está casado, que lo sepas, los otros dos son simplemente unos salidos. Te lo estás empezando a creer un poco Lucía Ivanova—bromea apretando mi mano.

—Que no, tonta, es que se me había olvidado Javi, ya sabes que me cae súper bien. Por cierto, me gusta cómo suena eso de Lucía Ivanova, y más cuando lo dices tú. Puede que me quite el López de primer apellido y ponga Ivanova, suena más misterioso.

—¿Por qué no empezamos por la raíz de todo Lucía?—pregunta dirigiendo la conversación hacia lo importante.

—¿Cuál?

—No te hagas la tonta conmigo, joder, tu novio Alberto, es donde empieza todo. Sigue sin saber nada, ¿no? ¿Qué vas a hacer con él?—insiste con mirada inquisitiva.

Sonsoles da en el clavo, por mucho que me duela. Todo empieza por Alberto y es lo primero que debería solucionar. El pobre no sabe nada del lío que tengo montado primero con Carlos y luego con Sonsoles y el día que se entere le va a dar un infarto, con lo bueno que es conmigo.

Pero es que las cosas ya no son como antes, a nuestra relación le falta chispa. Por el amor de Dios, ¡tenemos veintinueve años! No me imagino lo que pasará cuando tengamos cuarenta o cincuenta, y no hablo solamente de sexo, que también, porque desde que he descubierto a Carlos y a Sonsoles no puedo evitar compararle y sale siempre perdiendo.

La relación entera se ha vuelto rutinaria, parecemos dos viejos. Ya no es lo mismo, o quizá soy yo la que ha cambiado, las personas no evolucionan a la misma velocidad y puede que ese sea el problema entre Alberto y yo en estos momentos.

Sea lo que sea, nuestra relación no funciona y debería poner una solución antes de que vayan pasando los años y me instale en una rutina de la que no pueda salir. Si ahora me siento atrapada, dentro de diez años será mucho peor, y ya no quiero pensar si me quedo embarazada.

Los comentarios de Sonsoles la semana pasada en Hanover me hicieron pensar mucho sobre ese tema; si no le damos al sexo su verdadera importancia, corremos el riesgo de ir conformándonos con algo de baja

calidad, algo que ni nos satisface ni nos llena. Entramos en la rutina y acaba pasando al resto de aspectos de nuestra vida.

—Vale, lo de Alberto estoy de acuerdo en que tengo que solucionarlo cuanto antes. Nuestra relación no funciona y tenemos que hablarlo, pero es que es muy bueno conmigo, sé que me quiere de verdad y que es buena persona. Me da pena hacerle daño—confieso con mirada triste.

—¿Sigues con él por pena?—pregunta abriendo los ojos como platos.

—No, no es eso, Sonsoles—replico tratando de defenderme—bueno, vale, que tienes razón. Lo voy a hablar con él hoy mismo.

—¿Se lo vas a contar todo?

—No, no puedo, le haría mucho daño—admito con vergüenza.

—Lleváis seis años juntos, Lucía, quizá se merece saber que te has acostado con Carlos y conmigo—expone asintiendo con la cabeza.

—Creo que es mejor que no sepa nada, hay cosas que es mejor no saberlas, no puedo hacerle tanto daño. Bastante daño le voy a hacer ya—confieso mientras lucho por que no se me escapen las lágrimas.

—Muy bien, no es que esté muy de acuerdo, pero es cosa vuestra—responde Sonsoles en tono autoritario—. Segundo paso, Carlos.

Cómo odio llegar al tema de Carlos, es mi perdición. Me ha hecho tanto daño, y aun sabiendo que está casado y que se acuesta con otras creo que si me vuelve a llamar y me pone esa sonrisa tan atractiva volvería a caer. ¿Cómo puedo ser tan tonta?

—Carlos está olvidado, Sonsoles—le aseguro—es historia. Historia triste, pero historia. Me volvió loca cuando estuvimos en San Petersburgo, me mostró un Carlos atento, detallista, tierno, un Carlos que me hacía sentir especial, querida y valorada, con sus rosas y sus bombones, la cena romántica en el barco. Y el sexo era fantástico.

—Te estaba seduciendo—me recuerda Sonsoles una vez más.

—Lo sé, el Carlos de la semana pasada en Hanover ha sido una versión mucho peor. No me gustó nada que estuviese en modo estirado casi todo el tiempo y lo de pasar la última noche con otra me hizo mucho daño, ya lo sabes. Se acabó—expongo con rotundidad.

—No podías esperar ser la única mujer para él, ¿no?

—A ver, ya sé que está casado, con un hijo, y todo eso, pero me hacía sentir muy especial. Me sentía protegida, valorada, no lo sé, tenía esperanzas—reconozco mordiendo mi labio inferior y negando con la cabeza al darme cuenta de lo tonta que he sido.

—Joder, Lucía, ¿qué problema tenéis las mujeres hetero con los machos alfa? Es que no lo entiendo, la verdad. ¿Quieres a Carlos porque es "machoman" y la tiene más grande que Alberto? Que no estamos en la edad de piedra, no necesitas que te proteja nadie, vives en España en el Siglo XXI—explica Sonsoles agitada.

—Carlos no la tiene grande, que lo sepas, ¡uy, lo que acabo de decir!—exclamo tapándome la boca con mi mano derecha.

—Vale, no me des detalles—bromea Sonsoles entre risas.

—Es un egoísta, no tenemos ningún futuro. Se acabó.

—Muy bien, y finalmente, ¿dónde encajo yo? Porque ya no queda ningún otro, ¿no?—pregunta clavándome en el alma sus ojos color avellana.

Sonsoles, la maravillosa Sonsoles, ¿dónde encaja? A veces pienso que podría funcionar, me entiende mucho mejor que cualquier otra persona, hombre o mujer. Es preciosa, inteligente, en Hanover se jugó su puesto de trabajo enfrentándose a Carlos para protegerme, y he tenido con ella el mejor sexo de mi vida.

Pero no me atrevo a dar el salto.

—No, Sonsoles, no hay más personas—reconozco—ya bastantes son tres.

—Vale, entonces, ¿dónde encajo yo? ¿Soy tu amiga con derecho a roce o algo más?

—Me duele que me digas eso—admito bajando la mirada.

—¿Te duele? ¿A ti? ¿A mí no? Mírame, Lucía—insiste ella tirando de mi mano.

—Eres importantísima para mí, significas muchísimo. Eres increíble, mi alma gemela, y el sexo contigo es el mejor que he tenido nunca, ¿quedas contenta?—agrego con alguna lágrima escapando de mis ojos.

—Para nada—replica Sonsoles con enfado—. ¿Soy un vibrador para ti? ¿Una especie de vibrador con el que puedes hablar y que te consuela cuando lloras? Porque sabes que tengo sentimientos, ¿verdad? Me gustaría que me hablases claro de una jodida vez, si quieres solamente sexo me lo dices, pero déjame claro lo que quieres, por favor, porque me estás volviendo loca.

—No, joder, Sonsoles. Eres súper importante para mí, mi mejor amiga.

—Amigas entonces…—interrumpe ella.

—Vale, ¿quieres que sea totalmente honesta?

—Por favor.

—Eres la persona que más me atrae desde que tengo uso de razón, pero no me atrevo a dar ese paso. Sé que eres tú con quien quiero estar, aunque ahora mismo no estoy preparada, quizá más tarde sí, dentro de algún tiempo, ahora no—reconozco rompiéndome por dentro.

—Entonces, ¿tengo posibilidades todavía?—insiste.

Su carita vuelve a expresar dulzura y esos ojos clavados en los míos me derriten. Las caricias bajo la mesa de su pie descalzo en mi pierna hacen el resto.

—No lo sé, Sonsoles, me gustaría decirte que sí, pero no lo sé. Vengo de una educación bastante estricta en temas de sexo y muchas barreras he roto últimamente. Tenías razón en lo que me has dicho en Hanover, una cosa es lo que pienses en la habitación del hotel donde nadie te ve, y otra al llegar a Madrid. En aquel momento tenía claro que quería estar contigo, ahora no tengo claro nada en mi vida—confieso escondiendo mi rostro entre las manos.

—Empieza solucionando primero lo de Alberto y vas quitando cosas—aconseja Sonsoles entre susurros mientras acaricia mi brazo derecho.

—Sí, hablaré con él esta misma noche—le aseguro.

Alberto

Vuelvo a casa absolutamente convencida de hablar con Alberto sobre nuestra situación, decidida a solucionar nuestra relación cuanto antes. El problema es que en este punto ya no sé si quiero acabar con mi relación con Alberto o intentar arreglarla de alguna forma.

Por otro lado, tampoco sé muy bien cómo arreglarla. He intentado añadir un poco más de picante y variedad, pero no parece funcionar demasiado bien, aunque introduzca algún elemento nuevo, Alberto sigue con sus prisas y todo se acaba demasiado pronto.

Esa es, posiblemente, la mayor diferencia con Carlos y con Sonsoles. Ellos parecen tener una ausencia de prisas que me vuelve absolutamente loca, aunque quizá sea por contraste con Alberto, no lo sé. Carlos se lo toma con calma, te hace sentir especial, piensa en tu placer además del suyo. Es muy distinto, y mucho, muchísimo, más largo.

Para Sonsoles el sexo es como un arte. Disfruta de cada momento de intimidad, se esfuerza por alcanzar la perfección, está mucho más pendiente de tus necesidades que de las suyas.

Una vez me dijo que hacer el amor conmigo era como tocar un instrumento, era música y mi cuerpo le iba diciendo lo que tenía que hacer. Así es el sexo con Sonsoles, mágico y los momentos de ternura que le añade no los he recibido de ningún hombre.

¿Cómo le explico a Alberto todo esto? Es imposible, so sabría ni por dónde empezar.

He pensado también proponerle abrir nuestra relación, pero no tengo nada claro que funcione. Bueno, en realidad sé que no funcionaría, Alberto no solo es muy tradicional, sino que es extremadamente celoso.

Todavía recuerdo el cabreo que se pilló al enterarse de mi primer viaje con Carlos, aquel fantástico viaje de trabajo a San Petersburgo donde empezaron mi sueño y mi pesadilla.

Resultó que tenía motivos para estar celoso, pero en aquel momento era imposible saber que acabaría así. En aquel momento yo ni siquiera conocía a Carlos más que de vista y brevemente. Además, me caía mal, me parecía la típica persona prepotente y estirada que se cree superior a los demás por su apellido y su dinero, no conocía todavía su lado tierno.

Sea como sea, hay que hablarlo hoy sin falta, en cuanto vuelva de su trabajo, no puedo dejar seguir esta situación porque no se va a solucionar

sola, y me está haciendo mucho daño. Me produce mucha ansiedad y eso no es nada bueno.

Parece que no pasa el tiempo mientras espero a que llegue, doy vueltas y más vueltas en mi cabeza, repaso una y otra vez lo que voy a decir, quiero solucionarlo, pero al mismo tiempo no quiero hacerle daño.

Por fin oigo la llave en la puerta.

—Hola Lu—exclama Alberto con naturalidad en cuanto entra en casa.

—¿Qué tal amor?—pregunto con el corazón en un puño y las piernas temblando de la tensión.

—Vienen Andrés y Martín a ver el partido de fútbol en la tele. ¿Qué te parece si pedimos unas pizzas?—inquiere mientras escucho las voces de sus dos amigos tras él.

No me lo puedo creer, se me cae literalmente el alma a los pies. Ahora que lo tenía todo en la cabeza, ahora que había acumulado el suficiente valor para hablar con él, llega con estos dos a ver el partido de fútbol.

—Muy bien, amor, pues pizza para todos se ha dicho—disimulo mientras me vengo abajo.

No sé cómo matar el tiempo mientras ellos ven el partido de fútbol. En condiciones normales, hasta me hubiese gustado verlo, pero no me puedo concentrar. Mi cabeza da mil vueltas, Alberto no se da ni cuenta, ahí está con su partido y sus amigos, poniéndose como cerdos a pizza y cerveza.

Últimamente come muchísimo y mal. A los veintinueve años su cuerpo lo aguanta, pero se le empieza a notar la barriguilla. Acariciar el cuerpo de gimnasio de Carlos es una sensación muy diferente; sus pectorales, sus abdominales marcados, el principio de esos bíceps que se dejan notar justo por debajo de las mangas de la camiseta, Joder, es pensar en él y ponerme a cien.

Si no fuese tan cabrón, si no me hiciese tanto daño. Pero no puedo pedir su fidelidad cuando la primera que soy infiel a mi pareja soy yo misma. Ironías de la vida.

¿Cuándo acabará el puñetero partido? Se me está haciendo eterno.

Mensaje de Sonsoles. *“Acuérdate”*.

Si no fuese por ella, creo que no podría dar este paso, dejaría correr la situación a sabiendas de que me va a hacer daño y no me llevará a ninguna parte salvo a la desesperación. Cada vez estoy más contenta de haber encontrado a Sonsoles, qué cielo de mujer.

Queda media hora de partido, más algo de tiempo que se quedarán a tomar otra cerveza. Ya no aguanto más.

—Amor, me duele un poco la cabeza, voy a la habitación—me disculpo fingiendo una sonrisa para escapar de allí cuanto antes.

Me contesta solamente con un gesto, ni una palabra, ni tan siquiera una mirada.

Empiezo a sentir un bajón tremendo. No quiero volver a pasar por la depresión que viví hace cuatro semanas al volver de San Petersburgo, cuando sentía que mi vida no tenía sentido y no quería salir de la cama para nada. ¡Qué horrible! En mi vida me había pasado algo igual.

Encontrar a Sonsoles en esos momentos fue providencial, me salvó la vida, pero me asusta la posibilidad de volver a vivir algo similar, sobre todo, me asusta la posibilidad de que llegue a convertirse en algo más.

Cuando mi padre nos dejó, mi madre tuvo depresiones y ansiedad durante años. No levantó cabeza nunca más, jamás salió de aquello. Sufrí muchísimo durante esos años y supongo que ella mucho más, pero esa imagen, grabada en mí cuando era niña, no se borra de mi mente y me asusta muchísimo, me aterroriza.

Decido leer un poco para quitarme esas ideas de la cabeza. Sonsoles me regaló un pequeño libro de relatos eróticos lésbicos que dice que está muy bien.

Si Alberto se entera de que ando leyendo este tipo de cosas, le da algo, pero como dice Sonsoles por qué no, no hay ninguna razón para no hacerlo, me gusta y punto. Hasta para decidir lo que puedo leer y lo que no, tengo que pensar sin querer en la mente cerrada de Alberto.

Cuando por fin se termina el partido y se despiden sus amigos ya es bastante tarde. Ni es ya la hora adecuada para hablar algo tan serio ni Alberto está en condiciones de hacerlo y, con el agobio que yo tengo, tampoco creo que fuese muy recomendable.

Ambos nos acostamos y, al poco tiempo, Alberto ya está roncando, ajeno a todas mis preocupaciones.

Le miro y me pregunto dónde está el Alberto que conocí hace seis años, el que me volvía loca con cada roce. No queda ni rastro de él, hemos entrado en una rutina que para mí es totalmente insoportable. Quizá solamente soy yo la que ha cambiado, quizá para él está bien una vida así, tranquila, sin introducir nada nuevo, sin cambios. Nunca.

Lo pienso y es la vida que llevan sus padres. Yo nunca he tenido una familia normal. Ni siquiera algo parecido a una familia normal. Supongo que prefiero eso a lo que yo he vivido, pero con veintinueve años quiero algo más.

Pobre Alberto, le voy a romper el corazón cuando lo hablemos. Duerme plácidamente a mi lado sin saber nada, sin sospechar lo más mínimo, sé que me quiere y es muy bueno conmigo. Eso es lo que más me duele; hacer daño a una persona que me quiere de verdad, pero necesito algo más en mi vida. Con Alberto cada vez queda menos entre nosotros y debo arreglar esto antes de que no quede nada.

Ahora mismo solo somos amigos que compartimos piso y tenemos sexo rutinario de vez en cuando. Ni rastro de la pasión y el fuego de hace seis años. Mejor acabarlo mientras estemos a tiempo que seguir viviendo en una farsa de vida llena de engaños.

Tomo de nuevo el Kindle e intento leer un poco más antes de irme a dormir. “Solo nosotras, relatos cortos de amor lésbico”, Sonsoles va a acabar conmigo.

Cada página que leo me va excitando más y más. Me pongo en la piel de cada una de las protagonistas y pienso en Sonsoles; en su ternura, en su increíble cuerpo, en la suavidad de su piel, en su boca.

Instintivamente, abro los ojos y miro a Alberto. Duerme hacia el otro lado y no se entera de nada. Me quedo relajada sobre la cama, pensando en mi preciosa Sonsoles y la imagino tumbada a mi lado, sonriéndome. acariciando mi pelo y cubriéndome de suaves besos como hace cada vez que estamos juntas. Siento sus abrazos, aunque ella esté muy lejos de aquí.

Una proposición arriesgada

Ya esperaba la pregunta de Sonsoles al llegar a la oficina.

—¿Qué tal fue la cosa?

—Nada—contesto apartando la mirada para no encontrarme con la suya.

—¿Cómo que nada, Lucía?—insiste con preocupación.

—No, nada. Llegó con dos amigos a ver un partido de fútbol en la tele y no he podido hablar con él—me disculpo con una mueca de disgusto.

—¿Y tras el partido?

—Se durmió pronto—aclaro encogiéndome de hombros—entre las cervezas, el cansancio, ya sabes.

—Y que tú tampoco tenías muchas ganas de hablar, supongo—replica ella visiblemente enfadada.

—No, tampoco, Sonsoles. No tenía ni gota de ganas de hablar después de que se presentase en mi casa con dos amigos a ver el partido sin avisar. Pero estaba convencida a hacerlo y, si no llega a ser por eso, se lo habría dicho, lo tenía bien repasado en mi mente—expongo tragando saliva.

—Pues qué quieres que te diga, ya sabes lo que tienes que hacer, no me voy a poner en plan pesada y repetírtelo todos los días—apunta decepcionada.

—Pero he tenido otra idea, luego te cuento que ahora tendremos que empezar a trabajar—le anuncio señalando al reloj.

La mañana en la oficina está llena de miradas furtivas a Sonsoles, inocentes roces que no son tan inocentes, aunque espero que lo parezcan, sonrisas pícaras, alguna escapada a toda prisa al baño a darnos un beso, ese tipo de cosas que consiguen que el tiempo vuele.

Yo no sé Sonsoles, pero para mí va a ser muy difícil trabajar así. Supongo que en cuanto venga el resto de gente del departamento nos tendremos que controlar mucho más, pero yo así no puedo.

Nos avisan de que Carlos y Óscar vendrán el viernes, así que el ritmo de trabajo se va a incrementar bastante, con Carlos en la oficina no hay descanso.

A media mañana me da un vuelco el corazón, la empresa rusa a la que atendí en nuestro stand de la feria de Hanover la semana pasada, ha confirmado una reunión en Moscú para dentro de dos semanas y tengo que ir, al ser la única de la empresa que habla ruso.

Queda todavía por confirmar quién me acompañará. Espero con todo mi corazón que no sea el idiota de Óscar. En mi interior anhelo que sea Sonsoles, aunque supongo que enviarán conmigo a alguien con más experiencia.

En la breve pausa que hacemos para comer me reúno con ella en su mesa habitual de la terraza de la azotea. Miro nerviosa alrededor, está abarrotado de gente y sé que Sonsoles es mucho menos recatada que yo a la hora de hablar de las cosas más íntimas. No quiero que nadie escuche lo que le tengo que decir porque ni yo misma me atrevo a decírselo.

Cuando el camarero nos deja la comida en la mesa, Sonsoles clava en mí sus ojitos con mirada inquisitiva. Sus pequeñas manos jugando como siempre con cualquier cosa que encuentre sobre la mesa.

—¿Qué querías contarme?—pregunta muerta de curiosidad.

Susurrando y mirando nerviosa hacia los lados me acerco a Sonsoles que me mira con cara de sorpresa.

—¿Qué te parece si le pongo un poco de picante a la relación con Alberto para intentar revitalizarla un poco?—anuncio de manera enigmática.

Sonsoles sonríe, pero es una sonrisa un poco forzada. Al terminar la frase me doy cuenta de que quizá esperase que tomase de una vez por todas la determinación de salir con ella abiertamente. No sé cómo me aguanta porque, en el fondo, es cierto que la tengo de amiga con derecho y para llorar en su hombro.

Es superior a mis fuerzas, me gustaría dar ese paso. Estoy convencida de que es mi alma gemela, alguien que me quiere, me entiende, me respeta y me defendería con su vida si fuese necesario. Y yo no me atrevo a dar el paso, me destroza por dentro y sé que debajo de su dulce sonrisa a ella también.

—¿Qué tienes pensado para ponerle un poco de picante?—inquiere con pocas ganas de obtener una respuesta.

Vuelvo a acercarme, susurrando y mirando a los lados.

—Un trío—musito nerviosa.

Sonsoles ríe con fuerza llevándose las manos a la cabeza.

—Perdona, perdona. ¿Tú quién eres y qué has hecho con Lucía?

—No te burles, Sonsoles, que te lo digo en serio—insisto sin dejar de mirar alrededor.

—¿Pero te estás escuchando? No te ofendas, pero Alberto parece sacado de los años sesenta del siglo pasado, y le quieres proponer que haga un trío. Bueno, cuenta, cuenta. Dame detalles, pillina, ¿te gusta alguno de sus amigos o tienes pensado otra persona?—insiste con algo más de interés.

—Tú

—Yo no hago tríos—responde seca.

Su cara se ha puesto muy seria de repente. De las veces que más seria la he visto, me asusta un poco. Creo que he tocado algún punto sensible.

—Perdona, Sonsoles. No pensé que te lo ibas a tomar mal, siempre eres muy abierta para todo y no se me ocurría nadie mejor para lanzar a Alberto que tú—reconozco avergonzada de haberlo propuesto.

—Vamos a ver, Lucía de mi vida. Que no me acuesto con tíos, eso lo primero. Y luego yo, ¿en qué posición quedo, como vuestra peli porno particular? ¿Os pongo calientes y ya seguís vosotros? ¿O cómo tienes pensado que vaya la cosa?—pregunta con cara de mala leche.

—Joder, Sonsoles. No tengo pensado un guion, nos liamos tú y yo, delante de él, no tiene que ser algo muy fuerte, solamente para que reaccione—le explico encogiéndome de hombros.

—Y cuando reaccione, si reacciona, ¿qué hago? ¿Me voy?

—Si no reacciona con eso me largo contigo en ese momento—apunto convencida.

—¿Y si lo hace?

—Tú sigues conmigo, no hace falta que hagas nada con él. Ya le diré que él no puede tocarte, solamente a mí. ¿Cómo lo ves? ¿Muy mal?—insisto muerta de miedo.

—A ver, Lucía. Los tríos son un tema muy complicado—me explica con cara de circunstancias—. Pueden salir muy bien, pero lo normal es que una de las personas quede desplazada y se sienta muy mal, y en este caso esa persona soy yo. Y encima me lo estás diciendo abiertamente a la cara que yo os enciendo y ya seguís vosotros dos.

—No lo sé Sonsoles, había pensado que podría funcionar—confieso sin saber ya qué más decir—. Teóricamente es la fantasía universal de casi todos los hombres, ¿no? Pensé que podría ser una buena manera para que Alberto reaccionase y salir de la rutina, salvar nuestra relación.

—Es que más bien parece que es tu fantasía, Lucía—aclara Sonsoles arqueando las cejas.

Joder, no lo había pensado, pero creo que mi subconsciente me ha traicionado. Efectivamente, para mí es una fantasía, supongo que para Alberto también lo sería, pero para mí seguro. Solamente un trío con Carlos y Sonsoles lo superaría.

—Vale, hacemos una cosa. Como estoy casi convencida de que no va a cambiar nada entre vosotros, voy a aceptar, pero me tienes que poner las reglas claras antes. No quiero movidas raras en plena fiesta—advierte Sonsoles sacudiendo la cabeza sin estar convencida.

—Reglas lo que a ti te apetezca en cada momento, puedes parar cuando quieras y haces lo que quieras, como si se queda todo solamente en un beso entre nosotras. Tú pones las reglas—le aseguro todavía sin poder creer que haya aceptado.

—Y si no cambia nada entre vosotros, ¿le dejas y te vienes a vivir conmigo?—pregunta clavándome la mirada.

—Sí, ya te lo he dicho. Si con eso no empieza a salir de la rutina, me voy. Última oportunidad—replico cerrando los ojos.

—Bien, reto aceptado Lucía. Me voy a arrepentir un montón, casi seguro, pero vale. ¿No vas a estar celosa en esos momentos?—inquiere preocupada.

—¿Por qué? ¿Solo porque estés mucho más buena que yo y porque seas una especie de diosa del sexo?—bromeo.

—En serio.

—No, confío plenamente en ti. No te gustan los tíos y sé que nunca le quitarías el novio a una amiga. Si acabáis haciendo algo no sé cómo reaccionaría, pero si en ese momento surge, tú sigue, sin miedo—aclaro apretando su mano entre las mías.

Tras la comida mi cabeza no para de dar vueltas. Menudo lio en el que me estoy metiendo. Creo que Sonsoles tiene razón, me excita solamente la idea de pensar en hacerlo con Sonsoles delante de Alberto. Ver su cara de sorpresa, es mi fantasía más que la de él.

No todo sale como esperabas

En un momento de arrebato decido llamar a Alberto y hacerlo hoy mismo. De algún modo es como si quisiera acabar con ello cuanto antes, para bien o para mal, quitármelo de encima.

Una cosa es pensar sobre ello, incluso hablar sobre ello con Sonsoles y otra muy distinta hacerlo. Estoy aterrada, mis manos tiemblan mientras llamo a Alberto y le digo que vaya directo a casa que le tengo preparada una sorpresa.

Madre mía, no sé lo que estoy haciendo. La tarde de hoy es totalmente improductiva, me acabarán echando de la empresa como siga así. A ver en qué acaba todo esto porque cada vez estoy menos segura.

La última media hora de trabajo se me hace eterna. Miro a Sonsoles constantemente, me levanto por cualquier excusa, entro en pánico. Sonsoles me dedica alguna sonrisa, pero creo que ella también está bastante tensa.

Menudo lio en el que estoy metiendo a la pobre Sonsoles. Me entran más y más dudas sobre si debo seguir adelante. ¿Y si todo sale mal? ¿Y si hago daño a Sonsoles? Aún más daño.

A las cinco en punto apago el ordenador y me acerco a su mesa casi corriendo.

—¿Estás lista?—pregunto con la cara descompuesta.

—¿Tú?

—No, pero ahora no puedo echarme atrás. Quiero seguir y que salga todo por donde tenga que salir, creo que estoy cometiendo una locura, Sonsoles—admito temblando.

Nos acercamos a mi casa en el coche de Sonsoles y casi no hablamos. Tengo un nudo en la garganta que me está matando, incluso Sonsoles, normalmente muy habladora, conduce callada la mayor parte del trayecto.

Al llegar a mi apartamento se lo enseño, más que nada para matar el tiempo y hacer algo la media hora que nos queda hasta que Alberto llegue a casa. Aprovechamos para adecentar un poco el dormitorio y el salón y elegimos un poco de música romántica.

Sonsoles se acerca y toma mis manos. Su mirada vuelve a ser dulce, como sabiendo por lo que estoy pasando en estos momentos y queriendo darme ánimos.

—¿Quieres tener alguna palabra de seguridad?—pregunta apretando mis manos entre las suyas.

—No te entiendo, Sonsoles.

—En plan si pasa algo con lo que no te sientas cómoda, decir una palabra para que pare—explica calmada.

—No tranquila.

—¿Cómo lo quieres organizar?

—No lo había pensado—confieso agobiada—. Quizá tú esperas en la habitación mientras yo recibo a Alberto en el salón, le digo que se siente, entras, me besas y vamos improvisando.

—Tiene su morbo. Te vas a arrepentir, pero tiene su morbo—bromea llevándose una mano a la frente.

Cuando por fin llega Alberto sobre las seis de la tarde, Sonsoles se mete en la habitación tal y como habíamos planeado y yo le recibo poniendo toda la picardía de la que soy capaz.

Coloco las manos en su cintura y le beso, pero no parece demasiado entusiasmado.

—¿Te pasa algo amor?—pregunto sorprendida ante su falta de reacción.

—Solamente estoy cansado Lu. Tengo ganas de sentarme en el sofá y ver la tele un poco—explica con desgana.

—Pues yo tenía una sorpresa para ti…—le digo con mi mejor sonrisa y un seductor guiño de ojo.

—Mejor otro día—responde seco—solo tengo ganas de tirarme en el sofá y no hacer nada.

¡Qué mierda! Otro día no puede ser, que tengo a la pobre Sonsoles esperando en la habitación. Después de que la he metido en esto casi a punta de pistola no podemos parar. Hago algunos intentos más besándole el cuello y acariciando su pecho, pero todo es en vano. Ya se ha sentado en el sofá y puesto la tele.

Tras la puerta de la habitación veo a Sonsoles haciendo gestos y llevándose la mano a la frente como diciendo que no se lo puede creer. No tengo ni idea de cómo seguir, no sé si es mejor abandonar toda esperanza y dejarlo para otro día o intentar algo radical. Ni idea, menuda decepción.

Sonsoles decide tomar cartas en el asunto y sale de la habitación en ropa interior. Casi se me para el corazón al verla, se me acaba de hacer un nudo en el estómago que no me deja ni respirar.

No sé cómo va a reaccionar Alberto a esto. Me parece que me voy a arrepentir y mucho, era mejor haberlo hablado antes. Hablar de lo que

estamos pasando, del camino que está tomando nuestra relación. En cambio, la sorpresa va a ser mayúscula y veremos en qué acaba todo.

Con su desparpajo habitual Sonsoles se acerca a mí, retira el pelo de mi cuello y me besa en los labios. Estoy tan nerviosa que apenas soy capaz de abrir la boca y devolverle el beso, solamente puedo mirar a Alberto mientras Sonsoles sigue intentando excitarme un poco más.

Alberto nos mira con cara de no entender nada, lleno de asombro, pero no dice ni palabra. El nudo en mi estómago se hace más y más grande y desearía que la tierra me tragase en estos momentos o, mejor, tener una máquina del tiempo para volver atrás y evitar esta estupidez.

Si por lo menos Sonsoles hubiese salido vestida, pues bueno, era un beso y quizá tendría solución, pero prefiero no saber lo que debe estar pensando Alberto en estos momentos al ver salir a una chica preciosa de nuestra habitación en ropa interior que se acerca a mí y empieza a besarme sin pudor alguno.

Sonsoles se da cuenta de que yo estoy petrificada y, retirando su boca de la mía, me mira a los ojos. Una mirada que lo dice todo, por si acaso no me quedaba claro, se acerca a mi oído y me susurra lo que no quiero escuchar.

—Ahora ya no hay vuelta atrás Lucía, o te metes en faena o no le recuperas en la vida y va a ser mucho peor. En estos momentos solo puedes seguir hacia delante, así que espabila—susurra muy seria.

Me mira de nuevo arqueando las cejas como diciendo “tú misma”.

Sigo paralizada, un nuevo intento de Sonsoles de besarme en la boca vuelve a encontrarse con mi resistencia. Mi cabeza da vueltas sin parar procesando toda la información, imaginando lo que puede estar pensando Alberto de mí, nada bueno seguro. Imaginando la pasión que hubo en cada beso que he dado a Sonsoles y que ahora no puedo repetir, maldiciendo la hora en la que se me ocurrió esta estupidez.

Es que, ¿a qué imbécil se le ocurre una cosa así en vez de hablarlo como personas normales? Solo a mí. Menudo lío en el que estoy metida y en que he metido a Sonsoles.

Enfrascada en mis pensamientos, apenas me doy cuenta de que las hábiles manos de Sonsoles me han dejado sin la blusa y buscan con avidez el gancho de mi sujetador para liberarme de él. La pobre está tan desconcertada como Alberto. Yo me he quedado literalmente de piedra y no estoy colaborando en absoluto con nuestro plan inicial mientras mi novio

sigue mirándonos sin decir nada. Solo mirando, pero no parece estar disfrutando para nada del espectáculo.

Y, ¡menudo espectáculo que le estoy dando! Ver a su novia petrificada, muerta de miedo, sin reaccionar, mientras es desnudada por una preciosa rubia delante de él. No es justo ni para él ni para Sonsoles, ojalá pudiese volver atrás.

El roce de Sonsoles sobre mi cuerpo me devuelve momentáneamente a la realidad. Intenta besarme de nuevo y, al menos esta vez abro la boca, aunque soy incapaz de devolverle el beso como es debido. Pobre Sonsoles lo mal que lo debe estar pasando y pobre Alberto mirándonos sin entender nada de nada.

Se quita el tanga despacio, los ojos de Alberto reaccionan y se clavan en su precioso culo, pero no parece tener mucho más resultado que una mirada para volver pronto a su incredulidad.

En cuanto a mí, solamente puedo observar a Alberto que ha decidido ignorarnos y centrarse en la televisión. Tiene que estar muy cabreado conmigo porque ver a Sonsoles desnuda es más que suficiente para excitar a cualquier persona, hombre o mujer y, en cambio, él prefiere mirar la televisión.

Sonsoles me mira y menea la cabeza como indicándome que no llevamos buen camino. No hace falta que me lo diga, ya no sé ni lo que siento, una vergüenza terrible por lo que acabo de hacer; rabia, decepción.

Mi sorpresa es mayúscula cuando veo que Sonsoles se levanta del sofá y se arrodilla frente a Alberto. Mirándole a los ojos empieza a acariciar sus piernas por encima del pantalón, no sé quién tiene mayor sorpresa en este momento, si Alberto o yo misma.

Instintivamente me levanto yo también y me coloco a su lado. Dedicándome una dulce mirada me da un nuevo beso en los labios, esta vez soy capaz de devolvérselo. Alberto nos mira sin moverse, sin decir palabra, con los ojos como platos.

Las manos de Sonsoles se acercan peligrosamente al cinturón de Alberto y empiezan a desabrocharlo. No puedo evitar llevar las mías al mismo sitio, retirar las de Sonsoles y desabrochar el cinturón y el botón de sus pantalones, bajando la cremallera.

Sonsoles asiente con la cabeza y me dedica un nuevo beso acompañado de un seductor guiño de ojo. Le devuelvo el beso mirando a Alberto, sus

ojos clavados en nosotras dos, aunque su mirada ya no está tan ausente, ahora puedo detectar un atisbo de excitación en sus ojos.

Se levanta y de la mano nos conduce a la habitación para tumbarme con delicadeza sobre la cama y le hace un gesto a Alberto indicándole que lo que necesito en estos momentos es estar con él.

Cada vez estoy más loca con esta mujer, ha sabido encender la pasión de Alberto y retirarse justo a tiempo para que fuese yo la protagonista. Podría haberme eclipsado sin problema, podía haberse dedicado a mí y haber dejado fuera a Alberto, pero lo ha hecho todo perfecto y en su justa medida.

Lástima que no dure demasiado, Alberto retoma su enfado y nos mira agitado, la incredulidad vuelve a sus ojos.

—No sé a qué viene este numerito que te has montado, Lucía. Supongo que me lo explicarás—espeta mientras se viste a toda prisa.

Joder, esto es justo lo que no necesito en estos momentos, ¿no puede dejarme disfrutar un poco?

—A mí me pareció que te empezaba a gustar, ¿no? No deberías tener queja—replico enfadada.

—Es que no sé qué pensar, Lu. No sé en qué momento se te ocurre traer a una prostituta a nuestra casa para hacer un trío. ¿En qué estabas pensando? ¿Qué significa todo esto? ¿No estás contenta con nuestra vida sexual? ¿Querías experimentar? Explícamelo por favor, porque no entiendo nada, al menos me podrías haber consultado—ladra turnando sus miradas de enfado entre nosotras dos.

—Bueno, bueno, yo me voy y os dejo solos, tortolitos. Lucía, ya te pasaré la factura de los servicios que no van a ser baratos—bromea Sonsoles acariciando mi brazo derecho para infundirme ánimos.

Intenta quitarle hierro a la situación y hacer que me relaje un poco, pero no hay solución.

Los ojos se me llenan de lágrimas, no sé cómo reaccionar, pensé que podía funcionar y ha salido todo mal. Me quedo petrificada, llorando, buscando con los ojos la protección de Sonsoles, suplicando en mi interior que no se vaya.

Ella se da cuenta y da la vuelta.

—¡Tú eres gilipollas tío!—grita mirando fijamente a Alberto—. No tienes ni idea de la suerte que tienes por estar con alguien como Lucía. ¡Imbécil!

Alberto la mira sin saber muy bien cómo reaccionar. Yo tampoco.

—Sonsoles por favor…

—Ni por favor ni leches, Lucía. Tu novio es idiota, después de todo lo que haces por él—replica agitada.

Ver salir a la Sonsoles guerrera me devuelve el valor, sigue sorprendiéndome lo intimidatoria que puede llegar a ser cuando se enfada. Nadie lo pensaría con esa dulzura en el rostro y ese pequeño cuerpecito de adolescente.

—Alberto, ya te vas disculpando con Sonsoles—indico con los brazos en jarra—. Ha sido idea mía y ella vino para ayudar, es una compañera del trabajo. No tienes ningún derecho a llamarla lo que le has llamado, te has portado como un idiota.

Mis gritos deben estar escuchándose en todo el vecindario, porque Sonsoles se acerca a mí y, agarrándome por la cintura, me estrecha entre sus brazos para calmarme.

—¿Vosotras dos os estáis enrollando o algo? ¿Me pones los cuernos con una tía? ¿Desde cuándo Lucía?—pregunta Alberto confuso.

—Joder, solamente he querido poner un poco de picante en nuestra relación, parecemos dos viejos—me quejo negando con la cabeza.

—Pues lo hablas, Lucía, lo hablas—insiste Alberto bajando la mirada—. No me montes un numerito erótico, y no me vengas con cuentos que se nota que entre vosotras dos hay algo.

Puedo ver la tensión en los ojos de Sonsoles. Se muere de ganas de contárselo todo y encima darle un tortazo, sé está conteniendo por mí.

—Te he dicho que lo siento, Alberto, me equivoqué, ¿vale?—me disculpo rompiéndome por dentro, aunque de malas maneras.

Vuelvo a gritarle con cara de odio, mientras Sonsoles intenta calmarme.

—Me voy, Alberto—le aseguro de repente—. En estos momentos no quiero estar contigo, ya hablaremos cuando los dos estemos más calmados. Tienes razón en que teníamos que haber hablado antes, de muchas cosas.

—¿Cómo que te vas? ¿Dónde?—insiste incapaz de entender lo que está ocurriendo.

—Hoy pasaré la noche en casa de Sonsoles, quizá unos días, y ya hablamos cuando nos calmemos, ahora nos vamos a hacer mucho daño si seguimos así—reconozco mordiendo mi labio inferior hasta que noto el sabor de la sangre.

Me percato de que ni siquiera le he preguntado a Sonsoles si me puedo quedar con ella, pero en estos momentos no puedo ni pensar con claridad. Meto en una pequeña bolsa algo de ropa para mañana dirigiéndome con Sonsoles hacia la puerta con los ojos bañados en lágrimas.

—Si sales por esa puerta no quiero volver a verte, Lucía—espeta Alberto de malos modos.

Nuevas lágrimas brotan de mis ojos mientras el sufrimiento me invade al comprender que esto ha llegado a su fin. Siento los labios de Sonsoles en mi mejilla y su mano en mi hombro intentando consolarme. Ya no me quedan dudas, ya no hay vuelta atrás con Alberto.

Decisiones de pareja

Recorro en silencio todo el trayecto desde mi casa hasta el apartamento de Sonsoles, llorando sin parar, maldiciendo la hora en la que se me ocurrió montar el numerito que le preparé al pobre Alberto. ¡Menuda idea brillante! Tenía que haber hablado con él con calma, no actuar como una idiota.

No creo que nuestra situación sentimental tuviese mucha solución, pero, por lo menos, no habría acabado así la cosa. Fue todo demasiado radical. Se me fue la mano, y mira que estaba avisada.

—Sonsoles, ¿puedo quedarme unos días hasta que encuentre piso?—pregunto entre sollozos recordando que ni siquiera le he pedido permiso.

—Ya sabes que sí, quédate todo el tiempo que quieras. De hecho, me gustaría que te quedases conmigo mucho tiempo—me asegura acariciando mi mano.

Sonsoles vive en un estudio muy acogedor en el centro de Madrid. Es bastante pequeño, creo que me ha dicho que cuarenta metros cuadrados, sin contar una pequeña terraza. Para ella ideal; una habitación, salón y cocina americana pegada al salón. Desde el único dormitorio de la casa se accede a una terracita con una pequeña mesa y dos sillas.

—Supongo que a estas alturas no te importará compartir cama, ¿no?—pregunta alzando las cejas.

—Estaré encantada, pero hoy no tengo el cuerpo para nada, de verdad—respondo sin poder contener las lágrimas.

Seis años viviendo juntos son muchos años y no ha sido una buena forma de acabar. No se lo merece, siempre me ha tratado bien y me ha querido mucho.

Alberto tiene sus fallos, es celoso y no escucha, algo machista, nuestra vida es rutinaria, pero, en el fondo, no se merece que nuestra relación se acabe de esta manera.

Al verme llorar Sonsoles se acerca a mí, las dos nos sentamos en el sofá del salón y me tumbo apoyando la cabeza en sus piernas. Sus manos juegan con mi pelo como tantas otras veces, produciendo en mí un efecto maravilloso, siempre consigue calmarme un poco.

—No me digas que ya me habías avisado, por favor—musito cerrando los ojos.

—No te lo voy a decir, bastante tienes ya.

Miro a Sonsoles y sus ojitos dulces reflejan tristeza, se han llenado de lágrimas y me rompe el corazón verla llorar.

—Estás llorando, con que lloremos una ya nos vale, ¿no crees?—indico besando el reverso de su mano.

—Ya te había dicho la semana pasada que ibas a sufrir con esta situación amorosa que te estabas montando y no quería estar ahí para verte sufrir. La culpa ha sido mía, no tenía que haber aceptado y mucho menos haberme lanzado—confiesa disgustada.

—No fue culpa tuya, Sonsoles. Has tratado de disuadirme, me habías dicho que lo normal es que no funcionase, que hablase con él antes, y mira ahora la situación que tengo. Pobre Alberto—me lamento llevándome una mano a la boca envuelta en dolor.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Le llamaré para pedirle disculpas, pero lo nuestro se acabó. No podía funcionar, ya casi no quedaba chispa, no nos quedaba pasión. No tenía que haber acabado así, pero tenía que acabar, tengo veintinueve años, no puedo vivir en una farsa—reconozco abrazando con fuerza una de sus piernas.

—Y, ¿con tu vida amorosa en general? Porque mañana llega Carlos a la oficina—expone retirando de mi frente un mechón de pelo rebelde.

—Carlos es historia—le aseguro.

—Bueno, por lo menos, si es eso verdad, tu situación amorosa se simplifica un montón, de lo que me alegro. ¿Qué te parece si cenamos algo rápido y nos vamos a dormir?—sugiere Sonsoles en vista de que ninguna de las dos tenemos ganas de cocinar.

Picamos algo de lo que Sonsoles tenía por casa ya preparado, en silencio, casi sin hablar, cada una con sus pensamientos. Siento un desgarro en mi interior que me consume, quizá, dentro de unos meses estaré muchísimo mejor de lo que estaba con Alberto, pero en estos momentos siento vacío, como si me faltase algo; culpa, rabia.

Al despertarme al día siguiente, Sonsoles me ha preparado el desayuno, con café fuerte como a mí me gusta. Me levanto con ojeras, no he pasado buena noche, en cambio ella está radiante, recién duchada.

—Tenías que haberme despertado antes, te hubiese ayudado con el desayuno—le indico cogiendo su mano entre las mías y agradeciéndole el detalle.

—Me daba pena despertarte—asegura apretando mi mano—. Has estado muy inquieta toda la noche, sin parar de dar vueltas y ahora por lo

menos, dormías plácidamente, así que te dejé descansar un poco más.

—Gracias, voy a darme una ducha y salimos, ¿vale?

—No sé si podré resistirme…—bromea entre risas.

El baño del estudio de Sonsoles es minúsculo, aunque quisiéramos, difícilmente podríamos caber las dos en la ducha con comodidad, pero a efectos prácticos, debe ser una casa muy fácil de mantener en orden y, para una persona sola, es del tamaño ideal y en el centro de Madrid, donde los alquileres para algo más grande son prohibitivos. Incluso este estudio debe costar lo suyo de alquiler cada mes.

La ducha de agua casi hirviendo me hace bien, pone mi cuerpo en funcionamiento y me ayuda a concentrarme. Hoy tengo que ponerme en serio en el trabajo porque llevo un par de días remoloneando con la cabeza en otro sitio, o más bien en otras personas.

Me da un poco de miedo ver a Carlos. Al volver de Hanover, ni siquiera llegamos a hablar, veníamos todo el departamento juntos, así que lo pude evitar bastante bien, pero en la oficina va a ser diferente; estamos condenados a encontrarnos constantemente. Menos mal que Sonsoles estará allí también de apoyo moral. A veces, solamente una mirada te da la fuerza y confianza que necesitas.

Mientras me ducho doy vueltas a la oferta que me hizo ayer Sonsoles de quedarme a vivir con ella. Es la persona que mejor me entiende, en muy poco tiempo se ha convertido en mi mejor amiga, alguien en quien puedo confiar plenamente. Tiene todas las cualidades que buscaría en una pareja; es generosa, valiente, tierna, me cuida, sé que jamás me haría daño y el sexo con ella es como los fuegos artificiales.

Pero todavía no me siento con fuerzas de tener una relación seria con ella. Para decir la verdad, en estos momentos no me siento con fuerzas para iniciar ninguna relación seria. Punto.

Supongo que el tiempo irá curando las heridas poco a poco y volveré a estar preparada. Pero no ahora, así que decido comentárselo en el coche en el trayecto hacia el trabajo.

—No pasa nada, Lucía, es algo natural—me tranquiliza con un guiño de ojo—. En estos momentos no estás para relaciones serias, ya lo entiendo, tranquila. Además, lo de aceptar públicamente que tienes una relación de pareja con una mujer no es nada fácil. Hay todavía mucha incomprensión, conozco a unas cuantas mujeres que viven en pareja y nadie lo sabe, lo disimulan como amigas. Por mi parte, tranquila, al menos durante un

tiempo. Luego ya hablaremos, porque tampoco puedo esperar toda la vida a que te decidas.

—Gracias, eres un cielo de mujer—respondo con un profundo suspiro.

—Solamente te pido que seas muy clara conmigo, Lucía. Yo estoy dispuesta a entrar en ese juego tuyo de amigas fuera y pareja dentro de casa durante un tiempo, pero también te conozco y sé lo enamoradiza que puedes llegar a ser. La más mínima duda, el más mínimo problema, si te vuelves a quedar colada por Carlos o quien sea, tengo que saberlo—solicita con el rostro muy serio.

—No sabía que fueses celosa—bromeo.

—No son celos, pero quiero saberlo. No quiero que me engañes, he vivido una relación abierta con mi anterior pareja y fue muy bien hasta que quiso meterse en cosas algo más fuertes para las que yo no estaba preparada, pero no nos engañábamos. Si quieres eso, no hay problema. Yo te lo contaré todo y tú a mí también.

—No sé si estoy lista para eso—reconozco—. Ahora mismo no puedo pensar en parejas. Ya vamos viendo, ¿vale? Ah, y todos los gastos a medias que yo gasto mucho en agua caliente.

Otra vez Carlos

Mi primera mirada furtiva a Sonsoles de la mañana la interrumpe el teléfono.

—Lucía, por favor, pasa por mi despacho.

¡Mierda! Estaba tan distraída que ni siquiera me he dado cuenta de quién estaba llamando. ¿Para qué querrá Carlos verme en su despacho nada más empezar la mañana? Sí que empieza fuerte y, como está en "modo estirado", ni buenos días ni nada, claro.

—Buenos días, Carlos. Estoy terminando un email urgente, ¿paso en unos minutos?—miento al contestar.

Realmente no estoy terminando nada urgente, pero me toca las narices ese aire de prepotencia que se gasta a veces. Con lo tierno que era en la intimidad en nuestro viaje a San Petersburgo cuando le conocí. Qué decepción, cómo cambian algunas personas.

—No, ven ahora, ya terminarás eso más tarde—ordena en tono autoritario.

Dado que no tengo mucha alternativa, no discuto, y veo que Sonsoles me lanza una mirada entre curiosidad, diversión y preocupación.

Ni ella ni yo hemos hablado con Carlos desde la última noche de Hanover. Esa noche en la que él me rompió el corazón y Sonsoles me lo tuvo que pegar como buenamente pudo.

Esa noche en la que la realidad me dio un tortazo de los gordos y me demostró que para Carlos no soy nadie especial, sino una más en su colección. Esa noche en la que Sonsoles me demostró que, para hacerme daño, primero tienen que pasar por ella.

Pero fue Sonsoles quien se enfrentó a él esa noche, y de muy malas maneras. Espero que eso no lleve consecuencias.

—Hola Carlos, ¿qué tal el viaje esta semana?—pregunto de manera educada.

—Bien, por favor Lucía, cierra—solicita señalando a la puerta de su despacho.

Malo porque si me pide que cierre la puerta es porque no quiere que nadie nos escuche. Con la puerta cerrada ni se escucha ni se ve nada de lo que ocurre en ese despacho. Teóricamente, es para proteger la confidencialidad de algunas conversaciones con clientes importantes, pero me imagino que Carlos le pueda haber dado otros usos alguna que otra vez.

—Lucía, lo de Hanover se nos fue un poco de las manos.

—¿Cómo que se nos fue de las manos, Carlos?—interrumpo agitada—. Me partiste el corazón. No te puedes ni empezar a imaginar el daño que me has hecho. Me decías que yo era muy especial para ti, estaba coladita, me hacía ilusiones de que algún día no tuviésemos que escondernos para estar juntos, y te acuestas con otra y encima luego me llamas para seguir la fiesta. Es que me parece increíble, Carlos. ¡Menuda cara que tienes!

—Lucía, tranquilízate, estás hablando muy alto—indica haciendo un gesto con las manos para que baje la voz—. Tienes que comprender que esa mujer no significaba nada, era solamente una válvula de escape. Estoy en una situación de mucha tensión emocional, tú eres diferente.

—Sí, ya, especial, ¿no?—replico molesta.

—Sí, es cierto, Lucía. Sí que lo eres.

—Carlos, eres un egoísta. Solamente piensas en ti mismo, no piensas nunca en el daño que puedes hacer a los demás. Yo no estoy para andar dando consejos, pero no puedes ser así, me has hecho un daño enorme—le recrimino agitada.

—Lo siento mucho, Lucía, espero que algún día puedas perdonarme. No sé lo que estaba pensando, pero sigo sintiendo lo mismo por ti—me asegura—. No me gustaría perderte.

—Ya lo has hecho.

—Intentaré recuperarte entonces, pero de todos modos ahora mismo tenemos un potencial problema los dos. Tu amiga Sonsoles lo sabe todo, por lo que he podido comprender en nuestra conversación en Hanover, donde solamente le faltó venir a mi habitación a pegarme un puñetazo—expone con el rostro serio.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa al escuchar ese comentario. Sonsoles sería muy capaz de ir a pegarle si fuese necesario, y no creo que todos los musculitos de gimnasio de Carlos pudiesen salvarle si está realmente cabreada.

—Como te iba diciendo, peque, ahora tenemos un problema los dos. Era nuestro secreto y ahora hay otra persona que lo sabe. Tú la conoces mejor, ¿se puede confiar en ella? Porque si se va de la lengua nos puede arruinar la vida a ambos con nuestras parejas—asegura arqueando las cejas con preocupación.

—Carlos, lo primero, de momento preferiría que ya no me llamases peque, nuestra situación ha cambiado mucho. Lo segundo, yo ya no tengo

pareja, lo he dejado con Alberto, en parte gracias a ti, deberías estar orgulloso. Y lo tercero, Sonsoles no tiene ningún interés en contar nada a nadie, así que puedes estar tranquilo que tu mujercita va a seguir sin saber nada de lo que haces cuando estás fuera de casa. Y sí, me puedo fiar de ella, le confiaría mi vida si hiciese falta—le aseguro totalmente convencida.

—Vaya, ¿cuándo lo has dejado con Alberto?

—No es asunto tuyo, Carlos. Está acabado y ya.

—Quiero recuperarte, Lucía. Soy consciente de que te he hecho mucho daño y lo siento, por favor, dame otra oportunidad—insiste Carlos una vez más.

—Eres un egoísta, solo piensas en ti mismo. Los demás somos nada más que instrumentos para que te sientas mejor o para que avances más en tu carrera profesional. ¿No piensas en las otras personas? No tenemos ningún futuro juntos—le recrimino acalorada. ¿Necesitas algo más?

—No.

Me doy la vuelta con los ojos llenos de lágrimas. No pensé que me atrevería a decírselo todo así de golpe, y menos en su despacho. La verdad es que cuando me dijo lo de que era especial para él y que quería recuperarme volví a sentir algo. Si no llego a estar tan baja con el desastre de Alberto de ayer creo que hasta hubiese dudado.

No sé qué problema tengo con Carlos que consigue que baje las defensas por completo. Esa sonrisa y esa seguridad en sí mismo que tiene consiguen atraerme a pesar de que sé de sobra que no me conviene para nada.

Al salir veo a Sonsoles observándome, se muere de ganas de saber lo que ha pasado, y yo me muero de ganas de contárselo, pero no es plan irnos las dos a hablarlo ahora mismo. Habrá que disimular hasta la hora del café.

WhatsApp en el móvil. *"No me va a despedir, ¿no?"* Miro a Sonsoles y está sonriendo así que el mensaje era más por romper la tensión que por preocupación.

Se maneja muy bien en las relaciones personales y sabe que, ante un despido, Carlos tiene mucho más que perder que ella. Sonsoles podría contar todo lo que pasó en Hanover y el matrimonio de Carlos y su carrera profesional se verían más que comprometidos.

El tiempo que resta hasta la hora del café se me hace eterno. Más miradas furtivas a Sonsoles, a veces encontrando sus ojos y su sonrisa con picardía, encuentros fortuitos, tensión.

Al llegar la hora del café, subimos como cohetes al bar de la azotea, con ganas de ponernos al día.

—¡Cuenta, cuenta! ¿Qué te ha dicho? ¿Nos va a despedir a las dos o solamente a mí? Yo necesito saberlo con tiempo que me tengo que llevar mi planta y los vídeos porno que guardo en el cajón—bromea Sonsoles entre risas.

—¡Qué burra eres! Que no, Sonsoles, que no va a despedir a nadie, pero que no te vayas de la lengua.

—¿En serio te ha dicho eso?

—En serio.

—¡Qué imbécil!

—Ya.

—Bueno, ¿y qué más?—inquiere con curiosidad.

—Nada, las bobadas de siempre, que lo sentía mucho, que era importante para él, que quería recuperarme, ya sabes—respondo encogiéndome de hombros.

—No habrás caído, ¿no?

—Ni loca, y menos en estos momentos. Ahora tengo muy claro que es un egoísta, que solamente me estaba utilizando—explico haciendo una mueca de disgusto.

—Pues vaya coladita que estabas…

—Ya, es que a veces soy muy tonta. Me enamoro de quien no debo y no hago caso a las personas que de verdad me quieren—confieso bajando la mirada.

—Por lo menos te vas dando cuenta. Es un avance.

—Bueno, pero no vuelvas a caer, yo solo te lo digo. Vas a tener que verle a diario y seguro que hacéis algún viaje juntos, así que ojo. No te dejes convencer, que sé que esa sonrisita te sigue poniendo—advierte señalándome con el dedo índice.

—Sí que me pone, sí—reconozco mordiendo mi labio inferior—pero me controlaré, no te preocupes. ¿Sabes qué? Me pones tú más.

—Pues a mí me tienes en casa cuando quieras, y ahora lo de compartir cama, no sé. Ayer me tuve que contener porque lo estabas pasando muy mal, pero no te vas a librar tan fácilmente—bromea con un seductor guiño de ojo.

—Calla que me estás poniendo a cien—susurro mirando hacia los lados por si alguien nos puede escuchar.

—Siento haberme lanzado ayer con Alberto, era para ver si despertaba un poco, pero creo que se me fue de las manos—admite Sonsoles cogiendo mi mano.

—No pasa nada, contigo tengo una duda muy seria.

—¿Conmigo? Tú dirás—indica sorprendida.

—Te lo digo totalmente en serio, así que no te burles. No sé si me gustan las mujeres o me gustas tú, que coincide que eres una mujer—le explico—. Dicho así no sé si me estás entendiendo. Sonsoles, no te rías de mí, que te lo digo en serio.

—Que no me río mujer, que te entiendo; que no sabes si eres lesbiana, bueno, o bisexual más bien, en tu caso. No sabes si sentirías lo mismo por otra mujer que no fuese yo—expone poniendo sus ojos en blanco.

—Exacto, no sé si me atraes tanto sexualmente porque me atraes infinitamente como persona y entonces me da igual lo que tengas entre las piernas, o si podría tener solamente atracción física por ti o por otra mujer, como me puede pasar con Carlos por ejemplo—confieso abriendo las manos.

—Joder, qué complicada eres. ¿Por qué necesitas comerte el coco de esa manera?

—No lo sé, quiero saber si soy bisexual o no, eso es todo—reconozco encogiéndome de hombros.

—¿Y tienes que ponerte una etiqueta sí o sí? ¿No te vale que yo te atraiga y punto? ¿Sin etiquetas? ¿Para qué quieres la etiqueta?—inquiere confusa.

—Sí, me vale, pero, Sonsoles, ¿crees que disfrutaría con otra mujer? Solo quiero saber eso—insisto de nuevo mirando alrededor para asegurarme de que no hay nadie cerca.

—¿Yo qué sé Lucía? No lo puedo saber, prueba y decides—replica con naturalidad.

—¿Te importaría?

—Joder, Lucía, de verdad no sé qué voy a hacer contigo. Ahora mismo no tenemos ninguna relación, yo estoy dispuesta a tirarme a la piscina y probar a tener una relación seria de pareja y eso ya es mucho para mí. Mientras no tengamos nada serio puedes hacer lo que te dé la gana, tú verás. Si te vas a quedar más tranquila te presento a una para que pruebes y así te evitas el ligoteo—me espeta de golpe.

—¿Lo harías?

—Joder, Lucía, ¿quieres de verdad? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Lo malo es que sí. Me gustaría probar, solamente probar, de verdad, una sola vez—indico asintiendo con la cabeza—. Quiero saber si disfrutaría con otra mujer que no seas tú. Y lo del ligoteo me aterra porque no sabría ni por dónde empezar a ligar con una mujer.

—Conmigo te salió bien—reconoce con una preciosa sonrisa.

—Más bien lo hiciste tú todo, pero dime, ¿me ayudarías con eso en serio? Solo una vez por probar—insisto de nuevo.

—Joder, me voy a arrepentir eternamente como con lo del trío con tu novio. ¡Vaya cruz que tengo contigo, nena! Venga, te consigo una cita a ciegas para que pruebes, pero a partir de ahí olvídate, te buscas tus parejas como todo hijo de vecino o te quedas conmigo—amenaza negando con la cabeza.

El resto de la jornada laboral me la paso dando vueltas a la cabeza. No es demasiado justo para Sonsoles haberle pedido eso, ella me quiere, está deseando tener una relación de pareja conmigo, y le pido que me busque una cita para probar con otra mujer. ¡Soy imbécil!

Luego hablo de Carlos, pero he sido tan egoísta como él. Y lo malo es que estoy convencida de que Sonsoles es mi alma gemela, mi pareja ideal.

Al llegar la hora de salida corro hasta la mesa de Sonsoles que está terminando un informe ante la mirada atónita de Óscar y Javier observan con cara de sorpresa la repentina carrera.

—Sonsoles, olvídalo, fue una tontería, lo siento. No sé ni cómo se me pasó por la cabeza, pero nada, olvidado—ruego con preocupación.

—Tarde. Ya tienes tu cita a ciegas para esta noche—me asegura encogiéndose de hombros.

Nuevas experiencias

Se me encoge el corazón solamente de pensar en lo que me espera, estoy muerta de miedo. ¿En qué estaba pensando? Es que hay veces que soy tonta y para el tema sentimental casi siempre.

Vaya desgracia que tengo con esto, con lo racional que soy yo para otras cosas, para lo sentimental pierdo la cabeza por completo. Tengo miedo de acabar quedándome sola como le pasó a mi madre. De acabar con alguien que no me conviene para nada a pesar de haber tenido oportunidades de estar con gente que me quería y me cuidaba, y sufrir infinitamente como ella sufrió. No quiero pasar por sus momentos de ansiedad, por sus depresiones.

Por lo menos, Sonsoles ha arreglado lo de la cita a ciegas en su casa, en un ambiente donde me sentiré mucho más segura y estaremos libres de alguna mirada indiscreta.

—¿Lista para tu cita a ciegas?—pregunta apretando mi mano entre las suyas.

—No, estoy muerta de miedo, Sonsoles. ¿No se puede anular?

—Pues no, ya no hay vuelta atrás, te está esperando en la habitación—indica Sonsoles alzando las cejas.

—De verdad no podemos cancelarlo?—insisto arrepentida.

—Es una cita, no se cancela como una reunión de trabajo—aclara un poco seca.

—¿Puedes quedarte aquí en el salón?

—¿Escuchando tus gemidos?—pregunta sorprendida.

—Me sentiría mucho más segura si te quedas, ¿cómo es?

—No te lo puedo decir, ya lo verás, de momento lo sentirás, porque tienes que entrar con una venda en los ojos—aclara encogiéndose de hombros.

En el momento en que Sonsoles me deja en ropa interior y coloca un pañuelo de seda tapando mis ojos, el nerviosismo se apodera de mí, pero al mismo tiempo el sentimiento de excitación es indescriptible.

No tengo ni la menor idea de por qué estoy aceptando sus condiciones. Es una auténtica locura, una locura tan grande como haberle pedido esta dichosa cita. Porque ya me pone bastante nerviosa lo de tener una cita a ciegas, pero tenerla a ciegas de verdad, con una venda en los ojos y, para colmo, en ropa interior, quizá sea demasiado para empezar.

Esperaba un poco de charla previa, conocernos, otro tipo de situación. Estoy paralizada del nerviosismo que se apodera de todo mi cuerpo.

Si me quedase un mínimo de sentido común daría la vuelta ahora mismo, y sigo sin tener ni idea de por qué no estoy haciendo justamente eso, dar la vuelta.

Sonsoles se da cuenta de lo agitada que estoy y me besa en la mejilla y, entre susurros, me asegura que me va a gustar mucho, que es una sensación muy diferente con el pañuelo tapando los ojos. No lo tengo nada claro, solamente me ha dicho que es alguien especial y que está muy segura de que me va a gustar.

De la mano, Sonsoles me lleva con cuidado por el minúsculo pasillo que une el salón con el dormitorio para no chocar con nada. Al llevar los ojos vendados tengo que fiarme de ella, y me deja justo delante de la cama.

—Tu cita a ciegas te está esperando—susurra junto a mi oído.

—Sonsoles, quédate en el salón, por favor—suplico angustiada.

—Tranquila, ya te he dicho que me quedo, y aunque susurres te está escuchando igual—bromea ella acariciando la parte baja de mi espalda.

Me acerco con cuidado mientras escucho los pasos de Sonsoles saliendo del dormitorio. Extiendo mis brazos esperando encontrar a alguien, o al menos, para no chocarme con mi cita misteriosa.

Mi mano extendida toca un hombro desnudo, es bastante pequeño, siento cómo la mano de otra persona roza mi antebrazo, toma con su mano mi codo con delicadeza. Es una mano suave, nada posesiva.

Me siento desconcertada, deseo quitar la venda que cubre mis ojos, pero, al mismo tiempo, se apodera de mi cuerpo un sentimiento mezcla de curiosidad y de excitación que me impide moverme.

Coloco mis manos en los hombros de mi cita misteriosa y noto la melena lisa cayendo por su cuello. Percibo su olor mientras ella acaricia mis brazos con delicadeza y rodea con uno de los suyos mi cuerpo hasta llegar a mi cintura.

No me atrevo a hablar, no puedo moverme, mis manos siguen sobre sus hombros, inmóviles. Estoy de rodillas sobre la cama, con mi cita a ciegas frente a mí, acariciando mi espalda, acercándose un poco más. Noto su aliento en mi cuello, percibo su olor, un olor delicioso.

Paso mi mano derecha por su pelo sedoso, ella también lleva una venda en los ojos, acaricio el nudo del paño de seda tras su cabeza, tan suave como su pelo.

Me pregunto si para ella también es una sorpresa tener la cita en estas condiciones, con una venda en los ojos, o si ya lo sabía. Me invade un sentimiento de excitación enorme, nunca he estado con una mujer que no sea Sonsoles y con ella todo es muy fácil. El hecho de no poder ver a esta mujer añade muchísimo morbo a toda la situación.

Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Qué se supone que tengo que hacer? Ni siquiera puedo verla, deseo seguir explorando, pero no me atrevo. Mis manos siguen inmóviles, una sobre su hombro y la otra acariciando su pelo, es lo máximo a lo que me atrevo.

Sus manos recorren mi espalda con la yema de los dedos, la acaricia suavemente, recreándose en cada caricia, enviando corrientes eléctricas cada vez que sus dedos recorren mi columna.

Sigo sin poder moverme, de piedra, concentrada plenamente en sus caricias. Son unas caricias increíbles, imagino que al no tener el sentido de la vista, el placer de esas caricias se magnifica. Me estoy excitando, me gustaría tocarla, pero no me atrevo a moverme.

Una de sus manos toca mis nalgas por encima de mi ropa interior. La desliza por todo mi culo, como queriendo adivinar su tamaño, su forma. Se acerca más a mí, sus pechos rozan los míos, su cara pegada a la mía. Su nariz en mi mejilla.

—¿Esperabas esto?—susurra con una voz deliciosa.

—No.

—Yo tampoco, pero me alegro. Sonsoles siempre sabe dar un toque especial a todo lo que hace—asegura besando mi mejilla.

Suspiro al escuchar su voz, es una voz sensual. Con el reverso de mi mano derecha acaricio su mejilla, es una piel suave, tersa. Debe de tener un cutis perfecto. Su mejilla toca la mía, su boca en mi oído. Su respiración se acelera un poco, la mía también.

Mi cita misteriosa se separa levemente y acaricia mi cara, sus dedos recorren mis labios, mi barbilla, de nuevo por mi boca. Es como si quisiese verme con sus suaves manos, con su tacto. Hago lo mismo, el hecho de no poder verla y tener que adivinarla con mis manos es mil veces más excitante que verla con los ojos.

Sus labios son suaves, muy finos, mi dedo corazón dibuja el contorno de su boca y siento cómo lo besa al pasar por ella. Es una sensación difícil de describir con palabras.

Sus manos resbalan por mi cuello, lo tocan sutilmente, ladeo mi cabeza para ofrecérselo mientras se me escapa un suspiro y mis manos se atreven a hacer sus primeros movimientos acariciando su espalda, su cintura. Tiene una piel increíblemente suave, trato de imaginar el tono de su piel, las facciones de su cara.

Deja caer su mano a mi escote y lo acaricia suavemente, con una delicadeza extrema. Vuelvo a suspirar, siento una excitación que jamás pensé que experimentaría por unas caricias que no fuesen las de Sonsoles.

Trato de imaginar el tiempo que llevamos en esta habitación; me parece ya una eternidad, pero no quiero que termine. Nuestra cita a ciegas parece trascurrir a cámara lenta. Una mano acaricia mi vientre arrancándome un pequeño gemido, acaricio sus piernas, sus muslos. ¡Qué piel tan suave! Escucho cómo suspira ella también.

Vuelve a acercar su cara a la mía y siento de nuevo su aliento, la suave piel de su mejilla pegada en la mía.

—¿Nunca has estado con una mujer que no sea Sonsoles?—pregunta con su deliciosa voz.

—No, nunca—confieso entre susurros.

—¿Te gusta?

No me atrevo a contestar, pero mi silencio y mi respiración agitada lo dicen todo.

Su boca encuentra la mía y nuestros labios se rozan. La punta de su lengua estudia el contorno de mis labios, siento sus labios finos, delicados, suaves. Me apetece explorarlos con la lengua, pero sigo sin atreverme.

Su beso se hace más pasional y nuestras lenguas se encuentran. Nos besamos como si llevásemos juntas toda la vida arrancando de mí nuevos gemidos apagados cuando muerde mi labio inferior.

Una parte de mí quiere abandonar la habitación, otra parte de mí quiere quitarse la venda para poder ver a la chica misteriosa que está consiguiendo que me excite de este modo. La mayor parte de mí prefiere seguir con la venda en los ojos dejando que esas delicadas manos exploren el resto de mi cuerpo, deseando que no dejen ni un centímetro sin explorar.

Ni siquiera sé si la puerta está cerrada, espero que Sonsoles no lo esté viendo todo desde la puerta. Vaya tontería, no creo que hiciese eso, o quizá sí, pero es que mi mente se niega a concentrarse en el inmenso placer que esos delicados besos me están proporcionando.

Y vaya si explora mi cuerpo, cada milímetro de mi piel. Lo hace con una delicadeza extrema, logrando que disfrute como solamente antes había conseguido Sonsoles.

Me coloco sobre ella y beso sus labios al tiempo que ella acaricia mi pelo. Ni siquiera sé su nombre, casi no hemos hablado y me está volviendo loca.

Deshago el nudo de la tela que cubre sus ojos mientras ella hace lo mismo con el mío. Me da miedo abrirlos, sin haberla visto, me he formado una idea de todo su cuerpo y ahora me aterra que sea muy diferente.

—Abre los ojos—dice mi cita misteriosa susurrándome al oído.

Al fin me decido a abrirlos y frente a mí veo un rostro angelical.

—Hola, preciosa—exclama con una preciosa sonrisa.

Sus finos labios me lanzan un beso, su cuerpo es todo lo que mi cabeza había imaginado y más.

Bendigo a Sonsoles por arreglar esta cita a ciegas.

Me sonríe.

Acabo de conocer a un ángel.

La cita misteriosa desvelada

No sé muy bien cómo reaccionar. He disfrutado infinitamente con una mujer a la que acabo de conocer y de la que ni siquiera sé su nombre.

Pero sigo pensando que es muy injusto para Sonsoles lo que estoy haciendo. Una parte de mí, una parte muy importante de mí se arrepiente enormemente de lo que le estoy haciendo pasar estos dos días. Por muy abierta que sea su mente, ella quiere estar conmigo y yo no hago más que experimentar a su costa.

—Sonsoles, no me extraña que estés coladita por esta chica.—expone mi cita misteriosa mordiendo su labio inferior con deseo.

—A que sí, ya te dije que estaría bien—le asegura Sonsoles mientras entra en el dormitorio y se sienta a nuestro lado.

De pronto, noto un sentimiento de vergüenza por estar desnuda junto a otra mujer delante de ella. Es extraño cómo funciona la mente a veces.

—¿Tienes más casillas que tachar en tu lista de fantasías sexuales, Lucía? Porque vaya semana que llevas, nena. Aprovecha. ¿Quizá un trío con dos mujeres?—indica Sonsoles un poco airada.

No sé dónde meterme porque tiene toda la razón. Solo puedo mirarla a los ojos, supongo que poniéndome roja de que lo mencione delante de mi cita misteriosa, y quedarme quieta, sin contestar.

—¡No riñas a la chica, Sonsoles, pobrecita! ¡Con lo que nos gustaba experimentar a nosotras dos!—replica la cita misteriosa.

—Lucía, te presento a Nuria.

—Su ex—aclara Nuria sonriendo.

Mi cara de asombro debe ser apoteósica porque a las dos se les ha escapado una sonrisa. No me lo puedo creer, ¿en serio me ha emparejado con su ex? ¿Nos habrá visto desde la puerta?

—Bueno, chicas, os dejo solas que me imagino que tenéis que hablar. Un placer haberte conocido en estas circunstancias, Lucía. Literalmente. Si quieres probar algo un poco más fuerte avisa.

Al abandonar Nuria el apartamento, me quedo mirando a Sonsoles con millones de preguntas en mi cabeza.

—¿Esa era tu ex, de la que estabas colada pero que quería probar temas que tú no estabas muy dispuesta?—pregunto confusa.

—Sí, la misma.

—¿Te sigue gustando?

—¿Estás celosa?—bromea Sonsoles.

—Un poco.

—¿Un poco? Joder, Lucía, eres tú la que se acaba de acostar con ella, no yo, y has disfrutado de lo lindo, no lo niegues—añade arqueando las cejas.

—Sí, me gustó. Vale, no te lo voy a negar, pero no sé, prefiero que haya algo de conexión emocional. Pero bueno, sí, me gustó, mucho—admito bajando la mirada con algo de vergüenza.

—Ya, es que es muy buena en la cama—aclara Sonsoles con naturalidad.

—Tú también.

—Ya, pero eso no quita para que ella sea muy buena. Muy, muy buena. Sabía que te iba a gustar, ya puedes tacharlo de tu lista—continúa con una mueca.

—No tengo ninguna lista, ¿cómo se te ocurrió buscarme una cita con tu ex?—pregunto con curiosidad.

—Era lo más sencillo, como te acabo de decir, sabía de antemano que te iba a gustar, a ver si de esta te convences de que te gustan las mujeres. Por otro lado, puedo confiar en Nuria, al igual que tú confiaste en mí con Alberto, sé que Nuria no intentaría salir contigo sabiendo que yo estoy interesada. Y por último, y no menos importante, no creo que te gustase el BDSM y Nuria está totalmente metida ahora en ello—explica Sonsoles quiñando un ojo.

—¿Esa fue la razón por la que lo dejasteis?

—En parte sí. A mí un poco de BDSM en plan light y casero de vez en cuando no me importa, me puede gustar, pero Nuria está muy metida. Además, sus relaciones son totalmente abiertas, y le gusta que incluyan a más de una persona de cada vez. Cada una debe buscar lo que le guste. Ella es feliz con eso y disfruta mucho del sexo. Debe ser que yo me estoy haciendo mayor porque me gustaría una pareja estable en vez de tanto cambio de pareja—confiesa acariciando mi brazo derecho y haciendo que se me ericen los pelos de la nuca.

—Muchas gracias, Sonsoles y lo siento—me disculpo.

—¿Qué sientes?

—Haberte hecho pasar por esto, por las dos cosas; lo de Alberto y lo de hoy—aclaro bajando la mirada—debes pensar que soy una tonta caprichosa.

—Un poquito sí—admite.

—Ya, tienes razón. No es justo haberte metido en ninguna de las dos cosas.

—No te creas, que las dos tuvieron su punto—confiesa Sonsoles mordiendo su labio inferior. ¿Qué te parece si pedimos unas pizzas? No me apetece mucho cocinar.

Hasta un acto tan sencillo como cenar unas pizzas se convierte en algo especial al lado de Sonsoles. Nos comemos las pizzas las dos desnudas, a Sonsoles le encanta andar desnuda por la casa y reconozco que puede llegar a gustarme a mí también.

Además de ser muy cómodo, aumenta el grado de intimidad entre las dos. Carlos me había dicho una vez algo de que uno de los ejercicios básicos del Tantra era estar desnudos juntos para mejorar la intimidad. Seguramente es verdad, y poder ver ese cuerpazo sin ropa es una pasada, dormir juntas desnudas es directamente el paraíso.

Cada uno de sus abrazos me calma y me transporta a otra dimensión donde no existen los problemas. Sentir su piel suave y cálida rozar la mía me vuelve loca, y su personalidad me hechiza. Me falta un poco de valentía para tomar la decisión de estar con ella como pareja estable, o al menos hacerlo público, porque lo que tenemos ahora es casi una relación de pareja. Un poco rara. Pero, al fin y al cabo, una relación de pareja.

Viaje inesperado

La mañana siguiente en la oficina Carlos me vuelve a llamar al despacho a primera hora. Casi no me da tiempo ni a encender el ordenador.

—Buenos días, Carlos—respondo con educación.

—Hola Lucía, espero que se te vaya pasando el enfado.

—Carlos, no es una cuestión de que se me pase o no el enfado, es una cuestión de confianza y de fidelidad—le aclaro con el rostro serio—y nosotros dos no andamos muy sobrados de ninguna de las dos cosas. Pero bueno, ¿qué necesitabas?

—Solo quería informarte de que el lunes salimos hacia Escocia, a Aberdeen. Es un viaje rápido, a ver un par de clientes y volveríamos el miércoles por la mañana temprano. Te pasarán los detalles hoy mismo—expone con su eterna sonrisa.

—¿Salimos te refieres a ti y a mí?—pregunto confusa.

—Sí, claro.

—Carlos, si lo has preparado para que vuelva a pasar algo entre nosotros no tiene ninguna gracia y no va a pasar—le aseguro nerviosa.

—Por favor, Lucía. Esos clientes los llevo yo, y tú estás en un período de formación en mi departamento que dura dos años. Eso incluye viajar con todos nosotros para aprender. Si no estás cómoda en ese puesto lo dices e intentaré que te transfieran a la oficina técnica como querías al principio—aclara en tono severo—. Pero, si te quedas tienes que viajar, conmigo y con cualquier persona del departamento que se te asigne. ¿Queda claro?

—Sí, Carlos, perdona—me disculpo bajando la mirada.

—Aberdeen es uno de los centros más importantes de la industria de Oil and Gas en Europa que, como muy bien sabes, es nuestra principal fuente de ingresos, así que es una buena oportunidad para aprender—insiste asintiendo con la cabeza.

—¿De lo de mi viaje a Moscú para visitar la empresa que había atendido en la feria de Hanover sabemos algo?—inquiero esperanzada en que pueda ir con Sonsoles.

—Se ha pospuesto, ya no es la semana que viene. No te sabría decir una fecha, creo que posiblemente en tres o cuatro semanas. Tampoco te puedo concretar el acompañante.

El anuncio de Carlos de llevarme con él a Aberdeen el próximo lunes me deja descolocada, cae como un jarro de agua fría. Sé que tengo que

viajar, es parte del trabajo, pero por algún motivo esperaba poder pasar una temporada más o menos larga sin hacerlo, ahora que me había mudado al apartamento de Sonsoles y estaba empezando mi nueva vida sin Alberto.

La mañana se me pasa volando mientras preparo unas ofertas para uno de los clientes de Carlos, aunque mi mente está en la hora del café para poder hablar con Sonsoles y contarle lo del viaje.

Más o menos sobre las once de la mañana veo que Sonsoles se levanta de su mesa y con su mirada me indica que la acompañe. Cierro el correo electrónico y la sigo hasta la pequeña zona de descanso que tenemos en el piso. No es gran cosa, pero cumple su función para tomar un café rápido o un tentempié a media mañana y hoy no tenemos tiempo para subir hasta el bar de la azotea.

—Cuenta, cuenta, Lucía, ¿qué tal con Carlos? No ha cerrado las persianas, ya he visto que estuvo muy formal. Así, los dos separados por la mesa del despacho como debe ser…—bromea Sonsoles entre risas

—Qué bruja eres, joder. Con Carlos se acabó para siempre, ya te lo he dicho. De hecho, estoy muy enfadada con él porque me quiere llevar el lunes en un viaje rápido a Aberdeen para visitar a unos clientes que tienen plantas en el Mar del Norte—explico negando con la cabeza.

—Joder, tía, es que en este trabajo tienes que viajar, eso ya lo sabías—me recuerda elevando las cejas.

—Sí, pero esperaba poder pasar más tiempo contigo, ahora que me he mudado a tu apartamento—me justifico.

—Lo de los viajes va a ser la tónica habitual, Lucía, eso debes tenerlo claro. Cuando no estés tú de viaje estaré yo, es lo que tiene nuestro trabajo, se paga muy bien, pero exige mucho sacrificio. Imagínate con hijos. Además, Aberdeen está muy bien, se te caerán los pezones del frío en esta época, pero aparte de eso bien—ríe Sonsoles encogiéndose de hombros.

—Con Carlos no me apetece.

—Ya, pero es su zona. Mientras tú le pongas una barrera, que le quede claro que no quieres nada no vas a tener ningún problema. Carlos será un ligón infiel, pero sabe respetar los límites, Óscar insistiría mucho más, el muy cretino—me indica haciendo un gesto de asco.

—A mí me apetecía viajar contigo.

—Y a mí, pero no creo que se logre pronto. De todos modos, podíamos ir planificando unas vacaciones juntas, ¿qué te parece? O una escapada de fin de semana a algún sitio con sol—propone ilusionada.

Ese último comentario de Sonsoles me alegra bastante lo que queda del día de trabajo. A ratos pienso en el cuerpo de Sonsoles bronceándose desnudo bajo los rayos del sol en alguna playa desierta, lejos de las miradas de extraños, solamente para mí.

Creo que me alegra demasiado, porque mi concentración a lo largo de la mañana va disminuyendo a medida que imagino con más y más realismo a Sonsoles desnuda.

En el coche de regreso a su apartamento no puedo evitar acariciar su muslo mientras conduce y darle un beso en cada semáforo en cuanto nos alejamos de la oficina.

—¡Vaya cómo estamos esta tarde, eh!—bromea elevando las cejas mientras ríe.

—Sí, me gusta la idea esa de una escapada romántica tú y yo solas a algún sitio con sol. Tenemos que hacerlo, ¿qué tal la semana que viene? Si voy a pasar frío en Aberdeen podíamos salir el viernes por la tarde para Canarias y volver el domingo por la noche. Yo te invito, es lo menos que puedo hacer ya que estoy de okupa en tu apartamento.

—No estás de okupa, estás de mi novia. Bueno, más o menos, una especie de novia secreta o algo así, supongo—expone mirándome de reojo.

Proposición indecente

A medida que se acerca el viaje con Carlos a Aberdeen me voy poniendo más y más nerviosa. Ya le he dejado claro que no voy a entrar en su juego y que no tenemos ningún futuro juntos. Mi "semi" relación con Sonsoles va fenomenal de puertas adentro, aunque fuera lo disimulamos como amigas.

Sé que a ella no le gusta mucho esa situación, pero todavía no me atrevo a dar el paso. En cualquier caso, no me apetece lo más mínimo poner en peligro lo que tenemos volviéndome a liar con Carlos para acabar en nada, y no me apetece alejarme de ella.

—¿Qué tal está Aberdeen?—inquiero curiosa, aun sin ganas de ir.

—Si vas dos días—bromea Sonsoles—no te va a dar tiempo ni a bajar del avión. Carlos sabe respetar los límites, no estés preocupada por eso.

—No, si me fio de él, no es eso.

—No te fías de ti misma, ya lo sé—puntualiza meneando la cabeza.

—Que no, Sonsoles, paso ya de Carlos. En serio, estoy bien así. Ahora que me estoy recuperando de haber roto con Alberto no me voy a meter en más líos. Además, ¿dónde voy a encontrar a alguien mejor que tú?—pregunto acariciando su rodilla—. En serio, Aberdeen, ¿qué tal? Me apetece mucho ir a Escocia, pero a Edimburgo, Aberdeen no me atrae para nada. Supongo que muy industrial con empresas "Oil and Gas" y eso, ¿no?

—Te vas a llevar una sorpresa, si no fueses específicamente a ver ese tipo de empresas ni siquiera sabrías que existen en Aberdeen. Es una ciudad muy bonita, con una zona antigua preciosa, llena de edificios de granito. El distrito portuario es una pasada, hasta te puedes ir a visitar al monstruo del Lago Ness, que queda cerca—bromea Sonsoles.

—Calla, calla, que bastante monstruo llevo conmigo.

—Lucía, de todos modos, no vas a tener tiempo para nada. Visita lo más típico, en plan la Catedral, la iglesia de San Nicolás, el Museo Marítimo y que te lleve a cenar a algún sitio bonito que seguro que lo hace para intentar seducirte. Y poco más. No tienes tiempo con las visitas a las empresas, pero te gustará—me asegura.

El lunes me levanto casi con un ataque de ansiedad. Tengo que salir pitando para el aeropuerto, pero algo me dice que la cosa no va a acabar bien. Sonsoles sigue durmiendo a mi lado, cubierta con un precioso camisón que deja ver uno de sus pechos.

Tengo mucha suerte de estar con ella y es muy injusto seguir negándome a tener una relación seria, o al menos “oficial”. Hago nota mental de hacer un esfuerzo por solucionar eso en cuanto vuelva el miércoles del viaje y, tras darle un suave beso en la frente, salgo hacia el aeropuerto.

Mientras esperamos el avión, Carlos está un poco seco, en “modo estirado” como yo le digo. Ya me voy acostumbrando a sus cambios de personalidad, pasa de ser super tierno a un engreído estirado en cuestión de segundos.

Hasta llegar a nuestra escala en el aeropuerto de Heathrow casi no hablamos. Allí, mientras tomamos un café y picamos algo, se suelta un poco más.

—Estás muy callada Lucía—indica de pronto.

—Quizá eres tú el que está muy callado hoy, ¿no?—aclaro elevando las cejas.

—Nuestro primer viaje solos desde San Petersburgo.

Joder, qué recuerdos me trae el viaje a San Petersburgo. Ahí fue donde empezó todo, parece mentira que en tan poco tiempo mi vida haya cambiado tanto. Aquel Carlos tan tierno, tan atento, un Carlos que hacía que me sintiese especial en todo momento.

El Carlos que conocí más tarde, y sobre todo las cosas que conocí de él ya no me gustaron tanto.

De todos modos, sigue estando para comérselo. Con ese jersey negro de cuello cisne y su chaqueta, con esa sonrisa, esa seguridad en sí mismo. Todavía me quedo tonta mirándole.

Como de costumbre, en la empresa tratan bien a Carlos y nos reservan un precioso hotel que parece un caserón antiguo y que, además, está bastante céntrico. Me podría acostumbrar a viajar así siempre, pero tengo mis dudas de que cuando me toque viajar a mi sola me traten tan bien.

—¿Qué plan tenemos estos días, Carlos?—pregunto con curiosidad.

—¿No te lo han enviado?

—Sí, a ver, me enviaron las líneas generales, pero ¿cómo lo quieres organizar?—preciso sabiendo que le gusta tenerlo todo muy bien organizado.

—Es viaje relámpago. Hoy nos queda algo de la tarde libre, iremos a cenar sin ningún cliente. Mañana tenemos todo el día ocupado con visitas y tanto la comida como la cena las haremos con clientes. En ambas comidas

limítate a una sola copa, si insisten pones alguna excusa, ellos beben mucho, pero tú debes controlar en todo momento—explica muy serio.

—No soy muy de beber, no te preocupes. ¿Las reuniones van a ser duras?

—No, no venimos a negociar nada. Son reuniones de compromiso. Alguna pega, seguramente, nos van a poner, pero es básicamente ver si están contentos con nuestros servicios, indagar si ellos o alguna otra empresa cercana están planeando ampliaciones. Ese tipo de cosas, mucho más relajado que en nuestro primer viaje—expone seguramente recordando las tensas reuniones con el imbécil de Boris.

—Vale, mejor. Todavía recuerdo cómo temblaba en las reuniones con la empresa rusa—reconozco llevándome una mano a la frente.

—Has madurado muchísimo desde entonces, y ha pasado muy poco tiempo. Empresarialmente, me refiero, estoy muy orgulloso de ti, Lucía—añade Carlos dejándome sin respiración.

Me acabo de quedar helada, creo que es la primera vez que me dice algo así en el plano estrictamente del trabajo y tan solo ese comentario consigue que me dé un subidón.

—Gracias, Carlos, valoro mucho ese comentario—le agradezco con los ojos como platos.

—Bueno, lo creo de verdad. ¿Te apetece que vayamos a comer a un pub típico?

Increíble, Carlos proponiendo ir a un pub típico a cenar y no a una hamburguesería. No desperdicio la ocasión y le digo que por supuesto que me apetece ir.

Me lleva a un sitio muy acogedor. Hay bastante gente, pero se está cómodo. Elige una mesa bastante tranquila, la carta es muy amplia, así que Carlos no tiene ningún problema en encontrar platos de carne y yo tampoco lo tengo para encontrar algo más ligero.

El camarero conoce a Carlos, ya me había comentado que venía a Aberdeen varias veces al año. Parece muy simpático, habla y habla sin parar, pero me cuesta a horrores entenderle. Carlos parece darse cuenta, siempre observando hasta el más mínimo detalle.

—Su acento cuesta un poco al principio, pero ya verás cómo te acostumbras rápido, Lucía—me asegura con su preciosa sonrisa.

—Es que me cuesta mucho entenderle, me acabo de quedar un poco preocupada—confieso dejando salir el aire lentamente.

—Tranquila, tu inglés es muy bueno. Mañana, en las reuniones, hablarán más formal, con un acento un poco más neutro, pero no te preocupes que el acento escocés cuesta un poco al principio—agrega intentando tranquilizarme—. ¿Qué tal llevas lo de haberlo dejado con Alberto? Fueron seis años, sería duro.

—Sí, Carlos, la verdad es que ha sido bastante duro, pero necesitaba una relación que me llenase más, sentía que me estaba conformando con algo que simplemente no iba mal, pero tampoco bien—le explico encogiéndome de hombros y echando un poco de menos a Alberto.

—Me imagino que es muy difícil romper la rutina, pero, a veces, hay que hacerlo antes de que sea demasiado tarde. Creo que has hecho lo correcto, si yo tuviese tu edad haría lo mismo. Más tarde llega un punto en el que romper esa rutina supone muchísimo más esfuerzo que seguir adelante con ella, y ya no tienes energía para hacerlo, simplemente sigues adelante—confiesa bajando la mirada.

—O te lías con otras mujeres para darle emoción a tu vida, ¿no?

—Vienes muy guerrera—agrega clavándome la mirada.

—Perdona—me disculpo.

—Sé que en Hanover te hice daño, Lucía. Lo siento.

—En Hanover me partiste el corazón en dos, no solamente me hiciste daño. Podía pasar que estuvieses casado, no entiendo por qué podía pasarlo, pero lo llevaba bastante bien. Sin embargo, pensaba que fuera de tu matrimonio, yo era especial para ti, que sería la única. Esa noche me mataste—reconozco con los ojos humedecidos.

—Solamente te puedo decir que ojalá no lo hubiese hecho, Lucía. Sé que va a ser muy difícil que vuelvas a confiar en mí.

—No creo que pueda, Carlos, lo siento—le aseguro.

—¿Qué puedo hacer para que vuelvas a hacerlo?

—Creo que nada.

—¿Estás con Sonsoles ahora?—suelta de repente.

Me quedo de piedra, me da un vuelco el corazón. No esperaba una pregunta tan directa. ¿Quizá se hable algo en la empresa? Me quedo muda, sin articular palabra. Son solamente unos segundos, unos segundos que me parecen una eternidad, unos segundos que, para alguien como Carlos, obsesionado por analizar cada detalle, y experto en el lenguaje no verbal pueden haberle dado la respuesta sin que yo abriese la boca.

—Carlos, no quiero hablar de mi vida privada, pero no, no estamos saliendo. Vivo con ella hasta que encuentre algo. ¿Por qué me miras de ese modo?—pregunto al ver su cara de incredulidad.

—Por nada, mujer.

—No, a ver, ¿qué pasa?

—No te pongas a la defensiva, Lucía, en Hanover teníamos habitaciones pegadas, y se escuchaban cosas—explica haciendo una mueca.

—Ya sé que se escuchaban cosas, como tu última noche con la putita de turno.

—O las tuyas con Sonsoles—espeta sin dudarlo.

Mierda, me acaba de dar una estocada. Se me viene el mundo abajo, quiero desaparecer de esa mesa, quiero volver a Madrid. Me siento vulnerable, no sé qué decir, solamente miro a Carlos con ojos asustados.

—Lucía, que no pasa nada, mujer. Yo no voy a contar nada a nadie, ni de eso ni de lo nuestro, pero no me chupo el dedo, y tú estabas también jugando a varias bandas. No pasa nada, somos mayorcitos—indica arqueando las cejas y con aire de superioridad sabiendo que ha ganado la batalla.

—La única diferencia es que yo lo he dejado con Alberto y ya no juego a ninguna banda.

—No del todo porque sí estás con Sonsoles, aunque no sea oficialmente. No me vas a decir que vives con ella y no tenéis sexo—aclara con una sonrisa.

—Sí tenemos sexo Carlos, dormimos juntas todas las noches y tenemos sexo, mucho sexo. ¿Ya estás contento? ¿Te excita oírlo?

—Si te soy totalmente sincero, sí—contesta con naturalidad.

—¿Qué puta obsesión tenéis los tíos con las lesbianas? Es que no entiendo por qué os ponen tanto, joder—le reprocho agitada.

—Preferiría que me hubieses dicho que no estabas con ella, Lucía.

Joder, otra vez esa sonrisa, me derrite y lo sabe. Esa mirada cargada de energía, una energía tan grande que llega hasta mí, que casi se puede tocar.

—Carlos, de verdad, no puede haber nada entre nosotros. No te voy a negar que me sigues gustando porque seguro que lo estás notando, pero no puede haber nada—le aseguro muy seria—. Tú tienes tu vida, a tu mujer, a tu hijo. Dime, ¿qué futuro le ves a una relación paralela? ¿Te puedes conformar de verdad con tener una pareja fuera del matrimonio para unos

pocos viajes al año? ¿Crees que yo me puedo conformar con eso? Porque ya te digo que no, y es injusto que me pidas que lo haga.

—Si te prometiese que vas a ser la única sin contar con mi familia, ¿lo pensarías?—insiste inclinándose hacia mí.

—No Carlos, voy a cumplir treinta años. ¿Qué clase de plan es ese? Necesito una pareja estable, estar bien con ella, no algo esporádico. No quiero volver a meterme en la espiral de mentiras y de infidelidades que hemos tenido, mientras estábamos juntos era maravilloso, no te lo voy a negar, pero cuando me quedaba sola sufría mucho. Lo siento, pero no—le digo con rotundidad.

Al despedirnos en la puerta de mi habitación me late con fuerza el corazón. Una parte de mí quiere que entre, pero mi parte más racional sabe que sería un gran error, que me sentiría muy mal.

—Fue una cena muy agradable, Carlos. Gracias, mañana nos vemos—me despido mientras me doy la vuelta hacia mi habitación.

—¿Estás segura? ¿No quieres que pase un rato y hablamos un poco más?

—Mejor que no, estoy cansada—me disculpo con educación.

—¿No te fías de mí?

—No me fío de mí, Carlos, hasta mañana.

Mientras le veo alejarse, me queda un vacío en el alma. No sé cómo he podido controlarme. Mi corazón late enloquecido, casi queriendo salir de mi pecho, deseaba tanto besar su boca en esos momentos, volver a acariciar su fuerte espalda. Mierda, me sigue poniendo a cien, pero tengo que sentar cabeza. No tenemos ningún futuro.

Juegos peligrosos

Necesito llamar a Sonsoles por Skype porque si no creo que no podré dormir. Estaré dando vueltas toda la noche pensando en el dichoso Carlos.

—Hola brujilla, ¿cómo estás?—saludo al ver su rostro en la pantalla.

—Hola Lucía, ¿estás siendo buena?—pregunta con cara de picardía.

—Qué tonta eres. Sí, estoy siendo buena, no hay nadie en la habitación, ¿ves?—le digo moviendo el portátil para que vea cada rincón de la habitación del hotel.

—¿Te tiró los tejos?

—Bueno, sí, más o menos, pero le dejé claro que nada de nada.

—¡Esa es mi chica!—responde orgullosa.

—Sonsoles, me costó un montón—confieso bajando la mirada.

—Ya supongo que te costaría, no entiendo qué te da el Carlos que te pone boba en un momento—añade haciendo un gesto de disgusto.

—Te echo muchísimo de menos.

—Yo a ti también, pero el miércoles ya estás aquí otra vez y te lo compensaré. El jueves no vas a poder ni ir a trabajar—amenaza riendo.

—No seas mala que me pones a cien.

—Me parece que ya estabas a cien antes de llamar—bromea Sonsoles—. Desnúdate y enfoca la cámara.

—¿Qué dices, Sonsoles? Estás loca, joder.

—Venga, no seas tímida, desnúdate y déjame ver esa preciosidad de cuerpecito que tienes—insiste entre risas.

—Sonsoles, no me puedo creer que vaya a hacer esto de verdad.

A toda prisa me quito la ropa. Es una auténtica locura, pero me apetece muchísimo que Sonsoles me vea a través de la cámara.

—¿Se ve bien?—pregunto acercando el portátil.

—Es un primer plano precioso.

—No lo vas a grabar, ¿no?

—¡No seas tonta! ¿Cómo te voy a grabar? No lo haría ni aunque me lo pidieses—me asegura.

Una cosa lleva a la otra y entre los comentarios de Sonsoles y la situación las dos acabamos con una sesión de sexo telefónico o en su caso visual, porque ella sí puede verme.

—¡Mierda! ¡Joder!—exclamo de pronto.

—¿Por qué paras? ¿Qué pasa Lucía?—pregunta confusa.

—Joder, que tengo el teclado del portátil empapado—le explico preocupada—. No te rías, Sonsoles, que es el de la empresa. Vaya mierda, como se estropee me da algo, a ver cómo lo explico. Sonsoles, joder, deja de reírte que no tiene ninguna gracia.

—Perdona, perdona, es que es una situación un poco surrealista—confiesa ella intentando aguantar la risa—. Siento haberme reído, ¿lo puedes secar?

—Sí, parece que sigue funcionando, casi me da algo, te lo juro. La próxima vez lo haces tú, y deja ya de reírte, por favor—insisto aún preocupada.

—Bueno, me voy a dormir que creo que de momento se me ha pasado—anuncia Sonsoles entre bostezos—. Te quiero y también te echo muchísimo de menos, preciosa. ¡Suerte mañana! ¡Cómete a esos escoceses! En sentido empresarial, claro, en el otro ni se te ocurra, aunque eso de los "highlanders" es un mito, son más bien feos en general. Te llamo mañana por la noche, un besito.

—Un beso, cariño. Te quiero—me despido cerrando la pantalla del portátil.

Qué mal lo acabo de pasar con el puñetero ordenador, estaba tan excitada que no me había dado cuenta de que estaba mojando el teclado, espero que mañana siga funcionando porque si no me da un infarto.

Con lo bien que me lo estaba pasando, joder, fue una situación super excitante, las dos por Skype, algo nuevo para mí, pero sigo muy excitada.

Mientras trato de decidir si me doy una ducha o me voy a dormir llaman por teléfono y escucho la voz de Carlos al otro lado.

—Dime Carlos, ¿qué pasa?—pregunto sorprendida por la llamada.

¡Qué voz tan sensual tiene por teléfono! Me pone loca.

—No tengo mucho sueño. ¿Te apetece pasar por la habitación a hablar un rato?—pregunta con naturalidad—. No significa nada ni va a llegar a nada, solo tomar algo y hablar.

Después de un rato hablando, nos tumbamos en una de las camas de su habitación y nuestros cuerpos no pueden evitar rozarse. No porque nos apetezca, que también, sino porque la habitación de Carlos tiene dos camas separadas y son bastante pequeñas, así que en cuanto abrimos un poco las piernas ya tenemos los primeros roces.

Giro la cabeza para mirarle. ¡Madre mía! Si no fuese tan poco fiable me lo comía con patatas. ¡Está buenísimo! Ha adelgazado algo desde Hanover,

pero le sienta aún mejor. Tiene el cuerpo más definido y solo puedo pensar en cada vez que contrae su vientre dejando ver esos abdominales que me vuelven loca.

Da gusto charlar con él de manera relajada, cuando entra en escena el Carlos sensible y cariñoso es una auténtica maravilla, incluso sabiendo que está casado y que pierde la cabeza por las primeras bragas que se cruzan en su camino.

—¿No hay ninguna posibilidad de convencerte de algo más serio?

—¿Algo más serio?—pregunto confusa.

—Sí, y no me refiero a sexo y no me refiero a este viaje. He estado pensando mucho en ti, en lo nuestro. Reconozco que he sido muy egoísta contigo, pero lo que sentí en nuestro viaje a San Petersburgo fueron sentimientos reales, muy especiales. Cada vez me doy más cuenta de lo que he perdido y me gustaría poder recuperarlo—asegura poniendo esa sonrisa que sabe que me derrite.

—Tendrías que renunciar a mucho, y no creo que estés dispuesto—le aclaro.

—Me conoces muy bien, pero me gustaría proponerte algo intermedio —añade de pronto.

—Tú dirás.

—Te prometo que serías la única fuera de mi matrimonio, se acabaron las aventuras en los viajes con otras mujeres, serías solamente tú—apunta acariciando mi mejilla.

—No me convence mucho, Carlos.

—Espera, déjame hablar. Tú podrías seguir con Sonsoles, creo que es justo si yo voy a estar con mi mujer—admite encogiéndose de hombros—. Yo programaría, por lo menos, un viaje al mes contigo e intentaría quedar en Madrid en alguna ocasión. Pero, al menos, en un viaje de trabajo al mes, muchos meses en dos viajes, estaríamos juntos, eso garantizado.

Carlos me dedica esa sonrisa que me enloquece, tan llena de seguridad mientras habla. Sabe que me vuelvo loca cada vez que destila esa seguridad en sí mismo, aunque tengo que intentar mantener la cabeza fría.

—Piénsalo, Lucía. Sería como una relación poliamorosa, cada uno es fiel a sus dos parejas y ambos tendríamos lo mejor de las dos relaciones. Ninguno de los dos tendría que hacer grandes cambios en su vida, pero al mismo tiempo podríamos estar juntos. No tienes por qué renunciar a Sonsoles—asegura con un seductor guiño de ojo.

Es un cabrito, sabe muy bien dónde está mi punto débil. Ahora mismo, Sonsoles es una pieza importantísima en mi vida, una pieza clave, fundamental. No sé muy bien dónde encaja, pero la necesito en mi vida, me da equilibrio. Bueno, sí sé dónde encaja, pero no me atrevo a dar el paso. Carlos sabe que no renunciaría a ella, al igual que él no renunciaría a su matrimonio.

—¿Nuestras parejas lo sabrían?—pregunto sorprendida.

—Tú se lo puedes contar a Sonsoles, si quieres, no sé cómo se lo tomaría. Yo no se lo puedo contar a mi mujer, ya lo sabes—se disculpa poniendo cara de bueno—. Yo no pongo las reglas en esta sociedad, las relaciones están cambiando, estoy convencido de que el futuro de las relaciones amorosas es el poliamor, pero a mí, por edad y estatus social y laboral, esos cambios no me van a tocar. En cualquier caso, lo lógico serían relaciones más abiertas y lo del poliamor tiene todo el sentido del mundo.

—¿Y Sonsoles por ser lesbiana lo tiene que comprender?—pregunto agitada.

—No es por ser lesbiana, es por ser más joven y desinhibida—aclara alzando las cejas—. En vuestra generación es mucho más común otro tipo de relaciones diferentes a las tradicionales, y cada vez lo será más. La relación monógama tradicional con el tiempo desaparecerá, lástima que yo no lo veré.

—Dime una cosa, Carlos. Si tu mujer te viene con la misma proposición, ¿tú qué harías? ¿Lo comprenderías? Imagínate que te viene un día y te dice, “como viajas mucho estoy teniendo un lío con Óscar, pero en secreto, vamos a seguir tranquilamente con nuestro matrimonio y que no se entere nadie, que hay que guardar las apariencias, que tenemos un estatus”.

—Joder, Lucía, para empezar Óscar es un compañero de trabajo—se queja Carlos—. Con una persona que no conozca habría que analizar bien la situación, tendría, en cualquier caso, que ser algo muy discreto como lo que yo te propongo.

—Ya, pues es que Sonsoles también es una compañera de trabajo. Imagina la tensión cada vez que estemos los tres juntos en la oficina sabiendo que los dos me estáis follando—aclaro enfadada.

—Vale, te tengo que dar la razón, sería un poco incómodo, bastante incómodo, pero siempre queda la opción de que no lo sepa—insiste quedándose sin argumentos.

—No quiero más mentiras, Carlos. Lo pasé fatal estos últimos meses engañando a Alberto, eso se acabó—le aseguro seria.

—Vale, te entiendo, Lucía. ¿Quieres quedarte a dormir aquí?

Al final, una cosa lleva a la otra y me acaba convenciendo de quedarme a dormir en su habitación, aunque en la cama de al lado y asegurándome que no ocurrirá nada. Y, como una tonta, me dejo convencer.

Despertando juntos

Me despierto con un beso en la mejilla a la mañana siguiente y, al abrir los ojos, allí está Carlos, desnudo, a mi lado. Con lo que a mí me gusta despertarme con besos, pero sé que me voy a arrepentir de haberme quedado, y mucho.

—Buenos días, Ivanova, hora de despertarse, el desayuno ya está listo—exclama susurrando junto a mi oído.

—¿Y eso?

—Mientras dormías he pedido el desayuno, lo tenemos ya preparado—me aclara acariciando mi mejilla.

—Ya, se me había olvidado el detalle de que eres medio vampiro y que casi no duermes—bromeo mientras me estiro perezosa entre bostezos.

No le comento nada, pero las distinciones que hace la empresa reservando para Carlos una mini suite con un saloncito además del dormitorio, y habitaciones normales para el resto de nosotros, no me parecen demasiado bien, por mucho que sea el jefe del departamento. Aunque en este caso me viene de maravilla porque el servicio de habitaciones puede dejar el desayuno sin molestarme. Las cosas buenas de ir con el niño mimado de la empresa, supongo.

—Puedes desayunar desnuda, si quieres.

—Sí, ya veo que tu amiguito se empieza a despertar y que os gustaría a los dos que desayunase desnuda—bromeo al observar su erección.

Carlos me da la mano y me ayuda a levantarme de la cama y, al acercarme a él, un simple roce de nuestros cuerpos consigue ponerme bastante nerviosa, pero tengo que intentar controlarme, ya bastante me va a costar explicarle a Sonsoles que me quedé a dormir en su habitación, aunque no haya pasado nada. Bueno, nada no lo sé, aquí estamos los dos desayunando desnudos, supongo que muy ético no es.

De la mano me lleva hasta donde tenemos colocado el desayuno. Como no esperaba menos, ha pedido un desayuno como para una manada de leones, bastante variado, incluyendo una pequeña caja de bombones.

—¿Y esto, Carlos?—le digo señalando a la caja de bombones.

—Ya sé que te gustan mucho las rosas, pero no he podido conseguirlas, así que te tendrás que conformar solamente con los bombones—explica con naturalidad.

—¿Me vas a seducir con los mismos trucos que en San Petersburgo? Tienes poca imaginación—bromeo mientras abro los bombones.

Tengo que hacerme la dura, pero en el fondo me derrite que tenga esos detalles. Despertarme por la mañana con un beso, una caja de bombones y el desayuno listo en la habitación hace que a mi cuerpo se le disparen las hormonas, y eso ya sé cómo va a acabar. Y también sé lo mal que lo voy a pasar más tarde, cuando todo acabe.

—Espera, déjame ir al baño antes, Carlos, que voy con un poco de prisa. ¿Tienes colutorio? No quiero espantarte con el aliento mañanero.

—Sí, hay de todo en el baño—me asegura—puedes usar un pequeño cepillo y la pasta de dientes que ha puesto el hotel en una pequeña cestita, a la derecha.

¡Cómo no! A mí no me han puesto nada de eso. Él tiene una cestita con todo tipo de cosas, con lo que a mí me gustan. Debe de ser la falta de costumbre, pero me encantan todas las chorradas que ponen en el baño de los hoteles. A mí me han puesto gel y champú y gracias.

Qué rabia me da cuando Carlos te despierta por la mañana, yo con cara de recién levantada, con los pelos por toda la cara, después de haber sudado por la noche y con mal aliento y él siempre arregladito, recién duchado y afeitado y oliendo a su eterna colonia. Esa que me vuelve loquita. Supongo que son las ventajas y desventajas de dormir poco como él hace.

Tras la breve parada en el baño vuelvo con Carlos. Joder, lo de desayunar desnudos es un suplicio, no puedo quitar los ojos de su cuerpo, de alguna parte más que de otras.

No me parece que Carlos esté disfrutando mucho de la comida tampoco, apenas está probando bocado y se dedica más bien a devorarme a mí con su mirada. Casi puedo sentir sus manos y su boca recorriendo mi cuerpo, estoy segura de que, en su imaginación, lo está haciendo en estos momentos, y con todo detalle.

Para qué me habré metido yo en esto, sabiendo como sé cómo va a acabar. Tiene razón Sonsoles en que tengo que poner mi cabecita en orden y ser algo más racional, pero es que Carlos es mi debilidad, me derrite con esa sonrisa, con esa seguridad que transmite cada poro de su cuerpo, con ese cuerpo de gimnasio.

Mi mente batallando de nuevo con mi corazón, una diciendo que ni se me ocurra, que bastante me he pasado ya quedándome a dormir y desayunando desnudos.

El corazón y mis hormonas de la mano, intentando convencerme de que ya total, de perdidos al río. La línea roja ya está cruzada, qué más da un poco más. ¿Qué diferencia hay? Es un solo paso más, y no puedo negar que es lo que me apetece en este preciso instante.

Carlos sigue sonriendo, acariciando mi mano, tocando mi brazo, devorando cada centímetro de mi cuerpo con su mirada. Transmitiendo una energía sexual que podría iluminar una pequeña ciudad.

Maldita sea, a la tercera sonrisa empiezo a ceder y me dejo besar. Mierda, se acabó, mis barreras bajan de golpe al sentir los labios de Carlos rozando los míos. Al principio, un beso suave que pronto se convierte en otro lleno de pasión, mis labios mordiendo ese labio inferior que me vuelve loca, su lengua buscando la mía.

De la mano, me lleva hasta el dormitorio y se sienta al borde de la cama, me coloco sobre él sintiendo su cuerpo con el mío, su piel con mi piel. Ya sin barreras, acabamos haciendo el amor, en este momento, algo maravilloso, pero sé que me arrepentiré muchísimo.

—Tenemos que darnos prisa, a la ducha—exclama indicando que tenemos una reunión que nos espera.

Esta es la parte que peor llevo. Después de hacer el amor mi cuerpo necesita tranquilidad, mimos, que me acaricien, que me besen. Salir corriendo lo llevo fatal, pero lo de verme con Carlos en los hoteles mientras trabajamos es lo que tiene.

—¿Esto significa que has aceptado mi oferta de tener una relación más seria?—me pregunta en el coche de camino a la reunión con nuestros clientes.

—Esto significa que acabamos de follar y nada más, Carlos. Sabes que me gustas mucho, pero lo que me propones es muy complicado—respondo un poco seca.

—Vale, pero prométeme que te lo pensarás al menos.

—Te lo prometo.

Reunión con los escoceses

De camino a la reunión de trabajo, no puedo evitar pensar en lo que ha pasado con Carlos, estoy harta de mentiras. Tengo que decírselo a Sonsoles, pero sé que me va a matar.

Tampoco es que Sonsoles y yo estemos saliendo de manera formal ni nada, pero no es justo que le haga esto. Ahora ya está hecho y lo que no voy a hacer es ocultárselo. Mira que me avisó una y otra vez, pero es que no sé qué narices me pasa con Carlos que es algo superior a mí, aunque le lleve tiempo, siempre acaba convenciéndome.

Y la verdad es que no lo entiendo. Sé que no me conviene para nada, es un egoísta, puede ser una persona maravillosa cuando quiere, pero solo quiere cuando le apetece llevarte a la cama.

¿Y la propuesta que me ha hecho?

Es que soy boba, de verdad. No entiendo ni cómo me la he llegado a plantear. Le he dicho que me lo pensaría, ¿qué tipo de propuesta es esa? Él sigue con su vida normal y puede disponer de mí cuando le apetezca. ¡Menudo plan! No renuncia a nada, tengo que hablarlo con él esta tarde y ponerle las cosas claras de una vez por todas.

Pobre Sonsoles, nadie me entiende como ella, lo que me tiene que aguantar constantemente, no sé cómo ha podido cambiar tanto mi vida en unos pocos meses. Debo aclarar mis ideas porque no solo me estoy haciendo daño a mí misma, sino también a los que hay a mi alrededor. A la gente que me quiere.

—Estás muy callada Lucía—se sorprende Carlos poco antes de llegar a nuestro destino.

—Sí, voy mirando el paisaje. Ya que no tenemos mucho tiempo, por lo menos por decir que estuve aquí—disimulo por no complicar la situación.

Miento como una bellaca, todo se pega. No me parece el sitio ni el momento correcto para hablar todo lo que tengo que hablar con él. Lo malo es que soy consciente de que si de verdad se empeña casi seguro que acabaré de nuevo en la cama con él esta noche.

Y para colmo, con la vida sexual que lleva, me va a terminar pegando algo casi seguro. Mira que soy tonta, por mucho que esté tomando la píldora tendría que usar protección, pero no es lo mismo. Mierda, si me pega algo me muero, con la de veces que me lo ha dicho Sonsoles.

La reunión de trabajo con los escoceses va de maravilla. Carlos tenía razón en que me haría con el acento bastante pronto, aunque de todos modos, el acento de esta gente era mucho más fácil de entender que el del camarero del pub de anoche.

No es por tirarme flores, pero creo que estuve muy bien, espero que Carlos me lo confirme y que tome buena nota. Todo esto de acostarme con él me crea a veces un poco de inseguridad, nunca sé si valora mi trabajo en la empresa o en la cama. O en ambos sitios.

Los escoceses nos llevan a comer a un restaurante muy acogedor, son gente encantadora. Estaban cuatro de ellos, incluido su director gerente, Carlos y yo.

La verdad es que me sentí muy cómoda en la comida a pesar de que era la única mujer. Bebieron como cosacos, incluido Carlos, pero fue una comida muy agradable, al igual que la reunión de por la mañana. Nada que ver con lo complicado y tenso que fue todo en Rusia en mi primer viaje con Carlos.

Ahora empiezo a ver la gran diferencia de cuando me hablan de "visita de cortesía" en las que más o menos vas de "colegueo" a ver si puedes sacar algo más, pero al fin y al cabo relajado, a cuando la reunión es una negociación para sacar un contrato nuevo, que es mucho más dura y tensa. A mí, que me den muchas de las de "cortesía".

Al terminar de comer nos proponen pasear un rato por la "Castlegate" que es la zona más antigua de la ciudad. Menos mal porque ya me pensaba que me iría de Aberdeen sin conocer nada de nada. Es una zona preciosa, llena de monumentos antiguos de granito.

No sé si es el alcohol, pero me pongo un poco melancólica, pienso en Sonsoles y en lo mal que me porto con ella con todo lo que me quiere. Me encantaría pasar unas vacaciones en Escocia con ella. Sonsoles y yo solas recorriendo Escocia, menudo plan, tengo que proponérselo para el verano.

Cuando por fin llegamos al hotel, estoy agotada, he comido demasiado y la caminata consigue que los zapatos me hagan ampollas, así que la última parte es un auténtico suplicio. Solo tengo ganas de ducharme y tirarme en la cama. Hoy paso de cena, pero tengo que hablar con Carlos antes de irme a dormir.

No voy a negar que se me pasa por la cabeza volver a acostarme con él, en plan despedida, sin prisas, aprovechar la noche y llevarme en la memoria una sesión de sexo de esas que Carlos sabe dar. Me enloquece solo

pensarlo, pero tengo que ser consecuente, quiero que esto se acabe de verdad, y si le voy a decir que se acaba y al final nos acostamos no tiene mucho sentido.

—¿Te veo ahora Lucía?

Carlos me saca de mis pensamientos, tengo bastante claro lo que quiere, pero esta vez no lo va a lograr.

—Sí, dame media hora para ducharme y voy a tu habitación. No tengo hambre, si quieres pica algo—le digo sintiéndome todavía llena de la copiosa comida.

—Vale, bajo a la cafetería a por una hamburguesa en plan rápido, dame una hora entonces—sugiere dirigiéndose hacia la cafetería.

—Vale, nos vemos en una hora—le aseguro asintiendo con la cabeza.

¡Qué manía tiene este hombre con las hamburguesas! Me pregunto dónde mete toda esa grasa, porque no se le nota lo más mínimo.

Aprovecho que tengo más tiempo para llamar a Sonsoles por Skype para luego darme una ducha.

—Hola guapa, veo que el portátil de la empresa sigue funcionando—bromea Sonsoles entre risas.

—No te burles, que lo pasé fatal ayer—replico tensa—a ver cómo lo explico en la empresa si se estropea.

—Si le explicas a tu jefe directo lo que pasó no habría problema. Es más, si le dejas verlo en directo creo que te subiría el sueldo—añade en tono irónico.

—¡Qué mala eres!

—Por cierto, ¿qué tal con el señorito Carlos?—justo la pregunta que no quería que me hiciese.

—Bien, las reuniones han salido fenomenal, creo que aporté alguna cosa súper interesante, estarías orgullosa de mí—disimulo mencionando solamente el trabajo.

—Yo siempre estoy orgullosa de ti—me asegura Sonsoles—vales mucho, solo tienes que creértelo un poco más. Pero te preguntaba más bien por el trato personal con Carlos, ¿se comporta?

¡Joder! no quería sacar hoy el tema. Tampoco es algo para hablarlo por Skype, prefería en persona, pero ya estoy cansada de mentir.

—Lucía, ese silencio es un poco preocupante y te ha cambiado la cara—apunta Sonsoles arqueando las cejas.

Al parecer, lo de mi cara es como un libro abierto para todo el mundo, tengo que dejar de ser tan expresiva.

—Lo habéis hecho, ¿no?—inquiere cambiando la expresión de su gesto.

—Sí, no significa nada, fue algo muy rápido, pero ha sido la última vez, ya lo hablamos un poco ayer y voy a quedar dentro de una hora con él para dejárselo bien claro. No fue nada, Sonsoles—le aseguro arrepentida.

—Ya, lo de que ha sido la última vez y que no fue nada lo llevo escuchando unas cuantas veces, Lucía. Mira, yo no te voy a pedir nada porque no tenemos nada serio, pero no sé cómo decirte que no te conviene en absoluto. Solamente te está utilizando, no entiendo qué te pasa con Carlos que en cuanto te sonríe pierdes las bragas. No puedes seguir así, Lucía, ¿no te das cuenta de que es una relación muy tóxica?—me reprocha agitada.

—Si ya lo sé, Sonsoles. Es que yo tampoco entiendo lo que me pasa, ya sé que no me conviene y que ya lo hemos hablado en más ocasiones, pero se acabó—le vuelvo a asegurar.

—Supongo que esta vez sí has usado preservativo, ¿no?

Ni siquiera me atrevo a contestar.

—Lucía estás jugando con fuego. No solo te estás arriesgando tú, me estás poniendo en peligro a mí también. Eso sí que no lo puedes hacer, si vas a tener más de una pareja es la primera regla. Si no lo haces pones en peligro a todo el mundo, no tenemos ni idea con cuantas mujeres se está acostando. Esto no puede seguir así—exclama con enfado Sonsoles antes de colgar la llamada.

—¡Espera! ¡No cuelgues! Sonsoles, por favor—suplico en vano.

Mierda, me siento fatal, las lágrimas se me escapan de manera descontrolada. Lo malo es que tiene toda la razón, he metido la pata hasta el fondo con Carlos. Una vez más, y no parezco capaz de controlarme con él.

Sonsoles es lo mejor que me ha pasado en la vida y lo estoy estropeando todo. La estoy alejando de mí cada vez que Carlos se cruza en mi camino, y todo para nada.

Estoy repitiendo el comportamiento de mi padre. Con el daño que hizo a mi familia, después de ver los ataques de ansiedad de mi madre durante esos años, ahora yo repito su comportamiento con Carlos. No he sido capaz de frenar, aunque sabía que tenía que hacerlo.

Tras la ducha, me acerco hasta la mini suite de Carlos para poner fin a todo esto. Me armo de valor porque sé que intentará convencerme, sé que

no me lo va a poner nada fácil y que me costará un triunfo controlarme. Pero lo tengo que hacer, por mí y por Sonsoles.

La decisión

Suena el despertador. Hora de ducharse a toda prisa y salir hacia el aeropuerto. La empresa ha contratado un vuelo muy temprano porque Carlos se empeñó en pasar por la oficina un rato antes de que cierren. Debía terminar unas cosas, así que el madrugón es de los que hacen época.

Miro por la ventana y es totalmente de noche, las calles están vacías, no se ven ni coches ni peatones, solo puedo escuchar el ladrido de un perro en la lejanía. Tendrían que estar prohibidos estos madrugones.

Claro, como Carlos duerme mal y se levanta todos los días a esta hora, piensa que todos somos iguales, pero voy a necesitar toneladas de café en vena para poder funcionar hoy. Quizá si limpiase su conciencia y dejase de mentir, dormiría mejor.

Salgo corriendo a toda prisa y me encuentro a Carlos ya en la recepción junto con el taxi que nos llevará al aeropuerto.

—Siento lo de ayer, Lucía. No sé qué me ocurrió—se disculpa.

—No pasa nada.

—Perdona, de verdad—insiste.

—Que no pasa nada, Carlos. Está olvidado.

—¿Estás muy enfadada conmigo?—pregunta de nuevo arrepentido.

—Solo un poco.

—Es que entre lo que bebimos con los escoceses y las cervezas que tomé con la cena me quedé dormido y no te oí llamar a la puerta. He visto tus llamadas perdidas esta mañana y recordé que habíamos quedado, pero me quedé fuera de combate. Lo siento mucho.

—Olvídalo, anda—replico sacudiendo la cabeza.

Por mucho que me fastidie que no me abriese la puerta ayer, tengo que reconocer que, en el fondo, aunque sea muy en el fondo, me alegro. De esa manera he evitado el peligro que supondría estar en su habitación por la noche. En la última noche.

En cuanto llegue a Madrid tengo que hablar con Sonsoles y conseguir que me perdone. Soy una imbécil, pero espero estar todavía a tiempo.

Carlos lleva una resaca impresionante, se ve que mezcló demasiado. Prefiero creer su historia de que se quedó dormido después de la cena y no pensar en que, seguramente, se encontró a alguna escocesa pelirroja y acabó en la cama con ella. Esa me parece la historia más verosímil.

En cualquier caso, entre su resaca y que en los vuelos no se le puede molestar, nos pasamos el viaje casi sin mediar palabra o hablando de cosas banales.

Al llegar a Madrid vamos directamente a la oficina. No me parece que Carlos esté en muy buenas condiciones para seguir trabajando, pero a mí me viene muy bien pasar por allí.

Lo bueno de casi no hablar en el viaje es que he tenido mucho tiempo para reflexionar y para ordenar mis ideas.

—Carlos, subo ahora mismo a la oficina. Tengo que comprar una cosa antes, son solo cinco minutos, te lo prometo—me disculpo quedándome atrás.

—Vale, pero no tardes.

—Sí, tranquilo.

Al entrar en la oficina todo el mundo me mira como si acabasen de ver un espectro. Los escucho hablar según paso por las mesas, clavar sus miradas en mí, cuchichear.

Voy a ser el comentario de la empresa durante meses. Seguramente será una historia que todavía contarán a los nuevos dentro de algunos años, pero no me importa. He de hacerlo y, aunque sea una locura, no se me ocurre nada mejor.

Sonsoles se queda de piedra al verme entrar, su cara entre el asombro y la incredulidad.

Me dirijo directamente hacia ella con un ramo de rosas en la mano y, sin poder evitar que se me salten las lágrimas, beso sus labios.

—Perdóname, Sonsoles, estoy enamorada de ti y no quiero que nos separemos nunca—suelto de sopetón sin importarme que estemos rodeadas de gente.

Por el rabillo del ojo, puedo ver a gran parte de la empresa mirándonos. En nuestro departamento la única zona privada es el despacho de Carlos y pienso que incluso ha subido gente del piso inferior para ver la escena dantesca que estoy montando aquí en medio, delante de todos.

Sonsoles sigue mirándome sin reaccionar, con las rosas en la mano. Ni siquiera ha abierto la boca al besarla.

Las lágrimas se me escapan ya de manera descontrolada y cada segundo me parece una eternidad. Es como si el tiempo se hubiese detenido por completo y solo espero que empiece a caminar de nuevo o que la tierra me trague.

—No me gustan las rosas—responde Sonsoles con sequedad.

—Lo siento—es todo lo que puedo decir con un hilo de voz apenas audible.

Me tiembla la barbilla, mientras suspiro y dejo escapar mis lágrimas como una niña pequeña.

—Pero me gustas tú y yo tampoco quiero que nos separemos—suelta de repente, haciendo que mis piernas tiemblen.

Sonsoles se acerca a mí y levantando con sus dedos mi barbilla me da el beso más maravilloso que me han dado nunca.

Mientras nos besamos, escucho comentarios de todo tipo, los más valientes, dejan escapar pequeños aplausos, otros sonríen. En algunos, muy pocos, se puede ver una mirada de desprecio.

Por primera vez en la vida no me importa nada más, lo único que quiero es estar con Sonsoles y haré todo lo posible para mantener su confianza.

Tras besarnos, ella toma mi mano, me sonríe y me lleva fuera de la oficina. Mientras salimos con nuestras manos entrelazadas, observo cómo las miradas de media empresa se clavan en nosotras.

—Te ha costado tomar la decisión, ¿eh?—bromea Sonsoles.

—Lo siento, la decisión la tenía delante de mis narices y mi corazón lo sabía, pero me daba miedo—confieso con arrepentimiento.

—Sí, sé que da mucho miedo dar ese paso, pero una vez que lo haces es liberador—me asegura apretando mi mano entre las suyas.

—Mucho, en estos momentos soy muy feliz, Sonsoles. Aunque recorriese el cielo y la tierra durante un millón de años no encontraría nadie mejor que tú.

Otros libros de la autora

Tienes en Amazon mi libro **Nadine**, también en Kindle Unlimited.
https://relinks.me/B091D6VH33

Todo empezó como un juego inocente en una cena de amigas.
Cada una cuenta sus fantasías sexuales, las típicas fantasías eróticas que casi cualquier mujer tiene en su mente, aunque no necesariamente quiera cumplirlas o aceptarlas.
A partir de ellas, Nadine elabora una lista desde la más fácil a la más difícil.
En la lista incluye: sexting, sexo en un lugar público, ligar con un extraño en un bar, una experiencia lésbica, sexo con un conocido, sexo con un extraño, un trío y una experiencia BDSM. El simple hecho de escribirlas o hablar sobre ellas logra hacer que se excite.
¿Se atreverá a llevar a cabo alguna de esas fantasías? ¿Todas ellas? ¿Cómo se lo propondrá a su marido?
No te pierdas la historia de Nadine y sus fantasías sexuales en esta novela cargada de erotismo y sensualidad.
⚠ *Esta historia no es apta para menores de 18 años al describir escenas de sexo explícito.*